ANT
XIX
18

# JUAN EL TROVADOR.

JUAN EL TROVADOR.

13 cm/
R.43.528

# JUAN EL TROVADOR.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

**M. Pablo de Musset.**

TOMO I.

SEVILLA.—1851.
Imprenta de Gomez, editor, á cargo de. Don J. J. Franco, calle de la Muela núm. 7.

BIBLIOTECA
PÚBLICA
PROVINCIAL

# NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

por

## M. Emilio de Bonnechose.

---

---

SEVILLA.—1858.
Imprenta de Gonzez, sobrino, á cargo de Dun
1, 4. Fresno, calle de la Mesta núm. 7.

# JUAN EL TROVADOR.

## INTRODUCCION.

La vida de Juan el Trovador es una de esas historias que cuenta el pueblo y que nadie ha escrito. En los tiempos en que se aconsejaba á los desgraciados y á los caractéres débiles, ambiciosos ó inquietos, que se mantuviesen firme contra las seducciones del diablo, se pensó sin duda que esta crónica no ofrecia un ejemplo bastante fuerte de los inconvenientes que resultaban de toda relacion con el infierno. En efecto, el héroe no se parece á la mayor parte de los hombres que tuvieron relacion con el espíritu del mal, los cuales vivieron como malvados y murieron en la desesperacion. Este personaje fantástico es conocido en muchos paises bajo nombres diferentes; en Provenza se llama *Juan el dichoso* en Aragon, *Juan el Pajarero*; en Italia, *Giovanni-il-*

*Trovatore*. Su verdadero nombre se sabrá leyendo esta relacion; su muerte me fué contada en la Baja Bretaña, donde no pensaba hallarle. Esta circunstancia me ha determinado á escribir su historia, reuniendo diversas crónicas cuya corelacion era evidente.

## CAPITULO I.

### En que se verá el diablo bajo el disfráz de un viejo turco.

Hácia el año de 1699 habia en Arlés un noble comendador de Malta llamado Antonio Quiqueran, señor de Beaujeu. Su palacio estaba situado cerca de las murallas de la ciudad, á tiro de fusil de la orilla izquierda del Ródano. Despues de una carrera llena de aventuras y hazañas sin número en los combates dados por la órden de Malta contra los turcos y los berberiscos, despues de una larga cautividad en la fortaleza de las Siete Torres, este hombre valiente pensó que habia pagado un tributo suficiente á la defensa de la cristiandad, y se ocupaba modestamente en cultivar su jardin, es-

perando, no sin un poco de inquietud, que pluguiese á Dios sacarle de este mundo. Tenia cerca de ochenta años, y á pesar de las fatigas de la vida militar, su vejez no se hallaba atormentada por ninguno de los achaques que padecen la mayor parte de los hombres de guerra. No hacia mas que una comida cada dia, pero abundante; dijeria como si tuviese veinte años, paseaba mucho, se tenia muy derecho, no dormia mas que cuatro horas cada noche, pero profundamente. Empleaba toda la mañana en asearse, diciendo que habia descuidado bastante su persona en otro tiempo para tener en fin derecho á peinarse despacio su bigote cano. Su alta estatura y su aire majestuoso causaban respeto; parecia que tenia el humor un poco sombrío; pero no encontraba jamás un pobre sin echar mano al bolsilio, y su panadero distribuia á los pobres cien libras de pan todas las semanas por cuenta suya.

El viejo comendador estaba sujeto á ciertas manías muy estrañas; no queria oir misa mas que en el convento de los franciscanos de Arlés, y aun no entraba jamás en la capilla. Se le daba una silla para arrodillarse en el pórtico, y ocultaba su rostro con las manos mientras duraba el oficio di-

vino; despues de lo cual se levantaba sin que se notase en su rostro la menor señal de alteracion; hablaba en seguida con los frailes en los claustros, y salia para no volver hasta el domingo siguiente. El padre guardian le habia ofrecido varias veces un asiento en el coro, y Antonio Quiqueran habia respondido:

—Padre mio, dejadme rezar á mi modo; un pecador como yo no es digno de sentarse junto á los hombres piadosos.

El padre guardian habia sacado en consecuencia que el señor de Beaujeu, en algun peligro, se habia ligado por un voto á humillar su alma por medio de una penitencia saludable. Sin embargo, el comendador no comulgaba ni confesaba nunca, y el guardian creyó que debia sondearle sobre el particular; esta vez el viejo se enfadó y le dijo:

—No me forceis á recordaros todo lo que he sufrido por el servicio de Dios; á vos toca el conocerlo, y cuando esteis mejor informado, os preguntaré si hay alguno entre vuestros cantores de letanías que haya hecho tanto como yo.

—Teneis razon;—respondió el guardian, —no pensaba en ello, y yo quisiera estar tan seguro como vos de ir á la gloria.

—Por otra parte,—repuso el comendador en tono mas dulce,—no se inquiete vuestra paternidad por nada, yo le llamaré antes de morir.

Otra manía del señor de Beaujeu, sobre la que se hablaba mucho en Arlés, era su repugnancia en hablar de sus campañas. Al revés de la mayor parte de los viejos que se recrean con los recuerdos de su juventud, Antonio Quiqueran no contaba nunca sus aventuras, y evitaba con mucho cuidado todo lo que podia traérselas á la memoria. Cuando por hacerle preguntas indiscretas, se veia obligado á echar una mirada hácia atras, esta violencia parecia irritarle y no tardaba en mudar la conversacion, llevando su repugnancia hasta no querer oir noticia de la marina real, hasta no dirijir sus paseos hácia las orillas del Ródano, por temor de ver á lo léjos alguna embarcacion. Sus uniformes y sus trofeos militares estaban arrinconados en una sala baja donde no entraba jamás. De buena gana hubiera hecho desaparecer la sal de su mesa, y cuando queria espresar metafóricamente una cosa terrible ó siniestra, la comparaba á la mar. Si algun buque de alto bordo subia por el Ródano hasta la estacada que cerraba el paso del rio al pié de

las murallas de la ciudad, el comendador no sabia qué maniobra imajinar al salir de su casa para no encontrar con la vista la perspectiva de los mástiles del buque; en término que los que pasaban se habian reido muchas veces á costa suya viendo de lejos su embarazo. Las malas lenguas le acusaban de haber cometido algun asesinato en el tiempo que mandaba las flotas de Malta; pero cuando el 1.° de enero de cada año se presentaba el señor de Beaujeu en casa del gobernador á hacer su visita de ordenanza llevando al cuello los cordones de muchas órdenes y en su pecho la cruz de San Juan de Jerusalen, no tenia un aire para hacer reir, y jamás hubiera podido imajinarse al ver su porte tranquilo y humano, que un viejo tan hermoso llevase ocultos en el fondo de su corazon remordimientos profundos.

La biblioteca del señor de Beaujeu no era muy considerable, pues se reducia á dos obras: el Plutarco de d'Amyot y los grandes capitanes de Brantôme. El buen hombre leia sin cesar estos dos libros; héroe predilecto era el famoso Lautrec, y meditaba frecuentemente sobre la vida del marques de Pesquair para tratar de descubrir si este hombre grande habia faltado ó no

á su gloria concibiendo el designio de hacer traicion á su patria. En cuanto á la historia de su siglo, Antonio Quiqueran la sabia por haberla aprendido con las armas en la mano.

Un dia que el comendador se paseaba en las cercanías de la ciudad, el viento sudoeste soplaba con violencia, y se veian los mastiles de los buques anclados junto á la estacada balancearse á lo lejos, porque las aguas del Ródano estaban muy crecidas. El señor de Beaujeu oyó tocar una campana de alarma anunciando que un buque corria riesgo de perderse en el peligroso paso de la Camarga. Toda la poblacion de Arlés y de los lugares vecinos acudia á las orillas del rio para ver el naufrajio del buque, y sin duda el comendador tenia alguna razon para faltar á su costumbre; pues en lugar de evitar este espectáculo como hacia frecuentemente en iguales circunstancias, se puso por el contrario á marchar á paso acelerado hácia el teatro del acontecimiento. Al llegar cerca de las orillas del Ródano, el señor de Beaujeu subió á una cuestecilla donde se babian reunido algunas jentes del pueblo.

—Ese bergantin debe traer las reliquias de un santo,—decia un viejo marinero,—á

ménos que su capitan no sea un demonio. Para que haya entrado en el Ródano con un temporal tan espantoso, es preciso que no haya hecho caso de las señales que los empleados del rey le han hecho á la embocadura. ¿Cómo ha podido pasar la isla Beauduc, donde debia encallarse mil veces? En este momento está tocando aun con los bancos de arena, y sigue adelante como si estuviese en plena mar. Mirad, mirad: pasa todos los parajes peligrosos con una suerte increible, pero lo que no puedo comprender es que parece que no maniobra la tripulacion. Yo percibo á los marineros sentados tranquilamente; el piloto solo está al timon, y el buque marcha como por encanto. Nunca ha entrado en las aguas del Ródano un bergantin de esta especie: repito que lleva un santo ó un diablo.

Al cabo de una hora se vió al bergantin fuera de peligro, viró rápidamente hácia la ciudad, pasó rodeando la punta del pequeño Ródano y se puso al abrigo del viento en el sitio mas favorable para poder recojer sus velas.

—El bergantin no trae ni santo ni reliquias,—repuso el viejo marinero;—pues distingo turbantes á bordo.

Los asistentes se santiguaron para pre-

servarse de los maleficios. Una chalupa muy pequeña con dos remos se desprendió del bergantin y vino á abordar á la orilla, saltando á tierra un turco tan flaco, tan endeble y mal vestido, que los anchos pechos de las jentes del pueblo le acojieron con ruidosas carcajadas; y despues de las risas vinieron las pullas. Habiendo abortado un personaje tan ridículo el diabólico bergantin, para vengarse los marineros de su susto lanzaron al capitan todos los motes del abundante diccionario provenzal; pero sea que no entendiese el patué del país, sea que se inquietase muy poco por los sarcasmos, el turco pasó entre las dos filas de los burlones con un aire distraido y preocupado, como si un asunto urjente ocupase su imajinacion. El capitan llevaba una chaqueta vieja en la que algunos restos de galon dorado mostraban la aparencia del orin; el tiempo y el uso habian festonado los ribetes. De su ancho calzon encarnado salian dos piernas muy flacas, como de un saco, en las que no se veia mas que huesos y tendones. Sus piés flotaban dentro de unas babuchas muy anchas retorcidas por la punta como unos patines, y este calzado demasiado grande parecia aun que le incomodaba. Su cinturon rodeaba mas bien un

paquete de vestidos que un cuerpo humano, y bajo un turbante aplastado por su vejez se distinguia un rostro que parecia siempre de perfil por lo descarnado y seco. Las cejas espesas y encrespadas del personaje, su nariz corba, sus ojos amarillos, su boca pequeña y sin labios por decirlo asi, componian un conjunto de facciones único cuya fisonomía habitual era el jesto que hace un judío examinando una moneda con mucha atencion. Este especie de fantasma llevaba al lado una pistola de mecha del tiempo de la batalla de Fornon, y con la cual era imposible atentar á la vida de su prójimo á ménos qne no se sirviese de ella como de una maza.

El turco pareció apercibirse finalmente de las risas que provocaban su figura y su traje, se aproximó á un grupo de los que se reian, y sacando de su bolsa bien provista un *genovés de oro* que valia treinta y dos escudos franceses, le dió vueltas entre sus flacos dedos y dijo con voz de triple:

—Buenos señores, yo vengo á este pais á comprar bellas mercancías; pago al contado, tengo mi patente, soy un negociante honrado y rico, y vengo aun á cobrar una pequeña deuda en esta ciudad.

Las risas y burlas cesaron inmediatamen-

te, y los buenos paisanos, quitándose sus gorros, ofrecieron sus servicios al capitan del bergantin con la vivacidad meridional que los carecteriza, gritando todos á la vez:

—Monseñor, ¿tiene usted necesidad de un guia para conducirle? ¿necesita usted que se lleven sus bagajes á alguna parte? ¿quiere usted que le mostremos la casa de la persona que le debe dinero?

—Muchas gracias,—respondió el turco haciendo resonar las monedas de oro encerradas en su bolsa;—yo tengo aquí todo mi bagaje; conozco la ciudad por haberla habitado en tiempo de Enrique IV; y veo allí la persona que me debe la pequeña suma. Tomen ustedes este *genovés* para beber á mi salud.

El turco puso la moneda de oro en manos del mas robusto de los mozos de cordel, y este huyó con ella precipitadamente para evitar la condicion de distribucion con los otros, y como ellos se pusieron á perseguir al poseedor de la moneda dando gritos y echando juramentos y maldiciones, el capitan se halló libre de curiosos y burlones.

Esta escena, que hubiera debido divertir al señor de Beaujeu, parecia, por el con-

trario, conmoverle en estremo. El comendador mudó el color y se retorcia los bigotes con aire ajitado; y finalmente, cuando vió que el turco se dirijia hácia su lado, apoyó las dos manos en su baston como si sus piernas no pudieran sostenerle. El capitan del bergantin se paró enfrente del comendador, y le dijo con voz llena y sonora:

—Antonio Quiqueran, no tienes mas que tres dias para cumplir tus compromisos.

—¿Quién sois?—respondió el señor de Beaujeu.—Yo no os conozco; ¿qué compromisos puedo haber contraido con un cosario ó un mercader de coral?

—Señor comendador,—respondió el turco sonriendo,—con el fin de abreviar no os doy vuestros títulos y distinciones, pues el tiempo es precioso para vos. ¿Estáis de humor de perderle en ceremonias? haced lo que os agrade.

—No se trata de ceremonias; ¿finjís no haberme comprendido?

—Y vos, señor comendador, ¿aparentais haber perdido la memoria? ¿No os acordais ya de Cora, de vuestro navío salvado por un prodijio, y de nuestras conferencias en vuestro calabozo de las Siete Torres? Si no me engaño, hablamos de ciertos puntos sobre

los cuales tuve el honor de daros algunas instrucciones.

—Basta,—interrumpió el comendador,—dejad ese tono burlon, ó libradme de vuestra presencia.

—En hora buena; Antonio Quiqueran, ya estás advertido; no tienes mas que tres dias.

El turco hizo una pirueta en sus anchas babuchas y tomó el camino de la ciudad. El señor de Beaujeu se quedó absorto en sus reflexiones por un cuarto de hora, y luego esclamó:

—Yo sabré si todo esto es real, ó si se burlan de mi credulidad; el momento ha llegado por fin de salir de mi incertidumbre.

El comendador se dirijió al convento de San Francisco, y llamó al padre guardian.

—Padre mio,—dijo el comendador tan luego como salió,—hace diez años que me honrais con vuestra amistad; habeis tenido bastante bondad para escusarme mis orijinalidades, y bastante discrecion para no tratar de adivinar mis secretos. Yo os debo infinitas gracias y una esplicacion; pero ante todas cosas tengo que pediros un servicio importante. Quiero acercarme al Señor

ántes de morir, y pedirle que me conceda su gracia; decid una misa para mí solo en la capilla del convento, y en seguida oireis mi confesion.

—Hijo mio,—respondió el padre guardian,—sois un bravo soldado de Dios, y os he tenido siempre por un buen cristiano. Vuestras orijinalidades os serán perdonadas, y vuestros pecados tambien; esa determinacion es la de un sabio, y vais á hacer hoy lo que yo esperaba hace mucho tiempo. El señor os tiende los brazos, no lo dudeis.

—¡Así sea!—dijo el comendador suspirando.—La duda es lo que me mata, pero ahora voy á conocer en que estado se halla mi alma.

El guardian llamó al sacristan y á un monaguillo; se abrió la puerta de la capilla y el señor de Beaujeu se apoyó en la columna mas próxima al altar mientras que se hacian los preparativos de la misa.

Las facciones del viejo marino indicaban una emocion profunda; corrian por su frente gruesas gotas de sudor que enjugaba con su pañuelo, ocultando su rostro al mismo tiempo El guardian salió presto de la sacristía revestido y acompañado solamente del niño de coro que traia las vinajeras. El

señor de Beajeu se arrodilló en una silla, y empezó la misa rezada. Desde las primeras palabras del oficio divino empezó á disiparse la turbacion del comendador; sus facciones se serenaron, sus miradas se fijaron en el santo tabernáculo, al principio con timidez, y luego con confianza y uncion. Las palabras del oficiante y las respuestas del niño de coro parecian una música celeste en la que su oido hallaba delicias infinitas; sus ojos se llenaron de lágrimas, y se le oyó murmurar en voz baja:

—¿Es posible, Dios mio, que os digneis aun recibirme en vuestros brazos?

El señor de Beaujeu se prosternó en seguida de rodillas sobre las baldosas y se quedó inmóvil como una estátua. Sin embargo, el oficio divino no estaba aun en el ofertorio, cuando el sacerdote se ajitó como si la turbacion del espíritu del comendador hubiese pasado al suyo. Su rostro se ponia pálido y su voz se alteraba; y dos veces al tomar la hostia la dejó caer al pié del cáliz. En el momento de cumplirse el sacramento de la Eucaristía, su garganta se oprimió, y en lugar de pronunciar las palabras de la consagracion dió un grito doloroso. El oficiante se volvió sobrecojido

de espanto y casi sin aliento, y apoyándose con el codo sobre el altar, dijo al monaguillo:

—Es necesario que alguna persona estraña al convento haya entrado aquí, búscala y mándala que salga.

El monaguillo dió la vuelta por toda la capilla y no encontró á nadie.

—¡Luego es mi culpa!—repuso el sacerdote.—¡Dios mio! ¿qué crimen he podido cometer.

El padre guardian trató de continuar el divino sacrificio; pero el viento apagó las dos velas, y en las dos bóvedas laterales resonaron voces confusas. Ensayando una vez el pronunciar las palabras sacramentales, el sacerdote se dejó escapar una maldicion que le llenó de horror. Bajó pues las gradas del altar, y aproximándose al comendador, le dijo:

—Aquí hay un hombre maldito de Dios; ¿sois vos, hijo mio?

El señor de Beaujeu, con el rostro pegado á la tierra, no respondió; el sacerdote quiso levantarle entre sus brazos, pero el comendador estaba desmayado.

## CAPITULO II.

Pocos minutos despues de su desmayo el señor de Beaujeu se paseaba á paso largo en la celda del padre guardian. Su confesion no hubiera sido conocida sin duda, si la curiosidad del monaguillo no se hubiese despertado por la escena de la capilla, pues mientras que el sacristan y los hermanos sirvientes habian socorrido al comendador ayudándole á marchar hasta la celda del guardian, el monaguillo se agazapó detrás de la librería para satisfacerla, y desde el fondo de su escondite pudo oir y observar todos los detalles de la conferencia.

El viejo comendador estaba sumamente exaltado; el entarimado de la celda se estremecia bajo el peso de su gran cuerpo, y á cada paso que daba, su espada resonaba contra sus botas. Se mordia los bigotes, y toda su persona tenia una apariencia terrible, reconociéndose en sus jestos apasionados el combate que habia entre su desesperacion y la energía de su carácter.

—Puesto que mi desgracia es irreparable,—decia él;—la sufriré; pero al menos salvaré mi reputacion si no puedo salvar

mi alma... Tendré un fin ejemplar; á fuerza de buenas obras avergonzaré al cielo por su rigor. No faltará nada... sino vuestra presencia y vuestros consuelos, ¡oh, Dios mio!...

Y en seguida, dándose un golpe de pecho, añadió:

—¡Señor!... ¿conque hay culpas que no pueden perdonarse?

—Hijo mio,—dijo entonces el guardian, —confiadme el secreto que os agobia; ya veremos si el mal es irremediable.

El comendador se dejó caer en un sillon, y despues de haber puesto las manos sobre sus ojos durante algunos instantes como para recojerse, empezó la siguiente relacion:

—En el año de 1660, hacia trece años que duraba la guerra de Candia, cuando se supo que el sultan Mahomed IV preparaba una nueva espedicion contra esta isla desgraciada. Yo mandaba entonces cinco hermosos navíos, montados por tripulaciones llenas de valor y decision, y la flor de los caballeros de Malta. Nos hallábamos en las costas de la Pulla, y el gran maestre me comunicó la órden de pasar al archipiélago y colocarme allí en observacion para dar aviso de la aproximacion de la flota

turca. El 2 de mayo por la mañana, á la vista de la isla de Paros, noté los síntomas de una tempestad violenta que se preparaba, y previendo que no tendria tiempo para ponerme al abrigo, me alejé de las costas. La tempestad se declaró muy presto, y jamás he visto ninguna tan terrible; nos batió sin descanso por espacio de mas de veinte y cuatro horas y nos arrastró muy lejos, sin conseguir no obstante dispersarnos, pues mis cinco navíos maniobraban con una perfeccion rara. Un solo navio, mandado por el caballero de Flosville, se estravió durante un medio dia y se reunió por la noche; pero fué para traernos una noticia que me alarmó: la flota otomana se hallaba á pocas millas de nosotros. La noche se puso muy pronto oscurísima, y yo esperaba escapar á la vista del enemigo á favor de las tinieblas de la noche; hice apagar todos los fuegos, y me dirijí con precaucion hácia el pequeño puerto de Cora, cuyo faro se veía brillar.

Mi esperanza salió fallida, pues á través de la oscuridad divisé una galera turca tan próxima á uno de mis navíos que no dudé ya que nos hubiesen descubierto. La tempestad dió al pricipio demasiada ocupacion á los turcos para que pensasen en atacar-

nos sériamente; no conocian aun el número de mis buques, y no hubieran podido empeñar mas que combates parciales durante la noche, en los que sus fuerzas habrian corrido muchos riesgos; pero al venir el dia nos mostró el peligro de nuestra situacion. La mar estaba cubierta de velas enemigas; yo conté cuarenta, y á pesar del viento que las habia dispersado, se reunian lentamente y conocí por las señales del navio almirante que se trataba de envolvernos. Mazamamet mandaba esta gran flota, y yo sabia que era valiente y arrojado por haberle hallado en otros combates. Sin embargo, comprendí por sus movimientos que no me creia tan temerario que arriesgase el paso del pequeño puerto de Cora con un mar tan irritado. Tomé, pues, mi resolucion sin vacilar; entramos en Cora sin accidente, y anclé mis cinco navios presentando un frente de batalla capáz de intimidar á cualquier otro que á Mazamamet. Si el puerto hubiese sido mejor, la superioridad del número no me habria embarazado, pues tenia en mi favor la superioridad de las armas; mis caballeros y mis marineros eran todos jóvenes, todos intrépidos y ansiosos por batirse; mi artillería era escelente, y el enemigo no podia atacar-

me mas que con la cuarta parte de sus fuerzas á causa de mi posicion favorable.

El 3 de mayo de 1660 empezó el fuego á las nueve de la mañana; tres navíos turcos colocados á la entrada del puerto nos enviaron una andanada que no nos alcanzó, y á la cual no me dignué responder. Una galera enemiga quiso forzar el paso y meterse entre mis navíos pero una descarga á quema ropa la echó á pique. Mazamamet hizo avanzar las chalupas bombardeadoras, pero los proyectiles pasaban al principio por encima del muelle de Cora y los disparos eran en vano; mas á fuerza de corregir la direccion del fuego consiguieron alcanzarnos. Entonces puse en juego toda mi artillería, y se empeñó un combate terrible; dos de mis navíos vomitaban una lluvia de balas por la embocadura del puerto, y los otros tres respondian á las bombas de Mazamamet con obuses, cuyos disparos eran certeros. El primer dia se pasó sin que mi flota hubiese padecido grandes estragos, pero la noche fué cruel; la tempestad no se habia calmado y la bahia de Cora no era suficiente para defendernos de la fuerza de las aguas, de manera que temia ver que mis navios se hiciesen pedazos los unos contra los otros. Permanecí hasta el dia en

una ansiedad que no olvidaré jamás, oyendo los gritos de mis tripulaciones y las esplosiones de la artillería, que no cesaban de resonar. Hice desembarcar algunos cañones, y establecí una batería sobre la punta del muelle: batería que causó pérdidas considerables al enemigo, pero nos perdió por haber inspirado al capitan bajá la idea de destruir el muelle que estaba medio arruinado. Abrió, pues, algunas brechas, y las balas llegaban á nosotros con mas seguridad, de manera que antes que se acabase el segundo dia mi navío tuvo ya un palo roto. Otros dos de mis buques sufrieron tambien mucho y perdieron mucha jente; á las dos de la noche cesó el fuego.

Yo aproveché estos momentos de descanso para hacer reparar mis averías y pasar revista á las tripulaciones. No puedo deciros el espectáculo sangriento que se ofreció á mi vista; y todos estos bravos marinos, olvidando sus heridas, suplicaban á sus camaradas que no se ridiesen y que peleasen hasta morir. Yo les prometí morir con ellos; pero al volver á mi navío tenia la desesperacion en el alma.

Al llegar el comendador á este punto de su relacion, se interrumpió y dijo:

—Padre mio, lo que me queda por con-

tar puede parecer increible á muchas jentes, y durante mucho tiempo he dudado yo mismo atribuyéndolo á alguna ilusion de mis sentidos. Me inclinaba á pensar que las apariciones de todas clases eran de nuestra imajinacion, y solo esta mañana he llegado á saber que podian existir fuera de nosotros mismos.

—Acabad, hijo mio,—respondió el padre guardian.

—A cosa de las once,—repuso el comendador,—la mitad de mi jente reposaba algunos instantes para prepararse á morir combatiendo. Por encima de las olas que se elevaban sobre la ruinas del muelle, se oian los silbidos de los contra-maestres y los gritos de los heridos; yo estaba sentado en mi banco de mando y pedia á Dios que me enviase la primera bala que trase el enemigo, ó que salvase mi flota por un milagro, cuando de repente percibí en pié delante de mi un personaje desconocido que seguramente no hacia parte de la tripulacion. Llevaba un largo vestido negro; su palido rostro tenia una espresion indefinible en el que la tristeza y la fiereza se pintaban mezcladas con yo no sé qué de malo. Sus grandes ojos, bastante bellos, me miraban con un aire dulce y apiadado, pe-

re los estremos de su boca se replegaban como si el desden acompañase la piedad con que me horaba. Se apoyaba con el codo sobre la balaustrada de mi banco, en una actitud llena de nobleza.

—Antonio Queiqueran,—me dijo con voz compasiva,—vengo á anunciarte una triste nueva: mañana asistirás á la distribucion de tu flota.

—¿No hay recurso alguno?—pregunté al desconocido.

La aparicion sacudió su hermosa cabeza melancólicamente, y creí tener delante de mí uno de esos jenios lúnebres que los escultores colocan llorando sobre las tumbas.

—¡Dios mio!—añadí yo retorciendo las manos;—aceptad al ménos el sacrificio de mi vida.

—Yo no lo quiero,—repuso el desconocido,—tú seguirás á tus compañeros; ¿pero qué responderás al gran maestre de Malta cuando te diga: Antonio, ¿qué has hecho de tus cinco navios y de los mil quinientos valientes que peleaban bajo tus órdenes?

—Me mataré, antes que tolerar ese suplicio, —respondí.

—¿Matarte?—repuso el desconocido;—

es el partido mas necio que puedas imajinar. El suicidio te llevaria derecho á los infiernos, mientras que esponiendo un poco tu alma, podrias salvar tus compañeros y volver triunfante á Malta. Si has de condenarte, que sea al ménos con un poco de honor y provecho.

—Hace una hora que ruego á Dios y no le pedia tanto,—le respondí.

—No es á *él* á quien debes dirijir tus súplicas,—repuso el desconocido,—pues no quiere escucharlas. El tiempo urje; ensaya el dirijirte al *otro*... y le hallarás mas complaciente.

—¿Al *otro*? ¿quién es? ¿dónde podria encontrarle? ¿qué exijiria de mí?

—Delante de tí le tienes. Puedes salvar aun tus navíos, y mas tarde, con habilidad, salvar tu alma.

—¿Luego eres el demonio?

—Llámame como quieras; pero te suplico que observes con cuidado la atencion que tengo por tu mérito y valor. No creas que trato de la misma manera á los miserables que se entregan á mí todos los dias; pues los hago rabiar una hora y luego los ejecuto rigorosamente segun mi voluntad. Con un hombre como Antonio Quiqueran no ando en rodeos y me muestro

tratable.

—El deseo que manifiestas en la pérdida de mi alma es un aviso que te agradezco,— le respondí.—Abusas de la crítica posicion de un soldado reducido á la desesperacion y que quisiera sacrificarse por salvar á sus compañeros de infortunio.

—Eso es pura vanidad,—respondió el desconocido.—Tu decision es jenerosa, en efecto; pero te equivocas si piensas que la historia no ofrece otro ejemplo de un sacrificio tan bello. Tengo en mis tabletas una larga lista de ellos, y te citaré algunos para instruccion tuya; tu espíritu se acostumbrará con eso á una idea de la que han hecho un mónstruo espantoso los curas y las viejas de las aldeas. Para probarte que no tienes un corazon superior al resto de los humanos, voy á contarte un sacrificio mas estraordinario y mas útil que el tuyo.

A principios del siglo XV, la república de Venecia, que se acaba lentamente en el dia, estaba en su apojeo. Dos jenios opuestos se manifestaron en el seno de esta República; el jenio de la prudencia y el de la ambicion. Los dos se encarnaron en las personas de Tomas Moncenigo y Francisco Foscari; el primero consideraba como un

peligro para la República el fijar la atencion en la tierra firme, y queria permanecer fiel á las antiguas tradiciones, adhiriéndose á los tratados de comercio con el Levante, y conservando y aumentando los privilejios que tenia Venecia en el territorio arabe, de manera que fuese imposible toda concurrencia; queria evitar el tomar parte en los debates políticos de los Estados de la Europa, y sobre todo no despertar sus celos por cuestiones de fronteras en la Lombardía. El segundo, por el contrario, conocia las fuerzas de su patria, y adivinaba que los pequeños principados vecinos, gobernados por tiranos, estaban destinados á fundar su dominio en tierra firme, y queria que la República se atreviese á luchar contra los reyes y los emperadores. En fin, Foscari deseaba elevar á Venecia al rango de las grandes potencias.

Estos dos partidos dividieron el Senado en dos partes iguales; la una se componia de los ancianos, y la otra de los jóvenes. Las dos facciones triunfaron alternativamente en los escrutinios, y si de un lado habia mucha prudencia, del otro habia brillo. La conviccion y la porfia parecian iguales por ambas partes; en 1405 los jóvenes ganaron una votacion importante con-

tra los ancianos, pues la República resolvió apoderarse de Padua por traicion. Francisco Carrara fué atraido á Venecia y ahogado en un calabozo, de manera que Padua, Feltre, Belluna y Treviso fueron el precio de esta hazaña. Teniendo entonces Venecia un territorio en tierra firme que no podia abandonar, Tomas Moncenigo y su partido temblaron por la actitud ambiciosa que acababa de tomar el gobierno respecto á las potencias de la Europa. El triunfo del partido Foscari, en esta ocasion, le valió una derrota en otra; pues habiendo muerto el Dux en 1413. el gran consejo elijió á Tomas Moncenigo. Cuando se halló revestido de este poder, este anciano supo hacer prevalecer su sistema pacífico en el Senado, y La República pareció hallarse bien con él. El comercio y el crédito de Venecia se estendieron prodijiosamente; la poblacion de la ciudad era en 1418 de 190.000 habitantes; el Estado poseía cuarenta y cinco navíos de guerra montados por 11 000 marineros; y habia 30,000 casas de comercio venecianas en Italia y en el Levante. Los cambios con la Lombardía solamente ascendian á 30,000 ducados, y todos los algodones de las Indias llegaban á Europa sobre los buques de Venecia.

Tomas Moncenigo tenia entonces 76 años y hubiera querido vivir ciento; no por amor de la vida, sino por preservar á su patria de los peligros en que solo él podia impedirla que se precipitase. Cuando despues de cinco años de reinado sintió que la muerte se le acercaba, su alma desolada no queria dejar este cuerpo gastado que se la devolvia á Dios á pesar suyo. El viejo Dux, tosia una noche en el fondo de su alcoba, envuelto entre bayetas y fajado como un niño; los senadores le miraban ya como muerto, y hablaban junto á su cama de quién seria su sucesor, cuando todos los ojos se volvieron hácia el orgulloso Foscari. Un desconocido se deslizó entre las ropas negras del Senado hasta la cabecera de la cama del Dux espirante, y le ofreció bajo ciertas condiciones cinco años de vida y de poder. Moncenigo aceptó sin dificultad, y aun mostró tanta premura en concluir el trato que descuidó arreglar sus intereses tan bien como hubiera podido hacerlo. Firmó con mano débil.... pero al dia siguiente el viejo Dux habia recobrado la salud y presidia el consejo de los *Pregadi*; y, segun sus ideas, Venecia se habia salvado.

—No olvideis el decirme como acabó ese

Tomas Moncenigo,—dije yo entonces á la aparicion.

—Menos bien que hubiera debido, pero fué por su culpa. No se ocupó mas que de los negocios del Estado y no de los suyos en aquellos cinco años. Desde que se halló seguro de vivir todo aquel tiempo no descansó un minuto nise ocupó de placer alguno. Hizo mas trabajo por sí solo que el resto del gobierno; dejó exausto el Senado, y puso en galera á todos los proveedores. El término llegó sin que pensase en ello, y murió repitiendo por la centésima vez: «Temed al orgullo y la ambicion de Foscari; dad vuestros votos á Loredano.»

—El ejemplo que me citais,—dije yo entonces al desconocido,—no es muy tentador. Tomás Moncenigo se perdió por haber amado mucho á su patria, mientras que el ambicioso Foscari se salvó. ¿Cómo puede permitir el cielo semejantes injusticias?

—Precisamente á las almas elevadas es á las que nos permite el cielo dirijirnos, y por eso me hallo aquí. Antonio Quiqueran, con un hombre como tú, no me bajaré hasta la mentira y la astucia: vengo espresamente para seducirte.

## CAPITULO III.

El señor de Beaujeu prosiguió su relacion en estos términos:

—Agradezco infinito que no empleeis para seducirme mas que la persuasion, y no la astucia,—dije á la aparicion;—pero ¿de dónde procede esa jenerosidad? ¿creeis mi derrota tan fácil, ó fijais una especie de puntillo de honor en esa apariencia de franqueza?

—¡Puntos de honor!... ¡apariencias!...—respondió el demonio sonriendo,—esas ideas son buenas para las pobres cabezas humanas; yo no me paro en esas bagatelas. No conozco mas que mis intereses, y aplicándome á hacerlos triunfar, me cuido muy poco de crearme dificultades inútiles. Si te hablo con franqueza es porque las vanas astucias no te inspirarian mas que desprecio; yo no soy responsable del estado desesperado en que te veo. Allá arriba está el que te ha puesto en este abismo, y sin duda tenia sus razones para hacerlo. Yo me aprovecho de la ocasion, y te ofrezco mis servicios; usar contigo de la astucia seria una torpeza, y por eso te hablo sin rodeos.

—El que me ha puesto en este abismo,

—respondí yo,—sabrá hacer manifestacion de su poder, si le agrada salvarme por un milagro.

—No te exaltes,—repuso el demonio;—desde el tiempo de Juan de Arco no hace ya milagros el cielo, y tú no eres una jóven vírjen que guarda corderitos. Volvamos, pues, á nuestra conversacion: te engañaba hace poco al decir que el ambicioso Foscari se habia salvado, pues su vanidad me le entregó; y pues que jugamos á cartas vistas; te diré que he abultado un poco el mérito de su predecesor. Considerado á fondo, el amor patrio de Tomas Moncenigo podia llamarse una terquedad, una obstinacion envejecida en favor de un sistema político estrecho. Con mi ayuda y mis consejos, Foscari arrastró para siempre á Venecia fuera de sus lagos y la dió el rango de una gran potencia europea; pero sus conciudadanos le recompensaron deponiéndole, y murió de despecho y vergüenza sin haber podido pagarme. Ya ves que Moncenigo no tuvo que envidiarle nada. A tí te agrada mucho leer la historia del marqués de Pesquiera, y es el peor modelo que pudieras tomar. Pesquiera me escuchó cuando le aconsejé que hiciese traicion á Cárlos V y que guardase para sí el milanesado que ha-

bia conquistado; pero trató de principiar á ejecutarlo sin consultarme esperando conseguir su objeto y escaparse de mí; de manera que esa indecision fué causa de su ruina. Créeme; no vaciles y díme sí, ó no, resueltamente ántes de amanecer, pues ya viene la aurora. Ya puedes juzgar cuantos documentos secretos poseo respecto á ciertas historias, y te admirarias si te descubriese la parte que he tenido en muchos acontecimientos cuyo sentido han esplicado los hombres como han podido. No tengo vanidad, permanezco voluntariamente en la oscuridad, pero no se hace casi nada en política sin que yo me mezcle en el asunto. Para citarte solamente dos ejemplos que te conciernen, podria decirte como volví al célebre Wallestein la gloria que queria quitarle Gustavo Adolfo; pero Wallestein no se determinó á ello por motivos tan nobles como los tuyos. Prefiero citarte un ejemplo en que hallarás una perfecta analojía y conformidad de situacion con la desgracia que te amenaza. Se trata de un militar famoso que con mi ayuda salvó su ejército próximo á perecer, como tú vas á salvar tu flota; su historia te interesará sin duda, porque ví á este hombre exactamente en el estado en que te veo al presente.

La aparicion notó sin duda en mi rostro algun indicio de curiosidad, pues se aproximó á mí, y sentándose á mi lado sobre mi banco de mando me dijo en voz baja:

—Este gran capitan vive aun; pasa por uno de los mas hábiles y dichosos guerreros de este siglo, y tú debes conocerle; es el mariscal Abraham Fabert.

Antes de la guerra de Candia, yo habia conocido en efecto al mariscal Fabert cuando no era mas que coronel, y nos habíamos hecho amigos. No ignoraba los rumores que corrian sobre las victorias de este guerrero, pero los tenia por cuentos ridículos: á los ojos del vulgo nada se parece tanto á los sortilejios como las conquistas del jenio, y por eso pensaba que toda la májia de Fabert estaba en sus talentos y valor.

—Tú has oido hablar de la pérdida que sufrieron los franceses en Maguncia en 1635, —prosiguió la aparicion;—un poco de lentitud en las operaciones y lo muy considerable de las fuerzas enemigas, fueron las causas de sus reveses. Fabert mandaba un cuerpo imponente, y su resistencia enérgica contra los esfuerzos de Galas, general en jefe de los imperiales, impidió que la derrota fuese completa; sin embargo, las tropas

francesas se hallaban asustadas. Habia, pues, motivos para temer, pues el ejército arrollaba algunos rejimientos desorganizados y los llevaba en retirada hasta los atrincheramientos de Fabert, donde acababan de introducir el desórden. La noche estaba como esta, y el coronel agobiado de cansancio escuchaba á lo lejos los alaridos de los croatos que despojaban á los desgraciados cojidos en el campo de batalla. Su gran corazon se despedazaba á la idea de que la misma suerte estaba reservada al dia siguiente á los bravos soldados que mandaba, y bajo pretesto de ir á observar las posiciones del enemigo bajó á la orilla de un rio para llorar allí sin testigos. Entonces me vió en pié cerca de él, como lo estaba hace poco delante de tí; nuestra conversacion no fué larga, pues tan luego como le manifesté mi designio de salvar el ejército me cojió la palabra y firmó conmigo un arreglo por el cual le ofrecí las ventajas mas brillantes, no solamente para la ocasion presente, sino para el porvenir de su carrera militar. Le enseñé en seguida lo que debia hacer; dirijí su cuerpo de ejército por caminos que yo conocia; derrotó á los croatos, y sorprendió á Galas por una sábia maniobra. Las tropas ejecutaron su reti-

rada en buen órden, y desde aquel momento se ha repetido mil veces que Fabert habia salvado el ejército; se llevó el honor de esta campaña, y hasta el dia en que el rey le dió el baston, Turena quiso siempre tenerle bajo sus órdenes.

—¿Puedo saber cuáles fueron las proposiciones que hicísteis al mariscal Fabert?—dije yo á la aparicion.

—Le concedí veinticinco años de fortuna militar, le cumplí mi palabra, pues desde este dia no se ha batido jamás sin llevar consigo la victoria.

—Muy bien, ¿pero bajo qué condiciones?

—Bajo la simple condicion de entregarme en su puesto otra persona al acabarse los veinticinco años.

—¿Y ha llegado el plazo?

—Cumple en el corriente de este año; la retirada de Maguncia fué en 1635 y estamos en 1660.

—¿Y pensais que el mariscal se halle en estado de poder satisfaceros?

—Mucho lo temo, pues Fabert tiene admiradores apasionados, y muchos militares querrian á todo precio heredar su fortuna. Sin embargo, él es envidioso, y antes que ceder su dicha y su gloria á cualquier otro oficial es incapaz de morir; si le encuentro

en esta disposicion me alegraré tanto que le acordaré un plazo de dos años, pasados los cuales será preciso que partamos juntos.

—¿Pero á quién podria daros en su lugar?—pregunté yo.

—Un amigo decidido, un criado fiel, un hermano, un hijo, una querida.

—¿Y qué hombre se hallaria tan cobarde que sacrificase á su amigo, á su hermano, á su hijo,ó á su querida? No, Fabert no cometerá un crímen tan atroz; lo sabíais bien, y por eso le habeis tratado tan favorablemente.

—Antonio Quiqueran,—me dijo la aparicion,—tú serás tratado aun mas favorablemente. En lugar de veinticinco años te concederé treinta; piénsalo bien, muchos de esos caballeros que van á morir mañana á tu lado tienen sus almas en un estado tal, que será muy dificil que vayan al cielo. Por agradarte arriesgo el que se me escapen... dime una sola palabra y vivirán; tú les salvas llenándote de gloria, y antes de treinta años uno de esos mismos caballeros, ó cualquiera otro de sus servidores, entregándose á mí por rescatarte, no tendrá una muerte peor que la que le espera mañana.

En este momento salian del fondo de mi navío unos gritos desgarradores; parecia que se habian concertado para avivar con sus jen idos los sofismas del tentador. Mi corazon vacilaba y estaba pronto á rendirme... ¡Ay Dios!... ¡porqué no firmé yo entonces el pacto que se me ofrecia! al menos habria sucumbido por la salvacion de mis compañeros, pero el enemigo de los hombres debia triunfar de mi alma por otras condiciones menos bellas. Me creí superior á él, y despues de haber recobrado mi espíritu turbado me volví hácia la aparicion diciendo:

—¡Retírate, Satanás!

Como si hubiese adivinado mi pensamiento, el demonio habia desaparecido ya. Enseguida me dormí sobre mi banco, y cuando me despertaron los tambores creí que habia soñado lo que acabo de contaros.

Al aparecer el sol sobre las ondas del mar no iluminó mis pobres navíos, pues el combate habia empezado antes de amanecer y una espesa nube de humo cubria todo el puerto de Cora. Ni una sola bala quiso herirme;¡en vano buscaba la muerte corriendo adonde veia llover la metralla, mientras que nuevecientos de mis bravos soldados tuvieron la dicha de perecer; el resto se rindió

á discrecion. Arrastrada mi flota á remolque por el vencedor, recibió la ignominia del estandarte otomano... Yo fuí cargado de cadenas y encerrado con otros prisioneros en el fondo de la cala del navío almirante. Estaba en un rincon devorando mi rábia mientras que mis compañeros agobiados por la fatiga dormian enderredor mio, cuando percibí la figura de la noche precedente, vestida aun con su ropage negro y con la misma actitud melancólica.

—Y bien,—le dije,—¿venís á gozaros en mi desgracia?

La aparicion guardó el silencio.

—Jeneroso estranjero,—repuse yo con amargura,—ya veis á qué estremo me veo reducido por no haber aceptado vuestros servicios. Moriré bajo el peso de estas cadenas, pero iré á ver á Dios.

—¡El!...—respondió el demonio con sonrisa desdeñosa,—¿no conoces que te abandona? Y sin embargo es por él por quien acabas de pelear; pero, pues que te burlas de mi jenerosidad, voy á confundirte al instante. Seré mas jeneroso de lo que pudieras esperar; Antonio Quiqueran, tus cadenas van á romperse, y haré por tí lo que no ha querido hacer aquel cuyo nombre has pronunciado hace poco.

Como yo habia oido decir que los espíritus infernales no hacian servicios por nada, consideré las promesas de este como una fanfarronada. Por otra parte, buscaba en mi imajinacion el cómo haria para sacarme de aquel estado tan crítico, y mi imajinacion no me presentaba ningun espediente. Reflexionaba en la salida que acababa de hacer mi personaje, cuando los chasquidos y vaivenes del navío me anunciaron que la tempestad se habia hecho mucho mas fuerte; y jamás la habia visto tan terrible desde que corria los mares. Muy presto oí fuertes gritos y patadas, pues la tripulacion turca no queria maniobrar creyéndose perdidos. Al cabo de una hora se apareció delante de mí el capitan bajá en persona, acompañado de algunos oficiales y de un hombre que llevaba una antorcha.

—Comendador Quiqueran,— me dijo el capitan bajá,—los furores del cielo deben hacernos olvidar los de la guerra. Mis navíos van á perecer igualmente que los tuyos; unámonos para luchar contra los elementos. Sé que eres el marino mas sabio del Mediterráneo; ven conmigo sobre el puente toma el mando de mi navío y el de toda la flota, y si nos sacas de este inminente peligro te devolveré la libertad.

—¿Qué me importa mi libertad,—respondí,—si no me vuelves mis navíos y mis marineros? ¡Ojalá que la mar nos trague á todos juntos!

—Escúchame,—repuso Mazamamed;—el sultan, mi señor, no podria aprobarme el que te devolviese tus navios despues de habértelos cojido; te daré solamente uno, sobre el cual partirás, y me quedaré con los cuatro.

—Acepto, pues,—respondí;—pero en lugar de partir me quedaré prisionero, y enviaré á Malta al caballero de Flosville con su navio para que anuncie al gran maestre la vergüenza y la desgracia de Antonio Quiqueran.

Me quitaron, pues, mis cadenas, subí al puente y dirijí las maniobras. Mazamamet, con la bocina en la mano, traducia en lengua turca mis órdenes de mando, pues, aunque la marina turca no es muy mala, no tiene comparacion con la de nuestra órden. El capitan bajá habia cometido faltas groseras que le hice reparar, y, en una palabra, le saqué del peligro para cuando vino el dia sin que hubiese desaparecido un solo navío. Mazamamet, fiel á su palabra, dió libertad al navío del caballero de Flosville con toda la tripulacion; yo

abracé á este digno jóven y partió para Malta, pidiendo nuevamente mis cadenas. Apenas me habian puesto en el fondo de la cala, cuando me ví asaltado de nuevo por mi aparicion.

—Y bien,—me dijo,—ya ves lo que podria hacer por tí con este pequeño ejemplo.

—No te alabes,—respondí,—Dios por quien yo combato, es quien ha librado uno de mis navíos, y no confio mas que en él.

—¿Olvidas que estoy en terreno mio,—repuso el demonio,—entre infieles á quienes inspiro lo que me dá la gana? No depende mas que de mí el soplar en su espíritu para inspirarles la fantasia de matarte.

—¡Hazlo pues!—respondí lleno de ira;—yo te desafío á que me hagas ese señalado servicio.

La aparicion se puso á sonreir.

—Modesto Quiqueran,—me dijo,— en el buen éxito que acabas de conseguir, ¿no cuentas por nada tu mérito, tu valor y tu reputacion? Yo sabré probarte que soy el autor de ese incidente imprevisto; te mostraré que reino solo aquí. Sabe, pues, que ese mérito y esa reputacion van á sumerjirte en un

abismo mucho mas profundo. Veremos si aquel en quien fundas tu esperanza te tiende la mano.

Como yo me encojia de hombros en señal de desprecio, el demonio irguió la cabeza con altivez y desapareció diciéndome:

—Hasta mas ver, Quiqueran; cuando vuelva ya habrás rebajado un poco tu orgullo intolerable.

El capitan bajá tomó el camino de Constantinopla con el fin de reparar allí sus navíos. En mi desgracia tenia el consuelo de pensar que el combate retardaria la espedicion contra Candía mas bien que la tempestad. Nos hallábamos en las aguas de los dardanelos cuando Mazamamed bajó cerca de mí, y me dijo:

—Comendador, quiero pagarte el bien que me has hecho pidiendo tu gracia. Sé muy bien que el gran visir pondrá algunas objeciones, pero mi obstinacion será igual á la suya, y si no consigo persuadirle rehusaré el entregarte; y como no te conoce, no podrá adivinar cuál de mis prisioneros es el célebre Quiqueran. Toma los vestidos de uno de tus oficiales, no respondas si vienen á llamarte, y ocúltate entre tus compañeros.

Sucedió lo que Mazamamet habia previs-

to; el jóven sultan Mohamed queria concederme su gracia, pero el gran visir le disuadiò de hacerlo. El visir y el capitan se disputaron, y yo pagué los gastos de su querella. Se pasaron los prisioneros en revista, y sea que mis miradas me vendiesen, sea que el visir tuviese un ojo sagaz, creyó reconocerme. Me separaron de mis compañeros y fuí enviado á la fortaleza de las Siete Torres; mi calabozo era húmedo, y apénas se podria respirar en él; la luz no entraba mas que por una tronera, y me alimentaban pésimamente. La aparicion habia dicho la verdad al asegurar que á su primera visita habria rebajado un poco mi orgullo, pues mis fuerzas estaban agotadas. El fastidio y desaliento me redujeron al estremo de desear las visitas de jenio del mal, que me las hacia con frecuencia escojiendo lo momentos en que la fiebre, la desesperacion y el hambre me habian agobiado; pero sin embargo resistia aun á sus seducciones.

El sitio de Candía se proseguia mientras que yo me hallaba en la prision. El gobernador de la fortaleza visitaba los calabozos una vez cada mes, y me daba noticias de esta guerra que duró nueve años aun. Al cabo de este tiempo, ya sabeis, padre

guardian, cómo concluyó, pues los socorros del rey de Francia no salvaron esta hermosa colonia. El duque de Beaufort halló la muerte en este sitio, y los venecianos perdieron mucha jente; ni la decision de los franceses, ni el heroismo del célebre Morosini pudieron evitar la suerte de Candía. Cuando se firmó la paz, mis carceleros tuvieron la crueldad de hacerme saber que el sultan habia dado libertad á todos los prisioneros á peticion de Luis XIV, y que yo era el solo esceptuado por una distincion particular. No puedo pintaros el estado de debilidad en que caí al saber esta triste noticia, pero el que habia jurado perder mi alma supo aprovecharse de ella. Venia frecuentemente á verme, y por cálculo, me dejaba solamente durante el tiempo necesario para que gustase el horror de mi aislamiento. Me repetia sin cesar, que en lugar de acabarme y consumirme en mi calabozo dependia de mí el tener treinta años de gloria, de aventuras dichosas, de combates brillantes y de una fortuna incomparable. La debilidad me produjo aun enfermedades, y el demonio me prometió entonces la salud. Finalmente, parece que sucumbí y firmé con mi sangre un pacto con el enemigo de los hombres.

## CAPITULO IV.

Al oir las últimas palabras de la confesion de Antonio Quiqueran, el padre guardian de los franciscos miró al comendador con aire de sorpresa y le dijo:

—Hijo mio; ¿cómo podeis hablar en forma de duda de la circunstancia mas grave de vuestra vida? ¿Parece, decís, que firmásteis un pacto con el enemigo de los hombres? ¿No estais seguro de haberle firmado?

—Mis dudas no han cesado hasta esta mañana,—repuso M. de Beaujeu.—El cansancio, la enfermedad y la desesperacion habian alterado tanto mis sentidos en la prision que á cada instante se me estaban apareciendo visiones, sin saber distinguir las realidades de las invenciones de mi delirio, y por esta razon permanecí tan largo tiempo en esa duda que temblaba que se aclarase.

Apenas acabé de firmar mi desgracia y ruina cuando un jenio familiar dejó de venir á mi calabozo: recobré prontamente mi salud, y no viendo mas al lado de mi miserable cama á ese personaje del otro mundo me figuraba con gozo que mis entrevis-

tas con él eran quimeras hijas de la fiebre persuadiéndome de que la debilidad y la exaltacion de mi pobre cerebro habian transformado en diablos á los carceleros y que habia sido engañado por alguna alucinacion digna todo lo mas de hacer miedo á un niño. Habia momentos en que volvian á acometerme mis terrores, y entonces mis recuerdos se precisaban mejor: al acordarme del cuadro que me representaba el espíritu de las tinieblas sentado cerca de mi lecho instándome para que firmase un escrito con mi sangre, sentia erizárseme los cabellos, y en seguida volvia la duda acompañada de la esperanza. Por otra parte yo no me parecia en nada á un hombre que dispone á su antojo de las potencias sobrenaturales, porque mi situacion no se dulcificaba; me trataban con la última barbárie y yo bendecia mis padecimientos pensando que debia tranquilizarme sobre el estado de mi alma.

Sin embargo, una mañana el carcelero deslizó en mi mano un papelito escrito en francés y firmado por mi sobrino Santiago Quiqueran: este jóven, que yo habia dejado cuando era niño, se habia vuelto un valiente y entendido marino de la Orden de Malta; y me anunciaba que habia logrado

seducir á uno de mis guardianes, y que estaba preparada mi evasion para la noche próxima. Efectivamente; el carcelero vino á buscarme al anochecer y me condujo hasta lo alto de una torre: una larga escala de cuerda sujeta á las almenas me permitió bajar con mil peligros hasta los brazos de mi sobrino, y partí con él en un buque que mandaba.

En Malta me hicieron mas honores de los que merecia: nuestro gran maestre Nicolás Cottoner reunió á todos sus caballeros y me abrazó públicamente en medio de una fiesta militar. Despues, como el rey Luis XIV deseaba verme, me fuí á San German, donde ya me habia precedido la fama de mis aventuras. Los cortesanos me miraron como á un animal muy sabio, y pronto empezaron á fastidiarme sus cumplimientos: si hubiese querido hubiera podido mandar las mas hermosas flotas del mundo, porque no sé cómo tenian mucha confianza en mi estrella, pero á mí me inspiraba mucha repugnancia un oficio en el que se arriesgaba la pérdida de la libertad, de la vida y hasta del alma; así fué que cedí las ventajas que me ofrecian á mi sobrino Santiago, que partia conmigo las caricias y la admiracion de la córte, con tanto mas mo-

tivo cuanto que su edad era la mas á propósito para aprovecharse de la ocasion, pretesté debilidad y enfermedades imajinarias, y solicité un empleo á guisa de retiro. Siéndome concedido el de gobernador de la ciudad de Burdeos, empleo en que me mantuve durante quince años, volviéndome despues á Arlés á mi castillejo. En cuanto á mi sobrino Santiago, tuvo la suerte de morir como yo hubiera deseado haber muerto, con las armas en la mano.

Desde hace treinta años, añadió M. de Beaujou con una voz alterada, he vivido lo mas honradamente que me ha sido posible, aunque sin cumplir con mis deberes relijiosos, sin atreverme á acercarme á los altares, ni á recibir un sacramento, ni aun á penetrar en una iglesia por temor de aclarar mis dudas, y llamando en mi socorro al olvido y á la confusion de mis recuerdos, á fin de no saber nunca la verdad. Yo me imajinaba que no aprovechándome de las ventajas mal adquiridas, atenuaria mi falta caso de haberla cometido. Volviendo á la guerra, me habria asustado de cada victoria, pándome de cosas inocentes, creia poder y ocuescapar á mi destino. De aquí nacia mi aislamiento y mis orijinalidades, que han hecho reir tantas veces á costa mia. Esta

mañana, pues, dudaba y esperaba aun; pero el demonio, por un refinamiento de malignidad digna de él, ha querido advertirme que los treinta años se acababan dentro de tres dias, añadiendo á mi desgracia la afrenta mas ridícula. Me habia seducido bajo el esterior de un ánjel, con un lenguaje elevado, afectando dar el colorido de sacrificio y su conquista; pero hoy se ha presentado bajo una forma grotesca, disfrazado de usurero turco, sin duda con el designio de hacerme comprender que trae consigo los sentimientos bajos é implacables del personaje que representa. Despues de haber hablado algunas palabras con este demonio andrajoso, me esforzaba por dudar aun, y mi espíritu turbado reposaba en la esperanza de una burla. Finalmente, perdiendo la paciencia, vine á buscaros, padre mio, y os rogué que me introdujéseis al pié del altar; el resto ya lo sabeis, y como los dos hemos conocido que pesaba sobre mí la maldicion divina. ¿Qué penitencias, qué espiacion puedo emprender? ¿Por qué esfuerzos, por qué actos meritorios, por qué sacrificios puedo conseguir mi perdon? Aconsejadme y obedeceré; pero si no hay reparacion posible, si la Iglesia no tiene consuelos para los que han caido donde yo me hallo, no

vacileis en decírmelo, pues sabré al morir volver á ser aun el Quiqueran de otros tiempos, y admirar al infierno y al cielo mismo por la grandeza de mi caida.

El padre guardian habia escuchado la relacion del señor de Beaujeu con la mayor atencion, y su rostro habia espresado alternativamente el horror y la compasion; pero á las últimas palabras que pronunció el comendador, el guardian tomó un aire frio y severo.

—No hay actos meritorios ni penitencias que puedan rescatar un crímen tan grande,—dijo el guardian.—Cuando uno se entrega al enemigo de los hombres, no suelta su presa sino para apoderarse de otra, pues todo pacto firmado con él pide una víctima. La iglesia arroja de su seno con espanto al que cae en esa baja tentacion, y solo el reprobado puede rescatar su alma por medios que debemos condenar. Buscad vos mismo el medio de pagar á vuestro acreedor, y como debe costar sin remedio la pérdida de un cristiano, no deseo que lo consigais. A mis ojos, el comendador Antonio Quiqueran no existe ya; ¡ojalá que deje pronto este mundo, en el que su presencia es un escándalo y un peligro para las almas fieles!

—¡Un peligro!—esclamó el comendador levantándose;—¿me juzgais tan malo que represente á mi vez el papel de tentador? Yo os haré saber quien soy, pues no buscaré una víctima para entregársela al demonio. Que la Iglesia guarde sus sacramentos y bendiciones para otros que sean mejores que yo. Los diez mil escudos de renta que poseo me vienen del rey de Francia y de los otros príncipes de la Europa por mis servicios hechos á la cristiandad, nada debo al infierno. Pues que mi sentencia está pronunciada, ya no os pido consejo para mi salvacion; ¿conoceis una familia desgraciada? la dejaré una parte de mis bienes; ¿una jóven honrada y pobre? la dotaré. Tomad esta pluma y escribid: «Testamento de Antonio Quiqueran, señor de Beaujeu, comendador de Malta, caballero de diferentes órdenes reales etc. Doy y lego al convento de San Francisco de Arlés mil escudos de renta, para ser distribuidos entre los marineros inválidos y necesitados.» —Añadid á este primer artículo todo lo que os acomode para disponer de la mitad de mis bienes: y en cuanto á la otra mitad, buscadme un niño espósito digno de interés á quien serviré de padre como Vicente de Paul.

—Aquí tenemos lo que deseais,—respondió el guardian.—El monaguillo que ayudaba la misa cuando caísteis desmayado, no tiene familia. Le recojí hace catorce años abandonado sobre el empedrado de la calle, y desde entonces no se ha separado de mí. Yo salgo garante de sus buenas inclinaciones y carácter, pero no tiene vocacion para el claustro y hareis una buena obra volviéndole al mundo.

—Me falta el tiempo necesario para llenar las formalidades de la adopcion,—repuso el comendador,—sin lo cual dejaria á vuestro protejido un nombre con una herencia.

—Le hemos bautizado con el nombre de Juan el Encontrado,—dijo el guardian.—El primero de estos nombres le colocaba bajo la proteccion del mayor de los discípulos de Jesus; el segundo conservará en su corazon la sencillez cristiana recordándole su orijen humilde y vuestros beneficios. Que conserve ese apellido como un preservativo del orgullo, la pasion humana mas perjudicial.

—Mandad llamar á ese jóven,—dijo el comendador;—es necesario que yo le vea.

El padre guardian tocó la campanilla que

habia sobre su mesa, y dió órden al hermano lego que se presentó para que trajese al monaguillo Juan, pero el lector sabe muy bien por qué no se le halló. El señor de Beaujeu salió del convento de San Francisco recomendando al padre guardian que no dejase de enviarle el monaguillo antes de anochecer.

El monaguillo Juanito, que habia escuchado perfectamente la conferencia que acabamos de contar, no se dejó buscar largo rato. Se dirijió muy presto al palacio de Beaujeu, y halló en el jardin al comendador; hízole tres profundas reverencias acompañadas de jestos meridionales que barrian la tierra con su gorro de lana, y levantó enseguida la cabeza con aire ufano y fijando en el comendador sus ojos negros y brillantes, dijo con viveza:

—Servidor de usted, señor comendador; me han mandado que me viniese á presentar; yo soy Juan el monaguillo.

—¡Ah! ¿eres tú?—dijo el anciano,—el padre guardian me ha hablado de tí. ¿Es cierto que no tienes vocacion por la clausura?

—Señor,—respondió el jóven,—debo la vida al padre guardian, pues me ha cuidado desde que me abandonaron; su voluntad es sagrada para mí, y no podria desobede-

cerle á menos de ser un ingrato desconocido. Si me manda que me haga fraile le obedeceré sin quejarme; pero pues que se digna informarse de mis inclinaciones, confesaré sin vergüenza que no siento vocacion por el claustro.

—¿Qué gustos son los tuyos, y qué deseas?

—Viajar, señor comendador; ver paises, ir á esas grandes ciudades donde se frecuenta toda clase de jentes, y donde se puede buscar fortuna.

—¡Calla! ¿tienes ambicion?... ¿Y qué gran ciudad quisieras ver? ¿qué paises deseas recorrer?

—Nuestra bella Provenza, en seguida el Languedoc, los Pirineos, el Rosellon; y las ciudades que deseo conocer son Mompeller, Narbona y Perpiñan.

—¡Vaya unos viajes que harias, y unas bellas capitales que verias!—dijo sonriendo el comendador.

—Yo sé bien que hay ciudades mas importantes aun y mas distantes de aquí,—respondió Juanito,—pero á menos que estuviese loco, no puedo pretender la dicha de conocerlas.

—¿Y qué esperas hallar en esas ciudades soberbias de Narbona y Perpiñan?

—Cosas nuevas, que me sean benévolas ó malévolas; acasos que me sean favorables ó adversos; en fin, todo lo que no se hallaba dentro de los muros de un convento.

—Tú lo tendrás. Vuelve al convento y dile al padre guardian que estoy decidido á hacer por tí lo que habíamos convenido esta mañana en su celda.

El comendador tocó la mejilla del monaguillo con la yema del dedo índice, y añadió:

—Juan el Encontrado, has hallado en mí un amigo y un padre; eres un buen mozo y quiero contentarte. Vete, pues, y vuelve á verme mañana.

El jóven cojió vivante la mano del viejo comendador y estampó en ella un gran beso; pero temiendo haber manifestado mas agradecimiento que respeto, hizo en seguida una docena de reverencias con una sencillez tal que arrancó una sonrisa al comendador.

Al salir del palacio, Juanillo tomó el camino de la ciudad con paso mesurado como si hubiese temido dejar ver á los que asaban su emocion. Llegado al pie de las murallas en un paraje solitario, se tendió en el suelo y ocultó su rostro entre la yerba para refrescar su abrasada frente. Aun-

que el viejo señor no le habia esplicado sus designios, el muchacho sabia muy bien que se trataba de un testamento y de una herencia; de manera que su imajinacion se arrebataba con la idea de salir del convento. Pero tan luego como, serenándose un poco, restableció el órden en sus ideas se le vino á la memoria la confesion del comendador y paró el vuelo de su gozo. Estas palabras del anciano se le venian á la imajinacion: «Admiraré al infierno y al cielo mismo por la grandeza de mi caida.» Y en la efusion de su corazon, el jóven añadia: «Es preciso que no caiga, á mí me toca salvarle: yo mismo le admiraré por la grandeza de mi agradecimiento.» Juan permaneció por espacio de una hora inmóvil y con las cejas fruncidas, los puños cerrados y los ojos fijos, y luego esclamó:

—Sí, yo salvaré á mi bienhechor.

## CAPITULO V.

En la calle de la Trouille, que tomaba su nombre de la fortaleza construida por el emperador Constantino, vivia un barbero que daba de beber y tenia mesas de juego por seguir la moda de los peluqueros de Paris. Los jóvenes, los marineros, los co-

merciantes y demas vecinos de Arlés se reunian en casa de este hombre. Los unos trataban allí sus negocios, los otros hablaban de galantería y placeres, y los petardistas buscaban tontos á quienes engañar; de manera, que por la noche se oian allí frecuentemente disputas y querellas. Las patrullas de policía habian visitado mas de una vez esta tienda, pues si se aventuraba en ella el dinero á una carta ó á una suerte de dados, no era un ciego acaso el que hacia pasar los escudos á los bolsillos de los parroquianos de la casa: Juan el monaguillo, sentado en una piedra enfrente de este honrado establecimiento, miraba entrar y salir á los chalanes. Al cabo de un rato, vió venir á lo lejos al capitan del bergantin con su turbante aplastado y su pistola de mecha, y cuando el turco se halló delante de la puerta del barbero, Juanillo se colocó delante de él.

—Señor estranjero,—dijo el muchacho. —¿no ha llegado usted esta mañana de Oriente para un negocio importante concerniente al señor comendador de Beaujeu?

—Sí,—respondió el turco,—y puedo añadirte aun, que para un negocio que no te importa nada.

—Se equivoca usted,—respondió Juani-

llo,—me importa, y vengo espresamente para hablar del asunto.

—Es posible,—dijo el viejo capitan,—pero ni puedo, ni quiero, ni tengo tiempo.

—Sin embargo es preciso que halle usted el tiempo necesario para escucharme,—replicó Juanillo con firmeza.—Lo que tengoque comunicar á usted esdesumaimportancia.

—Hazme la gracia de marcharte con el diablo,—esclamó el turco.

—Estoy con él;—respondió el monaguillo,—sé muy bien quién es usted, y no le dejaré hasta que me haya oido.

El viejo musulman, que hasta entonces habia bajado la cabeza para tratar de interrumpir la conversacion, levantó por fin su rostro sombrío y aguileño; fijó una mirada airada en el monaguillo con sus amarillos ojos, y le respondió con voz llena y fuerte:

—Pues bien; entra conmigo en esta tienda y hablaremos juntos algunos momentos.

No faltaba jente en casa del barbero de la calle de la Trouille cuando Juanillo y el capitan del bergantin levantaron la cortina de lona rayada que servia de puerta. Cuatro jugadores, sentados junto á una mesa

en un rincon de la sala, se entregaban en silencio á las emociones de dados, y parecia que prestaban una estremada atencion á su partida, aunque las apuestas no eran mas que algunos sueldos. Uno de los jugadores examinó con una mirada oblicua las dos personas que entraban, y no viendo mas que á un muchacho con un turco de apariencia endeble y miserable, volvió á ocuparse de su partida con mayor atencion. El dueño de la tienda no concibió mejor aprecio por los recien llegados, pues no se movió del taburete en que estaba sentado afilando sus navajas. En el fondo del cuarto estaba una criada en pié junto á la chimenea, removiendo con un palo la lejía de la semana que bullia en una caldera de cobre. Un mal reloj de arena, colocado sobre una tabla, marcaba las horas, y algunas mesas redondas, rodeadas de taburetes de paja, esperaban á los bebedores que venian ordinariamente por la noche. El capitan del bergantin dijo al monaguillo que se sentase, y él mismo tomó asiento junto á una de las mesas pidiendo vino para todos los que se hallaban en la sala. El barbero corrió á buscar un azumbre de vino del Ródano y otros tantos vasos como personas habia en la sala; cuando todos

estuvieron llenos, el capitan se los hizo distribuir á los asistentes por el barbero, y vació el suyo de un trago diciendo:

—A la salud de ustedes.

Los cuatro jugadores cambiaron entre sí miradas de connivencia en el momento y se dijeron algunas palabras al oido. En seguida, como si la cortesía del turco les hubiese causado tanto placer como sorpresa, metieron el dinero en sus bolsillos y dejaron su partida de dados. Los cuatro chalanes se avanzaron hácia el viejo turco con aire majestuoso, la sonrisa en los lábios, una mano al pecho y la otra con el vaso, como jentes que saben vivir de manera á eclipsar á los cortesanos de Versalles.

Sin tener necesidad de recurrir á un lente, se reconocia con facilidad que eran cuatro aventureros en sus vestidos raidos, en su chorreras de encaje falso y en todo su traje, cuyo aderezo se esforzaba en vano por disimular la vejez. Un ojo muy esperto habria visto muy bien que era el vicio lo que habia hecho enflaquecer á los unos y engordar á los otros. El mas repleto de los cuatro se aproximó al señor turco, le dió gracias á nombre de sus compañeros, y puso su vaso vacío sobre una mesa con un aire tan urbano y cortés, que encantado el

turco de tanta gracia tomó el jarro de vino y echó otros cuatro vasos. Cambiáronse algunas palabras de urbanidad prodigándose toda clase de títulos, de manera que al acabarse el vino del jarro se trataban ya de escelencia. El barbero se arrimó al oido del capitan, y con un tono tan sério que se le hubiera creido enfadado, aseguró que aquellos caballeros eran de primera calidad; por la cual mostró el turco su gozo llevando la mano á su boca y á su frente. Con el tren que llevaban el aprecio y buen acuerdo, el jarro se halló vacío en poco tiempo, y el capitan pidió otra azumbre de vino que fué enterrada por el honor recíproco del feliz encuentro. La tercera se perdió entre las promesas de verse frecuentemente en adelante, y la cuarta pasó desapercibida entre los apretones de mano, los abrazos y ofertas de servicios.

El barbero, hombre de gusto, hizo observar á sus huéspedes que cuatro azumbres de vino entre cinco personas hacian una cuenta muy mala, en la cual cada estómago no podia determinar su medida, á menos que se calculase como Barème. Sirvióse pues la quinta azumbre por guardar la simetría, y los bebedores brindaron á la salud del rey, á la del anfitrion y á la

de Barème, tan oportunamente citado. Los cuatros petardistas raidos admiraban mucho á aquel pequeño viejecito que soplaba con ellos con tanto valor, pues su aparente designio de emborrachar al capitan no se habria ocultado á ningun espectador sino al pobre monaguillo. Pero sus miradas buscaban en vano los síntomas de la borrachera en las facciones impávidas del viejo turco, que á cada protesta de amistad respondia vaciando su vaso y diciendo:

—Obligadísimo, señores; ustedes me lisonjean demasiado.

Pero ninguna chispa en sus ojos, ningun movimiento en los músculos de su rostro despertaba su apagada fisonomía; el pergamino de su cara conservaba su color amarillento. Los cuatro aventureros, por el contrario, se colboreaban visiblemente con el mas vivo encarnado, desabotonaban las chupas y hacian abanicos de sus sombreros; de manera que los signos diagnósticos de la borrachera que buscaban en su vecino, se multiplicaban en sus personas. Finalmente se emborracharon del todo, y aquel de los cuatro cuya cabeza conservaba mas despejada la razon propuso una partida de dados.

—He visto ya bien, señores, que no son ustedes jugadores de profesion,—dijo el turco aceptan lo.

—¿Y cómo ha visto su escelencia en nuestro semblante esa verdad incontestable?—esclamó uno de los aventureros.

—Porque han dejado por mí una partida empezada,—respondió el turco,—y los jugadores de profesion no hacen eso nunca.

Se alabó la penetracion del noble estranjero, y se pidieron los dados y cornetillas. Cuando apareció la bolsa larga del capitan repleta de sus *genoveces de oro*, los cuatro aventureros esperimentaron un pasmo repentino, como si un rayo hubiese atravesado entre ellos sin tocarlos, y esta emocion despejó á medias su borrachera. El turco puso encima de la mesa una de sus monedas de oro, diciendo que sostendria las apuestas que sus buenos amigos quisiesen fijar; le respondieron que un *genovés de oro* era una cantidad muy crecida, pero que nada en el mundo les hacia recular delante del honor de medir sus fuerzas con un adversario tan cortés y complaciente. Reuniéndose los cuatro contra él pensaban que podrian completar la suma, y en efecto, á fuerza de sacar de sus bolsillos monedas

de tres y cuatro libras consiguieron reunir los trienta y dos escudos que valia el genovés. Se jugó la suma en tres partidas; el turco ganó la primera y la segunda, y los cuatro aventureros se sintieron despejados del todo al ver al turco meter los escudos en su bolsa. El capitan ofreció el desquite, pero la dificultad estaba en hallar los treinta y dos escudos. ¡A fuerza de arañar sus bolsillos pudieron reunir aun veinticuatro libras, que eran justamente la cuarta parte de la suma. El de mas edad de los aventureros quitó la hebilla de su sombrero y la echó sobre la mesa jurando por el alma de su abuelo que aquella joya valia doscientas libras, aunque hasta el mismo monaguillo reconoció que las esmeraldas de que se componia la hebilla eran buenamente de vidro de botella; pero el turco no hizo reparo alguno, como jugador jeneroso, y consintió en contar la joya por las doscientas libras anunciadas, sobre las cuales se empeñó la hebilla por veinticuatro escudos. Los dados se mostraron tan favorables al capitan como la primera vez, y sus adversarios estaban tan aturdidos que se retorcian los bigotes hasta arrancarlos y se frotaban los ojos maldiciendo el vino del Ródano. La joya de vidro fué empeñada por los vein-

ticuatro escudos restantes, y quedó en poder del capitan á la tercera partida. Entonces los jugadores, acalorados, pusieron sobre la mesa sus anillos, sus cinturones de espadas y hasta las espadas mismas, asignando á cada uno de estos objetos valores imajinarios que el turco fingia aceptar por buenos; pero no pudieron ganarle una sola partida. El capitan ataba con una cuerda todas estas ganancias de vidrio y hierro viejo, cuando sintió que una mano se deslizaba por detrás en el bolsillo de sus anchos gregüescos; cojió pues esta mano, y levantándola en el aire, esclamó:

—Señores, son ustedes unos pícaros; yo sabia bien que habian hecho trampas.

—¡Trampas!—esclamó uno de los fulleros;—¿nos despoja hasta de la camisa y nos acusa aun de haber hecho trampas? ¡Voto á brios que eso pide venganza!

Una letanía de injurias y una lluvia de bofetones cayeron á la vez sobre el viejo; y pensando los cuatro aventureros que darian cuenta muy pronto de un hombre tan endeble, se arrojaron á él de repente para rejistrarle los bolsillos; pero en vano sondearon sus anchos vestidos. La bolsa de los *genoveses* no se encontró en ellos, y desgraciadamente el viejo turco derribó al de-

fenderse la caldera que contenia la lejía; un lago de agua hirviendo cayó sobre las piernas de los rateros, que se pusieron á dar gritos lamentables, pero su espanto fué aun mucho mayor cuando vieron que la caldera derribada derramaba agua hirviendo sin cesar como la urna alegórica del Scamandro. Los cuatro aventureros y el barbero, encaramados sobre los muebles, miraban asustados el lago ardiente que se elevaba por grados hasta la altura de los taburetes. Su situacion parecia á la en que Homero ha colocado al valiente Aquiles, pero como estos fulleros no tenian l alma intrépida del hijo de Poleo, imploraban á Dios y á todos los santos del cielo añadiendo por hábito á sus plegarias una buena cantidad de juramentos. Era preciso que el pellejo y los huesos del viejo turco estuviesen á prueba del agua y del fuego, porque este estranjero andaba entre la lejía con las piernas sumerjidas hasta las rodillas. El capitan cargó sobre sus hombros á Juan el monaguillo, y salió á pié enjuto de la tienda del barbero, como Moises del seno del Mar Rojo.

El lago de agua hirviendo no esperaba mas que la marcha del viejo turco para volver á entrar en su cauce, y este prodijio se

efectuó súbitamente sin que se pudiese adivinar como habia sucedido. El agua se retiró rápidamente dejando intactos todos los objetos, esceptuado las piernas de los cuatro fulleros que quedaron un poco chamuscadas. La criada acudió al ruido, levantó su caldera, y se puso á revolver su lejía sin dar señales de notar el sortilejio que acababa de suceder.

El barbero y los cuatro jugadores tuvieron consejo para deliberar entre ellos si convendria denunciar á las autoridades este viejo octojenario, impermeable é incombustible. Como la cantidad de agua derramada no podia de ningun modo guardar proporcion con la caldera, parecia fuera de duda que el caso merecia hacer ahorcar ó quemar vivo al autor de aquella infernal burla. Sin embargo, el barbero aseguró que los químicos habian descubierto muchas cosas en estos últimos tiempos, y que acaso el turco se hallaba instruido en esos secreto; juzgo que seria prudente no ponerse en relacion con la justicia, que podria tener la fantasía de tomar informes inútiles sobre la manera con que se jugaba á los dados en su tienda, y á su parecer debia perdonarse á este infiel, á menos que se hallase la ocasion de asesinarle á la vuelta de una esqui-

na cuando llegase la noche. La opinion del barbero obtuvo el asentimiento jeneral.

Durante este tiempo, el señor capitan del bergantin corria con el monaguillo á cuestas con una ajilidad increible para su mucha edad. Juanillo por su parte, un poco sorprendido por lo que veia, clavaba sus uñas en las mangas de su cabalgadura. El viejo turco entró en el circo de Julio César por las galerias subterráneas, y subió lijeramente las escaleras de piedra. Llegados á las últimas galerías del anfiteatro, se desembarazó de su carga, y poniendo á Juanillo sobre una de las gradas donde se sentaban en otro tiempo los espectadores, le dijo en tono brusco:

—Ahora, pues, jovencillo, ¿qué quieres de mí? Habla, y sé breve.

—Quiero salvar al comendador Quiqueran de Beaujeu,—respondió el muchacho.

—El comendador toca al término de su carrera,—repuso el turco.—Debe morir dentro de tres dias, porque la vejez es una enfermedad mortal.

—No es su vida lo que yo quiero salvar, es su alma. Decidme bajo qué condiciones puedo esponer la mia para rescatarla.

—¿Piensas que yo tomaré un gusanillo como tú en cambio de un leo ?

—Será preciso,—respondió Juanillo,—pues no podeis rehusarme por mas gusanillo que sea.

—¡Perfectamente!—esclamó el viejo.—Ese héroe tan jeneroso que queria morir como el mariscal Fabert, demasiado orgulloso para salvarse con la ayuda de su prójimo, ¿nos viene ahora entregándonos un pobre muchacho sin esperiencia? ¿Sabes bien lo que vas á hacer, desgraciado?

—Todo lo sé; el comendador no me ha enviado, pues ignora mi sacrificio, y yo vengo á vos por mi propio movimiento. Quien quiera que seais, aceptad mi alma en cambio de la suya; yo lo quiero así, ¿lo entendeis? lo quiero absolutamente, y os intimo que me digais bajo qué condiciones puedo rescatar á ese caballero respetable.

—Ven, pues, conmigo, voy á hacértelo saber.

El turco tomó á Juanillo en brazos, y le llevó sobre la cima de una de las torres cuadradas construidas por los sarracenos en el tiempo que hicieron una fortaleza del circo romano de Arlés.

—Amiguito mio,—dijo el capitan con dulzura,—mira allá á lo lejos siguiendo el curso del Ródano, aquel vasto lago situado mas allá de la Camarga; mañana irás solo

á ese paraje sobre la chalupa de mi bergantin, yo haré zozobrar la chalupa, y tú te ahogarás renegando al de arriba. Bajo esta condicion podrás salvar al comendador.

—No espereis intimidarme, ni menos aun engañarme tampoco, —respondió el monaguillo.—Mi muerte no es necesaria para rescatar á una alma vendida; lo que os entrego es mi alma y no mi vida, y os intimo otra vez que me digais las condiciones.

—Y bien, voy á hablarte sinceramente: Es verdad que he querido asustarte para hacerte desistir de una resolucion que contraría mis esperanzas; si se me escapa el alma del comendador habré perdido el fruto de todos mis esfuerzos. Sin embargo, tú tienes muy buenas dotes, y te creo capaz de hacerme servicios importantes; y como por otra parte no puedo rehusar su sacrificio, consiento en tratar contigo del rescate de Antonio Quiqueran. Al efecto es preciso que te halles informado de los negocios de nuestro imperio. Sabe, pues, que no soy Satanas, Bercebú, Lucifér ó Astarote, entre esos príncipes de los espíritus infernales y yo hay un grado, pues no soy mas que un ajente de un segundo órden. Me llamo Patamogeiton (vecino de los rios), y mi nombre indica la circunscripcion en la cual

ejerzo mis funciones y lleno mis deberes. Todo lo que depende del dominio de las aguas, el mar, las lagunas, los rios, los pantanos y las embocaduras de los rios, está bajo mi vijilancia. Ahora comprenderás por qué me serví hace poco del agua hirviendo para librarme de aquellos pícaros que querian maltratarme. Hace treinta años que obtuve del de arriba la autorizacion para tentar al comendador de Beaujeu, cuya situacion crítica en medio de los peligros del mar me ofrecia probabilidades de conseguirlo. Cuando conseguimos seducir á un personaje importante, como un prelado, un verdadero devoto, un hombre pagado de su virtud ó de su honor, celebramos su caida con regocijos en nuestro hemisferio. Cuando llevé al príncipe de los espíritus infernales mi pacto firmado con el virtuoso comendador, ese baluarte de la fé católica en los mares de Oriente, fuí recibido con grandes aplausos, y voy á verme befado y burlado si se me escapa Antonio Quiqueran. Pero, pues que teconviene el sacrificarte en su puesto y lugar, estoy obligado á aceptar la sustitucion, más no te imajines que voy á concedertreinta años de fortuna y dicha sin peligros como al oficial mas ilustre de la órden de

Malta; mañana determinaremos bajo qué condiciones puedo tratar con un pobre huérfano espósito. Para ponerme al abrigo de toda reconvencion, es preciso que consulte con otro espíritu del mismo órden que yo. Mañana iremos juntos á los pantanos de la Camarga, y hallaremos allí un jenio hembra de una figura agradable y hermosa. Hidora reside como yo en el dominio de las aguas, su sexo se inclina favorablemente hácia los jóvenes, y es de presumir que te mirará con ojos de piedad; si ella consiente en participar conmigo de la responsabilidad de un pacto, trataremos del rescate de Quiqueran lo mas favorablemente que sea posible.

Mientras que el espíritu de las aguas daba estas noticias al monaguillo, se habia puesto el sol. Los vapores que se elevaban de los pantanos por el calor del dia, bajaban como un velo de gasa por las orillas del Ródano; el *Angelus* sonaba en las iglesias, y el soplo húmedo de la brisa añadia á la melancolía de la hora y del paisaje la sensacion dolorosa del escalofrío.

—Pero es muy peligroso el vogar en la Camarga,—dijo Juanillo.

—Eres libre de no venir allá mañana,—respondió bruscamente el espíritu infer-

nal.—Dame tu alma desde ahora, sin esperanza de rescatarla nunca, sin pedirme nada por precio de tu sacrificio, y suscribo al momento.

Juanillo fijó sus ojos de lince en el viejo turco con un aire en que se veia luchar la desconfianza y la sencillez, y luego esclamó:

—Mañana iré á la Camarga.

—A mediodia;—respondió el espíritu, —yo te aguardaré en la estacada del puerto.

Las últimas campanadas del *Angelus* se perdian en los aires; la niebla del valle ocultaba á la vista el curso del Ródano; Juan temblaba mas bien de frio que de miedo, y sintió que un entorpecimiento agradable se esparcia por todos sus miembros.

—¿Cómo voy á volver á mi convento?—dijo Juanillo,—pues oigo que cierra las rejas el portero.

—No te inquietes por eso; las llaves y las rejas son muy poca cosa para mí. Vuelve á tu convento, y bajo pena de la vida guarda el secreto de esta conversacion.

Al decir esto, el capitan cojió al monaguillo con una mano por el cuello de la

chaqueta y con la otra por el vuelo de sus gregüescos, y le lanzó desde lo alto de la torre dando una carcajada. Juanillo sintió una conmocion violenta, abrió sus ojos asustados, y se halló tendido sobre la yerba de las murallas de la ciudad en el mismo paraje en que se habia parado al salir del palacio del señor de Beaujeu.

—¡Gran Dios!—esclamó,—¿será un sueño todo esto?

Y corrió al convento, llegando justamente á tiempo de entrar con los frailes en la capilla y cantar el ave Maria.

## CAPITULO VI.

Al sonar la primera campanada de mediodia el dia siguiente, se hallaba ya Juanillo á dos pasos de la estacada y miraba con aire de fingida indiferencia la chalupa del bergantin que se balanceaba al soplo dulce del viento del Norte.

—¿Cómo haré yo para saber si mi conversacion de ayer con ese señor turco es ó no un sueño?—se preguntaba el monaguillo.—El repetable capitan va á tomarme por un loco si le hablo de nuestro proyecto de viaje á la Camarga; nada veo en él que se parezca á un espíritu de las aguas, y no

tengo probabilidad alguna de que me haya arrojado ayer desde lo alto del circo sobre la yerba de la muralla. Ahora vuelve los ojos hácia mí y no dá indicios de conocerme; sin duda me equivoco, no se llama Patamogeiton y no tiene nada que ver con el comendador. Sin embargo, yo no soñaba cuando la lejía hirviendo le obedeció puntualmente derramándose sobre las piernas de los jugadores á quienes acababa de arruinar á los dados. Puede ser que mi sueño sea un maleficio y una astucia del demonio; el viejo socarron quiere verme venir, ¡y bien! iré derecho á él.

Juanillo bajó resueltamente á la orilla del rio y saltó dentro de la chalupa.

—¿Porqué finjis no conocerme?—dijo el monaguillo.—¿No me esperais para ir á la Camarga? No ignoro que teneis el poder sobrenatural de amanzar la lejía hirviendo, ¿dudais de mi valor ó de mi voluntad? Patamogeiton, te mando que partamos, ya es hora.

El turco desató la cadena de la chalupa sin decir una palabra, y la débil barquilla se alejó haciendo vaivenes al entrar en la corriente. El capitan se sentó en el banco timonero y guió hácia la orilla derecha del Ródano. Juanilto estaba un poco inquie-

to por su aventura, y miraba á su compañero de viaje con el aire receloso de un gato que se cree en pais enemigo; pero, por mas que estudió la fisonomía del viejo turco,no halló en su faz decrépita mas que la impasibilidad familiar á los otomanos. Al cabo de una hora de viaje, la barquilla entró en una ensenada profunda llena de isletas. incultas, y habiendo salido del cauce del Ródano vogaba sobre aquellas aguas estancadas. Juanillo quiso tomar los remos, pero el turco le hizo señal de que se sentase, y con grande admiracion del monaguillo vió que la chalupa proseguia rápidamente su marcha á través de los vastos pantanos de la Camarga, como si fuese arrastrada por una fuerza oculta. Los pájaros acuátiles huian á la aproximacion de la barquilla que rasaba el agua casi con tanta velocidad como ellos. En una isleta cenagosa percibió Juanillo una colonia de castores que mostraban sus cabezas asustadas por las ventanillas de sus casas; y finalmente, la chalupa se paró súbitamente delante de un enorme monton de viñas silvestres y enredaderas, que formaban una especie de trofeo pintoresco. El viejo turco metió la mano en un tarro de piedra arenisca y sacó un puñado de sal; arrojólo en el agua pro-

nunciando algunas palabras estrañas y guturales, que sin duda pertenecian á alguna lengua oriental. El monaguillo distinguió los nombres de Hydora y Potamogeiton, repetidos muchas veces. Al murmullo de estas palabras salieron de entre las cañas culebras, ranas y otros animales anfibios que se entrelazaban entre las viñas y enredaderas, en tan crecido número, que no se podian distinguir las plantas, y que el todo junto parecia removerse. Un borbollon de espuma enturbió la superficie del agua, y casi inmediatamente se apareció saliendo de él una mujer de una hermosura maravillosa. Ocultaba debajo del agua la mitad de su cuerpo como las sirenas, y de sus largos cabellos rubios que flotaban sobre sus hombros hizo un especie de chal que cruzó sebre su pecho, y fijando sus hermosos ojos azules de una dulzura anjelical en el jóven monaguillo, dirijió al viejo Potamogeiton algunas preguntas en lengua desconocida, pero los nombres de Juan y de Quiqueran fueron pronunciados dos ó tres veces.

En la celda del guardian de los franciscanos habia una Magdalena del Ticiano que Juanillo habia mirado varias veces con mas admiracion que piedad, y le pa-

reció que ahora veia el modelo de aquella pintura, de manera que el temor orijinado por el misterio de aquella escena se calmó poco á poco en su espíritu con esta amable vision. Potamogeiton respondió con acento solemne á las preguntas de Hydora, y finalmente, despues de un corto diálogo entre los dos jenios la bella aparicion tendió blandamente el brazo hácia el jóven y le habló en la lengua materna:

—Juan,—le dijo Hydora con voz melodiosa,—tu sacrificio es aceptado; de un comendador de Malta á un pobre monaguillo no es tan grande la diferencia como se supone, para quien sabe leer en el rostro del niño su destino y su fortuna. El comendador de Malta fué orgulloso y poco diestro, el monaguillo será mas sabio y mas dichoso. Juan, te concedemos cinco años para encontrar un alma de buena voluntad como la tuya; hállate dispuesto antes de cumplir los veinte años, no hagas como el señor de Beaujeu; fuera escrúpulos, y no dudo que persuadirás, pues es un don que te ha concedido la naturaleza. ¿Estás pronto á firmar con tu sangre el pacto que te propongo?

—Estoy pronto;—respondió Juan,—cin-

co años me bastan, y al cabo de este tiempo soy vuestro si no hallo á nadie que entregaros.

—Potamogeiton,—repuso la aparicion, —haz sangrar á ese bello jóven.

El viejo turco sacó un verduguillo, y tomando la mano irquierda de Juanillo, regazó la manga de su chaqueta hasta el codo. En seguida abrió la vena que le pareció mejor, mojó la punta del verduguillo en la sangre que salia, y presentó un pergamino en el cual habia escritos caractéres cabalísticos. Juanillo firmó sin vacilar en el paraje que le indicó Potamogeiton, é inmediatamente las viñas silvestres y las culebras entrelazadas se ajitaron todas con un estremecimiento convulsivo. La bella Hydora se puso á recitar lentamente estas palabras, con un tono musical:

—El pobre huérfano espósito puede ya mudar de nombre.... Ya no es Juan el Encontrado, como le llaman.... Es Juan el dichoso, ó el Trovador.... ¡Ah! cuánto mas vale este nombre!... Agradar y persuadir no es poca cosa, y el hermoso jóven sabrá agradar y persuadir... Si quiere hallará, pero que desconfie de su corazon; es demasiado bueno para el pobre Juan... por aquí le tenemos seguro... Juan, guárdate de ser

piadoso... tú hallarás... tú hallarás... Hasta mas ver, Juan.

Mientras que la bella Hydora salmodiaba estas oraciones cortadas, los anfivios se sumerjian uno á uno en el agua cenagosa, y cuando desaparecieron todos, la aparicion se sumerjió á su vez entre un nuevo borbollon de espuma, no quedando mas quo las plantas acuátiles en su inmovilidad natural, y la pequeña chalupa balanceándose á flor de agua.

Inmediatamente que la bella Hydora desapareció en su elemento con el cortejo acuatil que la acompañaba, el viejo turco volvió á tomar el timon sin hacer caso de la emocion de Juanillo, y dió un empuje vigoroso con la barra. La chalupa viró rápidamente hácia el Ródano; dejando en pos de sí un sulco sobre las aguas del pantano.

Cuando la chalupa dejó la ensenada de la Camarga para volver á entrar en el rio, el viento norte ajitaba enormes olas, pero la frájil barquilla lo atravesaba todo con una rapidéz prodijiosa á pesar del viento contrario. A la entrada del puerto habia un gran tronco de árbol hácia el cual el viejo turco dirijia su chalupa por malicia ó por descuido, y Juanillo, que iba sentado en el puesto de vijía, gritó al capitan que jirase

á derecha ó á izquierda; pero ya era tarde. La débil barquilla, lanzada como una flecha, dió un terrible choque contra el tronco y se hizo mil pedazos. Juanillo, quiso ganar la orilla á nado, pero sin duda la mano invisible que impulsaba la chalupa retenia al pobre monaguillo en el fondo del agua, pues aunque hizo esfuerzos inútiles para subirá la superficie no pudo conseguirlo; y aunque era buen nadador, le faltaba ya la respiracion, y en su angustia dió un jemido profundo levantando los brazos sobre su cab za.

—Despierta, hijo mio,—le dijo el guardian de los franciscanos,—mas vale velar que dorn ir con un sueño tan malo.

—¿A dónde estoy, pues?—preguntó Juanillo.

—En tu cama, hijo mio, con una buena calentura; un hermano lego ha pasado la noche junto á tí, y no has hecho mas que ajitarte y jemir. Esta mañana caiste en un estado tal de postracion y de inmovilidad, que te hubieran tomado por una figura de cera, á lo que dice el hermano lego. Viendo el susto de tu enfermero, he venido yo mismo y te he encontrado en ese sueño penoso de que acabo de sacarte; ahora me pareces mejor, y presumo que tu indisposicion

toca á su término.

—¡Cómo!—repuso el jóven,—¿no he naufragado en el Ródano dando un choque contra un tronco con la chalupa del bergantin turco?

—No hay apariencia de ello,—respondió el guardian,—á menos que no hayas dejado la cama esta mañana para correr por el campo, dejando aquí una figura de tu imájen, como el inocente lego imajinaba.

—La cosa no es imposible, padre mio.

—Vamos, hijo mio, desecha esas ideas locas, y vuelve en tí de tu pesadilla.

—Sí, padre mio, pues no podríamos entendernos. ¿Tiene usted noticias del señor comendador?

—Antonio Quiqueran se muere,—respondió el guardian;—y tanto valedecir que ya no existe.

Juanillo saltó de la cama y se vistió apresuradamente, salió del convento sin hacer caso de las observaciones del guardian. Corrió en derechura á la catedral y entró en la sacristía de la parroquia, donde se hallaba el cura.

—Señor cura,—dijo Juanillo,— vengo á nombre del comendador Antonio Quiqueran, señor de Beaujeu, á buscar á usted apresuradamente para que vaya á administrarle

los santos sacramentos.

—El comendador me envia á llamar bien tarde,—respondió el cura.—Se asegura que está muriéndose y no ha pensado aun en arreglar su conciencia, pues ni un solo sacerdote le asiste desde que está enfermo.

—No se admire usted de ello,—respondió Juanillo,—porque el señor de Beaujeu ha empleado estos dos dias en hacer buenas obras. Al convento de franciscanos deja una parte de sus bienes, á los pobres otra, otra á los marineros inválidos; y solamente hoy ha pensado en sí mismo.

—No he oido decir que haya dejado nada á mi iglesia,—dijo el cura,—y sin embargo, es menos rica que ese convento de holgazanes.

—Todavía es tiempo de conseguir un legado del señor comendador, si no tarda usted en llevarle los sacramentos.

—Se le llevarán. ¡Pronto, pronto! mi sobrepelliz y mi estola! sacristanes, acudid todos...

—Señor cura,—repuso Juanillo,—haga usted tocar las campanas; vaya usted acompañado de todos los vicarios y cantores; formen ustedes una procesion con velas encendidas, que no lo perderán ustedes. Yo corro á anunciar al señor comendador la

visita del Santo Viático.

Juanillo corrió al palacio del señor de Beaujeu, cuyas puertas estaban abiertas y donde entraba todo el que queria como en un lugar público. Todos los pobres de la ciudad estaban comiendo en grandes mesas preparadas al efecto, y los criados distribuian los vestidos de su amo á los mas andrajosos. Al ver el movimiento que reinaba en la casa, el fuego en la cocina y las larguezas hospitalarias de los criados, se hubiera podido creer que el comendador acababa de casarse; pero, sin embargo, este ruido de fiesta y de gala no penetraba en el piso principal. Caballeros de Malta, oficiales, marinos y otras personas hablaban en voz baja en los salones. En un grupo de ancianos se hablaba del moribundo, y Juanillo aplicó el oido:

—¡Vaya un fin singular!—decia un viejo caballero.—Que el comendador se muestre orijinal y romántico en sus últimos momentos, que disponga á su antojo de sus bienes, nada mas natural; pero en todo esto no veo que piense en su salvacion. Dónde está el clero? La muerte va á cojer á este loco descuidado y desprevenido, y con sus distribuciones, sus larguezas, sus codicilos y sus conversaciones sobre la moral de la vida

militar, se irá al infierno por el camino mas derecho.

—Os engañais...—dijo al pasar el monaguillo.

La puerta del cuarto dormitorio estaba abierta, y el comendador, sobre una cama sumtuosa, vestido de gran uniforme, con todas sus condecoraciones al cuello y al pecho, la espada colgada á la cabecera de su cama y el rostro sereno, hablaba con diferentes personas de todas clases y condiciones, entre las cuales se notaba el gobernador de la ciudad y el teniente del rey.

—Señores,—decia el moribundo,—mientras que estuve en el servicio he llenado mis deberes como buen soldado, y no he perdonado las fatigas del cuerpo y el derramamiento de mi sangre. En los treinta años que hace salí de mi prision, no he cometido una mala accion, y algunos desgraciados me bendecirán despues de mi muerte. Dejo, á mi parecer, entre el pueblo el recuerdo de un hombre honrado, pero guardáos bien de juzgarme por el esterior... A cada uno de vosotros deseo pensamientos tan prudentes como los mios...

El comendador vió en este momento entrar á Juanillo, que se deslizaba entre los caballeros.

—Aproximate, hijo mio,—le dijo.—Te dejo en mi testamento cinco mil escudos de renta; haz de ellos el mejor uso que puedas; adios, vive honradamente y recibe mi bendicion, pues yo me voy...

—Todavía no partís, señor,—respondió Juan;—vuestra hora no ha llegado aun. Es preciso confesaros, recibir la Estrema-Uncion, y morir como cristiano.

El anciano dió un suspiro lastimero.

—Señor comendador, elevad vuestro espíritu hácia el cielo. ¿No sentís que la gracia penetra en vuestra alma?

—En efecto,—dijo el moribundo;—no sé lo que siento, pero no es la gracia.

—Es la gracia, señor, no lo dudeis. Escuchad las campanas de la catedral... tocan por vos. Escuchad los cánticos del clero en el patio de la casa;... el Santo Viático está ya bajo vuestro techo... Recojéos, señor; confesad vuestros pecados y comulgad antes de morir.

—¡Confesar mis pecados!...—¡comulgar!...—esclamó el viejo.—¿Sabes tú quién soy?..

—Lo sé.

En este momento se oyeron los sacerdotes que subian con velas encendidas acompañando al cura de la catedral que traia

el Santo Viático. La procesion se detuvo en el salon que precedia el cuarto dormitorio, y el comendador se incorporó fijando la cabeza en la mano y apoyándose en el codo. Con ojos asustados hizo señal á Juanillo para que se aproximase, y le dijo al oido:

—¡Mi alma!...

—Está rescatada,—respondió el jóven.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas del anciano, y dejó caer la cabeza sobre la almohada murmurando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡yo no lo habia solicitado!... ¡Tened piedad de él!... Gracias, Juan, sé tan dichoso como eres bueno.

Y el comendador añadió en voz alta y en tono imperativo:

—¡Adelante, señores! Es nesesario que cumpla con mis deberes de cristiano.

Las personas que estaban en el cuarto se salieron á los otros salones, el cura colocó el Santo Viático sobre una mesa rodeado de los sacerdotes que llevaban los cirios encendidos, y se aproximó á la cama del moribundo mientras que los cantores decian en voz baja el De profundis.

Durante este tiempo Juanillo bajó al muelle del puerto y vió que la tripulacion del

bergantin estaba ya á bordo pronta á hacerseá la vela. La pequeña chalupa estaba colgada en el puente, y Juanillo reconoció con ojos asombrados el perfecto estado de la barquilla que él habia dejado por la mañana hecha mil pedazos en el Ródano. El viejo turco tenia su turbante aplastado y su pistola de mecha á la cintura, y estaba sentado al timon.

—Señor capitan,—le dijo el monaguillo, —¿ha comprado usted una chalupa nueva?

—Yo no sé lo que dices,—respondió el turco.

—Hágame usted la gracia de concederme dos minutos de conversacion antes de partir.

—No puedo, es preciso que partamos.

—Es necesario que yo le hable á usted, —repuso el jóven.—No me ha dicho usted si habia algun privilejio en mi favor en el trato que hicimos esta mañana. Yo me alegro mucho de haber salvado al señor comendador, pero si hay en favor mio alguna ventaja, dígnese usted advertírmelo.

—Yo no sé lo que quieres,—repitió el turco.

Las velas del bergantin se izaron de re-

pente, é hinchadas con el soplo del viento Norte se unieron á la impetuosidad de la corriente para precipitar la marcha del buque. Juanillo se desesperaba, y poniendo sus dos manos á los lados de la boca á manera de bocina, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Por piedad, una palabra, señor capitan! ¿Es usted Potamogeiton? ¿Volveré á ver á la bella Hydora? ¿ó bien todo esto no es mas que un sueño?

El monaguillo se estremeció de gozo viendo á lo lejos que el turco se ponia la bocina en la boca, y para oir mejor la preciosa respuesta, puso las manos detrás de sus orejas inclinado el cuerpo hácia adelante, y distiguió claramente estas palabras:

—No comprendo lo que me dices...

Las velas del bergantin se perdieron muy pronto de vista por la rapidez de su marcha. Juanillo se tendió á la larga sobre la arena de la playa, y deshaciéndose en llanto repetia:

—Yo no sé... yo no puedo... ¡Oh rábia! ¡Hydora, Potamogeiton!... ¡Qué necio hé sido en no poner condiciones! He sido engañado, pues hubiera podido pedir toda clase de honores y bienes... ¡Maldito Potamogeiton! ¡Maldita Hydora! vosotros os ha-

beis burlado de mí... No comprendo... ¿Será verdad que no me ha comprendido? ¿He soñado yo todo esto? ¡Ay Dios, síl... yo he soñado con Potamogeiton, Hydora, lejía, Camarga y todo.....

Pocos dias despues se leía en una tumba de mármol del cementerio de Arles el siguiente epitafio:

AQUI REPOSA
EL NOBLE Y CRISTIANO SEÑOR
ANTONIO QUIQUERAN,
COMENDADOR DE MALTA, SOLDADO DE DIOS
EN LOS MARES DE ORIENTE.

## CAPITULO VII.

Un bello mozo de diez y siete años montado en un caballo árabe caminaba por la carretera de Nimes á Montpeller. Este jóven llevaba un vestido nuevo y flamante, y en la grupa de su caballo una maleta bien provista; un capote para los dias de lluvia, las pistolas en el arzon de la silla, el sombrero inclinado sobre la oreja, las chorreras de encaje fino, el chaleco de piel abotonado, y las botas de montar á la moda

de Paris.

No se hubiera reconocido fácilmente con este equipo á Juan el monaguillo de Arles, y menos aun por su estatura crecida y aire resuelto. Sin embargo, era bien él, que recorria la Francia con la herencia del buen comendador. Dos años de libertad habian bastado para desarrollar el arbusto que se ahilaba á la sombra del claustro; el ejercicio habia fortificado sus miembros, y el sol habia tostado un poco sus redondas mejillas. Sus labios empezaban á sombrearse de un un bello negro, y el vigor desu constitucion anunciaba un convidado de buen apetito en el festin de la vida. Un poco de esperiencia habia casi borrado de su rostro la espresion de candor que habia encantado al comendador, y un semblante mas varonil y mas atrevido, resultado de la pubertad, habia reemplazado la debilidad de la infancia; su corazon solo era aun sencillo.

Juanillo caminaba á gran trote á pesar del calor del dia, con la vista ansiosa y los sentidos despejados. No lejos de Lunel Viejo percibió otro caballero delante de él, jóven tambien, bien equipado y seguido de un criado á caballo. Nuestro héroe, que no dejaba mucho resollar á su caballo, al-

cruzó muy luego al viajero desconocido. Se miraron los dos, y como eran poco mas ó menos de una misma edad y figura sintieron desde luego cierta simpatía uno por otro. Juan saludó cortesmente al estranjero, que le volvió su saludo con urbanidad; pusieron los caballos aparejados de frente, y sin mas preámbulos entraron en conversacion.

—Caballero,—dijo Juanillo,—si le agrada á usted que caminemos juntos seré muy dichoso en hacerle compañia. Veo bien en el aire de usted que no viaja como yo por divertirse, pero no obstante gozaremos mejor á duo de las bellezas del paisaje.

—Acepto con placer el honor de su compañia,—respondió el estranjero.—Usted ha adivinado perfectamente, no viajo por divertirme, pues el motivo que me arrastra por estos caminos es el mas triste del mundo, y el objeto á que aspiro mas triste todavía. Las palabras de usted me consuelan y hacen placer, pues parece que me hallo penetrado del sentimiento de mi desgracia y de mis deberes.

—En efecto, leo en el semblante de usted la melancolía y el pesar; pero si es verdad que se alivian los pesares contándolos,

dígame usted cuales son esas desgracias y esas penas á las cuales debo el honor de nuestro encuentro. Jamás hará usted la confianza de ellas á una persona mas dispuesta á servirle y á compadecerle.

—Noble jóven,—respondió el estranjero sonriendo,— seria un cargo de conciencia para mí el entristecer á usted con una relacion lastimosa. Le veo á usted dichoso y de buen humor, mejor será que me cuente usted sus aventuras.

—De buena gana,—respondió Juan;— pues que yo pretendo el honor de vuestra confianza, debo empezar por darle un testimonio de la mia. Desde luego se engaña usted tomándome por un noble, pues no soy mas que un pobre espósito, y habrá notado usted que no llevo espada. Llámeme usted maese Juan; no tengo otro nombre. Hace dos años era monaguillo en el convento de franciscanos de Arlés, y un viejo señor de esta ciudad, el comendador de Beaujeu, me tomó un afecto que yo no merecia y me dejó cinco mil escudos de renta en su testamento. Sus herederos colaterales me disputaban la herencia y para evitar un pleito acepté una transacion y abandoné la mitad del legado. No habiendo nacido para ser rico me contemplé bastante dichoso

poseyendo una renta de dos mil quinientos escudos sin contestacion; y tan luego como concluimos este arreglo, no pensé ya mas que en viajar para instruirme, pues en el convento no me habian enseñado nada de lo que se practica en el mundo. He vivido largo tiempo en Nimes, donde algunos jóvenes se dignaron acompañarme y darme lecciones para jugar y divertirnos. La suerte me favoreció, pues yo era un jugador sin esperiencia y les he ganado; un inocente para con las mujeres, y los he soplado sus queridas sin pensarlo. Durante este tiempo me ejercitaba en le arte de la esgrima y la equitacion, y conocí muy pronto que mis compañeros no tenian nada que enseñarme. Ellos imitaban los escesos del duque de Orleans, imajinando que así seguian la moda y se befaban de madama de Maintenon; me fastidié de estas fanfarronadas, y formé el proyecto de venir á Montpeller, donde pienso tomar otras lecciones.

Se dice que en esta ciudad se cultivan las ciencias con tanto provecho, que el rey va á establecer en ella una academia. Los Borniers, los Regis y otros sabios filósofos me enseñarán á pensar, y voy á colocarme entre sus oyentes. Como no hay dicha completa.... veo en mi porvenir mi punto ame-

nazador en el cual no pienso nunca sin asustarme; es un compromiso que he contraido al lanzarme en el mundo por pagar una deuda de honor y agradecimiento. Si no consigo satisfacer á mi acreedor, que es un viejo turco desapiadado, arriesgo mucho el ver perdida mi fortuna y mi estrella feliz oscurecida... Pero el plazo no se cumple hasta dentro de tres años, y con un término tan largo, el acaso que se muestra tan favorable no dejará de procurarme la ocasion; así pues, duermo á piernas sueltas, ó poco le falta.

—No se duerma usted demasiado profundamente,—dijo el jóven desconocido;—á la edad de usted se consideran tres años como un término muy largo... y el mejor dia se despierta uno sorprendido de la rápida pendiente por donde pierde el tiempo.

—Si he de juzgar por el aire y apariencia de usted, no es el tiempo quien le ha intruido mas que á mí, pues la prudencia de usted no se ha mostrado aun sobre su cara, en la cual no veo señales de barba.

—Sin embargo, he entrado ya en mis diez y nueve años,—respondió el viajero suspirando,—y es una edad avanzada para quien ha empezado á lanzarse en el mundo muy temprano. Mi historia no se parece

á la de usted; su infancia se ha pasado en las autoridades de un convento .. y yo he pasado la mia entre las mujeres, que me llenaban de caricias y cuidados. En el dia entra usted en el mundo, y yo me preparo á decirle un eterno adios. He sido muy feliz en mi principio que por la debilidad de mis padres habia hecho de mí un ente insoportable, satisfaciendo mis caprichos tan pronto como los manifestaba. Como verdadero niño mal criado, me ejercitaba en poner á prueba tanta bondad y ternura sin conseguir agotar su paciencia. Escandalizado el cielo de mi dicha, quiso ver el fin y me arrebató á mi madre; poco tiempo despues mi padre me puso en manos de una parienta que teníamos en Marsella, y se retiró á un convento donde tomó el hábito, determinado á pasar en la devocion el resto de sus dias. La exaltacion de su pesar le engañó con una vocacion incompleta, y al cabo de tres años adiviné por sus cartas que se arrepentia de haberme abandonado. Por mi parte, yo habia reconocido lo insulso de la disipacion, y el remordimiento de no haber sabido gozar de la ternura maternal, sino para abusar de ella, me inspiró el deseo de rescatar mis culpas por algun acto de amor y decision en favor de mi padre. Tomé

pues mi resolucion repentinamente, y partí con designio de vivir bajo el mismo techo que este padre querido, llevar el mismo hábito que él, y encerrarme en una celda inmediata á la suya. Yo dulcificaré con mi presencia los fastidios que le causa el convento y espiaré mis desatinos con el sacrificio de una libertad que me pesa y de un porvenir que me asusta. Mi padre se llama el señor de Cerdagne; el convento que habita es el de los mínimos de Perpiñan, y voy allá para hacer lo que acabo de decir á usted.

—El designio de usted es muy bueno,—respondió Juan,—pero permítame usted que me atreva á quitárselo de la cabeza. Tiemblo solo al pensar en su juventud de usted, que ese noble sacrificio sea algun dia un infierno.... y ahora comprendo perfectamente la causa de su melancolía.

—Pues ahorre usted el gasto de su elocuencia,—replicó el jóven,—á menos que no sea para confirmarme en mis proyectos. Yo me he ligado ya por un juramento, y Luis de Cerdagne no jura nunca en vano. Mi melancolía no procede de otra causa que del pesar de haber vivido mal hasta hoy, y aunque no he cometido faltas capitales, la disipacion y la vanidad me ha enseñado

á desconfiar de mi corazon, y necesito buscar en los sacrificios y la decision la seguridad de que ese corazon no está pervertido aun. Si viajo á pequeñas jornadas, es para tomar el tiempo de reflexionar, y llegar á Perpiñan con un entero desprendimiento de todos los lazos que me retienen en el mundo.

Juanillo quiso aun hacer algunas observaciones sobre los peligros de un partido tan estremo, pero su compañero le cortó la palabra. Nuestros dos viajeros se hallaban entonces sobre una altura desde donde la vista se estendia á lo léjos; uno de los ribazos del camino bajaba hasta un verjel de árboles frutales, y una porcion de muchachas se reian á carcajadas al mismo tiempo que apaleaban los olivos.

—Vecino mio,—dijo el señor de Cerdagne, —admire usted la frescura de este valle... Si yo hubiese pasado mi juventud en ese bosque de olivos recojiendo las aceitunas y vendimiando con ese enjambre de paisanas, no pensaria en el dia en tomar el hábito.

—Perdone usted mi indiscrecion,—respondió Juanillo,—pero no puedo menos de volver á hablar sobre una resolucion que me asusta; usted es libre de interrum-

pirme cuando guste para mostrarme el paisaje, cuando mis observaciones amistosas le sean importunas. Los sacrificios grandes, las decisiones exaltadas son ideas de mujer.

—¿Tiene usted dudas acerca de mi sexo? -dijo Luis de Cerdagne sonriéndose; cuando lleguemos á Montpeller propondré á usted un asalto de esgrima, y verá usted que pocos hombres saben manejar una espada como yo. Tampoco hubiera usted salido muy voyante el año pasado, si me hubiese llevado á casa de sus queridas.

La conversacion recayó sobre el capítulo del amor, y Juanillo conoció muy presto que su compañero podia darle buenas lecciones en tan interesante materia. El señor de Cerdagne hablaba de sus locuras de juventud en tono burlesco, pero con espresiones que revelaban mucho mas pasion de la que él queria dejar ver y una esperiencia superior á su edad.

—Tendria usted mil veces razon,—decia él,—asegurando que no estoy maduro aun para la vida reclusa, si conservase ilusiones respecto á un sentimiento que tiene el privilejio de borrar todos los otros. El amor solo podria desviarme de mis proyectos, pero él mismo me ha enseñado á huir de él;

las mujeres no se contentan con lo que un corazon puede dar, y le piden mas de lo que ha prometido. Se las ve aplicar todo su cuidado con un favor increible, á cambiar en tormentos las dulzuras que ha hecho esperar; y cuando finalmente aburrido por los temores, los celos, las situaciones terribles y las exajeraciones del lenguaje llega uno á sentir el haberlas conocido, triunfan ellas diciendo con enfásis y gozo: «Ya sabia yo que no me amaba usted.» Algunos se quejan de la tiranía de los padres porque disponen de la suerte de sus hijos, ¡ojalá que yo hubiese sido casado por la voluntad de mi familia!... Yo quise escojer; examinar con atencion, estudiar los caractéres, poner á prueba la ternura que se me mostraba, y no hice mas que desatinos. Me persuadí que se amaba mas bien mi fortuna que el accesorio obligado de mi persona; y hubiera sido necesaria la virtud de *Griselides* para soportar mis injusticias y mis impertinencias. Con mi pretension de poner á prueba el corazon de los otros, llegué á conocer que daba una opinion muy mala del mio; por orgullo y terquedad rompí un proyecto de matrimonio que me agradaba, por miedo de llevar calabazas como merecia; y desde entonces se ha hecho

en mí una resolucion séria el hacerme fraile.

—En una palabra,—dijo Juanillo,—va usted á tomar el hábito por un despecho amoroso, lo cual es el camino mas seguro de los pesares.

—¡Despecho!—esclamó el señor de Cerdagne,—ojalá que le hubiese sentido!... No seria entonces incurable; mi infortunio me ha enseñado esta verdad: que no es uno amado en este mundo mas que por su familia. La fuerza de la sangre es el solo afecto durable y á toda prueba; por eso corro á echarme en los brazos de un padre para llevar y hallar al mismo tiempo los consuelos que este padre espera de mí.

—Cuanto mas escucho á usted,—dijo Juanillo,—tanto mas me persuado que muy pronto habrá en los mínimos de Perpiñan dos desgraciados en lugar de uno.

—Pues todavía no lo sabe usted todo, —respondió Luis de Cerdagne vacilando;— pero no puedo decirle á usted mas y á pesar de lo inclinado que me siento á confiarle lo restante de mis secretos, me veo obligado á callar.

—Se lo perdono á usted tanto mas fácilmente, cuanto que yo tambien he ocultado á usted uno de los actos mas importantes de

mi vida; quizás un dia haremos un cambio mútuo de nuestras últimas confidencias.

El señor de Cerdagne no respondió nada, y su silencio indicaba que esas confidencias eran imposibles; en seguida dejó caer la cabeza sobre el pecho y pareció caer en una distraccion profunda. Como la curiosidad de Juanillo se habia despertado, trataba de leer en el rostro de su compañero los pensamientos que le preocupaban; entonces percibió mejor las facciones delicadas del noble jóven, su rostro afeminado y la pequeñez de sus manos. El señor de Cerdagne notó el exámen que su compañero hacia de su persona, cuando levantó la cabeza, y le dijo mostrándole un seto del camino:

—Maese Juan,—¿haria usted saltar á su caballo por encima de esos espinos?

—No me aventuraria á hacerlo,—respondió Juanillo,—á menos que me viese perseguido por los pandurcs del príncipe Eugenio.

Luis de Cerdagne metió las espuelas á su caballo y saltó el seto con aire tan intrépido, que Juanillo se quedó aturdido viendo tanto valor en un cuerpo tan endeble.

—Es usted un loco en arriesgar así la vida haciendo cosas que piden fuerza, valor

y destreza,—dijo Juan á su nuevo amigo.

—En el convento me reposaré,—respondió Luis de Cerdagne;—pero al menos confiese usted que si puede sospecharse por mi figura que soy una ninfa, no tendria necesidad de convertirme en arbusto como Dafné para escapar de la insolencia de Apolo.

Con el fin de no dejar duda alguna acerca de su sexo, el noble jóven se puso á hablar á Juanillo con mas familiaridad que hasta entonces; y al llegar á Lunel viejo, los dos viajeros se declararon recíprocamente la grande simpatía que sentian el uno por el otro. En el pueblo siguiente se prometieron separarse lo mas tarde posible, deteniéndose Cerdagne un poco en el camino, y acompañándole nuestro héroe hasta Perpiñan. Finalmente, cuando vieron á lo lejos las torres de Montpeller, se juraron una eterna amistad. Entraron en la ciudad al anochecer, y tomaron dos cuartos contiguos en una mala posada que parecia la mejor del pais. Les sirvieron una cena que tenia mucha necesidad de ser sazonada por el apetito del cansancio, y en seguida se saludaron deseándose una buena noche al tiempo de irse á acostar.

Perseguido Juanillo antes de dormirse

por el recuerdo de sus compromisos con el infierno y su aventura de la Camarga, no pudo menos de pensar en el partido que podria sacar un dia de su nueva amistad y de los pesares á que se esponia Cerdagne encerrándose en un claustro; pero Juan se indignaba contra sí mismo á la idea de abusar de la confianza de un honrado caballero.

—Jamás,—se decia,—ensayaré el tratar de entregar al diablo una víctima tan amable; me condenaré dos veces en lugar de una, si es posible, ¿Porqué no tuve yo bastante presencia de ánimo para proponer condiciones antes de firmar mi pacto? Gozaria al menos del poder que han tenido todos los desgraciados que se han vendido como yo; podria volver á Cerdagne su padre y su querida, podria colmarle de bienes... ¡Qué bestia he sido en venderme por nada! ¿Dónde hallaré ahora un rescate? ¡Así por lo menos no emprenderé la ruina de mi amigo... Sin embargo, si no quiero morir como un impío es preciso que busque una alma decidida á sacrificarse por mí y á salvarme, como yo lo he hecho por el comendador. Pero ¡ay de mí! ¿puede uno tener amigos cuando no tiene uno su alma? ¡Traidor Potamogeiton, cómo te ries de mi

inocencia!

El sueño vino muy á propósito para arrancar á nuestro héroe de estos tristes pensamientos. Juanillo fué despertado al amanecer por los gritos que daban lasjentes en la calle; abr ó su ventana para proguntar la causa del tumulto y le respondieron que el hechicero Jaime Aymar conducia la justicia siguiendo la pista de un asesino con su varita de virtudes. Juanillo se vistió al momento y corrió al cuarto de su amigo para rogarle que bajase con él á la calle; dió vuelta á la llave y empujó fuertemente la puerta, entró en el cuarto y se halló delante de la cama de Cer lagne que estaba profundamente dormido. Durante su sueño habia sacado un brazo fuera de las sábanas, y este brazo estaba seguido del hombro mas blanco y mas hermoso del mundo. La camisa estaba entreabierta y dejaba percibir un pecho cuya forma no dejaba la menor duda sobre el sexo del personaje. Juanillo se quedó asombrado y mudo sin atreverse á recular ni avanzar; su compañero de viaje era una mujer, y de las mas hermosas.

## CAPITULO VIII.

Despues de algunos momentos de contemplacion, viendo Juanillo que la bella dormida no habia oido nada, se retiró de puntillas, cerró la puerta suavemente y corrió solo á ver al hechicero que ponia en conmocion toda la ciudad.

Jaime Aymar era un paisano del Delfinado: en su juventud habia sido muy hábil en descubrir por medio de su varita de virtudes las fuentes de agua dulce, los tesoros escondidos, y jeneralmente todas las cosas ocultas, robadas ó perdidas. Su reputacion se estendió por todo el resto de la Francia en muy poco tiempo, y la audiencia de Lyon le habia llamado para buscar unos asesinos que no se podian descubrir; Jaime Aymar habia puesto á la justicia en estado de seguir la pista de los culpables. Este suceso llamó la atencion hasta Paris. Habiéndose cometido un robo en el hotel del príncipe de Condé en el año de 169?, el procurador del príncipe hizo venir á Jaime Aymar; pero esta vez no tuvieron éxito alguno las operaciones mágicas, y el hechicero declaró con una buena fe notable que habia pasado ya el tiempo de su poder.

Desde aquella época *A*ymar no ejercitaba ya su arte, y retirado en su pueblo respondia á las personas que venian á consultarle, que su jenio le habia abandonado y que un pastor sabia tanto como él; que no queria pasar por uno de esos impostores que vivian á costa de los crédulos.

Pocos dias antes de la llegada de Juanillo á Montpeller, habia desaparecido un jóven de la ciudad, y como las investigaciones de la justicia no habian producido resultado alguno, se envió á llamar á Jaime Aymar. El hechicero no rehusó el tentar una esperiencia, pero sin atreverse á responder del éxito. Deseoso Juanillo de asistir á esta esperiencia, preguntó el camino que habian seguido las jentes y se le condujo á una casa donde Jaime *A*ymar acababa de entrar. El pueblo reunido á la puerta aguardaba el resultado de sus investigaciones; al cabo de una hora se vió salir al hechicero teniendo agarrada con las dos manos una baqueta de avellano en forma de horquilla; bajó las escaleras de un corredor, atravesó el patio y se dirijió á la calle.

Este célebre adivino tenia entonces cuarenta años; llevaba los cabellos largos al uso de su pais; su frente despejada anunciaba

una intelijencia superior al vulgo, pero desde el mal éxito de sus últimas operaciones se leia en su fisonomía la profunda tristeza de su alma.

En este momento en que hacia su esperiencia, su rostro tenia el aire fijo y pensativo de un sonámbulo. Marchaba lentamente seguido de un fiscal y un escribano con la pluma en la mano; parecia que sufria algun dolor interno, y sus labios murmuraban algunas palabras que no se entendian.

—Señores,-dijo á los majistrados,—siento que no descubriré nada, y sin embargo, la varita se estremece entre mis manos, de manera que puedo asegurar que la persona desaparecida ha sido víctima de un asesinato.

El hechicero se paró delante de un grupo de jentes del pueblo y se puso á mirarlas atentamente; sus ojos se encontraron con los de Juanillo, y dijo:

—Acércate, jóven, y ven á ayudarme, la varita adivinadora te designa como un ser dotado felizmente, y acaso con tu socorro conseguiremos nuestro objeto.

Juan se colocó junto al hechicero y se dejó guiar por él; pero al llegar á un crucero donde habia muchas bocascalles, Aymar

no hallaba ya su camino.

—Amigo mio,—dijo él á Juan,—toma esta varita de avellano, y teniendo la horquilla con las dos manos dirijiendo la punta hácia el cielo, consulta en seguida los puntos cardinales; marcha con firmeza del lado que te indiquen los estremecimientos de la varita.

Juanillo se quedó en estremo sorprendido sintiendo estremecerse entre sus manos la horquilla de avellano. Se orientó y siguió el camino que debia tomar, y la varita adivinadora le condujo extramuros de la ciudad á la colina de San Clemente. Bajo uno de los arcos del acueducto de Montpeller se paró finalmente, y dijo poniéndose pálido:

—Aymar, Aymar, tomad la varita porque no puedo ir mas lejos.

—¿Qué es lo que sientes?—preguntó el hechicero.

—No sé, una angustia insoportable como el frio de la muerte.

—¡Aquí está el cuerpo de la víctima!—esclamó Aymar

El hechicero buscó entre las malezas y halló un terreno recientemente removido: las jentes del pueblo se pusieron á cavar, y descubrieron el cadáver, que se reconoció ser el del noble caballero asesinado.

—Ahora dame la varita,—dijo Aymar, —pues voy á buscar los autores del crímen.

Pero despues de muchos ensayos inútiles, el hechicero se vió obligado á recurrir á su discípulo. El avellano se puso á vibrar tan luego como cambió de mano, y Juanillo se paró otra vez delante de una casa desmantelada de un arrabal de la ciudad.

—¡Aymar, Aymar, sostenme!—dijo él,—me siento desfallecer.

—Hé aquí el lugar donde se ha cometido el crímen,—dijo Aymar.

Los majistrados entraron en la casa, y hallaron en efecto indicios del asesinato, y las personas que se debia naturalmente suponer como autores de él; de consiguiente fueron arrestadas, y embargado cuanto se encontró.

—No es bastante,—dijo Jaime Aymar, —ahora nos falta encontrar los testigos.

Las investigaciones fueron largas esta vez; la ciencia y los esfuerzos del hechicero parecian impotentes. Juanito tomó otra vez la varita adivinadora, y acabó por designar la casa de locos como un lugar donde podian hallarse nuevos indicios del crímen. Aymar recorrió el hospital y se hizo abrir

una jaula en la cual se habia encerrado un loco hacia muy poco tiempo. Tocó á ese hombre con la punta de la varita pronunciando una fórmula cabalística, y el contacto del avellano dió al loco unas convulsiones que fueron causa de que se calmase y tuviese un intérvalo de razon. Sus palabras incoherentes al principio se hicieron cada vez mas cuerdas, y respondió finalmente á las cuestiones por la siguiente relacion:

—Era soldado de la guarnicion que hay en la ciudadela nueva que acaba de hacer construir el rey. Algunos camaradas me llevaron una noche á la taberna, y me puse tan borracho que no pudieron llevarme al cuartel para la hora de la retreta. Anduve por los arrabales de la ciudad durante una parte de la noche con la cabeza tan trastornada por el vino, que no tenia conocimiento ni de mis acciones ni del lugar donde me hallaba. Sin embargo, me acuerdo que me introduje en una casa cuya puerta encontré abierta; pero no querian recibirme, y desenvainando mi sable no se atrevieron á hacerme resistencia. No sabia distinguir por quién estaba habitada aquella casa, solamente me pareció que ví en ella mascaras malas que buenas. Me arrojaron en

una cama, y el sueño no tardó mucho en privarme del poco conocimiento que me habia dejado el vino; pero antes de adormecerme, y á través de los vapores de la borrachera, me pareció que oia una conversacion que tenia relacion conmigo pues se trataba de echarme á la calle ó ponerme cuando me hallase dormido en un rincon de ella. Un hombre que sin duda tenia alguna autoridad sobre los otros, aseguró que si conseguia ejecutar lo que se queria hacer sin que yo concibiese sospecha ninguna, la presencia de un testigo que no hubiese visto ni oido nada seria una circustancia muy buena delante de la justicia; pero yo me dormí profundamente durante este debate. En medio de la noche me desperté á causa de un ruido espantoso, y oí en el piso superior de la casa patadas fuertes, gritos lastimosos, golpes, y como una lucha encarnizada entre algunas personas. Los gritos y los golpes cesaron muy pronto, pero los jemidos me hicieron conocer que uno de los combatientes habia recibido alguna herida grave. El temor y la curiosidad me hicieron saltar de la cama y miré por las hendiduras de la puerta, que se hallaba en muy mal estado. Entonces ví que unos hombres de mala traza bajaban

por la escalera de madera del piso superior, y marchaban á reculas y encorbados porque la escalera era muy estrecha y baja. Uno de estos bandidos tiraba por los piés el cadáver de un caballero, cuya mano empuñaba aun una espada rota. La cabeza del cadáver no estaba sostenida y daba un golpe en cada escalon de madera, que resonaba de un modo que me parece oir aun, y yo hubiera podido contar los escalones por los golpes. Conocí pues, que me hallaba en una casa de malhechores, á donde me habia conducido el acaso para ser testigo de un crímen; los asesinos entraron casi al momento en mi cuarto y me pasaron una luz por delante de los ojos para asegurarse de que dormia, pues me tendí en la cama cuando los sentí venir. Se repartieron las sortijas y el dinero del caballero, y en seguida se deliberó si convendria ó no matarme, pero finalmente se decidió que se me dejaria la vida. Un hombre puso el cadáver en un saco y partió para San Clemente. Finalmente, al amanecer finjí que me despertaba y que todavia me duraba la borrachera. Ellos me abrieron la puerta y volví á la ciudadela; mi capitan me puso en el calabozo. El susto y los peligros que habia corrido turbaban ya

mi razon, y el calabozo acabó de hacérmela perder; por eso estoy en el dia en este hospital.

—Señores,—dijo Aymar á los majistrados,—ahora ya están ustedes bastante informados, tienen ustedes el cuerpo del delito, los prevenidos y un testigo. Que la justicia siga su curso; pues nuestra operacion está acabada.

El hechicero se apoderó de la varita y la rompió sobre su rodilla.

—Aguardad un poco,—dijo el fiscal;—como esta declaracion está acompañada de circustancias estraordinarias, seria bueno darle una forma mas regular á manera de interrogatorio.

—Pregunten ustedes á ese hombre lo que gusten,—respondió Aymar,—pero dudo que pueda responder, porque el talisman que le hacia hablar razonablemente ha sido destruido.

El fiscal dirijió al testigo una pregunta que el pobre loco no pudo entender, y en medio de un diluvio de palabras, en las que con dificultad se reconocia algun sentido ó algun recuerdo de su primera relacion, mezclaba las escusas y las súplicas con los detalles de su aventura. Creía alternativamente hablar á los asesinos, á su

capitan y á los guardianes del hospital, y la imájen del hombre asesinado que arrastraban por los pies era lo que mas ocupaba su imajinacion, pues imitaba el ruido de la cabeza sobre los escalones repitiendo sin cesar ¡*Tap*! ¡*tap*! como si contase los golpes. Los majistrados no insistieron y tuvieron que contentarse con lo que acababan de oir.

La justicia tenia ya recursos enérjicos para hacer confesar á los acusados, y algunas vueltas de tornillo en el caballete del tormento podian completar la sumaria. Un mes despues de la escena que se acaba de leer, dos de los bandidos que la varita adivinadora habia designado fueron descuartizados en la plaza pública, y los otros fueron condenados á remar en las galeras reales á perpetuidad.

Mientras que los majistrados interrogaban al loco, Aymar y Juanillo salieron del hospicio por una puerta oculta á fin de sustraerse á la curiosidad del pueblo. El hechicero parecia abismado en la mas profunda distraccion y murmuraba en voz baja:

—Aymar, no te obstines ya en retener un poder que te se escapa, pues la ciencia y el estudio no te devolverán lo que has

perdido; tu plazo ha llegado; ya no tienes nada que vencer, mientras que ese jóven puede ofrecer un alma nuevamente.... ¡Hechicero desvalido, vuelve á ser paisano y trabaja la tierra!... ¿qué locura es la tuya? tú pretendes hallar en los libros la ciencia y los medios de hacerte obedecer, pero no serás nunca mas que un asno aunque hayas trabajado tanto como Alberto el Grande. Abandona un oficio que no sabes hacer ya, y que la afrenta que acabas de sufrir sea la última. ¡Ah! al menos no acabarás como esos falsos adivinos destinados á morir en la horca ó en la hoguera.

Sin hacer caso de que Juanillo podia oirle, Aymar se reconvenia á sí mismo de esta suerte, caminando hasta una callejuela donde le aguardaba un guia con dos caballos.

—Maestro,—dijo entonces nuestro héroe al hechicero,—¿no tendrá usted la bondad de decirme por qué prodijio acaba usted de cumplir esa obra por mi intermedio?

—¿Yo?—respondió el hechicero sonriendo;—no sabria solamente decirte tu buena ventura con un juego de cartas.

—Sin embargo, usted sabe lo que acaba de pasar, y yo no he comprendido una

jota.

—¿Piensas reirte á costa mia?—repuso Aymar.—Por mas ignorante que sea, tengo aun ojos para saber á quien hablo... ¿No has hecho un pacto con el diablo? ¿no tienes un plazo mas ó menos largo á cuyo término debes entregar un rescate ó caer para siempre en su poder?

—Es la verdad.

—Apuesto á que no has leido el libro de los *Nueve Anillos*, el de los *Nueve Candeleros*, las *Clavículas de Salomon*, ni los consejos de ese gran rey á su hijo Roboham.

—No conozco nada de eso,—respondió Juan.

—Y hé ahí porqué tienes mas poder que yo,—repuso Aymar.—Tú puedes hablar como amo, mientras que yo imploro, suplico, y no se me oye; quiero invocar al padre de la ciencia oculta, y el infierno se burla de mis locas pretensiones... ¡Sé mas dichoso que yo, mocito!

Aymar habia montado ya su caballo.

—Escuche usted una palabra,—le dijo Juanillo.—¿Piensa usted que es á causa de mi pacto con Potamogeiton por lo que la varita de avellano me ha guiado?

—Sin duda.

—¿Y piensa usted que podré con otras varitas semejantes descubrir las fuentes, los tesoros y las cosas perdidas, como lo hacia usted en otro tiempo?

—Eso no vale nada; no sirve mas que para divertir las jentes con esas bagatelas. ¿Arriesgaria uno su alma por tan poca cosa?

—¿Segun eso usted piensa que yo debo de gozar de otros privilejios mas importantes?

—¿Te burlas de mí, mocito?

—No, se lo juro á usted.

—Hasta mas ver, pues; no temas el mandar, hazte servir por los espíritus.

Aymar dió un latigazo á su caballo, y partió á galope.

—¡Eso es muy fácil de decir!.... ¡Hazte servir!....—pensaba Juanillo entre sí cuando se quedó solo.—¿Cómo, y por quién? ¿dónde están mis servidores? ¿Iré á buscarlos á los pantanos de la Camarga? Aymar no sabe que me he entregado sin condiciones, y no le ha venido la idea de que pueda cometerse un desatino semejante. Sin embargo, si es verdad que con una varita de avellano puedo descubrir tesoros, es un privilejio magnífico. ¡Bendita sea la bella Hidora! Habrá tenido lastima de mí, y me

habrá hecho este don sin que lo sepa el bribon de Potamogeiton. ¡Pero ay de mí! se me ha olvidado preguntar á Aymar cómo debo hacer esas varitas de virtudes májicas, pues sin duda hay algunas ceremonias para su confeccion. Puede ser que las encuentre en las *Clavículas*, cuyo nombre he retenido; con esas clavículas y una vara de avellano podré buscar tesoros, juntaré sumas inmensas, quitaré de la cabeza á mi linda compañera de viage su estraño proyecto, y le volveré el amante que le ha maltratado locamente, pues ahora adivino que ella cambia los papeles en la relacion de sus amores. Los votos de su padre son el único obstáculo que se opone á su dicha, y se disfraza de hombre para ser recibida en el convento de los mínimos de Perpiñan. Me propongo socorrer á esa familia desgraciada; iré á Roma, y á fuerza de presentes conseguiré una audiencia del Papa, que dispensará sus votos al señor de Cerdagne. En seguida buscaré algun hombre bien miserable; le ofreceré un millon, cien millones si es preciso para rescatar mi alma; se le entregaré á Potamogeiton, y luego me casaré y gozaré honradamente de una inmensa fortuna; moriré como el comendador y subiré al cielo á pesar de to-

dos los diablos acuátiles y otros.

## CAPITULO IX.

La librería de Montpeller era muy rica en obras de ciencias, como es sabido, y Juanllo consultó á uno de los principales libreros de la ciudad para saber por qué medios podria hacerse con las *Clavículas de Salomon*. El librero le respondió que ese libro habia existido en otro tiempo en Memfis, y que se vendia en casa de Alibek, librero egipcio, cuya tienda debia hallarse sepultada entre las ruinas de dicha ciudad. Parecia tanto mas inútil buscar la tienda de Alibek, cuanto que la posicion geográfica de la antigua Memfis era aun objeto de controversia entre los sabios académicos; pero cuando Juanillo esplicó lo que queria hallar en las *Clavículas de Salomon*, el librero le dijo que sin ir á Memfis se podria encontrar la receta de la varita adivinadora en el libro del *Gran Grimorió* en el del *Dragon rojo*, pues en ellos se habia publicado el secreto. Nuestro héroe compró al momento estas dos grandes obras, y halló en ellas lo que buscaba. El *Grimorio* le aconsejaba que cortase la vara de avellano silvestre al amanecer, repitiendo esta fór-

mula: «Te corto á nombre de Eloim, Moutraton, Adonay y Semíforas, y tendrás la virtud de la vara de Moisés para descubrir todo lo que quiera saber.» Pero con una receta tan sencilla pretendia el *Dragon rojo* que no se podian hacer descubrimientos importantes; para hacer operaciones mas seguras y bellas se necesitaban otras muchas ceremonias; por ejemplo: «Degollar por sí mismo un cabrito de tres meses con un cuchillo nuevo; quemarle en un fuego de madera blanca, en medio de una encrucijada y el primer dia de la luna, clavar la piel del cabrito en una vara de avellano, con cuatro clavos arrancados de la caja de un niño muerto, colocar en seguida la dicha vara entre dos velas de cera blanca fabricadas por la mano de una jóven vírjen; trazar con una piedra amatista un triángulo equilateral sobre la piel del cabrito; no llevar en sus vestidos ni bolsillos otro metal que la plata ó el oro etc.»

—En una palabra,—esclamó Juan al acabar de leer esta receta,—se necesitan tantos cuidados minuciosos y objetos diferentes, que se figura uno siempre que le ha faltado alguno cuando no sale bien la operacion: estos libros están hechos para los impostores, que, Jaime Aymar hace muy

bien en despreciar. Los ignorantes solamente pueden dejarse alucinar por estos embustes; el avellano obedece á aquel que tiene poderío, y todas las invenciones de Grimorio no se lo darán á ninguno que no protejan los espíritus. ¡Libros embusteros, idos al infierno, y que vuestros autores sean llevados á la hoguera que merecen!

Juanillo habia hallado, en efecto, que el vicio radical de estas recetas consistia en el amontonamiento de ingredientes para que la operacion no pudiese jamás salir completa. No es imposible que los espíritus infernales hayan llevado la astucia hasta destruir voluntariamente su crédito, con el objeto de disfrazar mejor la gran parte que toman en las cosas de este mundo bajo la capa de los desatinos de los hechiceros falsos. Puede ser tambien que la sagacidad de Juanillo para descubrir el lado flaco de los libros de mágia y hechicería, le venia de don particular que tenia sin saberlo de la bella Hydora: *Busca y hallarás,* le habia dicho en la Camarga; y el don no habria tenido eficacia alguna, si nuestro héroe no hubiese sabido conocer la grosera supercheria de la receta.

Juanillo cerró los libros de májia y los tiró en un rincon, yendo en seguida á pa-

searse al Peyron hasta que llegase la noche, pues el rumor de sus esperiencias le hacia temer la curiosidad de la poblacion. El sol estaba puesto ya cuando volvió á la posada, y se informó de su compañero de viaje. El dueño le dijo que el señor de Cerdagne habia pedido sus caballos tan luego como se levántara, y partiera en seguida dejando una carta donde acaso estaria su itinerario. Juan abrió la carta, y halló en ello lo que sigue.

«Caballero, he comprendido al despertarme que habia entrado usted en mi cuarto esta mañana mientras que me hallaba dormida. La cerradura de mi puerta abierta me ha hecho conocer que usted habia sorprendido mi secreto: no quiero acusarle de indiscrecion, y presumo que el acaso solo le ha hecho saber quien soy; pero lo que suplico á usted como una gracia es que guarde un secreto del que depende mi porvenir y el éxito de un proyecto al cual no puedo renunciar. Voy á hacerme culpable de una grande falta engañando al padre prior de los mínimos é introduciéndome en su convento contra las reglas de su órden; pero el cielo me perdonará esta culpa en recompensa de mi piedad filial. Acuérdese usted, caballero, de la conversacion que

tuvimos ayer en el camino; usted decia. «Los grandes sacrificios no pertenecen mas que á las mujeres.» De consiguiente ahora comprenderá usted mejor mi amor y decision por un padre desgraciado, que es todo lo que amo en este mundo. Fácilmente adivinará usted lo que hay que cambiar en la relacion de mis aventuras para sacar en limpio la verdad; pues lo que le dije á usted acerca de las mujeres era inspirado por el sentimiento de mis errores. Si siente usted como yo las ventajas de nuestro agradable encuentro... no eche usted la culpa mas que á su curiosidad; recuerde usted la fábula de Psyquea, y vea usted que valo mas ignorar que saber mucho. Adios, caballero, suplico á usted que no trate nunca de volver á hallarme y sobre todo que no me incomode en la ejecucion de mis proyectos; de esa manera aumentará usted el aprecio que Luisa de Cerdagne ha concebido por usted.»

Nada inspira tanto el deseo de correr tras de una linda persona como esos adioses imprevisto y esas fugas precipitadas. Sin estar enamorado de la señorita de Cerdagne, Juanillo sentia por ella mucha simpatía, y vió con pesar que se le frustraba de repente el placer que se habia prometido viajando en

su compañia. No le vino á la imajinacion la sospecha de que la señorita de Cerdagne, quisiese hallarse perseguida, y que la súplica de que no tratase de volver á buscarla fuese un manejo de coquetería. Nuestro héroe era demasiado novicio para concebir tales ideas, y por otra parte el tener mas esperiencia le habria hecho cometer una injusticia. Daba unos suspiros tan grandes al trinchar un pollo asado que le presentaron para cenar, que compadecido el huésped le miraba con ojos compasivos y le hizo servir el mejor vino de la bodega para disipar su pesar. Juanillo hizo honor á la cena y cuando comió con apetito y bebió algunos tragos, su tristeza se cambió en impaciencia y despecho. Hizo, pues, ensillar su caballo con el objeto de distraerse dando un paseo bajo las arboledas del Peyron, pues la noche estaba templada, la brisa del mar ajitaba las hojas, y la luna daba á los objetos apariencias fantásticas. Juanillo soltó la brida sobre el cuello del caballo y se puso á meditar.

—Si yo fuese mas atrevido,—se decia él, —correria tras de esa jóven; y pasado el primer momento es seguro que no sentiria el volver á verme... ¿No sabria yo probarle la pureza de mis sentimentos? ¿no tengo de-

recho á pedirle una esplicacion sobre la aventura de esta mañana? Ella dice que presume que solo el acaso me ha revelado su secreto, pero esta complacencia no me basta, pues no quiero que conserve la menor sospecha... Sí, yo deberia correr tras ella y hablarle todavia una vez.

Nuestro héroe fué interrumpido en su meditacion por un incidente orijinal; percibió que su sombra, estampada en el polvo del camino por la claridad de la luna, corria con una rapidez estremada. Creyendo que su caballo se desbocaba, cojió al momento la brida, y el caballo se paró. Juan miró entónces hácia atrás, y percibiendo la ciudadela de Montpeller á mucha distancia, esclamó:

—¿Qué quiere decir esto? ¿He andado tanto camino en algunos segundos, ó me he distraido mas tiempo de lo que imájino?... ¿Dónde me hallo?... ¿no es en la carretera de Perpiñan?

Juanillo dejó caer nuevamente las bridas, y dirijiéndose á su caballo le dijo:

—¿Me conduces en busca de Luisa de Cerdagne?... pues marcha si sabes á donde está.

El caballo partió á galope y parecia que sus pies no tocaban la tierra. No sintiendo el

caballero el traqueo ordinario del galope miró á los lados de su corcel para ver si tenia alas; pero fuera de la prodijiosa velocidad de su marcha, nada ofrecia el aspecto sobrenatural.

—No se dirá que he tenido miedo de tí, —esclamó Juan,—aunque fueses el hipógrifo; pero sin embargo, ¿no es una falta el correr tras de Luisa de Cerdagne á pesar de su prohibicion?... ¿No va ella á llenarme de reconvenciones, y no seria mas prudente merecer su aprecio obedeciéndola?

Apenas esta idea habia entrado en el pensamiento de Juan, cuando notó que su caballo se habia parado.

—Pero, por otra parte,—repuso,—si no la hallo antes que las rejas del convento se hayan cerrado detrás de ella, quizás no volveré á verla jamsá... ¡Buena manera de merecer el aprecio de una jóven renunciando á verla y hablarla!... No vacilemos; pues que mi destino me lleva sobre este escelente animal, seria un cobarde si resistiese.

El caballo tomó de nuevo el galope cada vez con mayor velocidad; los árboles del camino parecian flechas; Juan llevaba en una mano el sombrero y con la otra retenia su capote hinchado por el viento como una

vela; no distinguia los objetos, y sin embargo reconocia que pasaba por villas y lugares, porque las luces de las ventanas brillaban un momento á sus ojos y desaparecian como chispas.

—¡Bendita seas, jenerosa Hydoral—murmuraba él.—Este caballo es sin duda otro don que haces al pobre monaguillo engañado por el infame Potamogeiton. Con este animal y la varita de virtudes podré aun intentar muchas cosas que el resto de los hombres no podrian emprender; con el paso que lleva este admirable corcel debo haber andado lo menos quince leguas, y estaré en Beziers al amanecer, donde tomaré noticias sobre la bella fujitiva... ¡Corre, vuela, intrépido Hipógrifo!

Y Juanillo repetia en su vértigo otras muchas palabras cortadas, en las que mezclaba y confundia los gritos de sorpresa y gozo con los responsos que tenia costumbre de rezar en otro tiempo durante los oficios de su convento. El caballo se paró de repente, y el caballero percibió que se hallaba á la puerta de una posada en la plaza mayor de una ciudad. Juanillo dió un aldabazo en la puerta sin apearse; la puerta se abrió, y un rebaño de criadas acudieron armadas de candeleros. El viaje-

ro no se atrevia á preguntar donde se hallaba por miedo de que se le riesen en los bigotes, pero á beneficio de algunas cuestiones hechas con habilidad, adquirió la certeza de que era la ciudad de Beziers; lo que no pudo menos de admirarle al considerar que habia recorrido quince leguas en dos horas.

—Hijas mias,—dijo él á las criadas; —¿no habeis visto pasar hoy un jóven y hermoso caballero, vestido de terciopelo verde, y acompañado de un criado á caballo?

—Si fuésemos sus hijas,—respondió la mas descarada,—ninguna de nosotras habríamos echado aun los primeros dientes, y presumo mas bien que podria usted hallar aquí su madre; aunque sin embargo no soy yo. En cuanto á ese jóven caballero por quien pregunta, ¿no es uno pequeñito con una cara de ángel?

—¡Qué, no-!dijo otra,-es alto y hermoso con una figura atrevida; ¿cómo podia ser hermoso si no fuese alto?

—Su caballo es blanco,—interrumpió la tercera.

—Negro,—repuso la primera.—Yo le he visto como veo á usted; no lo dude usted, señor, ha pasado por aquí un poco antes de

ponerse el sol.

—¿Y qué camino ha tomado?—preguntó Juan.

—El de Narbona; y por mas señas que sus caballos estaban tan cansados que los ha dejado en la casa de postas y ha partido en un coche alquilado.

Las criadas elevaron los candeleros hasta la cara del viajero para examinarle mejor, y no dejaron de hallarle mas hermoso que el otro.

—¿Y á qué distancia pensais que puede hallarse ahora?—preguntó Juan.

—A lo sumo á dos leguas de Beziers,—le respondieron.

—Muchas gracias; partid pues este escudo entre vosotras, y adios, pues yo me marho.

—Vaya usted con Dios, caballero; buen viaje,—le respondieron.

La puerta de la posada se cerró, y Juanillo volvió bridas.

—A lo hecho pecho,—dijo él,—ántes de cinco minutos voy á encontrarme cerca de la señorita de Cerdagne.

Pero el caballo tomó su paso ordinario y no quiso correr ya como antes; en vano el caballero le aplicaba los dos acicates, pues su marcha no pasaba del paso ordinario de

un caballo.

—¿Qué significan esos caprichos?-esclamó Juanillo.—¿No quieres ya obedecer á mis órdenes? Ya sabré hacerme obedecer por los espíritus, como dice Aymar; ellos me han dado un caballo maravilloso, y no permitiré que te hagas un matalon.

Despues de haber jurado, regañado y espoleado al pobre animal, Juanillo se paró lleno de confusion.

—¡Ay de mí!—dijo en fin,—ya adivino por qué te me resistes; es porque mi mano te impulsa y mi voz te manda que marches, mientras que mi corazon pusilánime tiembla solo á la idea de comparecer delante de una bella mujer ofendida. Pues que conoces mejor que yo el fondo de mis pensamientos, no quiero forzarte mas; tomemos una noche para reflexionar, y mañana tendré aun tiempo para alcancar á mi bella fujitiva en Narbona.

Juanillo se volvió atras y entró en la posada, donde las criadas acudieron de nuevo acojiéndole con mil chistes. Avergonzado de su cobardía, pidió una cama, se encerró en su cuarto y se acostó para tomar ánimo en el recojimiento; pero la noche no le acon-

sejó tan bien como él pensaba, pues se durmió al momento que puso la cabeza sobre la almohada.

Cuando el sol matutino vino á dispertarle penetrando por su ventana, Juan ocultó su rostro entre las sábanas para prolongar la noche y ganar tiempo. En fin se levantó tarde, almorzó despacio, habló largo rato con las criadas de la posada, visitó los monumentos de Beziers, admiró el hospital y perdió el dia de esta manera. La noche se aproximaba cuando, pensando en el camino que podia andar una silla de postaen veinticuatro horas, le vino la idea de que podia haber perdido la ocasion y que la señorita de Cerdagne estaba acaso en los brazos de su padre. Fué, pues, inmediatamente á la cuadra, ensilló él mismo su caballo, y partió á galope. Esta vez el dócil animal sirvió á su gusto al caballero, tomando un paso tan acelerado que no eran ya los árboles y las casas las que se sucedian como flechas, sino las colinas y los valles. Agarrado Juanillo con ambas manos á las crines del caballo, perdia la respiracion, y faltó poco para que se demayase; pero felizmente no fué largo su suplicio. Sintió un choque fuerte causado por la parada de su caballo, y como no dudaba que el animal encantado le hu-

biese conducido á la presencia de la señorita de Cerdagne, abrió sus ojos asustados tratando de balbucear un saludo, y entonces vió que se hallaba delante de la puerta de una gran ciudad fortificada. Un abate, que tenia un rostro muy alegre y que se paseaba con un libro en la mano, le miraba sonriéndose; Juanillo le preguntó el nombre de la ciudad.

—Perpiñan, señor,—le respondió el abate.—Esta puerta es la del Castillejo, y su nombre le viene de ese pequeño castillo que defiende su entrada. El rio que ve usted allá bajo es un brazo del Ter, que atraviesa el arrabal de Nuestra Señora; y estas hermosas obras de fortificacion son debidas al señor Vauban.

—Muchas gracias, señor,—respondió Juan.—Tenga usted la bondad de indicarme el mejor parador de la ciudad.

—Vaya usted á hospedarse en el parador del Pino,—respondió el abate,— y hallará usted buena compañia Las personas de calidad de Francia ó España que van á Barcelona ó que vienen de allí, se hospedan en ese parador.

Juanillo saludó al abate; y pasando en seguida por la puerta del Castillejo entró en la ciudad por el arrabal de Nuestra

Señora.

—Eres un brabo animal,—dijo Juanillo á su caballo,—pues has sabido adivinar mis temores y mi timidez tan bien como mi impaciencia; ó mejor dicho, el espíritu que te posee es un admirable servidor.

Al llegar Juanillo delante del parador del Pino entró el criado de la señorita de Cerdagne.

—¿Dónde está tu amo?—le preguntó con emocion.

—¡Ay Dios, Señor!—respondió el criado, —le he conducido al convento de los Mínimos; ya llega usted demasiado tarde para hacerle desistir de su proyecto, pues que lleva el hábito de los novicios desde esta mañana y c usa lástima el ver su hermosa figura bajo un hábito. Si quiere usted acompañarme mañana al convento á la hora de locutorio, podrá usted aun decirle un eterno adios.

## CAPITULO X.

No es estraño que Juanillo no viese mas que abates en Perpiñan, teniendo el capítulo de la catedral un privilejio de carnicería que se estendia desde los canónigos

hasta el último tonsurado. No habia familia que no hiciese tonsurar á alguno de sus hijos á fin de libertarse del gravoso impuesto sobre la carne mediante la proteccion de los señores del capítulo; el hijo del fondista del Pino estaba tonsurado y tenia buen cuidado de descubrir su cuello cuando iba á la compra de provisiones. En la cena de la posada, Juanillo se sentó, pues, á la mesa en compañía de muchos jóvenes, que no por estar tonsurados eran menos alegres y divertidos. Hablóse de cosas jenerales; de los preparativos del Imperio para la guerra de sucesion de España y de las intrigas que se urdian en la córte del jóven rey Felipe V. Nuestro héroe era un cero á la izquierda en materia de negocios políticos, y aunque sus vecinos no entendiesen mucho mas el sentimiento de su ignorancia le hizo permanecer mudo y atento; sin embargo, de la conversacion sacó varias cosas en limpio que se avergonzaba de ig orar, cuales eran la noticia de que se esperaba en la corte de España al nuevo embajador de Francia; que este embajador era el mariscal de Narchin, cuyo postillon acababa de llegar á la posada mandando preparar un alojamiento para aquella misma noche, como así mismo que la jóven reina de España, que era

una princesa de Saboya, habia llevado consigo jentes de su país que disputaban la influencia á la faccion de Francia; que esta princesa no debia vivir mucho tiempo, porque estaba devorada de humores frios, lo que no impedia al jóven rey el amarla con fidelidad. Nuestro héroe, en medio de jentes tan bien informadas, no se atrevió á abrir la boca mas que para comer, ó si pronunció algunas palabras, fueron en forma de interrogacion á fin de instruirse mas y mas.

Concluida la cena, Juanilio se retiró á su cuarto, faltándole tiempo para encerrarse y reflexionar en los prodijiosos acontecimientos de aquella noche. Al repasar en su cabeza los variados incidentes de su viaje, esperimentaba todas las penas del mundo para concebir la celeridad con que habia venido de Beziers á Perpiñan: los discursos de Jaime Aymar parecian irse realizando; los espíritus corrian de motu propio ante el protejido de la hermosa Hydora, sin que él tuviese necesidad de darles sus órdenes para hacerse servir, bastando el desechar toda indecision para ser al punto obedecido.— Aun cuando no hubiese poseido otro don que el de descubrir los tesoros ocultos con su varita de virtudes, y la libertad para cor-

rer de un estremo á otro del mundo montado en su caballo barbudo, estas eran condiciones mucho mejores de las que él hubiera podido pedir, y el diablo habia pagado jenerosamente la modesta adquisicion del alma de un niño de coro. Las palabras que Juanillo habia oido en la cena sobre las córtes de España y Francia despertaban en él deseo de señalarse con algun servicio distinguido: la seductora imájen de la señorita de Cerdagne hacia tambien un papel en sus sueños, y si nuestro héroe se aventuró algun tanto en el espacio imajinario, al menos sus visiones tenian mas fundamento que las de Pichrocole.

Ya eran cerca de las doce cuando Juanillo, que se disponia á meterse en cama, oyó un ruido estraordinario de carrozas y de caballos en el patio de la posada; los criados recorrian la casa gritando y llamando á las puertas de un modo que se conocia que servian á un gran señor. Todo eso era necesario para anunciar el embajador de Francia que venia á dormir á Perpiñan antes de continuar su viaje á Barcelona. Bien luego penetró el ruido del patio hasta los corredores y despues en los aposentos; y, como sucede frecuentemente en

las posadas, sucedió que la alcoba del mariscal de Marchin no se hallaba separada de la de Juanillo mas que por un tabiquillo, á través del cual se oia perfectamente cuanto se hablaba. El mariscal, al tomar posesion de su aposento, dió sus órdenes para el dia siguiente, despidió á los criados y mandó venir á su secretario: el embajador estaba muy ajitado, andaba precipitadamente y hablaba con muy mal humor.

—Cerrad esa puerta,—dijo el secretario, —nuestro asunto ha salido mal, y el viaje es inútil, ¿qué digo? Mi fortuna se la llevó el diablo; se ha firmado el tratado entre España y Portugal, sin que yo haya tomado parte y todo el honor de ello recae sobre mi predecesor el mariscal de Harcourt: es muy justo. Quedaba un negocio importante que terminar, el cual me estaba confiado, y era la eleccion de la camarera mayor de la reina: si se dá este cargo á una española, la Francia pierde la mitad de su influencia, y tambien llegaremos tarde, pues ya se habrá provisto la plaza. Vaya! Principio bien mi embajada: dirán que ha sido torpeza mia, y nunca me perdonarán en Versalles la impaciencia que vaá sentir el rey. Sin embargo, en mi vida he hecho un encuentro mas dichoso: sin fortuna,

sin proteccion. Su Majestad me elige y me ordena el ostentar un tren de príncipe como M. Harcourt, supliendo mi pobreza con una jenerosidad inaudita. Mi tarea era fácil; podia contentar al rey llevando á cabo una operacion cuyo buen éxito, bien mirado, dependia del rey y no de mí: hablando en su nombre, hubiera logrado el que recayese la eleccion de camarera en quien yo hubiese querido. ¡Qué mala suerte! Estalla una revolucion en Nápoles, y Felipe V indolente y valetudinario como es, parte de repente para Italia: sé estos acontecimientos en Burdeos; me dicen que el rey de España está en camino para Barcelona, dejo el camino de Madrid, y recibo aquí un fatal correo que me anuncia que Felipe V se halla dispuesto á embarcarse en el navío real y que la flota se hará á la vela mañana! Así, pues, no le veré, y mi maldita embajada no llegará ni aun á poder entregar mis credenciales. ¡Y esos caminos que son tan malos! ¡y los caballos que no andan! y luego esos malditos carruajes que pesan quintales y ruedan como las carretas! Es para desesperarse de rábia.

El mariscal suspiraba á mas no poder: Juanillo no perdia una sola palabra.

—Si me atreviese, pensaba para sí, á

ofrecer al señor embajador el llevar un mensaje á Barcelona con mi caballo barbudo, seguramente le sacaria de apuros y ademas veria al jóven rey Felipe V; y hasta podria llevar en ancas al mariscal hasta Barcelona: pero ¿qué le pareceria mi proposicion? El embajador se reiria de mí y no querria oirme; y por otra parte, ¿seria prudente iniciar á un gran señor en el estado de mis relaciones con la hermosa Hydora? Ese ambicioso tal vez me pediria mi caballo, y despues que se le diese, acaso se burlaria de mí; no, no; no cometeré tamaña locura.

—No dejemos de hacer,—repuso el mariscal,—todo lo que dependa de nosotros. Voy á reposar aquí durante tres horas, y vos seguiréis vuestro camino hasta Port-Vendres. Tomad una silla de dos ruedas y pagad á los postillones para que rebienten los caballos. El posadero de aquí asegura que habiendo buen viento un barco puede ir de Port-Vendres a Barcelona, en menos tiempo que una carroza; informáos de ello; buscad un falucho lijero y bien equipado, que vaya de prisa y sobre todo con marineros atrevidos, y pagadlos para que tripliquen su celo; aunque debiese ahogarme, marcharia si hay alguna probabilidad de

llegar prontamente á Barcelona. Tomad dinero, ¡eal que todo esté listo en menos de tres horas.

—Bueno, bueno,—pensaba el vecino,—rebienta caballos, despliega velas al viento, que, á pesar de eso, mas horas necesitarás para llegar que minutos tehubiera yo pedido.

El mariscal, despues de la marcha de su secretario, se paseó largo tiempo aun en su cuarto inquieto y ajitado, profiriendo esclamaciones de despecho. Por último, arrojó por tierra su sombrero y esclamó en alta voz:

—¡Qué no pueda yo saber al menos en quien recaerá el cargo de camarera mayor! ¡cuánto no daria al que me nombrase esa persona!

—Yo tambien,—decia el vecino,—quisiera saber la misma cosa. ¡Cuánto no daria yo tambien por conocer á esa persona, y poder decir su nombre al señor embajador!

Juanillo estaba sentado delante de una mesa, apoyado en ella con sus codos, no atreviendose á moverse, conteniendo su respiracion y abriendo tamaños oidos. El mozo de la posada habia puesto sobre la mesa una botella llena de agua, que se ha-

llaba preicsamente frente á los ojos de Juanillo, de manera que al escuchar los discursos de M. de Marchin, miraba maquinalmente al agua que formaba una especie de prisma en donde la luz se descomponia en rayos de diferentes colores. En medio de esos juegos de luz, Juanillo creyó ver una cabeza de mujer, un poco vaga al principio, cuyos contornos se iban dibujando mas claramente cada vez: esta mujer llevaba un tocado á la italiana y varios adornos semejantes á los que llevan las señoras de la corte; su rostro estaba animado y parecia mover los lábios; Juanillo seguia con asombrados ojos los movimientos de fisonomía de aquella figura desconocida.

—¿Sois vos, ninfa de las aguas?—murmuró Juan,—¿sois vos, preciosa Hydora, que os apareceis ante mis ojos en el elemento que habitais? No, no es ese vuestro rostro. ¿Es por ventura el de la persona que deseo ver? ¿acude aun á mi ausilio la amable Hydora? Llamemos á toda costa al señor mariscal, y mostrémosle la presente imájen.—¡Hola! ¡señor embajador!—gritó Juanillo con todas sus fuerzas,—venid por acá, y se os enseñará el rostro de la camarera mayor de la reina de España.

—¿Quién me llama? quién habla asi?—preguntó M. de Marchin.

—Vuestro vecino; venid pronto, no hay que perder tiempo.

El mariscal corrió en efecto.

—No me incomodeis,—le dijo Juanillo, sin apartar los ojos de la botella maravillosa:—nada de preguntas inútiles, dentro de un instante nos esplicaremos: sentáos á mi lado, mirad el agua de esa botella hasta que encontreis una fisonomía de mujer que debe ser la de futura camarera mayor.

M. de Marchin tomó una silla, se sentó al lado de Juanillo y miró largo tiempo; pero en vano buscó una figura humana, sus ojos solo vieron los juegos de luz que ocasionaba el prisma.

—Mozuelo,—dijo,—si tratais de burlaros de una persona de mi rango y mi caracter...

—¡Silencio!—interrumpió Juanillo,—no me burlo en ninguna manera; no nos desconcertemos; la aparicion no está visible mas que para mí, puesto que vos no la distinguís: voy pues, á describirla: esta mujer tiene rasgos nada comunes, particulares y fáciles de reconocer, no es muy hermosa; sus cabellos son negros, y sus ojos azules: su fisonomia llena de nobleza anun-

cia un talento superior, y hay momentos en que su espresion se vuelve dulce, benévola y amable; la boca es grande, pero de forma perfecta, y la sonrisa le dá un encanto inesplicable.

—Cabellos negros y ojos azules!—dijo el mariscal,—ella es. Sin embargo, hay muchos rostros en la corte de España totalmente desconocido para mí; ¿no podríais adivinar el nombre de esa mujer que acabais de describir?

—El nombre, el nombre,—repitió Juanillo,—¿cómo haríamos para saberlo? esperad; se borra la imajen y desaparece; ahora veo un escudo con una corona de príncipe; en el escudo hay un oso.

—¡Ya no cabe duda!—esclamó el mariscal;--es la princesa Bracciano: sé lo bastante. Ahora, espliquémonos; ¿quién sois? ¿habeis oido hablar alguna vez de la señora de los Ursinos? Si todo eso es un finjimiento, una mentira interesada para lisonjear mis deseos y arrancarme una recompensa, confesadlo injénuamente; os daré con gusto la recompensa, por la certidumbre de no haber sido engañado.

—Caballero,—respondió Juanillo,—soy un pobre niño de coro; no he visto otro pais en mi vida que el de Arlés á Perpiñan,

ni otras personas que las de mi lugar natal, y he vivido entre los buenos franciscanos á quienes ayudaba á misa y en cuya iglesia cantaba; así pues ¿por dónde hubiera podido oir hablar de esa gran señora cuyo nombre habeis pronunciado?

—¡Hé aquí una aventura singular!—esclamó el mariscal.

En tiempo de M. Marchin la májia estaba muy en moda. En París habia un barrio habitado únicamente por brujos, á donde acudian las jentes principales á consultar los oráculos: las personas elevadas que hacian alarde de no creer en Dios, buscaban con mucho ahinco las buenas gracias del demonio: hallábanse muchos adeptos entre muchos impostores, puesto que uno de estos hechiceros anunció al duque de Orleans su futuna rejencia en un momento en que no habia ninguna apariencia de que debiesen morir ni el Delfin ni los nietos del rey. Así, pues, M. de Marchin no se sorprendió estremadamente de un fenómeno de quiromancia de que se citaban muchos ejemplos sino que antes por el contrario, pensó sacar mucho provecho de él para su embajada. El mariscal era un hombre grueso y bajito, vivo, sagaz, tan hábil negociador como buen militar, siendo ademas ambicioso, cortesa-

no astuto, pronto en formar juicio sobre las jentes, y mas pronto aun en sus resoluciones: dos veces dió la vuelta al cuarto, y deteniéndose en frente de Juan fijó sus ojillos brillantes como dos ascuas, en la injénua fisonomía del mozuelo.

—¿Cómo os llamais?—le preguntó.

—Maese Juan.

—¡Nombre singular! ¿cómo se llamaba vuestro padre?

—¡Ay, señor! soy un niño espósito.

—¿Qué educacion habeis recibido?

—Los buenos franciscanos de Arlés me han enseñado á leer y escribir, y el latin suficiente para entender lo que decia al ayudar á misa.

—¿Quereis ser mi criado, y llevar mi librea?

—Perdonad, monseñor,—respondió Juanillo con aire consternado,—pues no puedo aceptar un puesto de criado.

—Lo siento: si fuéseis noble, ó si tuviéseis siquiera un nombre, una familla, os diria un empleo; seríais agregado á mi persona y habiérais podido hacer algunos servicios al rey, pero no puede ser, no pensemos en ello.

El embajador, enteramente ocupado en sus negocios, entró en su cuarto y dejó á

Juanillo lleno de vergüenza y de dolor. A eso de las tres de la mañana, llegaron caballos de posta para el carruaje de M. de Marchin; Juanillo bajó al patio de la posada, y el mariscal, al verle sentado sobre un poste, le dijo desde la portezuela:

—Adios; si os decidís á entrar á mi servicio, id á buscarme á Barcelona ó á Madrid; os daré un buen salario.

Juanillo respondió con un saludo, y los caballos echaron á correr.

—¡Qué me importa el salario!—pensó el pobre mozo suspirando,—lo que siento es la ocasion de ser útil á la Francia. Pero puesto que no sirvo mas que para llevar librea, puesto que me estiman lo suficiente para hacerme un lacayo, no quiero ser nada, y si sirvo al rey será con el arma al hombro. ¡Oh, Hydoral ¿de qué sirven vuestros presentes? Volvéos á llevar vuestro caballo maravilloso, la varita de virtudes y el don de evocar imájenes en las botellas de agua; pero dadme en cambio el derecho de ceñir espada, lo que tantos otros poseen por haber salido del seno de sus madres! ¡tonto é insensato que soy! En lugar de buscar tesoros escondidos, ó asesinos que se ocultan, busquemos á mis parientes, aun cuando no fuese mas que para reconvenirlos

por haberme abandonado. Pero mi padre será tal vez un pescador ó un mozo de cordel, ¡ah! ¡todos los diablos juntos no tendrán poder para hacerme noble!

Juanillo fué interrumpido en sus lamentaciones por un lijero dolor que sintió en el brazo izquierdo, semejante al que se esperimenta con una quemadura; levantó la manga de su camisa y vió en su brazo una manchita negra parecida á uno de esos dibujos con que los soldados acostumbran á adornar su piel, mancha que representaba un puñal encorbado.

—Es estraño,—dijo Juanillo,—no habia notado nunca esta señal; ¡ay! sin duda soy un chiquillo del ejercito.

## CAPITULO XI.

Despues de haber pasado la noche suspirando y sin dormir, Juanillo se dejó conducir al convento de los Mínimos de Perpiñan, pensando que la vista de la señorita de Cerdagne dulcificaria un poco su pesar. Le introdujeron en el locutorio, y apoco rato llegó el jóven novicio acompañado de su padre y los dos con el hábito de la órden. La señorita de Cerdagne parecia con el hábito el frailecito mas hermoso del

mundo; púsose colorada al principio reconociendo á su compañero de viaje, y luego tomó su jovialidad acostumbrada hablando de sus primeras horas en el convento y del placer que tenia en vivir con su padre. Llamábasela ya el hermano Luis, y todos los otros novicios estaban decididos á amarle mucho, de manera que para Juanillo, que conocia el secreto, tuvo una sal particular la pintura que ella supo hacer de las caricias de sus nuevos amigos. Mientras que la jóven hacia alegremente estas revelaciones, el señor de Cerdagne la miraba con ojos humedecidos, y la ternura, el agradecimiento y la piedad despedazaban el corazon del pobre padre.

—Caballero,—dijo él á Juan,—pues que el acaso y las confidencias de mi hija le han hecho á usted saber nuestras desgracias, permítame usted que le consulte como amigo sobre la nueva culpa que vamos á cometer. Considere usted la tierna edad, la belleza, la educacion, el carácter lijero de mi hija y el porvenir espantoso que se prepara: pese usted maduramente todas estas cosas, y dígame si no es cobarde y culpable de mi parte el aceptar el sacrificio que quiere hacerme de su juventud.

—Diga usted mejor que es una inspira-

cion del cielo,—imterrunpió Luisa de Cerdagne—¿Qué seria de mí sola y sin consejo ni dirección en un mundo tan corrompido? Me perderia en él... ¿No vale mas vivir aquí olvidada, dichosa y sin culpa, cerca de un padre que necesita los cuidados de mi ternura? Separados uno de otro seríamos entrambos miserables, mientras que reunidos para siempre á la sombra de estos muros sombríos, no tenemos nada que desear, nada que echar de menos, nada que temer. Yo soy ya un hermano novicio de buen humor, y dentro de un año seré un mínimo de los mas sumisos. Si llegase á descubrirse mi supercheria, me defenderé citando el ejemplo de Santa Marina, que se sirvió de la misma estratajema que yo para llevar consuelos á San Eugenio. La temeridad de Santa Marina fué mayor que la mia, y su mentira ha hecho su gloria. Partió como yo disfrazada de hombre; entró en un convento de la Tebaida, y permaneció cerca de su padre. Se la acusó de haber seducido á la hija del jardinero del convento, y en lugar de disculparse descubriendo su secreto, prefirió dejarse condenar; impusiéronla las penitencias mas severas, y las soportó sin quejarse. No se conoció su sexo hasta despues de su muerte, y los buenos mon-

jes se hallaron sorprendidos en estremo al amortajar á su hermano, viendo que habian tenido entre ellos una hermosa mujer. Yo pretendo vivir y morir como Santa Marina, pues que sus engaños inocentes no la han impedido ser canonizada; si me acusan de haber seducido á alguna jóven, me dejaré condenar; haré penitencia, y quizás un dia el calendario traerá Santa Luisa de Cerdagne. Así, pues, no traten ustedes de hacerme desistir de un designio del que hay que acudir al siglo VIII para hallar un ejemplo.

—No estamos en el siglo VIII,—replicó el señor de Cerdagne,—y á pesar de la autoridad de Santa Marina, déjame consultar á nuestro jóven amigo.

—Para dar mi opinion con conocimiento de causa y sin parcialidad,—respondió Juan, —seria necesario que conociese mejor los acontecimientos y los motivos que le han obligado á usted á sepultarse vivo en un claustro.

—Pues entonces retirémonos á un rincon donde no puedan escucharnos,—respondió el padre,—y contaré á usted mi historia en pocas palabras.

Habia en el convenio de los mínimos un pequeño patio adornado de flores que ser-

via de suplemento al locutorio. El señor de Cerdagne llevó á él á Juanillo y á su hija; se sentaron los tres bajo una parra, y el viejo señor empezó la relacion de su vida en estos términos:

—No soy de la familia de los condes de Cerdagne, pues los jenealogistas no encuentran parentesco entre mis antecesores y Guifredo de Cerdagne, fundador de esta abadia de San Martin, que se ve aquí cerca. Sin embargo, mi padre era noble y poseia cuantiosos bienes en las cercanías de Prades. Yo traje á este mundo inclinaciones que no se juzgaron dignas de mi nacimiento, pues tenia un espíritu tan independiente que me llamaban malo y vagabundo. Habiéndome castigado mi padre brutalmente, cuando no tenia mas que cuatro años, salí á hurtadillas de la casa y marché largo rato con ánimo de no volver á ella. Me buscaron por espacio de ocho dias, y finalmente me hallaron en los montes de Vernet, en casa de unos pobres carboneros cuya familia y costumbres habia yo adoptado. Mi madre habia tenido tanto miedo de mi escapatoria, que no quiso permitir se me hiciese la menor correccion; pero las reprimendas y la vijilancia no eran suficientes para domar mi carácter indó-

mito, de manera que me acostumbré á no hacer mas que mi santa voluntad. Enfatuados mis padres con su nobleza, habian establecido en su casa una especie de etiqueta; el empleo de todas las horas estaba arreglado de antemano, y todos los dias se parecian los unos á los otros. Esta manera de vivir me era insoportable, y no podia dar un paso sin que un lacayo encargado de vigilarme me dirijiese sus observaciones. Mi mayor placer era escaparme y hablar con los paisanos, los arrieros y los postillones. La epidemia de la fiebre purpúrea me arrebató á mi padre; esta pérdida me causó un pesar profundo; pero no cambió en nada mi natural, y la bondad de mi madre me dejó finalmente la libertad á que tanto aspiraba.

Viajé, pues, por nuestras bellas montañas; me entregué á los ejercicios que me gustaban mas, y de los que se me habia privado tan largo tiempo por manías poltronas y metódicas. Las provincias Vascongadas y la Navarra se hallaban entonces infestadas de jitanos, los unos fijos y los otros ambulantes, y se los veia frecuentemente pasar por nuestra villa. Un dia encontré en la plaza de Prades una de esas familias ambulantes de jitanos que daban

un espectáculo haciendo juegos de manos, de física y de mágica blanca; y entre aquellos fulleros noté una jóven de una rara belleza que podia tener unos quince años. Bailaba manejando dos puñales con unos jestos originales, pero con una gracia admirable al mismo tiempo. Me paré á mirarla en medio de un corro de buenas jentes que dieron á la muchacha mas aplausos que dinero, y cuando la jitanilla hizo su colecta, sentí que al echarla un escudo de seis libras hubiera querido tambien echar mi corazon á sus pies.

Ella me dió gracias con una ojeada española y volvió á empezar la danza de los puñales para contentar al jeneroso señor, como me llamó. En medio de sus pasos y posturas graciosas me lanzó algunas miradas con sus bellos ojos, y cuando finalmente volvió hacia mí la punta de su puñal sonriéndose, esperimenté una turbacion desconocida, y faltó poco para que me desmayase, como si verdaderamente me hubiese atravesado el corazon. Despues de la danza, me apróximé á la jitana para interrogarla, pero inmediatamente otras jóvenes jitanas nos rodearon, por malicia y por curiosidad, y me interrumpieron con palabras burlescas ó misteriosas sin dejar á su

compañera el tiempo de responder á mis cuestiones. Sin embargo, la bella jitana halló la ocasion y el medio de decirme su nombre y el país donde su rancho formaba todos los años su cuartel de invierno.

—La pobre Inés no sabe mucho,—me dijo ella con una mirada astuta,—pero la han enseñado á preservarse de los pasos en vago, de las palabras dulces y de los caballeros franceses. Cuando viene la nieve va á dormir á Venasque, y los señores de los escudos blancos no irán á buscarla tan lejos.

Una jitana vieja llamó á las jóvenes, que se volaron como una banda de pichones, levantando el campo para ir a ejercer su industria en algun otro pueblo, y yo me quedé solo con el corazon traspasado y el espíritu inquieto; tenia entonces veinte años y no creia que pudiese uno curarse con el tiempo y la razon de una pasion fuerte, pues la soledad y la reflecsion no me servian mas que para reconocer la violencia de mi amor.

Era entónces el mes de setiembre, y al cabo de dos meses ví por fin que las cimas de las montañas se cubrian de nieve, y partí para Venasque; Esta pequeña villa situada en la falda meridional de los Piri-

neos, era el refujio de muchos ranchos de jitanos; y yo encontré á la preciosa Inés en una compañia poco edificante, pues no vivian mas que de rapiñas y supercherías. Descubriendo que ella habia conservado el candor de su alma entre unos compañeros tan viciosos, concebí una opinion muy elevada de sus inclinaciones. Los jitanos vieron bien que yo la amaba, y con la esperanza de sacar algun provecho me dejaron la libertad de hablarla sin testigos.

Aquellos infames llevaron la bajeza hasta el estremo de reñir á Inés por la resistencia que ella me oponia; ellos hubieran sufrido que se hiciese mi querida, pero no querian un matrimonio que les hubiese quitado la mejor perla de su compañía. Esto fué un aguijon mas para la gana que yo tenia de sacar esta preciosa criatura del cenagal donde la habia colocado el acaso. Partimos pues juntos de Venasque; ella se hizo católica, y al cabo de tres meses me casé con ella á pesar de los gritos y la oposicion de mi familia.

Para evitar reconvenciones inútiles, viajé con mi mujer un año entero; Inés correspondia á mi pasion con una ternura encantadora, y formábamos la pareja mas dichosa

del mundo. Mª dió esta hija que es hoy mi último consuelo, y á la muerte de mi madre tomé posesion de mis bienes. Habia entrado en mi hotel hacia pocas semanas, cuando tres jitanos quisieron instalarse en mi casa diciendo ser parientes de mi mujer; hiceles echar á la calle, y salieron profiriendo juramentos y amenazas que me inquietaron muy poco.

Inés tenia mucho trabajo en acostumbrarse á la vida pacífica de nuestra casa; y me confesaba riendo, su horror por los vestidos largos y los cuellos almidonados. Yo le concedia una vez por semana que se vistiese sus sayas cortas y pusiese sus alpargatas de cáñamo; dos horas de danzas locas, capaces de hacerle perder el aliento, bastaban para satisfacer sus gustos de jitana, y nos acomodábamos así con una complacencia mútua á todas nuestras fantasías.

Dos años despues del nacimiento de mi hija, Inés dió á la luz un niño que colmó toda mi felicidad. Siguiendo la costumbre de todos los padres, no dudé un momento que este niño estuviese destinado á representar en el mundo un papel brillante, y estaba muy lejos de pensar que este presente de una mujer que yo adoraba, esparciria la amargura y el veneno sobre todo el

resto de mi vida.

Un dia me propusieron una partida de caza algunos caballeros de la vecindad, y pasamos en los montes una semana entera. Vuelvo por la noche al cabo de ocho dias agobiado de cansancio y ansioso por ver á mi cara Inés y á mis hijos; llamo á la puerta, y no me abren; llamo á mis criados, y un profundo silencio reina en el hotel; miro á las ventanas, y no veo luz alguna; pregunto á los vecinos, y llego á saber que unos jitanos se han introducido en mi casa la noche precedente y que me han robado mi hijo. Corro pues, á casa del gobernador de Prades, que me dice:

—Su esposa de usted está aquí, y llega usted muy apropósito para consolarla; se hallará el niño, no lodude usted, pues mis mosqueteros recorren la provincia, y los jitanos no han podido andar bastante camino para no ser alcanzados. Sea usted hombre y no se deje abatir por el dolor.

La pobre madre dió unos gritos desgarradores al verme, y apretaba su hija entre los brazos como si hubiese temido perder este último tesoro. El esceso de su desesperacion me volvió mi sangre fria, y partí yo mismo á perseguir los ladrones, pero mientras que les buscábamos hácia Venasque,

ellos habian tomado sin duda otra direccion, pues todas mis pesquisas y las de la justicia fueron inútiles. Durante algunos años importuné al gobierno civil y militar con mis solicitaciones, y los alcaldes, los capitanes de mosqueteros y los tenientes de rey de las provincias de Rosellon y el Languedoc no cesaron de hacer investigaciones, pero sin producir el menor indicio.

Inés, tan inconsolable como yo, no hizo mas que consumirse; vivió aun largo tiempo, pero siempre con una salud débil; y cuando finalmente la perdí, me pareció que todos los lazos que me unian al mundo habian sido rotos... pero me engañaba. La fuerza de mi dolor me cegó; y como mi hija tenia entonces quince años, me pareció que la direccion y los consejos de una mujer la serian mas útiles y necesarios que los mios. Tenia una hermana casada en Marsella, y la confié mi hija retirándome á este claustro donde los pesares vinieron muy pronto á sitiarme. Supe que Luisa, mal dirijida y abandonada á sí misma por la indiferencia de su tia vivia de un modo poco conveniente; mi corazon de padre se alarmó y escribí á mi hija algunas cartas pintándole mi tristeza y amargura, cuando se me presentó de repente bajo el disfráz que

la ha visto usted arrojándose á mi cuello y jurando que no queria separarse de mí. Yo soportaria el réjimen claustral en la posicion en que me hallo con un poco de resignacion, pero pues que esta reclusion se hace insoportable para un hombre de mi edad, ¿cómo he de esperar que no sea muy pronto un suplicio para un jóven de veinte años? De consiguiente, amiguito mio, no sé qué partido tomar; usted que puede juzgar esta cuestion con entera libertad, dígame francamente su opinion como un hombre apegado al mundo, y cuyo espíritu no está preocupado por la sombra de estas espensas murallas.

—Permítame usted que yo dé á este jóven doctor todas las instrucciones necesarias para juzgar nuestro asunto,—dijo la señorita de Cerdagne. —Es necesario que me escuche usted tambien á mí, señor juez árbitro.... Mi padre haria muy bien en inquietarse por mi porvenir si yo sintiese el dejar el mundo, pero viviendo cerca de él ya no me queda nada que desear. No tengo mas que veinte años, es verdad; pero á los diez y ocho me hallé emancipada y usé de mi libertad con toda la imprudencia y tonteria imajinables. Porque disponia de mi fortuna se me trató como un oráculo, y dejaba

obrar á mis admiradores. Me vestia de amazona y me entregaba á toda clase de ejercicios, no hallando nada tan hermoso como el ser mujer valiente, y durante un invierno que pasé en Génova con mi tia, inspiré una fuerte pasion á un noble caballero italiano digno de un mejor encuentro. Yo me divertí en hacerle desesperar, lo que prueba que no le amaba verdaderamente, cuando las cartas de mi padre vinieron á traerme la reflexion y la prudencia. Determiné pues dejar un mundo donde habia representado un papel tan ridículo, y mi corazon seco é ingrato sentia una ternura mezclada de remordimiento por este pobre padre; y este descubrimiento me llenó de gozo porque me volvia un poco la estimacion de mí misma. La calma y la dicha que esperimento desde ayer, me han confirmado en la resolucion de no salir jamás de aquí... Ahora puede usted hablar ya, señor juez árbitro; pronuncie usted su sentencia y creo que me someteré á ella si lisonjea mis deseos; pero si fuese contraria, viva usted seguro de que no la seguiré. Ya ve usted que le doy toda la libertad que debe gozar un juez árbitro.

—Su jovialidad de usted me bastaria, á falta de otras pruebas, para formar mi

opinion,—respondió Juan.—Usted no ha nacido para vivir encerrada, he aquí mi sentencia, de la cual hará usted el uso que le acomode.... Si los buenos Mínimos no descubren la estratajema, el hermano Luis acabará el año de noviciado cerca de su padre, pero al cabo del año, en lugar de pronunciar sus votos dejará para siempre estos muros. Durante este año, tengo el proyecto de ir á Roma; solicitaré una audiencia del Papa y haré todo lo posible para que el señor de Cerdagne sea dispensado de sus votos. Así conseguirá usted el objeto de sus deseos por medios naturales y lejítimos, y luego veremos si su corazon se halla dispuesto á reparar su ingratitud para con el noble caballero á quien ha maltratado. Finalmente, para que la dicha de ustedes sea completa, trato de buscar ese niño que robaron los jitanos.

—Mi jóven amiguito,—dijo el señor de Cerdagne sonriendo,—habla usted de todas esas cosas con un aplomo que me confunde, pues apenas el rey mismo podria conseguir tamañas empresas.

—Repito á usted, señor de Cerdagne,—replicó Juan,—que si su hijo de usted existe aun, yo se le devolveré; y aunque esta parezca lo menos verosímil de mis prome-

sas, sin embargo es la que estoy mas seguro de cumplir.

—¿Es usted hechicero?—preguntó la jóven.

—¿Quién sabe?—respondió Juanillo.—¿Tiene usted alguna seña que darme de ese niño perdido?

—Una sola,—dijo el señor de Cerdagne:—En la tribuna de los jitanos de Venasque se tenia la costumbre de marcar á los recien nacidos con signos aparentes; y pocos dias despues del nacimiento de mi hijo tuvo Inés la fantasía de poner uno de esos signos en el brazo izquierdo de su hijo picándole con una aguja y frotándole con ciertas yerbas colorantes cuya receta sabia. Yo la sorprendí en esta operacion, y la reñí por la barbarie de sus preocupaciones. ¡Quizás tenia ella algun presentimiento de la desgracia que debia sucedernos! ¡Cuánto la hubiese yo alabado esta fantaría salvaje si hubiera encontrado mi hijo! Pero ¡ay! todas estas preocupaciones fueron inútiles!

Mientras que el señor de Cerdagne hablaba de este modo, Juanillo perdió el color; se apoyaba con el codo sobre el banco de césped para no caer por tierra, y un velo oscurecia sus ojos.

—¿Qué tiene usted?—le dijo el viejo ca-

ballero;—usted se pone muy pálido.

—¡El signo!... ¡el signo!—respondió Juan,—¿no es un puñal?

—Sí, un puñal corbo, como los de los árabes.

—Eso es... Yo soy...

Juanillo no pudo decir mas... Se arrojó con los brazos abiertos sobre el señor de Cerdagne, y se desmayó. La jóven se acordó entonces de la relacion que le habia hecho su compañero de viaje en el camino de Montpeller, y tomando inmediatamente la mano del monaguillo levantó la manga de su casaquilla y descubrió el brazo.

El señor de Cerdagne reconoció la imájen exacta del signo diseñado por Inés en el brazo de su hijo.

## CAPITULO XII.

Juanillo se halló en el colmo de la dicha, y pasó ocho dias en el convento de los Mínimos acompañado á un padre y una hermana que la suerte le habia hecho encontrar tan milagrosamente. Durante este tiempo, las autoridades civiles y los majistrados de la provincia del Rosellon, con el testimonio de su padre y los de algunos amigos y criados antiguos, instruyeron las

dilijencias necesarias para establecer sus derechos y su identidad; de manera que al cabo de ocho dias Juan el Trovador recibió la espada que habia deseado tan ardientemente. Se hizo una pequeña ceremonia para reintegrarle en sus títulos y bienes, y hubo una fiesta en el locutorio de los mínimos.

En aquel tiempo un jóven no podia llegar á ser nada sin el título de nobleza, á menos que se dedicase á la carrera eclesiástica; y ya hemos visto que Juanillo no tenia vocacion por ella, lo que le hacia desear con tanto ardor poder llevar la espada. La aventura que le transformaba en caballero de Cerdagne era una nueva prueba de lo mucho que queria contentarle la bella Hydora, y por eso repetia mil veces con gratitud el nombre de su protectora misteriosa. En seguida se despidió de su padre y hermana, y partió para correr donde le llamaban su destino y sus proyectos.

Juanillo montó en su caballo barbudo y salió de Perpiñan por la puerta de España bendiciendo la capital hospitalaria del Rosellon, sus murallas, su obispo, su cabildo, sus majistrados y sus habitantes. Provisto nuestro héroe de sus papeles de familia, tenia el designio de ir á buscar el señor de

Marchin á Barcelona ó á Madrid, para ofrecerle sus servicios. Recorrió rápidamente las ocho leguas que separan á Perpiñan de Portvendres, y se detuvo en esta ciudad antes de pasar los Pirineos, para tomar informes. Algunas personas que llegaban de Barcelona le dijeron que M. de Marchin habia encontrado al rey pronto á partir para Nápoles; que habia recibido su primera audiencia sobre el navío real, y que luego se habia dado á la vela hacia dos dias, pero estaba aun muy distante del término de su viaje; por lo que Juanillo se puso á reflexionar si convendria ir á Nápoles por tierra. A pesar de los admirables servicios de su caballo le parecia un viaje muy largo y peligroso; pues hasta las tropas de la Alta Italia, ocupadas por las tropas del señor de Vendome, todo iba bien; pero mas allá de las líneas del ejército francés se entraba en pais enemigo, donde seria preciso reposarse, á menos de ir á Nápoles en una sola jornada, y Juan dudaba ya que su caballo fuese capaz de un arranque tan grande.

Pensando en todas estas cosas, se paseaba nuestro caballero montado en su maravilloso animal, y miraba al mar alborotada cuyas olas se rompian contra las rocas de

los dos castillejos que defendian al puerto de Portvendres. Las espesas nubes, impulsadas por el viento sudoeste, dejaban paso por intérvalo á los rayos de la luna, y se veia á lo lejos la playa cuyos lagos solitarios ofrecian un aspecto semejante á la de la Camarga, Juan miraba este paisaje con emocion, cuando percibió en plena mar una vela que corria á poca distancia del puerto, y que parecia arrostrar la tempestad con una temeridad increible. Un grupo de marineros sentados en el muelle seguian igualmente con la vista las evoluciones del buque.

—Qué buque esese?-preguntó Juan á los marineros.

—No sabemos, señor,—le respondió uno de ellos.—Será la sombra de algun bergantin que habrá perecido en otro tiempo en estas costas, y que se aparece esta noche de tempestad; pues se puede jurar que no es un verdadero buque, porque habria perecido mil veces desde que le estamos mirando. Si, no obstante, hay á bordo una tripulacion de carne y hueso, es preciso que sean hechiceros.

Juanillo sintió un lijero estremecimiento al recuerdo del bergantin turco. Sin embargo, el encuentro podia ser preparado en

su favor por la vella Hydora, y para saber si era cierta su conjetura dirijió su caballo hácia un punto de la playa donde se dirijia el fantástico buque. Llegado á la orilla del mar, nuestro caballero puso las dos manos á los lados de la boca y gritó:

—¡Potamogeiton!... sois vos?

Una espesa nube cubria la luna, y la vela blanca del buque no se distinguia; pero Juan creyó oir cerca de él el ruido de los remos y vió en efecto abordar una pequeña chalupa de donde salió el mismo viejo turco de la Camarga con su turbante aplastado, su pistola de mecha y anchas babuchas. El capitan se mojó hasta las rodillas para llegar á tierra, y poniendo una mano sobre el escribo de Juan le dijo con voz y tono burlesco:

—Qué me quereis, bello caballero?

—Tengo que pediros un servicio importante; deseo alcanzar al embajador de Francia que ha partido con la flota española. ¿Podeis conducirme á Nápoles en ese bergantin cuya marcha es admirable?

—Podemospartir, puedo conduciros,-respondió el viejo capitan.

—¿Pero podeis asegurarme que no pereceremos?

—Puede perecerse... ó no.

—Dejemos respuestas ambiguas, y hablad categóricamente.

—Vos preguntais, yo respondo.

—Ya lo veo; yo pregunto y vos respondeis, pero vuestras respuestas no me satisfacen. Deseo estar en Nápoles tan pronto como Mr. Marchin y el rey Felipe V; ¿quereis llevarme en vuestro bergantin, prometiéndome llegar sin accidente?

—Consiento en vuestro deseo; se puede partir, se puede morir; yo os conduzco por obedecer.

—¡Boto á brios!—esclamó Juanillo.—¿No quieres hablar naturalmente, pero bribon? ¿Piensas que he olvidado nuestro viaje á la Camarga, donde me engañaste? ¡Por todos los diablos! pues que tetengo aquí, quiero saber quien de los dos debe obedecer al otro. Si no renuncias á tus medias palabras y jestos, voy á darte de cuchilladas hasta que encuentre tu seco cuerpo en ese paquete de ropa.

—¡Perfectamente!—dijo el viejo turco con voz natural.—Eso se llama hablar, señor caballero; si invocais á todos los diablos estoy á vuestras órdenes, y por poco que blasfemeis del *otro* podré rehusaros nada.

—Potamogeiton,—repuso Juan,—obede-

ce y calla: quiero ir á Nápoles.

—Estareis allí ántes que la aurora haya aparecido en el horizonte del Mediterráneo; entrad en mi chalupa.

Juanillo se apeó, y dirijiéndose hácia la playa con el caballo de la brida dijo:

—¿Y qué vamos á hacer de mi caballo?

—¿Os incomoda?—dijo el capitan;—pues dejadme hacer.

El viejo turco sacó del bolsillo un eslabon, piedra y mecha y encendió fuego; puso enseguida el cañon de su pistola sobre la frente del caballo, y soltó el tiro. El pobre animal se encabritó, dió una vuelta con las patas y cayó de costado.

—¡Desgraciado!—esclamó Juan;—has matado el mejor caballo del mundo, un presente inestimable de la bella Hydora.

—Os he desembarazado de un criado incómodo,—respondió el turco.—Si he obedecido á vuestros deseos con demasiada viveza, echáos la culpa; y sobre todo vijilad vuestros pensamientos cuando me pedís socorro.

Juan saltó en la chalupa murmurando contra el asesino de su precioso caballo, y la barquilla llegó al bergantin en un minuto. Una escala de cuerda fué echada desde bordo; una mano velluda se agarró á la de

Juan para ayudarle á subir, y levantándole lijeramente por encima de la obra muerta, le puso todo asustado sobre un banco..

—No os movais ya, señor caballero,— dijo el capitan.

Cuando la chalupa fué colgada en el puente el viejo turco dió una sola órden á la tripulacion y se sentó á la barra con aire tranquilo. Los marineros tenian unos rostros estraños, estaban vestidos de una manera orijinal, y sin hablar una palabra desplegaron todas las velas del bergantin. Un chasquido espantoso se oyó de un estremo al otro del casco; los palos se inclinaron bácia el viento; las velas se hincharon produciendo una detonacion, y el bergantin partió como una flecha levantando una nube de espuma.

Juanillo se habia propuesto poner en claro las condiciones de su pacto á su primer encuentro con Potamogeiton, y precisar netamente su situacíon respecto á las potencias sobrenaturales; pero la marcha estraordinaria del bergantin y los furores del mar no le dejaban apenas la fuerza necesaria para soportar este viaje terrible. Los agudos silvidos del viento, el choque de las olas que se rompian unas contra otras como montañas movidas, y los vaivenes

enormes del bergantin, hacian imposible toda conversacion con el capitan. Habiera sido preciso ser mas que un hombre para conservar su libertad de espíritu en medio de esta batalla entre los elementos y el infierno.

El bergantin fantástico marchaba con esa rapidéz hacia una hora, cuando Juanillo percibió algunos navíos de alto bordo que parecian inmóviles, comparando su lenta marcha con la del bergantin:

—Señor caballero,—esclamó el capitan, —hé ahí la flota española; ese navio grande, cuyo flanco vamos á pasar tocando, es el navío real, y las ventanas donde se ve la luz son las de la cámara del rey.

Juan vió, en efecto, algunos puntos luminosos sobre un bulto negro, y en seguida el navío real se perdió de vista en las tinieblas. La tempestad se apaciguó hácia media noche; el cielo se aclaró, y los vientos cesaron, pero el bergantin no perdió nada de su velocidad. La aurora empezaba apenas á tender un lijero velo purpúreo en el Oriente, cuando el capitan esclamó sucesivamente:

—¡La isla Procida!... ¡La bahía de Nápoles!... ¡El castillo del Huevo!... ¡El muelle del Jigante!... ¡Puerto!... Hemos llegado,

señor caballero.

La pequeña chalupa se deslizó de sus poleas; un marinero tomó al caballero en sus brazos, como una nodriza á su chiquillo, y bajó la escala de cuerda con la lijereza de un mono De cuatro remadas abordó la chalupa las escaleras del puerto, y Juan fué puesto en tierra; apénas se reponia de sus emociones, y se preparaba á interrogar al viejo capitan, pero el turco empujó con los remos contra las gradas de piedra y se alejó saludando á su pasajero con aire burlon.

—¡Deteneos!—le gritó Juan;—tenemos que arreglar un asunto.

—Mi servicio está acabado,—le respondió el astuto viejo,— no estoy obligado á escucharos habladurías inútiles.

—Son cuestiones de suma importancia.

—¿No he cumplido mi deber?—preguntó el turco volviendo á tomar su voz flauteada.

—Yo no digo eso,—respondió Juan;—habeis cumplido vuestro deber, pero necesito esplicaciones acerca del trato de la Camarga.

—Tiempo llegará en que sereis instruido; la bella Hydora os volverá á ver.

—Eso es lo que quiero saber precisamente; ¿dónde encontraré á la bella Hydora?

—En las salinas, en las lagunas.

—Sí, en todo país donde haya salinas ó lagunas; pero lo que quiero saber es en qué precio y bajo qué condiciones le he vendido lo que tú sabes...

—Por condicion se paga rescate;—fueron las últimas palabras que oyó Juanillo.

La pequeña chalupa fué colgada de nuevo en el puente, y el bergantin prosiguió su rumbo hácia Sicilia por el estrecho de Campanella.

—Está visto que Potamogeiton se rie de mi juventud,—pensó Juanillo;—el tiempo y la esperiencia solamente pueden aclararme todo esto.

Algunas horas de trato con los napolitanos bastaron para hacer conocer á Juanillo que en este pais se media la consideracion y aun la cortesía por los títulos y el dinero, Nuestro héroe tenia esa penetracion pronta con que la naturaleza ha dotado á casi todos los hijos del Mediodia de la Francia, pero no hay que confundir las cualidades del espíritu con las del carácter, ni admirarse de los contrastes que se presentarán en la vida de Juan el Trovador, entre la injenuidad de su corazon y su golpe de vista intelijente, hasta el momento en que las lecciones de la esperiencia, los cambios

ordinarios de la edad y del temperamento, y el trabajo incesante del espíritu modifiquen radicalmente su carácter.

Apenas habia dado algunos pasos por las calles de Nápoles, nuestro caballero se vió asaltado por una docena de *facchini*, de criados de plaza y Mercurios que le ofrecian á porfia toda clase de servicios. El no dejó de tratarlos con cierta altanería, pues sin eso le hubiesen aburrido y aun desoreciado; se dejó dar *esceleacia y señor caballero*; tomó tres criados de los menos mal vestidos que pudo encontrar, y se hospedó en una hermosa casa de la calle de Chiaya.

Para quien sabe el patué provenzal y el catalan, el español y el italiano son fáciles de hablar; de manera que Juanillo se puso en pocos dias al corriente de los usos del pais. Se supo que pertenecia al servicio de la embajada de Francia, ántes que fuese verdad; y los jóvenes buscaron muy presto el honro de su compañia con esa libertad de costumbres que hace de los italianos el pueblo mas amable del mundo.

La noticia de la llegada de una flota habia apagado las sediciones mas que á medias. El virey habia entrado en la ciudad, y los revoltosos se apresuraron á hacer sus sumisiones; algunas bandas de partidarios

retiradas en los Abruces pedian capitulacion, y Felipe V se preparaba á derramar gracias para reconciliar á sus súbditos de Italia con la dominacion española. No se usaba el rigor con las que con los ajentes de Roma y los de la córte imperial.

Los cañones del fuerte de San Telmo y el castillo del Huevo saludaron una mañana la entrada de la flota en la bahía de Nápoles. La poblacion acudió á los muelles, y Juan siguió el movimiento popular, de manera que se halló por acaso junto al punto de desembarque del embajador de Francia. Los ojos penetrantes del señor de Marchin le distinguieron entre la multitud, y le dijo:

—¿Vos aquí armado ya caballero?... Parece que habeis empleado bien el tiempo desde nuestro encuentro en el parador del Pino. Sabed que hay dos clases de jentes que amo particularmente, los resueltos y los espeditos; desde ahora os tomo al servicio de la embajada, si gustais. Venid á verme mañana; probablemente me alojarán en palacio, pero yo daré vuestro nombre á los ujieres de servicio para que os dejen entrar.

El mariscal escribió en su cartera el nombre del caballero de Cerdagne, y subió en

uno de los coches de la córte. El señor de Marchin poseia las calidades que estimaba en los otros; es decir, que era resuelto y espedito. Cuando Juanillo le hizo al dia siguiente una sucinta relacion de la aventura que le habia procurado su nobleza, el embajador no manifestó sorpresa ninguna y fué derecho al asunto fijando el empleo y emolumentos de su agregado.

—Jóven caballero,—le dijo,—sea cual fuere la facultad particular á la que debeis esa estraña adivinacion cuyas pruebas he visto, lo que me ha chocado ante todas cosas es que la vision era buena y cierta, pues el éxito ha jostificado vuestra prediccion. He conseguido hacer escojer y nombrar camarera mayor á la princesa de Ursinos, lo que importaba mucho al rey y á madama de Maintenon. Desdeahora quedais agregado á la embajada, y si tuviese alguna mision que necesite secreto, enerjía, penetracion y discrecion, os llamaré al momento.

—Y yo estaré pronto, señor mariscal,—respondió Juan,

—No teneis la cara de un hechicero,—añadió el señor de Marchin;—sin duda es alguna doble vista de que gozais naturalmente... Si descubrís aun rostros huma-

nos en las botellas de agua, buscad entre ellos las figuras de los que van infaliblemente á apoderarse del espíritu de la jóven reina de España mientras que Felipe V está ausente; con tal que sean franceses, me alegraré mucho de saberlo.

Juanillo sintió su gozo y sus esperanzas turbadas por la inquietud al separarse del mariscal. La perspectiva de ser encargado de improviso de un asunto delicado para el servicio de un rey, le ponia en cuidado. Mal instruido de la política, y apenas despojado de la inocencia del niño de coro, temblaba caer en un paso peligroso y hacer un mal diplomático con sus diez y ocho años y su ignorancia. Sin embargo, despues de haber esperado quince dias, y no viendo llegar la ocasion que tanto temia, llegó á desear lo que temia al principio, pues el espíritu del hombre tiene estas variaciones.

Nuestro caballero se paseaba solo una tarde bajo los árboles de la Villa Real admirando la cima pintoresca de la roca Capri y las peripecias del Vesubio, que prometia el espectáculo de una irupcion. Pensando en sus servicios útiles y secretos que hasta entonces se quedaban en palabras, se decia que el incidente del parador Pino valia mas

que todas las comisiones, pues nunca se agradecen como se debe sea cual fuere el éxito que tengan.

En este momento pasó junto á nuestro caballero un personaje embozado en su capa hasta los ojos, y á la esquina de una calle sombría pronunció en voz baja y tono misterioso estas palabras: *Carlo-Leopoldo.* El desconocido se paró en seguida, y no recibiendo respuesta se alejó corriendo. Juanillo, que habia observado ya el gusto de ciertos meridionales por darse el aire de conspiradores, tomó á este hombre por un orijinal; pero en seguida le vino la idea de que las palabras pronunciadas en voz baja podian ser la contraseña de una conspiracion verdadera. Para asegurarse de ello buscó otro personaje de la misma apariencia que el primero, y vió uno no menos misterioso y embozado que el precedente; y sin esperar á que este hombre le hablase, le dijo á tres pasos de distancia:

—¡*Carlo-Leopoldo*!

—¡Vico-Carminiello!—respondió el paseante.

El desconocido tomó á Juan por el brazo, y llevándole debajo de la arboleda, le dijo:

—Todo va bien; mas de cien personas

del complót han llegado esta mañana, y mañana llegarán otros tantos. Veinte familias de las mas principales de Nápoles entran en la conspiracion, y nos procurarán la ocasion de matar al rey. Nos reuniremos esta noche á las doce cerca de aquí en la callejuela llamada *Vico-Carminiello*. no dejeis de concurrir. Se os dará un hábito de fraile para disfraz, armas, otra contraseña é instrucciones.

—¿A media noche, en *Vico-Carminiello*?—dijo Juan;—no se me olvidará.

## CAPITULO XIII.

El jóven rey Felipe V era un príncipe endeble, de costumbres dulces y de un carácter inferior á las circustancias en que la suerte y el nacimiento le habian colocado. No habria ocupado dos años el trono de España, si su abuelo Luis XIV no hubiese gastado por conservarle la corona todo el dinero y la sangre de Francia con una profusion verdaderamente real; de manera que pusieron la Francia y la España á dos dedos de su pérdida.

Luis XIV habia enviado tres ejércitos á la vez para sostener el trono de su nieto; la guerra de los trece años no estaba aun mas que en su prólogo, pero las potencias interesadas hacian presajiar con sus preparati-

vos é intrigas que sucederian grandes desgracias. Habiendo apaciguado Felipe V la sedicion de Nápoles, se mostraba á sus habitantes para complacerles dando fiestas en las que no se aprecia mas que un momento, y sintiendo en el fondo de su alma la separacion de su mujer y la falta de tranquilidad. Por otra parte sentia mas pesar que espanto por las guerras que iban á abrasar toda la Europa por su causa, pues no dejaba de tener valor.

Eran las dos de la tarde, cuando Juan llegó á los aposentos ocupados en palacio por el señor de Marchin; el mariscal estaba comiendo.

—Señor,— le dijo Juan, —mientras que yo esté hablando, pensad en lo que se debe hacer, pues va en ello la vida del rey.

Nuestro caballero contó su aventura de la Villa Real; como habia sabido el secreto de los conjurados y el lugar de su reunion. (1)

(1) Aunque la crónica de *Juan el Trovador* no es mas que un cuento popular, parece acorde con las memorias de aquel tiempo relativas á la conspiracion del baron de Isola contra la vida de Felipe V.

El señor de Marchin se levantó de la mesa, y dijo:

—Mi jóven amigo; si otro cualquiera me viniese á contar esa noticia, tomaria informes mas ámplios; pero teneis un acierto muy dichoso y vamos á correr juntos al cuarto del rey.

El aposento del mariscal estaba situado dentro de palacio, y el embajador envió á pedir inmediatamente una audiencia á Felipe V para un asunto urjentísimo. Un page vino poco despues á buscar al mariscal para conducirle por los corredores secretos al cuarto del rey. El embajador entró solo y dejó en la antecámara á Juanillo; pero al cabo de un cuarto de hora vino el jentilhombre de servicio á buscar al caballero de Cerdagne, y tambien fué introducido en la real cámara. No habia con el rey mas que cuatro personas: el señor de Marchin, el señor de Louville, brigadier del ejército español, y los dos señores españoles secretarios de decretos. Felipe V estaba sentado junto á una mesa apoyándose en el codo con aire soñoliento.

—Si todo eso no es un cuento,—decia el rey,—veo claramente que la corte de Viena engaña á los italianos prometiendo la independencia del reino de Nápoles; pero me

cuesta mucho creer que las jentes de este pais quieran asesinarme cuando estoy colmandoles de gracias, cuando olvido sus injurias y perdono á los mas culpables. Me repugnaba el tener que castigar, pues no habia venido aquí mas que para perdonar.

—V. M. comprenderá en seguida que el golpe viene de léjos,—dijo el señor de Marchin;—y descubrirá la mano de Austria; y si luego emplea V. M. la clemencia con los italianos seducidos y engañados, tanta bondad sellará vuestra gloria.

El mariscal hizo seña á Juan para que se acercase, y le rogó que contára su aventura minuciosamente. Los dos secretarios del despacho hablaron al rey en español con mucho calor, y Felipe V respondió:

—En efecto, veo que puede ser sério. Dad las órdenes oportunas para que se cerque la calle indicada inmediatamente; interrogad á las personas que se arresten en ella, pero no quiero tormentos ni suplicios. Como es preciso obrar sin tardanza, podeis partir, señores; dejaremos la correspondencia para otra hora.

El señor de Marchin saludó al rey y salió seguido de Juan.

—Caballero de Cerdagne,—dijo el mariscal

sal,—volvéos á casa y no salgais hasta que yo os llame como testigo.

El testimonio de Juan no fué necesario para descubrir la verdad, pues los jefes de la conjuracion fueron arrestados en una casa de Vico Carminiello y confesaron todo el plan. Un lacayo de la embajada vino á buscar á Juan á cosa de la una de la noche.

—¡Pardiez!—esclamó el mariscal viéndole entrar,—mi jóven amiguito, ya estais en carrera; mañana va á estallar una tempestad que hará ruido en toda la Europa. El pretendiente de Austria pierde su causa valiéndose de espedientes abominables, y el descubrimiento de ese proyecto de asesinato, producirá una indignacion jeneral. Estoy esperando á los señores secretarios del despacho porque quieren hablaros y no me sorprenderá si os emplean en alguna mision importante, pues van á espedirse correos á Roma, Florencia y Parma, donde se sabe ya que tiene ramos ese árbol.

Los dos secretarios llegaron en efecto, y acababan de saber por uno de los conjurados que el baron de Isola era el jefe de la conspiracion, y se hallaba de embajador en Roma. El rey queria descubrir las

intrigas de este embajador, exijiendo su arresto y la ocupacion de sus papeles por el embajador de España cerca de Clemente XI. Para esta mision era preciso una persona desconocida cuya llegada no despertase sospechas en el Vaticano, y sobre todo se necesitaba que esta persona fuese en estremo dijente, y que el arresto y la ocupacion de papeles se hiciesen antes qu llegára á Roma el rumor de la conspiracion descubierta en Nápoles Se habia pensado en nuestro caballero, porque su fisonomía intelijente habia chocado á Felipe V mismo.

Juanillo no se arredró por las dificultades de la empresa; se le entregaron despachos para diversas personas; un titulo de secretario con ejercicio de decretos, y poderes estraordinarios en cartas selladas y firmadas por Felipe V, acompañadas de 200 doblones en oro. Apenas acababa de recibir las instrucciones verbales de los dos secretarios de S. M., entró en el patio de palacio un coche de viaje con tres caballos de posta.

—Adios, mi jóven amigo;—dijo el señor de Marchin á Juan.—No dudo que cumpliréis la mision á las mil maravillas; llegad á Roma como un relámpago, y hacéos útil.

Me alegro infinito contribuir á que hagais fortuna, pero no olvideis al servir al rey de España que me perteneceis.

—Siempre vuestro, señor mariscal,— respondió Juan,—con mi cuerpo y bienes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# JUAN EL TROVADOR.

# JUAN EL TROVADOR.

## NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

## M. Pablo de Musset.

TOMO II.

SEVILLA.—1851.
Imprenta de Gomez, editor, á cargo de don
J. J. Franco, calle de la Muela núm. 7.

## CAPITULO XIII.

Convertido nuestro caballero repentinamente en *secretario*, subió al coche y partió. Como debia finjir que viajaba por su gusto, se dirijió desde luego á la calle de Chiaya, tomó sus bagajes y contrató uno de sus lacayos para acompañarle á Roma; pagó en seguida su gasto en la posada, hizo montar en el pescante de la silla de posta á su lacayo, y dió órden al postillon de *rebentar* los caballos, como se dice en Nápoles cuando se quiere caminar muy rápidamente.

La noche estaba oscura y el cielo cubierto de nubes; á la salida de la ciudad por la puerta de Capua, un relámpago seguido de un terrible trueno asustó los caballos y se desbocaron. Juan sacó la cabeza por la ventanilla de la portezuela y miró al postillon, pero le vió firme en sus estribos dirijiendo sus caballos con serenidad. El carruaje rodaba con una rapidez espantosa; el lacayo

gritaba desde lo alto del pescante, pero como no hacia mas que animar los caballos con sus gritos agudos, sus chillidos se cambiaron muy pronto en jemidos acompañados de suspiros, sin cesar de santiguarse. Juanillo percibió que el postillon pasaba delante de los relevos de Aversa y Capua; quiso llamar, pero en este momento pareció que los caballos se desbocaban con mas furia.

La silla de posta se paró finalmente; el lacayo saltó del pescante, abrió la portezuela y suplicó á su amo que no caminase mas en aquel coche hechizado.

—Dónde estamos?—preguntó Juan.

—En Mola di Gaeta.

—¿Es posible?—repuso Juan.—¡Cómo! ¿hemos corrido cinco relevos en menos de dos horas con los mismos caballos?

—¿Eso le admira á V. E.?—dijo el postillon.—Pues si Su Escelencia me lo hubiese mandado, le hubiera llevado sin parar hasta Terracina y aun mas lejos.

Mirando Juan con atencion al que hablaba de esta manera, vió que no era un postillon ordinario, le pareció que habia visto ya otra vez aquella estraña figura. La talla elevada de este hombre, su estremada flaqueza y el brillo fosfórico de sus ojos, parecia que debian pertenecer á algun súbdi-

to de Potamogeiton.

—Tu rostro no me es desconocido,—le dijo Juanillo.

—Ya he tenido el honor de hacer un viaje por mar con V. E.; yo hacia parte de la tripulacion del bergantin de Port-Vendres.

—En efecto, me acuerdo de esa chaquetilla encarnada, esas botas á lo marino y esos gregüescos de piel; eres tan buen cochero como intrépido marino.

—Es preciso saber un poco de todo.

—¿Podríais llevarme á Roma con el mismo paso que hace poco?

—Mis caballos y yo no podemos rehusar nada á V. E.—respondió el postillon.—¿Donde quiere Su Escelencia que paremos en llegando á Roma? ¿en la embajada de España?

—¿Quién te ha dicho eso?—esclamó Juan.

—¡Oh! No temais nada; los secretos de V. E. no serán revelados, pues no los he sabido en las antecámaras.

—Monseñor,—dijo el lacayo napolitano, —por la Vírgen Santisima, no suba Su Escelencia en ese coche encantado con esos caballos poseídos del demonio. Ese postillon es algun *jettatore*; no hay que pasar de noche por las rocas de Terracina, porque

andan ladrones; mandad al menos que se pare en Fondi. Las mujeres de esa ciudad son muy hermosas y muyamables; si V.E. quiere encargarme que lleve algun billete á alguna de ellas...

—¡Cállate, bribonzuelo!—interrumpió Juan,—y partamos sin perder tiempo.

El postillon saltó en su caballo con la ajilidad de un mono, el lacayo volvió á subir al pescante con el aire de un paciente á quien se dan vaquetas, y los caballos partieron al galope. Al cabo de una media hora se pasó Fondi y las rocas de Terracina tan temidas del napolitano; al pasar por las calles de Terracina las herraduras de los caballos hicieron brillar millares de chispas, y en seguida rodó el coche por la antigua calzada romana que atraviesa las lagunas pontinas. Viendo Juan en derredor suyo prados inundados, canales y plantas acuáticas, saludó los dominios de su protectora.

El horizonte empezaba á esclarecerse cuando nuestro caballero salió de las lagunas pontinas; dejó Velletri á su derecha y pasó rápidamente por Albano; no tuvo tiempo mas que para echar una ojeada sobre los acueductos arruinados y los sepulcros de la via Apia, y entró en Roma por la

puerta de san Juan de Letran. La mitad de la ciudad estaba sumergida en el sueño; el postillon dejó ir los caballos al trote para dejar al caballero admirar á su gusto las calles, las plazas, los obeliscos, las fuentes y las innumerables iglesias de la capital del mundo cristiano. Se llegó por fin á la plaza de España, que toma su nombre de un palacio comprado por Felipe II.

Juanillo presentó al portero de la embajada española su título de *secretario de decretos*, é inmediatamente fué introducido en el aposento del embajador que se hallaba aun en la cama. Al leer los despachos del rey, el embajador de España hizo muchas esclamaciones de sorpresa, y dijo en fin:

—Este es un asunto muy delicado, pero las órdenes son formales y seguiré las instrucciones de S. M. ¿Para quién mas traeis otras cartas, jóven caballero?

—Para el cardenal de Bouillon y para S. S. Clemente XI.

—Pues entonces corred á casa del cardenal; yo iré allá dentro de pocos minutos y los tres juntos iremos al Vaticano. Es preciso obrar con prontitud y vigor.

Un lacayo dela embajada condujo á Juanillo á la calle del Corso, donde vivia el

cardenal de Bouillon. Este ilustre prelado estaba en su oratorio, y recibió en él al enviado de Felipe V; Juan le entregó la carta del rey y la del señor de Marchin. El venerable cardenal entró en mucho cuidado leyendo la larga y circunstanciada relacion que hacia el mariscal de la conjuracion descubierta; preguntó aun algunos detalles nuestro caballero, volvió á leer los despachos, y se puso á meditar.

—Comprendo y participo de la indignacion que siente el mariscal contra los autores del complot,—dijo el cardenal,—y no dudo que S. S. se horrorizará; pero no sé si será posible lo que desea el rey de España. Estamos aquí en un territorio neutral y hacer arrestar al embajador del emperador... me parece contrario al derecho de jentes; sin embargo, veremos lo que dice el Padre Santo.

El embajador de España tardó muy poco en venir á buscar á Juan y al cardenal; subieron los tres á su coche y marcharon al Vaticano. Muchos cardenales y grandes señores esperaban ya que se levantase el Papa; unos criados pasaron acompañando al barbero, y el embajador de España llamó á parte á uno de ellos y le habló en voz baja. El criado saludó con aire respetuoso,

presentando con jesto espresivo su mano abierta, en la cual el embajador de España deslizó algunos doblones. Al cabo de cinco minutos pareció una ayuda de cámara en el salon haciendo seña al embajador para que entrase; pero no dejó de saludar con el mismo jesto espresivo y recibió tambien su propina. El cardenal de Bouillon respondió al saludo con una mirada de desprecio, que detuvo la mano pronta á recibir; y en cuanto á nuestro caballero, como no tenia grande apariencia con su traje de viajero, se juzgó inútil dirijirle aquellos cumplimientos demasiado caros para él. A la puerta del gabinete de S. S. bajó el ujier de servicio su baston blanco, declarando que el *giovinetto* no podia entrar con sus Eminencias.

—Pues entonces dadme vuestros despachos,—dijo el embajador á Juan,—yo los entregaré á S. S., y esperad aquí hasta que se os llame; si es necesario.

Apenas se habian pasado veinte minutos, cuando sus Eminencias salian con rostros abatidos.

—¡Estaba seguro de ello!—esclamó el cardenal de Bouillon;—Su Santidad acaba de desplegar en esta conversacion todas las cualidades opuestas de su carácter. Ha

mostrado su impasibilidad leyendo la carta un poco seca del rey sin dar la menor señal de emocion. Ha usado de discrecion, conduciéndonos á una galeria bajo el pretesto de hacernos ver un cuadro. Ha hecho alarde de su ciencia, bablándonos en latin elegante y correcto, y no se ha descuidado en mostrarme su agradecimiento por haber contribuido á su eleccion. Su declamacion contra los asesinos era un grito de indignacion digno de un Pontífice, y creo sincero el disgusto espresado sobre la presencia del baron de Isola en Roma; pero tan luego como hablamos de arrestarle, apareció el soberano temporal: ¡«Un enviadoo,ficial!—nos ha dicho,—señores, me pondríais mal con el imperio; hacedle arrestar vosotros mismos, si os atreveis.»

—Y aun,—dijo el embajador,—si estuviese uno seguro de descubrir en sus papeles las pruebas de la conjuracion;... dado el golpe... el Austria se callaria;... pero ¿están en su casa esas pruebas?

—En su casa están,— dijo Juan.

—Es muy probable,—repuso el embajador,—y sin embargo, como dioe Clemente XI, yo no me atrevo.

—Ni yo,—añadió el cardenal de Bouillon.

—¿Y porqué no me atreveria yo?—dijo nuestro caballero.—Dadme una docena de hombres y armas, y traigo los papeles del baron de Isola en un momento. Si no se encuentra nada me desaprobais, y punto concluido.

—¡Marchemos!—esclamó el embajor; este jóven ha cortado el nudo gordiano.

## CAPITULO XIV.

La crónica italiana de *Giovanni il Trovatore* cuenta la anédocta del baron de Isola de la misma manera que los historiadores, con corta diferencia en los detalles. Segun la leyenda popular, Juan penetró en casa del embajador de Austria acompañado de una docena de diablos vestidos de paño encarnado y piel, que no se volvieron á ver en Roma despues de la espedicion. Añade que el conspirador quiso resistirse; que apuntó á Juan con una pistola, pero que no salió el tiro porque el arma estaba hechizada por la presencia de los espíritus. El resto está perfectamente acorde con las memorias contemporáneas.

Nuestro caballero halló en casa del baron de Isola una caja con secretos que se hizo pedazos, y en la que se encontraron todos

los documentos y correspondencias relativas al complot contra la vida de Felipe V. Estos documentos fueron depositados entre las manos del Papa, que no juzgó ya necesario guardar silencio: echó de Roma al ajente austriaco y manifestó altamente su indignacion. Inspiró tanto horror á todos los que no estaban en la conspiracion, que el emperador Leopoldo I no se atrevió á quejarse del proceder un poco violento que se habia tenido con el baron de Isola. Este escándalo hizo mucho perjuicio á la causa del archiduque Cárlos, pero la guerra de sucesion de España no dejó por eso de proseguirse con igual ardor.

Durante este tiempo se arrestaba á los conspiradores de Nápoles y se deportaron á las Indias los mas comprometidos; los restantes fueron perdonados, y Felipe V, para mostrar el olvido de la ofensa de una manera inequívoca, formó dos compañías italianas y les confió la guardia de palacio.

En la córte de España se aprobó mucho el vigor y actividad que desplegó nuestro caballero en su espedicion contra el baron de Isola. La secretaría del despacho le envió nuevas cartas credenciales del rey confirmándole sus poderes estraordinarios; y habiendo recibido el embajador de Roma

órden espresa para que se entendiese con él en todas las cosas, Juan se halló súbitamente convertido en una especie de gran señor, un personaje misterioso revestido de un carácter particular, mas avanzado que los otros en los secretos de Estado, al servicio de la potencia que pasaba por la mas rica de Europa, la mas hábil por tradicion y la mas profunda en política. Como la España queria estar bien servida, pagaba bien á sus ajentes; nuestro caballero ocupaba una hermosa habitacion en el palacio de la embajada, tenia un coche á sus órdenes y se le trataba con tanta consideracion como magnificencia. No llevaba mas que vestidos de terciopelo y seda, y frecuentaba las casas de los cardenales y las de las grandes señoras; pero lo que le encantaba sobre todo era el vivir en una capital donde las maravillas del arte y el lujo se ostentaban con tanta profusion, donde los pies no tocaban una piedra que no fuese un recuerdo histórico, donde la vista no hallaba un monumento que no llevase un nombre grande y despertase pensamientos elevados.

Desde la fuente de Egira hasta la capilla de Sisto V, Roma presentaba un cuadro sinóptico de la historia del mundo; la ocasion era preciosa para que Juan hiciese su

educacion, y supo aprovecharla. Compraba libros, en los cuales, su memoria de diez y ocho años se instruia con mas avidez que método, pero sin embargo sacaba mucho fruto de sus paseos solitarios. La córte de España le dejaba en Roma, sin olvidarle; y permaneció allí por espacio de un año siempre muy obsequiado por el embajador y recibiendo de vez en cuando las felicitaciones epistolares del señor de Marchin.

Nuestro héroe, pues, tenia la vida de un curioso, y no deseaba cambio alguno en su existencia. Visitaba los monumentos por la mañana, corria los salones por la noche, oía la mejor música de iglesia del mundo, y no necesitaba mas que abrir los ojos y aplicar los oidos para evitar el fastidio. Una noche habia grande reunion en casa del sobrino del Papa, y notó un jóven caballero y una hermosa señorita que hablaban juntos en un rincon, y de quienes parecia que se separaban de intento para dejarles mayor libertad. Juanillo preguntó quién era aquel señor tan favorecido, y le respondieron ser un novio que iba muy pronto á casarse con la rica y hermosa persona á quien hablaba con tanto interés. Juan no conocia el detestable sentimiento de la envi-

dia, pero la dicha de aquella pareja amoroso le causó una turbacion insoportable. Volvió á su casa traspasado de dolor y no pudo dormir, de manera que al dia siguiente se levantó muy temprano y salió para buscar alguna distraccion y dominar la tristeza que le agoviaba.

El acaso le condujo á Santa María la mayor en el momento en que se paraba delante de la puerta de la iglesia una carroza antigua, cuyos hierros dislocados, y las ruedas privadas de grasa hacian un ruido infernal. Un criado viejo y cojo abrió lentamente la portezuela y desdobló un largo estribo de cinco escalones; un hombre, que podia tener unos cincuenta años, salió de la carroza con precaucion y paseó la vista alrededor con ojos inquietos y feroces. Sus espesas cejas entrecanas se aproximaron una á otra, y permaneció indeciso sobre el estribo antes de bajar á tierra. Sus facciones muy pronunciadas y el ardor de sus ojos anunciaban una alma trabajada por alguna pasion devoradora; sus vestidos á la moda del siglo pasado, su espadon de flecha y sus vuelos de encaje amarillo, completaban un personaje digno de figurar en un cuadro de Caravagio. En seguida bajó del carruaje una jóven de unos diez seis años.

de una belleza tan pura que, en lugar del pincel de Caravagio, hubiera sido necesario el de Rafael para reproducir sus perfecciones Esta jóven estaba vestida de una tela tan tersa y tan sembrada de flores grandes, que se hubiera podido hacer de ella unas cortinas ó forrar un sofá; pero através de aquella muralla de tela se percibian aun todas las gracias del cuerpo mas flexible y esbelto que se puede imajinar. El viejo caballero presentó á la jóven con aire sombrío su mano cubierta de un guante de crispin; la señorita bajó con majestad apoyándose en la mano del viejo, y en seguida levantó su velo negro, á la moda de Florencia, y tomó el brazo del caballero para entrar en la iglesia. Tres mendigos que estaban sentados en el pórtico esclamaron:

—¡Bendito sea el vientre que ha llevado esa virgen!

Y se olvidaron de importunar al *nobilísimo signore* con sus súplicas, ¡tanto es el imperio que tiene la belleza sobre el espíritu de los italianos!

En cuanto á nuestro caballero, adivinó al momento que vió á la señorita que la pasion que devoraba el corazon del viejo caballero eran los celos; y el padre Juanillo lo com-

prendió tanto mejor, cuanto que una chispa salida de los grandes ojos negros de la jóven vino á encender un volcan en su corazon. Fué bien por su culpa, pues en lugar de huir el peligro, como hubiera hecho un caballero prudente, se colocó delante de la pila del agua bendita para ofrecerle el agua, que tocó ella con la yema del dedo, dándole gracias con una mirada melancólica en la que Juan leyó cien cosas diversas, como el fastidio, la opresion, el despecho de ser guardada por un tirano, las promesas mas dulces al libertador que se presentase, la esperanza de una condicion mejor, y todo lo que dos hermosos ojos pueden decir á diez y seis años... Pero estas conjeturas tan elocuentes y tan prontas estaban moderadas por el sentimiento del pudor que añadia esta frase de rigor: «No abuseis de mi secreto.»

Mientras que la jóven oia la misa rezada, Juan, de pies junto á una columna, no la perdia de vista y seguia con los ojos todas sus actitudes, bebiendo el veneno amoroso, como decia entonces M. de Campistron, el poeta á la moda en Francia, en sus admirables trajedias. La señorita tuvo sus distracciones y volvió mas de una vez la cabeza hácia el lado donde estaba el jó-

ven francés de tan buena cara y que la contemplaba con un aire tan penetrado; pero felizmente el celoso caballero no percibió nada, ocupado en hacer sus devociones.

La misa rezada no duró mas que veinte minutos; la pareja tan mal compajinada volvió á subir á su carroza dislocada, y se alejó arrastrada por dos caballos éticos.

Juanillo sentia mucho no tener consigo al lacayo napolitano que era tan esperto en los asuntos de galantería; pero vió un muchacho andrajoso acostado junto á la pared, y tirándole de la manga de la camisa, le dijo:

—Levántate, corre tras de esa carroza vieja y vuelve á decirme donde vive ese señor que acaba de salir de la iglesia.

—Es inútil,—respondió el pilluelo cerrando los ojos.

—Te daré un escudo de oro; anda, despáchate.

—Es inútil,—repitió el muchacho;-dadme el escudo de oro y diré á su escelencia quien es ese señor, donde vive, su pais, su nombre, su edad y su profesion

—Pues habla pronto; aquí está el escudo.

—Pues sepa su escelencia que el señor

de la carroza vieja es un rico negociante de Siena llamado don Guino Montecuti; despues de haber empleado su juventud en hacer fortuna, se ha enamorado perdidamente de su prima carnal, la hermosa Flora, esa Venus que ha visto su escelencia cojida de su brazo. El viejo celoso se veia obligado en Siena á recibir á sus consocios y chalanes, y temiendo que le robasen el tesoro de su corazon rompió con todos sus amigos y vino á vivir á Roma en un rincon. Su casa es la pajarera mas orijinal que jamás haya encerrado una paloma inocente; todas las ventanas estan tapiadas, y son necesarias tantas ceremonias para lograr entrar en ella que se muere uno de risa. Se ha hecho un agujero en la puerta para que pueda penetrar por él el lacayo cojo, y el pan, la carne, las legumbres y demas se recibe por la mañana por dicho lacayo sin dejar penetrar en el interior á ningun mercader ó revendedor. Hasta la lavandera misma recibe y entrega la ropa por ese agujero, y arregla sus cuentas con el ama de gobierno, que es una hermana de leche de su amo, tan rara y tan mala como él. En cuanto al patron, cuando alguno quiere hablarle le da su audiencia en la calle, pues ha jurado que nadie entrará en

su casa, ni hombre ni mujer, y particularmente los jóvenes franceses, que son unos seductores de muchachas, como él dice; de consiguiente su escelencia no tiene mas que presentarse y abrir la boca para que le reciban con cara de palo. Ha sido un peligro del cielo el que su escelencia haya podido ver á la divina Flora... ¡la virgen la consuele, pobre niña! pues para desorientar á los enamorados, su celoso no la lleva nunca dos veces seguidas á la misma iglesia. Hoy ha sido en Santa María la Mayor, y mañana será acaso á San Clemente ó San Onofre, ó á Santa Cecilia; ¿quién sabe dónde será? ¡hay tantas iglesias en Roma! Pero de seguro no será á san Luis de Francia, donde van los compatriotas de su escelencia. ¡Cuántas veces he contado á jóvenes ricos y enamorados lo que acabo de contar á su escelencia! ¡Cuantas veces he visto rondar y suspirar bajo las murallas sin ojos de esa casa avara, y renunciar finalmente á unos amores imposibles! Si su escelencia es prudente, este dia será dichoso para él y para mí; (el encuentro de una hermosa jóven es muy feliz) pero si su corazon ha sido herido.... ¡oh, accidente lamentable! mas le valiera á su escelencia haber encontrado al diablo cara á cara!

—¿Pero Flora no es aun la mujer de don Guino?

—¡Todavia no ha podido resolverse la pobrecilla á decir el gran sí!

Su padre ha muerto sin dejarle un ochavo; pero la fortuna no la consuela para vivir en los brazos helados de un viejo. ¡He ahí el gran secreto de su languidez!... pero al menos si ese viejo la dejase gozar de su fortuna; si le diese los placeres del lujo, lo llevaria con paciencia; pero por las provisiones que entran en la casa por el agujero de la puerta, se ve perfectamente la triste comida que se hace en esa barraca. La carroza no es elegante; los caballos se mueren de hambre, y la bella jóven va vestida como su abuela. Un marido viejo, celoso y avaro, no promete dias felices y noches de miel; tenemos un refran transteberino que dice: «La peor cosa del mundo es una mala cama,» y sin embargo, señor, dormimos sobre paja.

—¿Y en qué calle vive ese don Guino?

—Cerca de la puerta de Belisario, junto á la muralla, en el barrio mas desierto de la ciudad; si su escelencia va á paseo hácia aquel lado verá al momento esa prision, que nosotros llamamos *Casa cieca*, porque no tiene ventanas. Hé ahí todo lo que sé,

monseñor; mil gracias por su generosidad, ahora voy á beber una limonada á la salud de su escelencia.

A pocos pasos de la puerta de Belisario (hoy puerta Pinciana) descubrió Juan en efecto una especie de camino que conducia á la pajarera donde estaba encerrada la bella Flora. Ninguna habitacion de séres humanos habia merecido mejor el nombre de *Casa Ciega*; pues, esceptuando la puerta, no se veia una sola abertura que cayese á la calle. Murallas elevadisimas rodeaban el jardin, y para hallar un punto que dominase esta fortaleza, era preciso ir á la Trinidad del Monte. Despues de haber rodeado la habitacion maldiciendo las precauciones de los celos, nuestro caballero se contentó con aplicar el oido á la puerta, no hallando un agujero que le permitiese penetrar con la vista. Oyó el ruido de la fuente que corria en el patio como en casi todas las casas de Roma, y un criado que sin duda llenaba en ella algunas vasijas. De repente cesó el ruido del agua, y nuestro caballero oyó esclamar al lacayo.

—¡Por vida de Baco!... ¿Qué significa esto? ¿Háse visto jamás una cosa semejante? La fuente no quiere correr, y tengo que llenar el baño de la señora, ¿qué haré?

¡Cuerpo de Crispo! ¡vaya una buena fuente! ¡fuente del diablo!

El criado siguió echando pestes contra la fuente, y acabo por llamar al cochero para que viese que la fuente no corria, el cochero llamó al cocinero y al ama de gobierno, que se admiraron é hicieron mil esclamaciones, y decidieron que era preciso llamar al amo. Don Guino bajó al patio, y el lacayo le dijo:

—Señor, la fuente no corre.

—Será que el conducto está roto ú obstruido,—respondió él.

—¿Y á donde lavaré mis vasos?—preguntó el lacayo.

—¿Y mis caballos dónde beberán?

—Yo necesito tambien agua,—dijo el cocinero.

—¿Y el baño de la señora?—dijo el ama de gobierno.

—La señora no tomará hoy su baño,—respondió don Guino,—y usted irá á buscar agua á la fuente inmediata.

—¡Traer el agua para toda la casa!—esclamó el lacayo cojo,—á mi edad y hallándome tan estropeado... ¡y con este calor! ¡Oh! no, señor, no hay que pensar en eso.

—En cuanto á mí,—dijo el cochero,—no hay que pensar en eso, porque no tengo

fuerzas para ello.

—Y yo,—dijo el cocinero,—aunque tuviese fuerzas rehusaria el hacerlo. Yo empleo el agua para el uso de los cristianos y no para los caballos; ¿lo entiende usted? cada cual su oficio.

—Vé ahí lo que es el no querer un rostro jóven entre todos los criados,—dijo la vieja ama de llaves;—entre los cuatro no valemos un dedo de un jóven robusto, señor don Guino; ¿y cómo hemos de tener fuerzas negándonos el vino?

—¡Cállese usted!—interrumpió el patron.—Me agrada tener un lacayo cojo, un cochero viejo y un cocinero inválido; pero me pasaria muy pronto sin una ama de llaves borracha si no fuese usted la hija de mi nodriza. Arrégleuse ustedes hoy como puedan para traer el agua necesaria para el servicio, y mañana se buscarán obreros que vengan á componer la fuente.

A todas estas voces discordantes se mezcló muy luego la dulce voz de una jóven:

—¿Qué hay pues?—preguntó Flora desde la escalera.

—Que no corre la fuente,—respondió D. Guino.

—¡Caro señor!—repuso la jóven con to-

no armonioso y tierno.—en esta estacion yo no puedo pasarme sin tomar baños.

—¡Por san Guinol—respondió el patron, —por hoy no habrá baño, acabo de decirlo, esa es mi voluntad.

—¡Ay, Dios mio, Dios mio!—replicó la jóven como si cantára una copla lastimosa, —¡no tomar baños en el rigor del verano!... ¡es bastante para morirse uno!.... ¡Yo sucumbo... yo me acabo... yo ceso de vivir!

—Se le dará á usted vinagre,—dijo bruscamente D Guino.

—¡Vinagre!—esclamó la jóven pateando de cólera,—¡vinagre cuando pido agua fresca!... ¿Negarme el agua en Roma cuando los perros la tienen á discrecion? ¡Por Santa María de las Flores, que me acordaré de ese proceder, señor D. Guinol

—¡Qué tercas son las muchachas de Siena!—esclamó el patron.—Cálmese usted, Flora; se le dará agua, pues que así lo exije.

La bella Flora tomó una voz de contralto tan fuerte y tan terrible por la indignacion que le causaron estas palabras, que todos los ecos de la casa se despertaron de su largo sueño.

—¡Exijir el agua!—decia la jóven,—¡eso

es increible! ¿pero no, señor don Guino, yo no exijo nada; guárdese usted su agua y su vinagre. ¡Por la piedad de la Virgen! Sepa usted que ya estoy cansada de sus amores de Casandro; que mi corazon está tan cerrado para usted como esta casa celosa... Os aborrezco, y para poder escaparme me arrojaré al cuello del primer mozo de cordel que se me presente, ó de un soldado del Papa, si es preciso.

—¡Agua pronto! —esclamó el patron;— ¡presto, un *facchino* con herradas! yo mismo iré hasta la fuente Paulina. ¡Pronto, corred, volad, traed con qué abogarnos todos!... ¿Qué haces ahí, cojo del diablo? ¿porqué no vas á buscar agua para el baño de la señora?

—Voy á buscar un *facchino*, señor,—respondió el cojo.

Nuestro caballero se reia convulsivamente con el oido clavado á la puerta; y decia entre dientes.

—¿Sois vos, Hydora, quien me socorre aun esta vez? ¡Oh dicha! ¡oh encuentro y acaso favorable!... Yo seré el *facchino*, y veré á la señora. Este paraiso, cerrado herméticamente, se abrirá por fin;... sí, es una gracia de la ninfa misteriosa. Hydora, agua; *hydria*, cántaro... ¡Dios mio! la es-

peranza turba mi razon... mi cabeza se pierde. Firmeza, pues; hé aquí el momento de obrar.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

## CAPITULO XV.

Nuestro amigo Juan se habria aprovechado muy poco de su mansion en Italia si no hubiese hallado el medio de seducir al criado cojo del señor Guino. Se puso emboscado en un rincon de la calle desierta, tomando una actitud firme y un rostro amenazador, con la espada en una mano y una bolsa bien provista en la otra. El criado venia cojeando á lo largo de la muralla, y una voz de bajo le gritó de repente:

—Alto ahí, cojo; tengo que hablarte.

Al ver el cojo la espada se arrojó al suelo; pero con una mirada de soslayo notó la bolsa, y el aspecto de este objeto modificó su espanto. Levantóse, pues, sobre sus piernas torcidas, y dijo:

—Señor caballero, ¿cómo he podido desagradar á su escelencia?

—Escúchame,—repuso Juan.—Yo sé muy bien adonde vas; tu patron te envia á buscar un *facchino* para llevar agua. Si quieres servirme, esta bolsa es tuya; si no te

mato y te entierro junto á la muralla.

El pobre cojo, crédulo y astuto al mismo tiempo, pero sobre todo amante de su vida, no podia vacilar. Miró á nuestro caballero sonriendo, y comprendiendo que el peligro no era grande, dijo:

—Vuestra escelencia tiene penas de corazon, y le compadezco, pues el amor es un tirano muy grande. Yo le serviré, hagamos un contrato.

—En esta bolsa hay doce escudos de oro, —repuso Juan.— Yo me voy á disfrazar de *facchino*; tú me introducirás en la casa de tu amo, y si consigo hablar con la bella Flora te daré mañana otros doce escudos.

—¡Que todos los santos del cielo colmen á su escelencia de bendiciones! No teneis que hacer mas que seguirme á casa de un barbero, primo mio, y allí le prestará todo lo necesario. Pero vamos pronto, y guardémonos de despertar las sospechas de D Guino, pues el buen señor tiene unos ojos muy celosos.

El cojo llevó á Juan á casa de su primo el barbero, que por su profesion estaba acostumbrado á toda clase de intrigas de este jénero. Nuestro caballero se desnudó; se le prestó una camisa gruesa, un calzon de tela, un cinturon, un gorro de lana y

una correa de cuero que se echó al hombro; zapatos de búfalo con sus cuerdas de cáñamo, y como la blancura de su piel hubiera podido chocar para el clima, le frotaron las piernas con polvo y agoa sucia hasta darles el color necesario. Acabada la ceremonia, Juanilio se miró á un espejo, y tomando la marcha de un emperador romano, con el puño en la cadera y la cabeza erguida, segun lo requiere el empleo, esclamó:

—¡*Andamio avante*!

—Adelante,—repitió el barbero;—su escelencia saldrá bien, y le predigo toda clase de dulzuras.

El lacayo entró cojeando en la casa acompañado de su *facchino* de contrabando; le dió dos erradas de madera y un palo, mandándole con tono imperioso que fuese á buscar agua al patio de una casa vecina para el baño de la señora. Cuando nuestro caballero volvió con su carga al hombro, encontró á don Guino instalado en el cuarto de Flora cerca del baño.

—Estos malditos lacayos hacen siempre las cosas al revés de lo que uno desea,—murmuró el celoso viejo.—¡Pues no ha ido á buscar el *facchino* mas jóven de toda Roma!

—Señor amo,—dijo el cojo,—ese mozo es un pobre idiota. Uno mas viejo seria temible, porque podria encargarse de alguna mision...

—Es imposible,—respondió el patron.—Véte á la puerta de la calle y ciérrala con cuidado cada vez que este mozo entre ó salga.

La hermosa Flora dejó sobre la mesa un libro que tenia en la mano, y volviendosus hermosos ojos hácia el *facchino* le miró con aire compasivo diciendo que era mucha lástima que fuese idiota.

Juan volvia con su segunda carga de agua, y subia lentamente la escalera discurriendo en medio para apartar el viejo incómodo, cuando el criado cojo se puso á gritar como un desespera lo diciendo:

—Señor, señor, venga usted pronto; el conducto de la fuente está roto, el agua corre por la biblioteca, y los libros van á echarse á perder. ¡Ay, Dios mio, qué fuente tan infernal!

D. Guino bajó rápidamente la escalera, y Juanillo se arrojó inmediatamente á los pies de la jóven diciendo:

—¡Divina Flora! tenga usted piedad de un pobre caballero que se muere de amor por usted; no soy un *facchino* ni un idiota,

sino Juan de Cerdagne, francés. La vi á usted esta mañana oyendo misa en santa Maria la Mayor, y desde aquel momento suspiro y me desespero... Quisiera poder interesar su corazon y obtener una mirada de compasion... Quisiera matar á ese viejo celoso que se opone á mi dicha..... Perdonadme mi disfraz y subterfujios en consideracion á las dificultades para penetrar en la prision en que os tiene ese viejo endemoniado y á la pasion que me devora. El tiempo es precioso; este minuto vale un siglo, dígame usted sin vacilar si debo esperar ó morir.

—Cómo!—dijo Flora,—soy yo quien sufre mil muertes y no usted; pero por mas infortunada que sea, me intereso aun en su martirio; si me ama usted, como lo dice, líbreme usted de ese odioso viejo y seré suya... Pues que sabe usted mis penas, la desgracia de mi condicion, la tiranía que pesa sobre mí, las dificultades y el valor del tiempo... escuse usted tambien la libertad de mis palabras, la franqueza de mis revelaciones, mi imprudencia y la debilidad de mi corazon... Pero no me engañe usted, señor de Cerdagne; eso seria un crímen.

—¡Que el infierno me confunda si no digo la verdad!—respondió Juan.—¡Que Po-

tamogeiton arranque mi alma de mi cuerpo, y que la bella Hydora me retire su proteccion, si engañase á usted!

—Ese terrible juramento me tranquiliza del todo,—dijo la jóven.—¿Cómo puedo ya negar á usted mi ternura y confianza? Eso seria ofender á usted gravemente, y yo soy incapaz de hacerlo.

—Concédame usted esa ternura de que soy digno, ¡divina Flora! anime usted mi amor puro, y yo sabré sacar á usted de las garras del cruel don Guino.

—¡Ah, ya veo que ese amor es sincero! —esclamó la jóven,—pues que sabe usted mi nombre, el de mi tirano y otras tantas cosas tan difíciles de conocer. Es preciso que me ame usted mucho, señor de Cerdagne, para llevar á cabo sus proyectos.

—Moriria si no lo consigo.

Flora juntó las manos con efusion y gozo y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Qué dicha—decia,—será para mí el casarme con un caballero jóven y que me ame mucho, en lugar de ese barbudo siempre de mal humor! Señor don Juan, cómo vamos á hacer? Ahora lloraré todos los dias que no le vea á usted; mañana se compon-

drá la fuente, y no tendrá usted pretesto para entrar aqui.

—El amor me inspirará alguna estratajema; le escribiré á usted billetes amorosos que recibirá de manos del cojo. ¿No tiene usted algunos instantes de soledad y libertad?

—Don Guino me deja respirar el aire de la noche en el jardin, donde me paseo frecuentemente sola, antes de acostarme á eso de las cuatro de la mañana. ¿Pero cómo podria usted escalar unas tapias tan altas y defendidas con puntas de hierro? Podria usted herirse, y yo no quiero que se haga usted mal, pues siento ya cuanto le amo. No tema usted nada, yo no corresponderé con ingratitud, y seria muy necia y muy perversa, si hiciese la altiva y la desdeñosa con un caballero que se disfraza de *facchino* para verme, arrostrando toda clase de peligros. ¡Oh! no, eso no es posible!

Juanillo, enajenado de placer, cogió la mano de la bella Flora para besársela; pero como en Italia el besar la mano de una mujer no pasa mas que por una señal de respeto, y no de amor, la jóven no halló que fuese bastante para espresar la pasion que mostraban las palabras del caballero,

y por eso le echó los dos brazos al cuello y los dos amantes se abrazaron sencilla y amorosamente. La voz regañona y colérica de don Guino puso fin á este trasporte; Juanillo tomó las herradas, y en su turbacion derramó el agua fuera del baño. El patron le llamó imbécil, pero una mirada tierna de Flora le dió la paciencia necesaria para soportar las injurias del celoso.

Despues de haber servido en conciencia el oficio de *facchino* trayendo agua para los caballos y el cocinero, el fingido mozo de cordel recibió su salario. Para mejor representar su papel, no dejó de mostrarse poco satisfecho del pago de su trabajo; reclamó dos *baiocs* de suplemento á causa de la distancia de la fuente; otros dos por haber trabajado durante las horas de riguroso calor; otros dos á título de gratificacion para su numerosa familia, y finalmente un *baioc* para beber una limonada. Insistió hasta que le pusieron á la puerta de la calle, y gracias á este manejo don Guino no tuvo la menor sospecha.

Juanillo volvió á su casa con el corazon lleno de fuego, despues de haber recobrado sus vestidos. La belleza de Flora, la confianza, la sencilla ternura y las caricias de esta amable jóven le habian penetrado de

amor y agradecimiento. Su corazon se indignaba con la idea de engañar á una criatura tan perfecta, pero se abrasaba en el deseo de abrazar otra vez á su querida. Al recuerdo de la llegada del viejo importuno, le parecia que caia de repente de un jardin delicioso en un calabozo sombrío; y por renovar su dicha interrumpida hubiera arrostrado la muerte mil veces.

Desgraciadamente las murallas no se allanan á gusto de los enamorados, y si la pasion de Juan era capaz de luchar contra todas las estravagancias, tenia que habérselas con la pasion de los celos de don Guino y todo el aparato de sus precauciones.

A cosa de las tres de la tarde de Italia, es decir, á las nueve de la noche de Francia, nuestro caballero rondaba ya en las tinieblas á los alrededores de la puerta Pinciana. Mas allá de esta puerta, que en el dia está tapiada, principian las tierras incultas de Roma, en las cuales se disputan la vejetacion los cimientos de edificios destruidos, los fragmentos de acueductos y de sepulturas. La mano del hombre habia cubierto en otro tiempo estas vastas llanuras de trabajos grandiosos, y se necesitarán siglos para que el trabajo de la naturaleza restablezca en ellas su imperio. Juanillo

paseaba su melancolía en estos cimientos llenos de malezas sin pensar en el mundo que hollaban sus pies; y cuando hubo paseado veinte veces al rededor de las tapias del jardin de don Guino, midiendo con la vista su altura capaz de desesperar á un enamorado; cuando ecsaminó las picas de hierro que parecian desafiarle, se sentó en el suelo agoviado por el sentimiento de su impotencia. Entonces oyó á unos treinta pasos un ruido sordo y algunos golpes subterráneos; de rato en rato una voz áspera pronunciaba tres ó cuatro palabras en el tono de un oficial que manda á sus soldados, y los golpes subterráneos empezaban á oirse con mas fuerza. Nuestro caballero se aprocsimó despacito hácia el punto donde se percibia el ruido, y subiéndose sobre un fragmento de ruinas vió unos hombres que abrian un agujero trabajando con mucha actividad. La tierra cabada por los azadones era sacada inmediatamente del agujero con unas palas de madera, y trasportada á cierta distancia en carretones. Los trabajadores iban y venian corriendo; saltaban en el hoyo con ajilidad, ejecutando las maniobras con una precision tan grande, que un jesto del sobrestante bastaba para dirijirlos. Juan miraba con placer

aquellos trabajadores admirables, y para verlos mejor, se aprocsimó á ellos del todo; pero ni aun volvieron la cabeza hácia su lado, como si temiesen perder el tiempo, prosiguiendo su obra con una aplicacion estremada.

—¿Corre mucha prisa ese trabajo?—preguntó Juan al sobrestante.

—Mucha,—respondió este;—pero acabaremos ántes del momento fijado.

—Si ese hoyo está destinado para recibir cadáveres, mucha jente ha muerto hoy en Roma,—dijo Juan.

—En este hoyo serán enterrados dentro de poco los amores de un viejo loco, sus esperanzas, los proyectos de felicidad que alimenta hace diez años, y los placeres que se habia prometido.

—¿Y quién es ese viejo loco?

—Don Guino Montacuti, de Sienna.

—¡Gran Dios!—esclamó Juan.—¿Las esperanzas de don Guino han muerto? ¿Le ha sucedido algun accidente á la bella Flora? ¡Ah! en ese caso tambien caban ustedes mi tumba!

—Tranquilizáos, señor,—repuso el sobrestante,—la bella Flora está perfectamente, y no le ha sucedido otro accidente que el amar á un caballero muy digno de

ella, y que penetrará dentro de unos minutos cerca de ella por el subterráneo que estamos cabando.

Juan se quedó estupefacto, con la boca abierta y sin poder pronunciar una palabra.

—¡Atencion!—dijo el sobrestante.—Poned ahora los puntales para evitar un hundimiento; colocad los mas fuertes bajo los cimientos de la tapia del jardin; cabad ahora subiendo hácia la superficie del suelo, y abrid el agujero de salida junto á los árboles mas prócsimos á la tapia... Así está perfectamente. Señor don Juan de Cerdagne, ya podeis ir á donde el amor os llama; despues de la entrevista volveremos, porque será prudente volver á poner en su sitio hasta el último terron de tierra antes que amanezca.

Nuestro caballero se preparaba á dar las gracias á los trabajadores por su pronto y maravilloso trabajo; pero antes que hubiese concebido la idea, cargaron ellos las palas y azadones en los carretones y echaron á correr. El amor y la esperanza causaron mas emocion á Juanillo que el prodijio de esta aventura; fué preciso que reposase al estremo del subterráneo para poner en órden sus ideas y dejar á su corazon el tiempo

necesario para calmarse. En seguida penetró por él á tientas y llegó cómodamente al jardin de D. Guino, donde se ocultó detrás de unos granados.

La angustia de un amante escondido y espiando la ocasion de ver á su querida, pero temiendo ser sorprendido por un celoso, debe ser mayor que la de un ladron, pues el bien que desea robar es mucho mas precioso que todos los bienes del mundo. Juanillo temblaba con todo su cuerpo, y le parecia que los latidos de su corazon hacian un ruido capaz de despertar á todos los habitantes de la casa. Sin embargo le vino la idea de que acaso la bella Flora no bajase al jardin aquella noche, y sus temores cambiaron de objeto; pero se tranquilizó muy pronto oyendo el ruido de un vestido.

—Flora,—dijo en voz baja el caballero, —no tema usted, es su amante quien le habla.

Flora dió un pequeño grito y pensó desmayarse de susto, lo que dió ocasion á su amante para que la sostuviese en sus brazos; y como el placer fué mayor que el miedo, duró muy poco el desmayo.

—¡Usted aquí, caballero!—dijo la jóven; —pero ¿cómo ha podido usted penetrar en esta ciudadela? Estoy segura de que ha ar-

riesgado usted la vida.

A pesar de su modestia natural, Juanillo no pudo resistir á la gana de hacerse valer un poco, y respondió:

—Eso es un misterio, no trate usted de penetrarle: sepa usted solamente que no hay obstáculo de que no pueda triunfar un amor tan grande como el mio.

—¡Un misterio!—esclamó Flora;—pues yo quiero conocer ese secreto.

—Algun dia lo sabrá usted.

—Al instante mismo, caballero; le conjuro á usted que me diga ese secreto. ¿Cómo podria yo probará usted mi amor y decision si me oculta todo lo que le interesa? ¿Cómo pretende usted amarmesi no tiene confianza en mí?

—Y bien, mi querida Flora, sepa usted que he venido aquí por medios sobrenaturales.

—¿Por un milagro?—esclamó la jóven.

—¿Por la proteccion de Santa María de las Flores?

—No,—respondió Juan vacilando,—por la de San Juan de Létran.

—Es un gran santo... ¿Y le quiere á usted mucho?

—Nada me rehusa; mis antecesores le han erijido iglesias.

—¡Oh, qué feliz es eso para nosotros! ¿Qué podemos temer si San Juan de Letran proteje nuestro amor? Yo me abandono á usted, caballero; tenga usted mucho cuidado de no enfadar á su protector.

—¡Ay de mí,—pensaba Juan;—yo habia jurado no engañar jamás á esta amable criatura, y principio con una mentira! Pero hay fuerza mayor; y por otra parte, una mentira es muy poca cosa cuando ya no tiene uno alma.

Para sofocar el grito de su conciencia, nuestro caballero pidió un beso á su querida, y Flora se lo dió tan dulce que la mentira se hizo la mitad menos pasada. Al segundo beso, la conciencia habia perdido la voz; Flora era jóven, lijera, apasionada y sin desconfianza; Juan tenia las mejores intenciones del mundo... pero el ardor de su amor, la ocasion y la fresca yerba le hicieron perder la cabeza. Invocaba á San Juan de Letran, y la jóven no se atrevia á oponerse á lo que un protector tan grande parecia favorecer... Finalmente, la mentira que nuestro caballero se reprochaba, se halló borrada por otro pecado cuyo peso dividido entre dos personas era menos molesto.

## CAPITULO XVI.

Cuando la vieja ama de llaves vino á llamar á la señora para rogarla que se acostase, se evadió Juanillo por su subterráneo. Los trabajadores le esperaban á la salida, y en un abrir y cerrar de ojos repusieron las cosas en su estado hasta el último terron, con un cuidado tan minucioso, que Juan mismo no hubiera reconocido el sitio donde estuviera el subterráneo. El sobrestante no tuvo necesidad de dar una sola órden, y acabado el trabajo dijo en tono solemne:

—¡Aquí reposa la dicha de don Guino y la virtud de doña Flora!

—¡Insolente!—esclamó el caballero,—guarda para tí tus reflexiones.

—Señor,—repuso el sobrestante con un saludo irónico,—esta noche volveremos para serviros con el mismo celo y celeridad.

La banda de trabajadores echó á correr y desapareció entre las ruinas y los cimientos.

Nuestro caballero estaba demasiado enamorado, y su dicha era muy fresca para que hallase la fuerza de contar con su con-

ciencia. Dejó pues para otra ocasion esta cuenta terrible, y no pensó mas que en los medios de conseguir entrevistas de mayor duracion. Recordando la conversacion que habia oido á través de la puerta, se le vino á la memoria el reproche dirijido á la vieja ama de llaves sobre su borrachera. Un gran botellon de vino escelente de Sicilia, que Juan entregó á Flora, fué depositado en el cuarto de la dueña, y por un permiso especial de San Juan de Letran halló la vieja todas las noches el mismo regalo como si cayese del cielo; y gustaba tanto este favor divino, que la mayor parte de las noches rodaba bajo la mesa para no despertarse hasta el amanecer.

D. Guino se acostaba muy temprano despues de haber cerrado él mismo las puertas, y aunque los celos no le dejaban dormir mas que de un ojo, no sospechaba nada de sensible para él en los paseos nocturnos de su futura esposa. Por otra parte sabia que querer impedir en Roma á una jóven el que respirase el aire de la noche, hubiera sido reducirla á la desesperacion y ponerla en estado permanente de insurreccion.

Todas las facilidades del mundo estaban

pues á la disposicion de nuestro caballero para ver á su querida. Ademas el lacayo cojo trasmitia los billetes amorosos para alimentar de uno y otro lado el fuego de la pasion, cuando la llegada de la noche parecia demasiado lenta para el deseo de los amantes. Juan estaba cada dia mas enamorado de la tierna Flora, y su firme designio era dar una reparacion patente al honor de su querida casándose con ella á solo obstáculo le detenia; la misa en que el comendador de Beaujeu se habia desmayado, le advertia de la imposibilidad de recibir ningun sacramento, para un mortal privado de su alma. De consiguiente era preciso dejar esta ceremonia hasta el cumplimiento del plazo de su pacto con Potamojeiton; pues una vez que se hallase libre de aquel terrible acreedor, nada se opondria á su dicha, y podria entonces llenar todos los deberes de un amante fiel y un hombre honrado. Entre tanto se contentaba con el fruto prohibido, porque no podia gozar el otro, pero la lealtad de su corazon sufria por ello.

El historiador de D. Juan de Marana, en *Las almas del purgatorio*, ese modelo inimitable de las crónicas, cuenta que su héroe descubrió un lunar en el seno de su queri-

da y lo comparó al momento á una violeta; pero que al dia siguiente el lunar no era á sus ojos mas que una mancha negra muy grande, y muy pronto despues una rata; ¡tan injeniosa y pronta era la imajinacion de aquel endemoniado seductor en destruir sus propias ilusiones! La crónica de Juan el Trovador ofrece precisamente una circunstancia en la que se verá que el corazon de nuestro caballero procedia del todo al revés que el otro don Juan. La hermosa Flora tenia un hermoso lunar, por el cual no se inflamó Juan estremadamente en un principio y ni aun fué agradablemente sorprendido cuando lo descubrió, diciendo que aquello parecia una lenteja. Pero por un trabajo misterioso de su imajinacion, aquel lunar de belleza se convirtió muy pronto en la cabeza de un alfiler negro, y luego en una flor de vellosilla.

Despues de haber pensado mucho en sus amores, nuestro caballero se reprendió un poco el descuidar demasiado sus asuntos, pues se mostraba rara vez en la embajada y no hacia ya la córte á los cardenales.

—Sin embargo, no olvidemos que estoy al servicio del rey de España,—se decia él; —que tengo que pedir al Papa una gracia importante, pues mi padre y mi hermana

jimen en el convento contando con las diligencias que debo hacer para que la Santa Sede le releve de sus votos. El amor no debe perjudicar á mis deberes de familia ni detenerme en la carrera que he abrazado; pues por interés mismo de mi hermosa Flora conviene que adelante en ella.

En el momento en que estas prudentes reflecsiones entraban en su imaginacion, su criado napolitano le entregó dos cartas; la primera que abrió era del señor Marchin, y el mariscal le decia:

«Caballero de Cerdagne, disponeos para partir al norte de Italia, pues dentro de pocos dias recibireis una mision secreta. Se cuenta con vuestro celo para desempeñarla bien, y ya debeis empezar á sentir la necesidad de tener una ocupacion. El rey de España pudiera cansarse de tener en Roma un ajente sin utilidad; felicitáos de esta fortuna, pues yo me regocijo de ver que el viento sopla favorablemente para vos. Adios, caballero, preparáos para viajar tan luego como hayais recibido estos renglones.»

—¡Ah!—esclamó Juan,—me he apresurado demasiado á desear un empleo... mi corazon va á despedazarse en la hora de la separacion. ¿Tendré valor y fuerzas para

separarme de mi querida Flora?

La segunda carta era de Luisa de Cerdagne, y estaba concebida en los términos siguientes:

«Mi querido hermano y amigo: Como no nos escribes hace un mes, mi padre piensa que el rey de España te ocupa demasiado; yo supongo que te diviertes mucho y que te hallas enredado en algunos amores, de lo que te doy mi absolucion. Nos hemos felicitado en el fondo de nuestras celdas por tus brillantes sucesos, y esperamos las consecuencias; si fuese libre para volar cerca de tí con mis vestidos de hombre, me alegraria servirte de segundo en tu primer negocio, participar de tus peligros y de tu gloria, y contribuir al buen éxito de alguna espedicion contra otro baron de Isola. Pero ya que no puedo hacer un valiente guerrero ó un embajador, hago un mínimo tan perfecto que se abreviaria mi noviciado si lo desease; pero no pienso solicitar este honor, porque espero aun en tí.

«Te recuerdo que el año espira muy presto, y que entonces tendrías que recomendar al Papa dos frailes en lugar de uno. ¡Animo pues! échate á los pies del Pontífice, pues al menos obtendrás una bendicion, y nosotros sabremos, en fin, el

decreto de nuestro destino. Nuestro padre está lleno de gozo al ver que la fortuna favorece tu juventud; yo me aburro por no poder verte, y ambos á dos te abrazamos de todo corazon.»

Perplejo nuestro caballero entre su amor, su ternura por sus parientes, la perspectiva de una separacion dolorosa y la obligacion de solicitar sin tardanza una gracia del Padre Santo, no sabia que hacer. Hacia mucho tiempo que el embajador le habia prometido recomendar *in curia* una solicitud por escrito; pero su encuentro con la bella Flora le habia distraido de sus ocupaciones ordinarias, y acusaba con razon á su neglijencia. Para reflecsionar maduramente en los nuevos pasos que debia dar, salió Juanillo de su casa y se puso á recorrer los barrios mas desiertos de Roma, que son el sitio mas apropósito del mundo para meditar. Pasó el arco de Triunfo de Tito, se paseó á los alrededores del Coliseo, volvió atrás y se acercó á las orillas del Tiber. Cerca del templo de la Fortuna halló un grupo de jente que escuchaba la lectura de una ordenanza de policía.

—*Buena jente*,—decia el pregonero con aire importante,—escuchad bien esto, y tenedlo presente: «Por órden de Su Emi-

nencia, monseñor el cardenal director de la policía, oidas las observaciones é informes de Su Eminencia el cardenal Spinola; toda persona que descubra en la tierra ó en otra parte, por escabaciones ó de otra manera, objetos de arte y antigüedades, tales como medallas, vasos, estatuas enteras ó quebradas, bronces, joyas, trípodes ú otros utensilios, deberá hacer declaracion de ello á uno de dichos señores cardenales, quienes están encargados especialmente por Su Santidad Clemente XI de adquirir los referidos objetos de arte para adornar las galerias del Vaticano. El precio será fielmente pagado á los poseedores bajo la estimacion que haga Su Eminencia el cardenal Spinola. Toda persona que habiendo descubierto objetos de arte, los vendiese á los estranjeros ó los enviase fuera de los Estados de Su Santidad será castigada con una multa doble del valor de los objetos encontrados, y será encerrado por un mes á lo menos en las prisiones de nuestro Santo Padre Clemente XI.»

Juan no prestó mucha atencion á esta lectura, y menos aun á los comentarios con que la sazonaba el pregonero; asi, pues, prosiguió su paseo pensando en el favor que gozaba el cardenal Spinola con el pa-

pa. A dos pasos del templo de la Fortuna, por encima del an iguo templo de Vesta, percibió un pescador que echaba su red en el Tiber, y se paró á ver si la redada era feliz; el pescador no sacó del agua mas que un pez muy pequeño, que puso en un cacharro de barro. Se preparaba para lanzar de nuevo su esparavel, cuando Juanillo, que habia sido un hábil pescador como todos los naturales de Arlés, notó que este hombre no lanzaba su red á la manera de los provenzales.

Nuestro caballero bajó apresuradamente á la orilla del rio para demostrar al pescador romano la superioridad del método de Arlés. El romano, que tenia su rutina diaria, no quiso convenir en la escelencia del método provenzal; y en el calor de la discusion se quitó Juanillo su gabardina y tomó el esparavel para apoyar sus razones con el ejemplo. Pero viendo el pescador del Tiber que se le presentaba la ocasion de arrancar una pluma al estranjero, le preguntó astutamente si Su Señoria queria comprarle la redada antes de lanzar el esparavel.

—¿Para qué?—respondió Juan,—lo que saque será tuyo.

—¡Compradme esa redada por caridad!

—repuso el pescador.—Puesto que su señoria sabe tan bien echar el esparavel, no arriesga nada. Le doy todo lo que saque por un *paolo*.

—Corriente.

—Pero pagadme adelantado ¡por caridad! antes de echar la red.

—¿Temes que falte á mi palabra?

—¡No lo permita Dios, señor!... pero un *paolo* es una cosa tan linda que cuanto mas pronto se palpa es mucho mejor.

Juan metió la mano en su bolsillo, y no hallando mas que una pieza de dos *paoli* se la dió sin regatear.

—Al presente su señoría puede pescar cuanto quiera,—dijo el romano castañeteando los dedos.—No hay en todo el Tiber dos *paoli* de pesca.

Juanillo manejó el esparavel como un pescador consumado; le plegó metódicamente sobre el hombro izquierdo, y con un movimiento sábiamente combinado del codo y de la mano describió un círculo perfecto tan ancho como lo permitia el diámetro del esparavel; en seguida aguardó á que los plomos hubiesen sumergido la red hasta el fondo del agua, y apenas empezó á tirar por la cuerda, esclamó:

—¡Pesca tenemos, pues siento remover!

En efecto, dos peces bastante grandes se agitaban entre los pliegues de la red; pero el esparavel traia ademas una urna antigua de una forma admirable. Aunque debia hacer quince siglos por lo menos que permanecia en el fondo del rio, y el agua habia alterado su brillo, no estaba tomada de orin y de consiguiente debia ser de oro.

—Tú lo has querido,—dijo Juan al pescador;—la redada me pertenece. Has jugado conmigo al mas astuto, y yo me guardo este vaso antiguo dejándote los peces para tí. Para otra vez acuérdate que vale mas fiarse en la jenerosidad de un caballero francés que hacer el astuto... Adios, hábil diplomático; te deseo una pesca mejor que la mia.

Juan partió corriendo con su vaso antiguo bajo el brazo y se dirigió inmediatamente al palacio del cardenal Spinola. El cardenal empezaba entonces á reunir los primeros elementos del rico museo de antigüedades que se admira hoy en el Vaticano. Era un hombre muy sabio, gran conocedor y que amaba las artes con pasion; pero como todos los fundadores de colecciones; ponia una especie de gloria en estimar los objetos en menos de lo que valian antes de adquirirlos, y en mucho mas

despues de que se hacia su poseedor. Cuando Juan le contó como habia pescado aquel vaso de oro, el prelado disimuló su admiracion; y probó por mil razones que aquella urna era de una época en que el gusto de los artistas griegos que trabajaban en Roma habia dejenerado. Finalmente, aquel vaso no valia en metálico mas que el peso del metal, suponiendo que fuese oro, lo que aun era dudoso. Sin embargo, tan luego como Juan anunció su designio de regalar al Pontífice su hallazgo, el cardenal mudó de lenguaje. El vaso se hizo lo que era, es decir muy raro, una pieza preciosa y bella que no tenia igual en Roma; y en cuanto al metal, mirándole de cerca se reconocia que era de oro puro. El prelado no podia contener ya su gozo, pidió su carroza y quiso partir inmediatamente á anunciar al Santo Padre el feliz hallazgo, y parecia ya que habia sido él quien echara el esparavel en el Tiber.

—Monseñor,—le dijo Juan,—seria preciso, sin embargo, que Vuestra Eminencia se entendiese con el emjador de España respecto á este hallazgo. Las ordenanzas de policía se dirijen á los romanos; pero yo soy súbdito del rey de Francia, y en el dia estoy al servicio de su nieto Felipe V.

Si doy parte al embajador de mi hallazgo, puede ser que le acomode mas verlo adornar el Escorial ó Versalles que el Vaticano.

—Pues, bien, no digamos nada;—respondió el cardenal.—Sentiria muchísimo indisponeros con vuestro embajador; contad conmigo, yo guardaré el secreto.

—Lo agradezco mucho, monseñor; pero yo no lo guardaré á menos que Vuestra Eminencia me haga un pequeño servicio. Hace seis meses que pedí á la Santa Sede que el señor de Cerdagne, mi venerado padre, mínimo en Perpiñan, sea dispensado de sus votos, y no he conseguido aun respuesta alguna. Si mañana no tengo razon acerca de mi solicitud no llevareis á mal que el embajador de España os hable de mi hallazgo.

—No tengais cuidado,—respondió el prelado sonriendo;—yo daria cuatro mínimos en cambio de ese vaso, y otros tantos celestinos encima.

Por la noche recibió Juanillo la siguiente carta del cardenal Spinola:

«Caballero de Cerdagne; tomando el Santo Padre en consideracion la situacion particular del señor de Cerdagne, vuestro padre, á quien el cielo ha devuelto mila-

grosamente un hijo que no esperaba encontrar ya, consiente en dispensar á dicho señor sus votos relijiosos, para que el hábito de San Francisco de Paula no sea un obstáculo á la felicidad de una familia entera. Mañana hallaréis en la secretaría de breves el que S. S. dirije al arzobispo de Perpiñan. Vuestro vaso antiguo ha producido todo el efecto que yo me prometia.»

El breve del Papa fué espedido á Perpiñan por un correo de la embajada; y nuestro caballero no atribuyó esta vez su felicidad á la proteccion de los espíritus, sino á su talento de pescador y al talento diplomático que habia desplegado en su entrevista con el cardenal. Satisfecho su amor propio agradablemente, le infundió en la imajinacion ideas ambiciosas, y no se asustó ya tanto de la comision que le anunciaba el señor de Marchin.

—Sin duda la pobre Flora derramará muchas lágrimas cuando le anuncie mi partida, —se decia él;—pero ella me aguardará llorando. Despues de haber corrido el mundo volveré hecho un gran señor para sacarla de su indigna prision y darle el rango, los títulos y la fortuna que habrá merecido por su paciencia y felicidad. Luego vivirá

en la opulencia y en los honores, sin mas ocupacion que la de agradarme y conservar mi amor.

Apenas el egoismo y la vanidad le habian inspirado estas reflexiones indignas de él, Juanillo fué llamado por un dependiente de la embajada de España.

—Preparáos á partir, caballero,—le dijo el embajador.—Hay novedades; el rey ha salido de Nápoles hace dos dias y va por mar á Final para reunirse con el duque de Vendome que está en vísperas de atacar al ejército imperial. Anunciareis esta noticia á M. de Vendome, y le comunicaréis secretamente la lista de los espías que revelan diariamente sus planes de campaña al príncipe Eugenio. Se necesita ser dilijente, y hay que partir esta noche.

—¡Cómo! ¿en seguida?—preguntó Juan.

—Seguramente,—respondió el embajador.—¿Qué teneis?... No reconozco en vos la buena voluntad acostumbrada. ¿Estaríais acaso retenido en Roma por alguna intriga amorosa?

—Monseñor,—respondió nuestro caballero poniéndose colorado,—yo no pido mas que tres horas para hacer mis preparativos.

—Yo os concedo cinco; vuestro coche

de viaje estará pronto á las dos de la noche.

—No hay que vacilar,—pensó Juan;—partamos, pues que mi estrella lo quiere asi, y que yo mismo lo he deseado.

Mientras que su criado napolitano arreglaba las maletas de viaje, Juan fué por la última vez á ver su querida. El dolor de Flora fué mucho mayor que lo que habia imajinado; él esperaba lágrimas y suspiros, y habia pensado que los consuelos y promesas bastarian para adormecer el pesar de la jóven; pero habia contado sin la pasion italiana y los arrebatos de un corazon desesperado. Flora se arrojó á los pies de su caballero y le suplicó que no la dejase, con tanta elocuencia que se halló un momento vacilante; pero pensando en seguida en la órden del rey, en el perjuicio inevitable que sufriria su fortuna por un retardo ó una neglijencia, se asustó de haber inspirado tanto amor. No teniendo ya imperio la verdad en el espíritu de su querida, Juanillo recurrió á la mentira. Aseguró que su protector San Juan de Letran le mandaba hiciese una peregrinacion á San Juan de Parma; y que la conclusion dichosa de su matrimonio dependia de esta condicion. La devocion y la credulidad de

Flora hicieron lo que no podia hacer la razon; la pobre muchacha se calmó y prometió armarse de valor. Ella espresó bien el deseo de huir con su amante, pero Juan la persuadió que su protector no lo llevaria á bien y no se atrevió á insistir mas. Finalmente, nuestros amantes se separaron llorando, despues de jurarse mil veces amor y fidelidad.

La hora de partida habia dado ya cuando Juan volvió á la plaza de España; su embajador le entregó cartas para el duque de Vendome con instrucciones por escrito, y le deseó feliz viaje.

Nuestro caballero subió á su coche de viaje con el corazon traspasado de dolor, pero resuelto á llenar su deber. Al salir de Roma por la puerta del Pueblo sacó la cabeza por la ventanilla y reconoció á su postillon vestido de encarnado y con calzones de piel; pero no teniendo motivo para inquietarse sobre la rapidez de su viaje, se arrellanó en el fondo de su coche para rumiar despacio su pesar y sus proyectos. Mas como la naturaleza es mas poderosa que el amor y la ambicion, no sufrió que se burlasen de sus leyes, y Juanillo se durmió profundamente antes de haber pasado el puente Molle, que no dista mas que media legua

de Roma.

## CAPITULO XVII.

Nuestro caballero fué despertado á cosa de las cuatro de la mañana por los primeros rayos del sol; bajó uno de los cristales de su coche, sacó la cabeza y preguntó en donde estaba.

—Dentro de cinco minutos estará Su Señoría en Civita-Castellana,—respondió el postillon.

—¡Cómo!—dijo Juan;—¿de dónde vienes que no has tomado el camino de Sienna?

—Si Su Señoría se digna repasar su memoria se acordará que esta noche, al tiempo de dormirse, sentia el pasar por Sienna temiendo conmoverse por ciertas impresiones dolorosas. Su Señoría estaba ya dormido al pasar por el puente Molle, donde se juntan los dos caminos, y yo he tenido que obedecer á la última voluntad que habia espresado.

—¡Espresado!—dijo Juan;—yo no te he dado ninguna órden.

—Perdone Su Señoría, he debido decir concebido.

Nuestro caballero cerró el cristal sin

atreverse á quejarse, pues el postillon encarnado parecia conocer mejor que él lo que pasaba en su imaginacion. Su segundo pensamiento fué por Flora, y se representaba la pobre muchacha inundada de lágrimas y rogando á San Juan de Letran que abreviase el martirio de la ausencia. A la idea de que no veria á su querida á la hora acostumbrada, su corazon sufria horribles combates dividido entre el pesar y el deber. En este momento percibió que el postillon dió la vuelta á los caballos y tomó el camino de Roma á todo escape.

—¿Qué haces? desgraciado?—gritó Juan.

—Llevar á Vuestra Señoria adonde siente no estar ya;—respondió el postillon;—pero si no le dura ese deseo me conformaré á su voluntad

Y dió vuelta otra vez á los caballos.

—¡Qué tiranial—pensaba Juan.—Este demonio pudiera perderme con su celo en servirme si no le vijilase; pero el mejor medio de moderar ese celo es el vijilarme á mí mismo.

Temiendo ser obedecido con demasiada esactitud, el caballero empleó todas las fuerzas de su espíritu en fijar bien su voluntad. No se atrevia ya á formar un deseo ni abandonarse á la meditacion; cuando

su imaginacion se estraviaba, volvia lleno de sobresalto á sus proyectos y al objeto de su viaje; pero, haciéndosele intolerable esta sujecion, mandó al postillon que se detuviese en Civita-Castellana, y bajó del coche.

En la plaza de la villa habia una fuente á la que acudian las muchachas por agua con unos cantaritos de barro que sostenian con una mano sobre la cabeza con mucha gracia. Un tendero ambulante se instaló cerca de la fuente y empezó uno de esos discursos interminables que acompañan toda transaccion comercial en Italia. El tendero habia colocado sus mercancías sobre una mesilla ponderando la calidad superior de cada objeto y lo barato del precio. Un perrito muy pequeño presidia majestuosamente las operaciones de su amo, y llevaba con mucha docilidad unos anteojos atados detrás de las orejas. Atraidas las jóvenes por el discurso del mercader y la cómica figura de su perro, formaron un círculo en derredor de la tienda portatil.

—Señoras y bellas damas, solteros y solteras,—decia el tendero,—en mi tienda se halla de todo. Escojed, pedid, imaginad si es posible un objeto desconocido, y lo doy de valde si no se halla en mi tienda. ¿Que-

reis pañuelos, pendientes, navajas, cuchillos, un barómetro? ¿Sois cortos de vista? yo os daré unos anteojos magníficos con que vereis desde aquí la cúpula de San Pedro de Roma. ¿Quereis ver la persona que mas amais en el mundo? comprad uno de estos espejos de bolsillo.

El mercader habló largo rato sin vender un solo objeto de los anunciados; pero tan luego como un chalan dió el ejemplo, todo el mundo compró alguna cosa. Una muchacha compró un espejo para buscar en él el rostro de su querido, y como no vió mas que el suyo, sus compañeras se rieron á costa suya.

—Aquí hay un caballero que echa mucho de menos la puerta Pinciana, por donde pasó en otro tiempo el gran Belisario, —prosiguió el mercader.—¡Ah!... ¡cuánta virtud se necesita para un servidor del rey de España que camina hácia el Norte cuando su bella querida se consume suspirando en las rejiones del Mediodia!... ¡Implacable destino! ¿no te averguenzas de separar á los amantes fieles? Pero hay sus consuelos en la ausencia;... el caballero no es ciego como Belisario, y en un espejo preparado hábilmente puede encontrar á la abijada de Santa Maria de las Flores...

—Dame ese espejo,—interrumpió Juan.

—Aquí le tiene Su Escelencia; lo he hecho espresamente para vos, es portatil y se cierra en su cajita.

Nuestro caballero miró en el espejo y descubrió la imágen de su querida sentada en su cuarto con el pañuelo aplicado á los ojos. Flora lloraba al lado de don Guino que se desesperaba por no poder consolarla. Juan cerró el espejo y le guardó en el bolsillo.

—¿Cuánto quieres por ese precioso objeto?—preguntó.

—Lo que os agrade darme,—respondió el mercader.—Un *paolo*, por la fórmula; no he venido á esta plaza sino por servir á Su Escelencia.

El mercader recogió su tienda; tomó el *paolo* que Juan echó sobre la mesa, y saludando al caballero se marchó corriendo seguido por su perro.

Asegurado ya de que á todas las horas del dia podria tener noticias de su querida, nuestro caballero sintió su corazon muy aliviado; recobró toda su libertad de espíritu y volvió á subir á su coche mandando al postillon que marchase á prisa. Gracias á la virtud de su espejo májico, le importaba muy poco que la distancia que le se

paraba de Flora fuese mayor ó menor, y asi se puso á leer las instrucciones del embajador de España. Lanzado el carruaje como una flecha, atravesó Spoleto, Foligno y Perugia; se detuvo un momento á las orillas del lago Trasimena para dejar al caballero el tiempo de contemplar el campo de batalla donde habia perecido Flaminius; pasó en seguida por Cortona y Arezzo, y entró en Florencia al anochecer. Juan no descansó mas que una hora en esta ciudad; en la plaza echó una tierna mirada á Santa Maria de las Flores, y no atreviéndose á entrar en el pórtico de la iglesia se sentó en el banco de piedra donde Dante habia venido á meditar cuatro siglos antes. Volvió á montar en su coche y viajó toda la noche; la cadena de montañas del Apenino no le ocasionó ningun retraso, el teatro de la guerra estaba entonces en las orillas del Po, el ejército del príncipe Eugenio se dirijia hácia Mántua, pero llegó ya muy tarde. El duque de Vendome acababa de hacer levantar el sitio de esta plaza y marchaba sobre Parma.

Habiéndole aconsejado el postillon que se hiciese un largo rodeo para alcanzar al ejército frances, Juan no se opuso al parecer de un guia tan bien informado. Se dejó

conducir á Guastalla; el postillon le mostró desde la cima de una cuesta las avanzadas imperiales, y á cosa de las ocho de la mañana se apeó de su carruaje en un pueblecillo de la orilla izquierda del Po, á cien pasos del alojamiento de M. de Vendome.

Era el momento favorable para hablar á este gran general. Incomodado el príncipe por una enfermedad lenta, seguia un método curativo sin abandonar la campaña; tenia consejo, preparaba sus planes y daba sus órdenes en los momentos en que los medicamentos destruian sus entrañas. Juan halló á M. de Vendome rodeado de sus oficiales y sentado sobre ese famoso mueble poco marcial que sus talentos militares y su valor han inmortalizado.

—Señores,—dijo el príncipe despues de haber leido los despachos del rey de España,—el rey ha partido de Nápoles por mar, y si los vientos fuesen favorables le tendremos entre nosotros antes de tres dias. S. M. verá como nos batimos por sus intereses, y cuento con vosotros para darle la diversion de una victoria.

M. de Vendome trató al enviado del embajador de España con mucha atencion y urbanidad; le concedió entrada en el consejo, cubierto en la mesa de los oficiales su-

periores, y habló familiarmente con él de los asuntos de Nápoles y Roma. Se envió una guardia de honor al encuentro de Felipe V, á quien acompañaba el señor de Marchin, de suerte que Juan de Cerdagne se halló en pais conocido. En los primeros dias del mes de agosto, despues que Felipe V pasó revista á las tropas é hizo muchas liberalidades á los soldados, el ejército se puso en marcha.

Nuestro caballero soportaba con bastante paciencia los fastidios de la ausencia, pues su curiosidad hallaba mucho placer en las emociones de la guerra y los grandes acontecimientos que se esperaban. Consultaba veinte veces al dia su espejo de bolsillo y tenia motivos para estar contento. El talisman le mostraba á Flora siempre sola en su cuarto con un rostro y unas actitudes que pintaban bien su languidéz y pesadumbre. Pero, mirando Juan una mañana su espejo májico, abrió los ojos llenos de sorpresa, pues vió que Flora respiraba el perfume de un gran ramillete de rosas con aire de contento y alegria.

—¡Qué loco soy!—se decia él;—estamos á 14 de agosto, mañana es la fiesta de Santa Maria de las Flores, y don Guino habrá dado ese ramillete á su novia.

Sin embargo, á mediodia el espejo mostró la imájen de Flora sentada á la mesa y acompañada de don Guino y un bello jóven. Flora se sonreia y animaba; en sus miradas y meneos de cabeza se veia muy bien que la coquetería tenia su parte en sus conversaciones. Un gran frasco de vino, del que se llenaban los vasos con frecuencia, probaba que se celebraba la fiesta de Santa Maria.

—¿En qué piensas, don Guino?—murmuraba Juan como si el viejo hubiese podido oirle.—¿Qué has hecho de tus celos? ¿Cómo sufres á ese jóven en tu casa? Se burla de tí, y Flora me hace traicion.

Pero otra cosa fué cuando nuestro caballero vió á su querida de bracero con el desconocido paseándose por el jardin, mientras que el viejo don Guino regaba las flores. Juan sintió que mil serpientes le devoraban el corazon; se mordia los dedos; apostrofaba con violencia á estas imájenes que no hacian caso de él; y finalmente, en un acceso de ira arrojó al suelo el espejo y lo rompió de una patada.

—¡Vuelve al infierno, talisman maldito! —esclamó.—No quiero ya los servicios de los espíritus, pues que me han hecho el mas desgraciado de los hombres. ¡Bella

Hidora, retiradme vuestra proteccion y dejadme mi querida!

Pero al quebrar su espejo májico, Juanillo no recobró sus ilusiones; la confianza habia desaparecido, y en su lugar llegaban los celos trayendo á la venganza por la mano. Si los espíritus le habian hecho saber mucho para turbar su reposo, fué mas desgraciado aun volviendo á caer en la ignorancia. La infidelidad de Flora le parecia fuera de duda, y cuanto mas pensaba en ella tanto mas le atormentaba su abandono, y se puso á llorar como un niño.

Los redobles de los tambores y el fuego de una escaramuza vinieron á distraer al pobre Juan de sus pesares. El ejército frances seguia las orillas del Pó, y M. de Vendome habia reconocido que el éxito de la campaña dependia de la ocupacion de la cuesta de Luzara; pero el príncipe Eugenio, por su parte, queria tambien tomar esta posicion. Los tiradores de ambos ejércitos se presentaron allí al mismo tiempo, y oyendo el duque de Vendome los primeros tiros de los mosqueteros pasó adelante, De repente se empeñó un combate sério, y como en este encuentro imprevisto tenian mas importancia el valor y la impetuosidad del soldado que el buen órden, M. de Ven-

dome mandó cargar. Nuestro caballero se halló lanzado á galope con la brigada de Marchin contra el rejimiento de Commercy, que subia la cuesta. Su caballo se desbocó y corrió en medio de las filas enemigas: veinte pistoletazos fueron tirados sobre este caballero imprudente, pero ninguno le acertó; Juan penetró tambien en el centro del rejimiento imperial, y viendo á un oficial superior al alcance de su brazo le atravesó con su espada y siguió su carrera entre las filas enemigas. Los gritos y las maldiciones que oyó le hicieron saber que acababa de matar á uno de los jefes del ejército; era el príncipe de Commercy, de la casa de Lorena, y uno de los mas hábiles jenerales del imperio. Aprovechándose del desórden causado por la muerte del príncipe, M. de Marchin arrolló al rejimiento imperial y lo llevó hasta la falda de la cuesta. Juanillo, cuyo caballo se habia parado finalmente, volvió á tomar su puesto junto al mariscal que le felicitó mucho por su bravura; de suerte que el ardor de su caballo fue considerado como un acto atrevido del jinete.

La noche del 14 de agosto interrumpió la batalla de Luzara. El duque de Vendome comprendió por los informes que le venian de todos sus jenerales que el dia siguiente

le preocuparia una victoria completa. Durante la noche, el señor de Marchin, que ocupaba un puesto avanzado, envió á Juan á llevar al rey de España la relacion de los movimientos de su brigada, y el rasgo de valor de nuestro caballero no se habia olvidado en ella. Juanillo se retiró á descansar algunas horas despues de haber desempeñado su comision; pero apagado el fuego del combate, los celos le despertaron mas exaltado que antes. Viendo que no podia dormir, salió de su tienda y se paseó entre los soldados del campamento cuando fué llamado por su nombre por un dragon rojo de la casa real, apostado á la orilla del rio.

—Señor don Juan de Cerdagne,—le dijo este hombre,—no paseis tan ufano delante de un amigo,

Juanillo se aproximó al centinela y reconoció bajo este uniforme al sobrestante de los trabajadores del subterráneo de Roma.

—¿Desde cuándo os habeis hecho militar? —preguntó Juan.

—Desde esta mañana, para serviros,—respondió el dragon.—¿No me habeis visto en la batalla dar á vuestro caballo el golpecito con mi vaqueta que le puso el diablo en el cuerpo para que consiguiéseis un brillante suceso? Pero no tratemos ahora de

esto, busquemos un remedio á vuestra mellancolía.

—¿Luego sabes la desgracia que me aflije?—dijo Juan.

—Las mujeres tienen la memoria corta ó larga, segun las circunstancias, señor caballero. Un bello mozo, primo de vuestra querida, ha llegado de Sienna sin mas objeto que darle unas flores.

—¿Pero le ama ella ya?

—Quién sabe lo que sucederá; pero no obstante, teneis un grande imperio sobre el espiritu de Flora. Usad de vuestro poder; la ausencia puede haceros mucho mal, separad á vuestra querida de ese nuevo adorador, y no dudo que ganaréis la partida.

—¡Cómo! ¿qué puedo hacer á cien leguas de distancia?

—¡La distancia!... ¿puede haberla para vuestros servidores? Dadme un mensaje que llevar, una órden por escrito... y antes de cinco minutos la pongo en manos de Flora. Aconsejo á la niña que deje plantados al primo, al viejo celoso, á la ama de llaves, al lacayo cojo y la casa ciega. En una palabra, la saco por el camino que sabeis, y la traigo aquí.

—Muy pronto arreglas las cosas,—respondió Juan.

—¿Ya vacilais?—repuso el dragon;—¿teneis miedo de vos mismo? pues haceos cuenta que no he dicho nada y rumiad vuestros celos á la orilla de este rio.

—Y bien,—replicó Juan,—ya estoy determinado; vete á buscar á Flora y tráela aquí; así lo quiero.

—Eso se llama hablar como un hombre; escribid algunas palabras á vuestra querida; emplead la autoridad de San Juan de Letran, pues no perjudicará. Despachaos, pues, porque en este momento se pasea sola por el jardin, y la ocasion es favorable,

El dragon rojo sacó del bolsillo un tintero portátil y papel; Juanillo puso una rodilla en tierra y escribió el billete siguiente:

«Mi querida Flora: el gran santo que proteje nuestros amores consiente en unirnos al momento. Parte con el mensajero que te entregará esta carta, y él te conducirá á los brazos de tu esposo. No vaciles, es la órden y la súplica de tu fiel amante,

«Juan de Cerdagne.»

—Caballero,—dijo el dragon metiendo la carta en el bolsillo,—es un placer el servir á un hombre como vos: por eso voy á emplear los mejores medios, y poner á mis

talones las mejores alas. Entendámonos bien; durante mi ausencia poned mucho cuidado en permanecer firme en vuestras resoluciones; lo mejor seria no pensar en nada para no detener la libertad de mis acciones y para conseguirlo os aconsejo que os entretengais en contar los segundos, Si los romanos no tuviesen la necia costumbre de hacer bendecir y asperjar sus casas el dia de Pascua, yo robaria vuestra querida sin pedirle permiso, pero el cura de la Trinidad del Monte ha echado tanta agua bendita en la casa ciega, que pierdo mi poder en el recinto de esa barraca, y es necesario que Flora consienta en seguirme. La sacaré de la casa del viejo don Guino por el camino subterráneo que ya conoceis, y desde que sus piecesitos hayan tocado la tierra pagana del campo de Roma, la tomaré en brazos y la traeré por voluntad ó por fuerza. La pobre muchacha se quedará sin conocimiento por la rapidéz del viaje; pero no os asusteis, ella volverá en sí sobre este verde césped, y vuestra presencia la curará mejor que todos los específicos del mundo. Pero lo repito, caballero, poned mucho cuidado en no vacilar, y no vayais á arrepentiros despues que yo haya partido. Pensad bien que, durante los diez minutos

que van á pasar, los acontecimientos seguirán el curso de vuestros pensamientos. Un momento de debilidad ó de irresolucion puede acarrear graves consecuencias, una desgracia, una catástrofe.

—¿Qué desgracia? ¿qué catástrofe?—preguntó Juan.

—No lo sé. ¿Cómo puedo adivinar lo que pasará en su imajinacion? Pero os advierto que una idea tímida, un cambio en vuestra voluntad, serian funestos.

—Tú me inquietas en lugar de tranquilizarme.

—Caballero, no se debe hacer nunca á ciegas ninguna cosa. Veo que habeis reflexionado bastante acerca del atentado de robar una jóven á quien no podeis conducir al altar, estando cerrada la iglesia para vos. Veo que habeis tomado vuestro partido acerca de los gritos y lágrimas de Flora cuando se aperciba de que habeis faltado á vuestras promesas; y no os embarazaréis mucho del efecto que producirá en el campamento una querida que sigue vuestros pasos...

—¡Silencio!—interrumpió Juan.—No haces mas que poner mi voluntad en la irresolucion.

Un jesto diabólico semejante á la sonrisa

removió las facciones del dragon, y dijo:

—Teneis razon, caballero; no es el momento de discutir, y solo aguardo vuestras órdenes.

—Parte pues; yo te lo mando.

El dragon rojo se zambulló en el rio y desapareció.

## CAPITULO XVIII.

Inmediatamente que Juan perdió de vista á su mensajero fantástico, quiso contar los segundos como se habia convenido, pero no pudo llegar hasta ciento. La ajitacion de su corazon aceleraba mas el curso de sus ideas á medida que se esforzaba en no pensar en nada. Cada segundo le parecia un año; mil quimeras confusas se ajitaban á la vez en su imaginacion, su débil cerebro se hizo un caos, y el miedo llevó el desórden á colmo. Como un hombre atacado de un vértigo cae en el abismo que queria evitar, Juanillo se sumergió precisamente en las reflexiones que temia.

—¿No es un lazo que me tiende ese demonio encarnado?—se decia él.—¿No hubiera debido desconfiar de sus ofertas? La compañia de una mujer en medio del ejército me hará un perjuicio irreparable; se

sabrá que la he robado; Felipe V, que es el mas fiel de los maridos, detesta á los seductores y los tratos criminales; seré desacreditado y aborrecido, y sin embargo, no puedo casarme con Flora... ¿Qué haré pues de esta mujer? Sí, es una mala pieza que me juega el diablo pero puede ser que no consiga su intento; Flora no se decidirá á partir... ¡oh! fatal precipitacion! ¿Porqué no habré tomado tiempo para reflecsionarlo mejor? Los celos me han vuelto loco; Flora me ama aun, demasiado acaso... y partirá. ¡Quizás suceda algun accidente deplorable! ¡Ah, desdichado! ¿en qué voy á pensar? Apartemos esta idea horrible..... ¡Ah! yo no sé lo que quiero!... Hydora, libradme...

Juanillo ocultaba su rostro entre las manos, tendido sobre el verde cesped; el dragon rojo estaba en pié cerca de él.

—Caballero,—le dijo,—no es culpa mia, pues yo os habia advertido....

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Juan.

—Primeramente creí que no conseguiria nada, pues Flora no se decidia á partir; pero ella os ama aun, demasiado acaso. Partimos... y luego ha sucedido un accidente deplorable; pues no sabíais lo que queriais, y entonces Hydora os ha librado de una

querida que os incomodaba.

—¿Qué dices?—esclamó Juan asustado. —Acaba; clávame de un solo golpe el puñal en el corazon, y no me hagas sufrir inútilmente.

—En dos palabras, hé aquí lo que ha pasado. Durante los momentos críticos en que vuestro espíritu vacilaba, Flora y yo salíamos del subterráneo. La jóven tenia miedo y marchaba lentamente apoyándose en mi brazo; pero vuestras incertidumbres lo han echado á perder todo. ¿Habia que traer á Flora? ¿Habia que volverla á su casa? Habia que desembarazaros de ella?... Era un caos incomprensible. Un hundimiento repentino ha puesto fin á esas perplejidades; los puntales del subterráneo se han derribado.... y vuestra querida ha muerto sofocada por veinte pies de tierra sobre el cuerpo, y jamás los hombres encontrarán su cadáver. Estais servido segun vuestros deseos; el rey Felipe V que es el mas fiel de los maridos detesta á los seductores y los tratos criminales... Dormid en paz.

—¡Traidor, miserable, asesino!—respondió Juan,—yo apagaré mi rabia sobre ti.

Al decir esto sacó la espada y se arrojó contra el dragon, pero la espada no encon-

tró mas que el aire. El personaje infernal se habia lanzado de cabeza en el rio, y una fuerte carcajada se repitió de eco en eco como una esplosion. Juanillo no oyó ya mas que las voces de los centinelas que velaban por la seguridad del campamento.

Una hora antes de amanecer, la ronda militar encontró á un hombre acostado junto á los límites de los atricheramientos.

—Camarada, levantáos;—dijo el oficial de la ronda.—Idos á dormir á vuestro rancho.

—Es algun bribon que quiere pasarse,—dijo un soldado.

—¡Eh! ¿sois vos, señor de Cerdagne?—repuso el oficial.—¿Dormís en esta yerba húmeda cuando teneis una buena cama en el Estado Mayor del rey de España? ¿En qué diablos pensais?

—¡Es posible que aun vivo!—respondió Juan con un profundo suspiro.

—¡Calla!—dijo el oficial,—¿acaso la emocion de la batalla os ha trastornado un poco las ideas? Reponéos, señor caballero; todavía sois jóven y aun vereis otras mayores; vuestro comportamiento de ayer no me permite creer que teneis miedo á la muerte.

—¡La muerte!—respondió Juan,—la deseo y la llamo con ardor.

—A la mano la teneis; dos mil franceses la han hallado sobre esa cuesta y quizás otros tantos van á encontrarla dentro de una hora... Escuchad los redobles del tambor que toca ya la diana; la muerte os convida; juntos iremos á buscarla.

—Yo corro á ello,—dijo el caballero,—y la buscaré tan bien que no se me escapará.

—¡Qué mozo tan orijinal!—murmuró el oficial prosiguiendo su ronda.

Poco antes de salir el sol se oia un fuego de mosquetería hácia el ala derecha del ejército francés. El príncipe Engenio tentaba un último esfuerzo para recobrar la cuesta de Luzara, y la infantería imperial subia intrépidamente á través de una lluvia de balas, luchando contra una posicion desventajosa. La brigada española, mandada por M. de Luville, dió un rodeo para atacar á esta infantería por el flaco, y Juan partió con ella como voluntario. Se empeñó un combate vivísimo, y los fuegos se cruzaban haciendo estragos horribles. Una aclamacion de los franceses anunció la retirada de los imperiales, se lanzó la caballería tras ellos, y confundido Juan con los dragones de M. de Luville bajó á galope hasta la llanura. Percibió muy presto á cin-

cuenta pasos de él los uniformes verdes del rejimiento de Baden, y hallándose los imperiales estrechados de cerca cargaron de frente armando sus mosquetes.

—Este es el momento de morir como hombre de honor,—pensó Juan.—Despues del asesinato espantoso de que soy culpable me seria insorportable la vida; y aunque vaya derecho á los infiernos no sobreviviré á Flora. Quiero hallar la muerte entre los imperiales, y penetraré tan adentro entre sus batallones que me matarán.

Al acabar de pronunciar estas palabras una nube de humo le privó la vista de los uniformes de Baden y sintió un golpe violento. Una bala le acababa de atravesar el cuerpo de parte á parte. Juan soltó las bridas y dejó caer su espada; perdió los estribos y cayó del caballo con el rostro pegado á la tierra bañado en un mar de sangre.

La noche del 15 de agosto se habian formado apresuradamente hospitales de sangre en la mayor parte de las casas de Luzara. Tres mil heridos recibian en ellos los primeros socorros; un cirujano francés se detuvo delante de un jóven que se hallaba tendido sobre la paja sin movimiento; sondeó la herida abierta en el pecho de este

jóven, y sacudiendo la cabeza con aire esoresivo, dijo:

—Este no tiene dos horas de vida; pasemos al otro.

El cirujano pasó al herido siguiente, y Juan fué clasificado entre los heridos incurables. Sin embargo, á media noche recobró el conocimiento, y abriendo los ojos notó cerca de sí una figura estraordinaria sentada junto á su cama, mirándole fijamente. El rostro noble y hermoso de este personaje, su vestido negro, cuyos pliegues caian hasta sus pies descalzos, y sobre todo la espresion altiva y un poco desdeñosa de su fisonomia, despertaron en la imajinacion de Juan el recuerdo de la confesion del comendador. Pero como nuestro pobre caballero sufria mucho de los dolores de su herida, y se hallaba devorado por una sed ardiente, pidió agua á este desconocido sin tratar de comprender á quien se dirijia.

—¿Luego no quieres morir?—le dijo el personaje misterioso.

—¿Qué sé yo?—respondió Juan.— Por Dios, dadme de beber.

—No te hagas escrúpulos,—repuso el desconocido;—deseas vivir, y eso es muy natural. Es muy dichoso para tí que la naturaleza haya dado á los hombres ese amor

instintivo de la vida, del cual no puede triunfar ni aun su desesperacion. Si hubieras deseado realmente la muerte, serias mio ya para siempre; pero se desea mas fácilmente el deshacerse de una querida que incomoda .. ¿no es verdad?

—¿Venís aquí para envenenar mi última hora?—respondió Juan.—¿Esta sangre y esta herida no atestiguan que mi remordimiento es igual al horror que me causa mi culpa?

—No pienso de ningun modo en acusarte. Tu última hora no ha llegado aun. Vivirás, y tendremos motivo para alegrarnos los dos; pero hay que cambiar de ideas y de manera de vida. Hasta hoy has obrado como un chiquillo; ya es tiempo de conducirte como un hombre. Escúchame; vas en fin á comprender el enigma de tu destino, tan intrincado para tí. Cuando me quitaste con tu decision romanesca el alma heróica del jeneroso Quiqueran, que yo estimaba en mucho, te confieso que sentí un verdadero despecho. El rescate no valia ni con mucho el prisionero que perdia, y he querido conocer por la esperiencia si serias capaz de hacerme bastantes servicios para indemnizarme de esta pérdida. Con este objeto me he aprovechado de tu juventud é

inocencia; nuestro tratado me obligaba á darte ayuda y socorro en los instantes peligrosos ó apasionados, pero lo hice de modo que tu injenuidad tomase mi asistencia por un favor voluntario y no por una obligacion. Lo que no podia rehusarte lo has tomado por una gracia, y al presente ya sé que eres un sujeto precioso. Hay una voluntad superior á mí ó á mis obras llamada por los ciegos fatalidad ó destino, y que viene de un oríjen impenetrable para mí mismo, cuyo secreto se ha reservado aquel que no puedo nombrar. Este poder parece que te proteje como al viejo Quiqueran, y la mirada penetrante de Hydora lo habia descubierto en tu rostro. Asi, pues, en lugar de divertirme en tenderte los lazos y reirme de tu ignorancia, te ofrezco una justa reciprocidad de buenos servicios. En adelante, usa largamente de tus privilegios; hazte obedecer, como te lo dijo Aymar. Sé mi segundo, y yo seré tu servidor; no es una alma vil la que me darás por tu rescate; me entregarás diez, si quieres tomarte el trabajo de hacerlo, y te concederé tales ventajas y privilegios que ningun mortal haya gozado una dicha semejante á la tuya.

—Me confundís,—respondió Juan;—¿lue-

go aquella varita de virtudes, aquel caballo veloz, las visiones en la botella y el viaje en el bergantin?...

—Eran servicios que no podia rehusarte, —respondió el demonio.

—¿Y los trabajadores del subterráneo, el postillon, el dragon español y el tendero que me dió el espejo mágico?...

—Podrás en adelante mandarlos como quieras.

—¿Y el encuentro fortuito que me ha dado un padre y un nombre?

—Eso es otra cosa,—respondió el demonio sonriéndose.—El señor de Cerdagne no es tu padre; no eres noble, tu nombre y tus títulos son usurpados. Las palabras de M. de Marchin te inspiraron ambicion; me pediste una familia á toda costa, tenia aquella á la mano y te la ofrecí.

—¡Cómo!... ¿esa señal dibujada en mi brazo?...

—La imprimí yo mismo en el instante que me pedias un nombre y una familia.

—¿Segun eso mi desmayo y mi gozo no valen nada?

—Para poder contentarte puse en escena una de esas novelas españolas en las que se ve siempre un niño robado por los jitanos que recobra luego á sus padres. Tú has to-

mado seriamente el *quid pro quo*, y tu ternura se ha mostrado á la manera de la moda del siglo; era lo que se llama un desenlace con abrazo paternal, lágrimas, besos y palabras cortadas.

—En una palabra,—respondió Juan,—os habeis burlado de los sentimientos mas respetables.

—Cada cual tiene su oficio; y yo no estoy encargado de hacer escenas de familia.

—Pero yo tenia una sincera amistad á Luisa de Cerdagne.

—Y bien; ¿quién te impide el amarla como una hermana?

—¿Cómo puedo hacerlo ahora que me quitais mis ilusiones?

—Es preciso que sepas la verdad,—respondió el demonio,—que despliegues otras cualidades, que seas, en fin, uno de mis mas fieles servidores. Para romper esa corteza sencilla que te cubre aun, cuento con la decepciones, con la esperiencia enérjica por la cual acabas de pasar, con esa herida, con esa sangre y con la muerte que mirabas tan cercana. Un gran sacudimiento te trasformaré; ya ves que te hablo francamente, aprovecha mis avisos.

—¿Y la catástrofe del subterráneo ha sido real?—preguntó Juan.

—Seguramente,—respondió el demonio —Flora ha muerto por tu culpa; ¿donde estaria la leccion sin eso?

—¡Oh!... ¡por qué no la habeis librado!—esclamó el pobre Juan con un sollozo.

—Era necesario que muriese de veras para instruccion tuya, para el desarrollo y la madurez de tu carácter.

—Os engañais,—respondió Juan,—si pensais darme el amor de la vida de esa manera.

—Basta que le tengais aun poquito.

—Pero ahora voy á caer en la condicion que hará de mí el hombre mas desgraciado del mundo.

—¡Tanto mejor para mí!

—¡Adios mis esperanzas, mis afecciones y mi derecho de llevar una espada!

—¡Mozo incorrejible!—dijo el demonio.—Sé caballero de Cerdagne cuanto te dé la gana: cuando tengas bastante, te haré marqués ó cualquiera otra cosa; duque, si quieres; príncipe, si te se antoja.

—¿Pero qué sirven esas promesas si mi herida es mortal?

—¡Otra salida de chiquillo! ¿Qué quieres decir? Voy, pues, á curarte sin necesitar instrumentos, hilas ni vendas.

—Quiero vivir: curadme inmediatamante.

El demonio examinó la herida, introduciendo su dedo en la llaga.

—La bala,—dijo,—ha pasado muy cerca del corazon; parece que has deseado la muerte con tanto ahinco como puede manifestar un hombre; esta cura es poco ó nada para mí; basta juntar las carnes, conprimir las venas, detener la hemorrajia por la presion, y poner tirante la piel con mis dedos: dejo, sin embargo, una abertura para que los cirujanos puedan lisonjearse aun de haberte curado. Bebe algunas gotas de este cordial que te preservará de la calentura; mañana harás un poco el enfermo; te pondrán en el pecho un vendaje, y tu vuelta á la vida pasará por un golpe maestro de la ciencia, con lo cual se cubrirá de gloria ese pobre cirujano de la brigada Marchin que es un ignorante. Podrás levantarte é ir á tus negocios, pero permanece entre esos heridos á fin de salvar las apariencias: ahora piensa en mis advertencias: reflexiona y comprende.

—He comprendido,—respondió Juan;—pretendeis que yo sea un ajente del infierno; pero ese es un papel para el que no me siento llamado.

—Lo estás mas de lo que crees.

—Hace un instante decíais que mi poder

no tenia límites, y que no dependia de vos el negarte vuestros servicios.

—Es la verdad.

—¿Así, pues, qué necesidad tengo yo de entenderme con vos acerca de vuestros intereses y de seguir vuestros consejos? En adelante sabré obligaros á obedecer: emplearé todos los recursos de que dispongo para entregaros una presa cualquiera, y una vez que haya pagado mi fianza, saldré de vuestras manos para no volver á entrar en ellas.

—¿Crees poder hacerlo? Pruébalo.

—¡Oh, no lo dudeis, lo probaré!

—Te imajinas que á veinte años, cuando has principiado á disfrutar un poder infinito, te resolverás á vivir como un simple mortal, sin otro privilegio que las fuerzas de tus cuatro miembros, el juego de tus pequeños órganos y la mezquina ecsistencia que te reservan la naturaleza y la casualidad?

—En efecto, me lo imagino.

—Piénsalo bien, porque es una declaracion de guerra entre nosotros.

—¿Qué me importa? os desafio.

—Muy bien, amigo mio: ahora no te admires si te espachurro como á un insecto.

—Antes que suceda eso,—repuso Juan

en tono altivo é imperioso,—es preciso empezar por obedecerme; te agradezco tus advertencias, que me han abierto los ojos: ya no soy aquel pobre necio que no sabia arreglar sus voluntades y cuyos deseos eran emboscadas en que iba cayendo á cada paso; tú te has tomado el trabajo de esclarecerme; lo que consideraba como favores inesperados, eran privilejios comprados á costa de mi alma: ¿tú te dignas advertirme de lo que en tu opinion debo hacer por mi bien en lo sucesivo? Me enternece tanta bondad, pero veré lo que me tiene cuenta emprender; y en lugar de seguir tus consejos tomaré por guias á mis sentimientos, mis gustos y mis instintos, y para probarte que comprendo mi situacion, voy á darte mis órdenes: me has propuesto hacerme príncipe, pues bien quiero, serlo.

—Lo sereis, monseñor,—respondió el demonio haciendo un irónico saludo.

—Quiero tambien que el rey de España me emplee en algun asunto de Estado.

—Su majestad católica conocerá lo que debe hacer con mucho valor y mérito; ¿eso es todo lo que deseais?

—Luego lo veremos.

—Vuesencia necesitará, para represen-

tar al gran monarca Felipe V, una cantidad tal de dinero que le permita gastar sin cuidado.

—No pensaba en ello; en efecto, necesito cien mil duros; trata de proporcionármelos.

—¡Tan poco, monseñor! Os daré un millon de duros. ¿Es eso todo lo que teneis que pedirme?

—Basta por hoy.

—¡Qué corta es la ambicion del hombre! Yo os hubiera aconsejado algo mejor.

—Mis deseos no van mas allá.

—Y serán satisfechos. Señor príncipe de Cerdagne, recibid mis humildes felicitaciones. Dentro de poco sereis el mas miserable, el mas digno de lástima de todos los humanos, y el galopo mas despreciado de toda la creacion.

—Tal vez será así; pero entretanto te mando que te quites de mi presencia: obedece, esclavo.

—Adios, Monseñor: al freir será el reir.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

# SEGUNDA PARTE.

## CAPITULO XIX.

Dos vecinos de la ciudad de Parma conversaban paseándose en la *Piazza Grande*.

—Amigo,—decia el uno,—hoy no se trata ya de lamentaciones sobre el mal estado del crédito y del comercio: debemos considerarnos muy dichosos si salvamos nuestra pelleja, porque las avanzadas del *Vendome* se distinguen ya desde la Puerta de San Miguel, y dentro de una hora se desencadenará el furor francés contra esta pobre ciudad. Ya le habia pronosticado á usted que la guerra de sucesion llegaria hasta aqui: ¿por qué demonios se ha encargado usted de esas telas de Holanda? Esa mercaderia herética le ha traido á us-

ted la desgracia.

—Y, usted,—respondió el otro,—que está haciendo un comercio impio con cuadros de religion, ¿cree usted que eso traerá la felicidad á una ciudad católica? Desde el dia en que usted vendió el *San Juan* evanjelista de nuestro divino pintor Mazzuoli, el patrono de Parma nos ha retirado su proteccion; y por eso van á entrar aquí á sangre y fuego.

—Vendí mi *San Juan*,—repuso el primero,—á Monseñor el obispo de San Donin, por conducto del campanero Julio: ¿hay en ello profanacion?

—Julio,—respondió el segundo,—es un intrigante; es secretario, campanero, cocinero y jardinero; todos los oficios le parecen buenos, adula á su obispo y seria capaz de servirle hasta con nuestras mujeres si monseñor tuviese ese capricho. Los diez doblones de gratificacion que usted le ha dado ha sido dinero muy mal empleado; llámele usted y pídale noticias.

—¡Eh! eh! Julio!—gritó el primero,—venga usted un poquillo por aquí. ¿Usted que entiende de política; podrá decirnos si vamos á ser fusilados por los franceses, ó si saldremos del paso mediante una contribucion de guerra? ¿Se sabe lo que quiere

hacer de nosotros el *Vendome*?

Aquel á quien se dirigian estas preguntas era un hombre de treinta y cinco años, cuya móvil fisonomia y brillantes ojos anunciaban cien cosas á la vez, como si fuera su rostro el fiel espejo de su alma; pero su aire no concordaba con su fisonomía, y su franqueza aparente no era nada formal. Parecia responder siempre sin reflecsion, y á menudo cortaba la palabra al que le preguntaba, conociéndose despues en sus palabras que no necesitaba reflecsionar, gracias á su vivacidad de concepcion: los hombres de este jenio abundan en Italia. Julio dependia de la iglesia; su padre, jardinero florista de Plasencia, habia creido darle el baston de mariscal sin haber logrado mas que hacerle campanero de la catedral. El obispo de San Donin habia tomado á este mono en calidad de sirviente y lo habia llevado consigo ante el vencedor de Luzara.

—Señores comerciantes,—dijo Julio,—he visto esta mañana á Su Alteza francesa á quien llamais el Vendome, y que no está dispuesto á haceros mal ninguno.

—¡Por vida de Baco!—esclamó uno de los mercaderes,—¿con que se ha acercado usted á ese vampiro?

—Sí, señores; yo me hallaba en la comitiva de treinta personas que acompañaban á monseñor de San Donin. El vampiro estaba algo malo y ha recibido á nuestro obispo en una choza, en bata y con su gorro de dormir.

—¿Se burla usted, maese Julio?

—No por cierto. Nuestro obispo ha recitado su accion de gracia por la victoria de Luzara, y cuando pidió la gracia para la buena ciudad de Parma, el vampiro se echó á reir diciendo: «¿En qué estais ¿pensando esos son temores de una aldea. El rey de Francia me envia para combatir contra la casa de Austria, y no para echar abajo vuestras campanas. ¿Por ventura he saqueado á Milan, Pavía, Mántua y Guastalla? Señor obispo, volvéos á Parma á tranquilizar á las viejas y á los plateros diciéndoles que no se cometerá contra ellos violencia ninguna. Me detendré una hora para ver las pinturas del Corregio que me gustan mucho. Decid á Su Alteza el gran duque que S. M. el rey Felipe V irá á pedirle una cama para esta noche, así como el honor de jugar con él una partida de quinola.» El obispo, avergonzándose de haber manifestado sus temores, habló unos cinco minutos con ese gran jeneral, y se despidió echan-

do su bendicion á los señores oficiales.

—¡Qué valor!—dijo uno de los comerciantes.—Eso es tan hermoso como cuando el Papa Leon salió al encuentro de Atila. El obispo de Parma ha salvado á Parma...

—Sin estar amenazada,—añadió Julio.

—¿Y qué clase de jente rodeaba á ese formidable conquistador?

—Un mariscal de Francia, el brigadier jeneral de los ejércitos del rey Felipe V, un señor jovencito que se llama príncipe de Nola, tres ó cuatro coroneles franceses y otros tantos ayudantes.

—¿No se ha atrevido usted á hablarles?

—¿Porqué no? Me acerqué al jóven príncipe de Nola, que tenia una fisonomía dulce y melancólica, y le pregunté si habia corrido algunos peligros en la guerra, y él abriendo su vestido para mostrarme los vendajes, me respondió: «He recibido una bala austriaca que me ha atravesado el cuerpo, debiendo solamente la vida á la habilidad de un cirujano francés.» Y despues, al manifestarle yo la inquietud que le causaria esta noticia al príncipe su padre, añadió sonriéndose con aire singular: «Mi padre no es mas que un noble, y yo no soy príncipe sino de poco tiempo acá, por haber apresurado la derrota de los imperiales

matando por mi mano al feld-mariscal de Commercy, por haber salvado la vida de Felipe V descubriendo una conspiracion, y porque he tenido la suerte de caer en gracia á S. M. Estos son lance de fortuna ajenos de mi mérito; el año último no era mas que un simple oficial aventurero, y héteme hoy príncipe italiano y condecorado con cruces españolas. ¡Quién sabe lo que seré el año venidero.»

—Me estraño,—dijo uno de los mercaderes,—que maese Julio, con su ambicion, no haya tratado de entremeterse en la servidumbre de ese modesto jóven.

—Pues no lo estrañe usted,—respondió Julio,—porque ya he solicitado el honor de entrar en la casa del príncipe de Nola, aunque fuera para fregar los platos. Sí, preferiria la condicion de pinche de cocina de un señor español, ó de un mozo de caballos de un oficial francés, á la vicaría ó al curato de una parroquia italiana. Este pais es un callejon sin salida donde se estingue toda grandeza, donde los soldados cojean en el campo de batalla, y donde las ideas é intereses van de mal en peor. ¡Oh! quisiera tener un empleo de Francia ó de España, aunque fuese para cortar plumas ó cerrar cartas! Pero estoy perdiendo mi tiempo en

habladurias con ustedes; voy á la puerta de San Miguel para tratar de obtener otra mirada del príncipe de Nola cuando pase la comitiva de M. de Vendome.

Julio se aprestó su valona, sacudió el polvo que apagaba el brillo de sus zapatos, y se marchó á la puerta de la ciudad en que estuvo de centinela por espacio de cuatro horas. Cuando se presentó la comitiva, ajitó en el aire su sombrero y saludó al príncipe de Nola subido en un recanton. Por la noche, Julio, confundido entre la muchedumbre de curiosos agrupada ante la fachada del palacio ducal, miraba entrar á los oficiales jenerales del ejército francés que iban á hacer su córte al buen duque Francisco Farnesio y al rey Felipe V; por las ventanas iluminadas se veian pasar y repasar las sombras de los grandes señores.

—¡Nunca podré yo saber,—esclamó Julio con dolor,—lo que se hace en una córte! ¡Jamás podré yo ser príncipe de Nola como ese oficial aventurero!

Pero Julio sintió enfriarse su ambicion con la idea de recibir un balazo en el pecho.

—Modera tus deseos,—se dijo, —y quédate como estás. Mas vale ser abate vivo que príncipe con cicatrices.

Lo que pasaba en los salones del buen duque Francisco Farnesio era muy digno de escitar la envidia de un campanero. En las mesas de juego se veia á S. M. jugando al revesino con el gran duque y los señores de Vendome y de Marchin, y en otra se hallaba sentado al lado de altos personajes Juan de Cerdagne, príncipe de Nola, caballero del Toison de Oro.

El rey queria mucho á este jóven, y hablaba de darle un empleo en su guarda-ropa, pero, al saber que los antiguos cortesanos decian ya que iba á volver el tiempo de los favoritos, Felipe V dijo en alta voz:

—No tengan cuidado por eso: M. de Nola se alejará de mi persona, porque le daré un empleo de embajador en una corte estranjera.

A las diez S. M. pidió las luces para retirarse á su aposento, y al pasar junto á Juan de Cerdagne, le dijo con su benevolencia habitual:

—Señor de Nola, podeis seguir á esos señores; os doy la entrada.

El rey acompañó estas notables palabras con una sonrisa, y como S. M. no se sonreía cuatro veces por año, las jentes entendidas conocian el gran cúmulo de favores que le

peraban á aquel jóven. Unos se resintieron de ello, llenos de envidia y de despecho, y otros mas astutos finjieron un amor estraordinario y repentino por aquel jóven, reservándose para despues el despreciarlo si su fortuna llegaba á abandonarle. Juan pudo pues, saborear las delicias de la vida de la córte: ¡tenia la entrada! ¿pero tenia tambien la media entrada con los mas familiares? he aquí una cuestion bien delicada.

—Amigo mio,—le dijo el mariscal de Marchin,—no habiéndose esplicado el rey sobre este punto, debeis tomar el partido de haceros el sordo cuando el ujier haga salir á los que tienen la entrada: el rey se ha sonreido, esto es bastante.

La etiqueta no era nada en la corte de Francia comparada. á la de España A pesar de la firme voluntad del rey Luis XIV por establecer y perfeccionar esta institucion, la deplorable lijereza del carácter francés no permitió nunca que la relijion de la etiqueta echara profundas raices mas que en un corto número de jenios raros y sublimes, como el marqués de Rambouillet, el célebre Dangeau, Racine, el duque de Coislin, tan famoso por su urbanidad, y que M. de Oinville, que quiso batirse porque una vez le usurparon sus funciones. Los demas no eran

sino ambiciosos que buscaban en la etiqueta el medio de adelantar, sin practicarla sinceramente. ¡Cuántos desórdenes no se han observado en los viajes de la corte de Francia en tiempo de guerra! ¡cuántas veces no se ha visto al aposentador, al designar las alcobas, escribir sencillamente los nombres de la personas en las puertas sin ir precedidos del *para* á que tenian derecho los cardenales y los príncipes! En la corte de España nunca se cometieron estos fatales errores: no hubo nunca guerra ni viaje que pudiesen detener el curso de la etiqueta; tan bien provistos se hallaban los incidentes, tan penetrado estaba cada cual de sus deberes, y tanto, que hasta la ambicion se hallaba sometida al respeto! Juan tuvo la dicha de ver acostarse al rey Felipe V con esa precision y órden perfecto que entonces presidian á esas admirables ceremonias.

Apenas el rey pasó el umbral de su alcoba, cuando el sumiller que estaba de centinela hacia una hora recibió el sombrero y el baston que entregó inmediatamente al primer ayuda de cámara. El ujier de servicio dijo entonces: «plaza al rey » y marchó delante de S. M. hasta el sillon: el rey se quitó sus collares, sus cruces y su corbata y desabotonó tambien su gabardi-

na, de cuyas mangas tiró un chambelan, una tras de otra. Enseguida S. M. se sentó en el sillon; el primer ayuda de cámara le descalzó la pierna derecha y el segundo la izquierda, y dos pajes, cada uno con una pantufla en la mano, la pusieron en los pies del rey. Durante este tiempo se preparaban los vestidos para el otro dia cubriéndolos con el paño de seda, sobre el cual se hallaba la espada de S. M. Un oficial del guarda-ropa trajo la camisa de dormir entregándola al duque de Vendome, porque, como sucedia en la corte de Francia, el mas elevado personaje de los presentes era el que presentaba esta camisa: M. de Vendome se la dió al rey, y dos pajes ayudaron á S. M. á ponerse las mangas. Entonces Felipe V se levantó dirijiendo un saludo con la cabeza á la muchedumbre de cortesanos; los grandes de España se descubrieron, volviéndose á cubrir en seguida, los demás saludaron, y los ujieres abrieron la puerta: los que tenian entradas salieron; y los de medias entradas se quedaron.

Lo que dijo M. de Marchin á Juan prueba cuanta incertidumbre habia aun en la etiqueta francesa, y con cuanta facilidad los hombres temerarios podian introducirse fraudulentamente no estando bien clara-

mente definidos sus derechos. M. de Nola miraba con aire de duda cómo iba saliendo la muchedumbre, pero el maestro de ceremonias habia ya notado su presencia y se habia asegurado de cual era la voluntad del rey, por lo cual, viendo que el jóven hacia el ademan de salir, el maestro de ceremonias se acercó y le dijo que se podia quedar. Juan participaba de este honor en compañía de unas ocho personas. Aquella era la hora favorable para los amigos y allegados de S. M.; el rey se quitó su peluca y rompió el silencio, hablando de la guerra con M. de Vendome, y mientras sus dos barberos le cepillaban la cabeza, dirijió á cada cual de los presentes una palabra favorable; á uno le preguntó si tenia noticias de su mujer, al otro si habia perdido ó ganado al revesino, y al de mas allá si era buena aquel año su cosecha de granos, cosas todas que demostraban la memoria y los vastos conocimientos de aquel gran monarca. M. de Vendome presentó al rey la tohalla para lavarse el rostro: los barberos trajeron seis pelucas de di'erentes dimensiones, entre las cuales S. M. elijió los cabellos que queria ponerse al otro dia, y por último Felipe V dijo al ayuda de cámara la hora á que queria levantarse al otro dia.

Esta era la señal de despedida para todo el mundo. Juan no habia tenido el honor de que le dirijiera una de aquellas benévolas palabras que habian enorgullecido á los cortesanos, aunque no se aflijia por ello, creyendo que Felipe V no tenia nada que decirle; pero se engañaba en su primera idea, porque S. M. guardaba el mejor cumplimiento para él.

—Señor de Nola,—dijo el rey,—vemos con alegria que os hallais totalmente curado de vuestra herida. Nos obligan á desterraros; M. de Louville os manifestará las condiciones que dulcificarán esta desgracia.

El campanero se habia deslizado entre los lacayos, llegando hasta la puerta del palacio ducal espiando á su príncipe de Nola: de repente le vió bajar la escalera principal en compañía de un jeneral español; y un ujier llamó á la servidumbre de M. de Louville.

—Conque está dicho todo,—decia el jeneral,—sobrepujad en fausto y en magnificencia á los fastuosos armadores de Génova y á los magníficos señores de Venecia, y no os pareis por el dinero: arreglad vuestra casa desde mañana, tomad lacayos y secretarios, y echaos un tren de embajador.

En cuanto M. de Louville estuvo ya á

caballo, Julio se acercó á saludar al príncipe de Nola, y le dijo:

—¿Su Escelencia no podria emplearme?

—¿Para qué sirves?—respondió Juan.

—Para todo, señor; secretario fiel, ayuda de cámara discreto, cocinero si es menester, criado en las ciudades y jardinero en el campo, capellan si es necesario, todo lo seré.

—¿Escribes bien?

—En tres idiomas, sin contar el latin.

—Por el pronto serás mi secretario; pero tú te hallas al servicio del obispo de San Donin.

—Sí, pero no importa, le dejaré: ademas podeis hablar al obispo y vereis como no se opone á mi fortuna; miradlo allá arriba pidiendo su carroza.

—Monseñor,—dijo M. de Nola al prelado de Plasencia,—¿quién es ese Julio?

—Un pobre mozuelo,—respondió el obispo,—que no sé que hacer de él y que se volverá loco si no encuentra un empleo.

—¿Me lo cederíais gustoso?

—Gustosísimo: tiene algun talento y habla el español; creo que os conviene mejor que á mí.

Julio se apoderó de la mano del obispo y la cubrió de besos.

—Amigo mio,—le dijo el prelado en tono bondadoso,—eres de M. de Nola, recibe mi bendicion y condúcete con honradez.

—Mi gratitud al señor príncipe será igual á mi gratitud hácia vos,—respondió Julio.

El dichoso campanero, trasformado en secretario de embajada, se hizo provisionalmente ayuda de cámara;tomó un hachon y marchó orgullosamente delante de su nuevo amo hasta la casa en que los aposentadores habian guardado un cuarto para M. de Nola.

## CAPITULO XX.

Como tenia instrucciones para desplegar muchísimo lujo, el enviado estraordinario del rey de España viajaba haciendo cortas jornadas, en una rica carroza, con dos carruajes de comitiva, un carreton de bagajes y doce lacayos. Como este convoy se detuvo mas de una vez en las aldeas para comer Julio tuvo ocasion de mostrar sus talentos y conocimientos variados: el campanero era muy injenioso para descubrir víveres, y preparaba guisos italianos que gustaban mucho al embajador. Al llegar á Génova M. de Nola fué recibido por el dux Antonio

Grimaldi que acababa de ser nombrado hacia algunos dias, y le dieron un magnífico alojamiento en el palacio Lercaro, donde dió saraos á que concurrió la aristocracia de Génova. Sus carruajes metian mucho ruido en las calles y paseos públicos, y las jentes de su casa llevaban los bolsillos bien provistos de monedas de oro que gastaban con rumbo para obedecer á las órdenes de su amo.

Julio supo granjearse las buenas gracias de su embajador: como sabia pasar con desenvoltura de los asuntos públicos á los privados, sus servicios se fueron haciendo necesarios poco á poco; mas no tardó en notar que la confianza del embajador no se estendia nunca fuera de los secretos de estado y que el jóven príncipe guardaba para sí otros secretos importantes y no concernientes á los intereses de la España. M. de Nola tenia letra abierta en casa de los principales comerciantes de Génova, pero apenas hacia uso de ellas á fin de ahorrar el dinero del rey, aunque gastaba con profusion el suyo propio. ¿De dónde venian las cantidades que prodigaba? Daba mucho y recibia poco, y sin embargo no se agotaban sus tesoros. Por otra parte, si tenia bienes en Francia no le producian nada,

porque, por el contrario, habia enviado diez mil libras á su padre y hermana invitándoles á reunirse con él para arreglar su casa y disfrutar de una parte de sus honores como embajador. No cabia duda en que M. de Nola disimulaba alguna cosa: á veces permanecia encerrado durante horas enteras dominado de una gran melancolía, y consultaba frecuentemente el calendario quejándose de la rápida marcha del tiempo lo que era bastante estraño en un hombre tan jóven como él. Julio era un hombre á quien importunaba mucho un problema cualquiera, y no estaba tranquilo hasta haber hallado la solucion, pero sus investigaciones fueron inútiles, pues M. de Nola permaneció impenetrable.

Un dia el embajador recibió una carta de Francia que le anunciaba la próxima llegada de su padre y hermana, noticia que le causó una estrema alegría, é inmediatamente hizo preparar magníficos aposentos para recibir á su familia. Julio fué encargado de tomar informes sobre un noble genovés, Lorenzo Maccioli, bello mozo de una fortuna mediana y no de muchos alcances, pero dotado de un escelente corazon, y protejido por la poderosa familia de los Palavicini. El secretario íntimo sospechó que

se trataba de un marido para la señorita de Cerdagne, y lo adivinò completamente al ver la conducta de M. de Nola con respecto al conde Lorenzo Maccioli. Efectivamente, M. de Cerdagne llegó al cabo de poco tiempo con su hija, y entonces se conoció que Lorenzo amaba hacia mucho tiempo á la señorita; así, pues, el matrimonio anunciado públicamente se verificó al cabo de un mes en la iglesia de la Anunciacion, y con este motivo hubo festin, comedia y baile en casa del enviado estraordinario de España, á la cual asistió el dux Antonio Grimaldi, y el ministro de Francia sacó á bailar á la desposada cuyas gracias y gentileza francesa gustaron muchísimo á los genoveses. M. de Nola pareció haber hallado una tregua en sus fastidios en las fiestas del matrimonio y la presencia de su familia; sin embargo, el secretario íntimo reconoció en el rostro de su señor que la causa secreta de su pena ecsistia aun. Una particularidad despertó vivamente la atencion de Julio, y fué que el príncipe habia hecho donacion á su hermana de todos los bienes que provenian de la herencia de un cierto comendador de Beaujeu, de modo que se habia despojado totalmente de su aparente fortuna, y en su consecuencia no

debia seguir economizando el dinero del rey á menos que no tuviese un tesoro escondido, y aun en este caso, ó el tesoro era muy reducido, y pronto se le veria el fin, ó era grande y poco portatil, y por consiguiente difícil de disimular en un viaje á pesar de todas las precauciones imaginables.

Entre las monedas de oro que su señor le regalaba continuamente, el secretario notó un dia doblones de España muy nuevos y con el año de 1597 y la efijie de Felipe II. Inmediamente llevó esta moneda al cambio, en el cual habia mucha ganancia por la rareza de estas monedas y su conservacion. Julio, que rondaba incesantemente por los aposentos del embajador, halló una vez en el gabinete de M. de Nola, un cofre carcomido por el moho y de una forma antigua: este cofre que pesaba enormemente, contenia sin duda el escondido tesoro. Julio, al levantarlo, reconoció en efecto el metálico sonido de los doblones de oro, y un minucioso exámen le hizo descubrir en uno de sus lados la siguiente inscripcion medio borrada: «*Jacobo Blisset en Anlverp; Pablo Iria de Valencia, tercer envio val.* 1,000 *dobl.* 1597.» Este cofre habia sido enviado á Jacobo Blisset, negociante de Amberes por la casa de comercio de Pablo

lria de Valencia en el año de 1597, y este tercer envio de la dicha casa contenia 1,000 doblones, es decir, mas de 83,000 libras de Francia. La guerra de Flandes durante el reinado de Felipe II y la dificultad de los trasportes por tierra hacian suponer naturalmente que esta suma habia sido enviada por mar, y que los doblones encerrados en la actualidad en aquel cofre eran sin duda los enviados á Jacobo Blisset, puesto que llevaban el año 1597; así, pues, no habian llegado á su destino por haber capturado el navío ó tal vez porque este habia tenido algun contratiempo en el camino: pero, por otra parte, ¿cómo habia permanecido allí aquel oro mas de un siglo sin haberlo tocado? ¿cómo se hallaba en poder de M. de Nola? Hé aquí lo que era dificil indagar.

Mientras procedia á esta especie de instruccion judiciaria, Julio fué sorprendido por su amo que entró súbitamente en el gabinete de despacho: el secretario, en vez de turbarse, puso un dedo sobre la inscripcion, y esclamó dirijiéndose á M. de Nola:

—Conoce V. E. el título de antigüedad grabado en este cofre?

—No habia notado esa inscripcion,—respondió el embajador.

—Es muy significativa, monseñor. La pri-

mera palabra está en latin y las demas en español menos el nombre de la ciudad de Amberes que está en flamenco: es una erudicion de negociante: así, no habiendo visto V. E. esta inscripcion, quiere decir que este cofre hace poco tiempo que está aquí.

—En efecto, hace poco,—respondió M. de Nola.

—¡Diablo!—dijo para sí,—no soy muy astuto si ese cofre ha entrado aquí sin que yo lo haya visto.

Escuchando detrás de la puerta, el secretario íntimo notó que el señor embajador sacaba los doblones de oro de su caja de hierro y los encerraba en otra parte. Dos horas despues del toque de oraciones oyó á su amo bajar la escalera del palacio, y despues le vió salir solo con el cofre vacio bajo el brazo. Inmediatamente el secretario se puso en observacion y vió al embajador deslizarse furtivamente á lo largo de las murallas, y despues dar un rodeo para no pasar por la calle de los Plateros y la plaza de los *Banchi* que estaban llenas de jente; por último, atravesando siempre callejuelas, llegó cerca del muelle, se apoyó con una mano en el parapeto y, dirijiéndose al mar ó á alguna persona invisible, esclamó en

alta voz;

—Cuando te pida oro no me lo envies con esos accesorios de prendería que no necesito para nada; pon curiosidad y cuidado en cumplir mis órdenes.

—A la verdad,—pensó Julio,—nuestro jóven amo tiene alguna manía, ó el orígen de su fortuna estriba en algun secreto terrible.

La mañana siguiente, cuando el embajador quiso darle cinco doblones de oro, el secretario finjió algunos escrúpulos para tomarlos.

—V. E.,—le dijo,—no sabe economizar su fortuna; esa prodigalidad le conducirá á un abismo.

—Si es eso lo que te detiene,—respondió M. de Nola,—ahí tienes diez doblones en vez de cinco.

—¿Así, pues, V. E. es riquísimo?

—Tanto como el mar,—respondió el embajador.

Otra particularidad habia llamado aun la atencion del secretario íntimo: M. de Nola salia solo todos los domingos á oir misa en iglesias diferentes, diciendo que lo hacia para ver los monumentos sin perder un tiempo precioso. El dia del matrimonio de la señorita de Cerdagne habia dicho que es-

taba malo, para quedarse en cama, volviendo á recobrar su salud en cuanto se acabó la ceremonia nupcial. Una mañana, al pasar por la Iglesia de los *Teatini*, Julio propuso á M. de Nola el entrar para ver las hermosas pinturas que habia en ella; el embajador entró y, viendo que se estaba diciendo misa, se volvió precipitadamente.

—¿Le gustaria á V. E.—le dijo el secretario,—el ver los frescos de los hermanos Carlone, cuyas obras no existen mas que en Génova?

—¿Qué me importan á mí los hermanos Carlone ni sus obras?—respondió M. de Nola.

—Lo digo porque son artistas de mucha fama; además las pinturas pronto están vistas, no hay que perder en ello mucho tiempo: ¿de qué proviene que V. E. ha salido tan precipitadamente de la iglesia?

El embajador fijó una mirada penetrante en la móvil fisonomia de Julio, y cojiéndole del brazo, le dijo:

—¿Quieres morir? ¿quieres ir á las Indias occidentales ó ser arrojado en esa mar á diez leguas de la costa? Si lo deseas no tienes mas que proseguir con tus preguntas, y tratar de adivinar mis pensamientos.

Ciertamente Julio no tenia ganas de mo-

rir ni de ir á las Indias, pero era tan grande su curiosidad que cometia mil indiscreciones. Un dia el embajador le llamó á su gabinete, y le dijo:

—Escúchame; á tí te gusta descubrir secretos, oye uno de muchísima importancia. El duque de Saboya, fiel á las tradiciones de su casa, engaña á la Francia y á la España, volviéndose hácia el Austria á pesar del matrimonio de Lucia de Saboya con Felipe V. Vas á partir inmediatamente á llevar esta noticia á M de Vendome á fin de que cambie sus planes de campaña; y habiéndose concluido mi embajada en lo concerniente á la república de Génova, me voy á Venecia donde irás á buscarme si el duque de Vendome tiene algo que decirme, y sino te quedarás en tu pais, porque no necesito mas de tus servicios.

—V. E. me despide,—respondió el secretario con viveza,—porque he sorprendido sus secretos y espiado sus pasos. Permita V. E. á un hombre que le habla por última vez el que le diga libremente lo que piensa.

—Lo permito.

—El secreto de estado que me confia V. E. no es nada comparado con los que he descubierto. El hombre que dispone de las

riquezas enterradas en el seno del mar puede á su capricho hacer inclinar la balanza política del lado que se le antoje: la destruccion de un ejército, y la ruina de un imperio no son nada para él. Yo, en vuestro lugar, me regocijaria con la defeccion del duque de Saboya, y veria en ella una ocasion para hacer ostensible mi poder, ¡qué empleo tan miserable haceis del vuestro! En vez de esas comisiones en Génova y Venecia, apoderaos de las riendas del Estado, haceos primer ministro de Francia ó de España; ¿qué os impide destruir la casa de Austria?

—Así has adivinado...

—Ya lo creo,—interrumpió Julio.—Disponeis de un poder sobrenatural, que debeis al infierno, y ya sabemos lo que esto cuesta; pero puesto que un pacto con él os ha dado ese poder pasagero, sacad de él un buen partido; necesitais un mensajero, lo seré: entre ambos admiraremos al vulgo y cambiaremos la faz del mundo; yo me divertiré infinito, y la gloria será para V. E.

A menudo he pensado en lo que acabas de decir,—respondió M. de Nola,—pero yo no soy el primer hombre que haya comprado ese poder sin límites: ¿por qué pues, no se ha visto cambiar instantáneamente

la faz del mundo, como tú te imaginas poder hacerlo? ¿por qué ha seguido siempre su curso el destino de los imperios? Es porque la Providencia no permiteá los desgraciados como yo el tocar á sus obras. Pasamos como cometas; se cree que vamos á destruirlo todo, y en último resultado no hacemos mas que pequeñeces, y aun con el permiso del Altísimo que se sonrie de nuestra vanidad. Disponemos de una fuerza incomparable; pero no la usamos sino en provecho de nuestros intereses y apetitos, que no son nada mas que bagatelas; siendo el jenio del hombre limitado, ¿de qué le sirve el poder?

—Tómeme V. E. por consejero, yo os inspiraré vastos pensamientos, proyectos jigantescos y deseos inmensos.

—Lo entiendo; no temiendo nada contra tí mismo poco te importará mi fin desesperado, ni el trascurso del tiempo, ni la pérdida de mi alma; tú harás la guerra á costa mia. De este modo, no dudo que podrás emprender grandes cosas, pero ¿y yo? ¿me impedirás el que sueñe en el horror de mi situacion, y el que cuente los dias con espanto? ¿Qué me importan tus vastos proyectos? Perezcan todos los imperios juntos con tal que salve mi alma. Esta

justa inquietud será el eterno obstáculo donde se quebrantará el poder de los que se me parecen, y por eso atravesarán este mundo como yo sin llevar á cabo nada que sea bello ni grande. Hablas de lo que harias si estuvieras en mi lugar, ¿sabes cómo se pasan las noches cuando se tiene delante de los ojos un abismo en que os precipita infaliblemente cada minuto que se pasa? ¿Sabes lo que se esperimenta cuando uno se despierta para escontrarse otra vez en la almohada el recuerdo fatal y la idea fija que os espera, cuando se tiembla de concebir una idea culpable, un deseo imprudente que la crueldad del infierno no deja nunca de satisfacer al instante? Hasta se desea un suplicio mayor para evitar ese tormento eterno. Es necesario amar el mal ser un demonio, para hallar en los tristes privilejios que se gozan una compensacion de tantos padecimientos. La inercia en que me hallo y las penas que me agobian, prueban que mi naturaleza no me habia destinado á este satánico oficio, y por eso no he tratado de seducir á nadie; acepto mi desgracia, me resigno, y no pienso absolutamente en dar la fianza que me salvaria.

—¿Y si os la ofreciesen?

—¿Querrias acaso heredar mi poder?

—Tal vez,—dijo Julio.

—Dios vé bien que nada he hecho para seducirte.

—No temais que os eche un dia la culpa de mi pérdida; yo la consumaré voluntariamente no acusando á nadie mas que á mí si me resuelvo á hacer esa calaverada que nos impida el entendernos. ¿Quereis rescatar vuestra alma? La rescatareis; pero antes de romper con el demonio aseguraos un porvenir tranquilo, atesorad riquezas; conservad la gracia de' rey de España, vuestro título de príncipe y vuestra embajada; por último, colocaos en un puesto tan elevado que seais inespugnable y desafiad despues la malicia del demonio.

—Esa es mi intencion,—respondió M. de Nola.

—Cuando hayamos cambiado de papeles yo os ayudaré, contad conmigo; ejecutaré vuestra comision cerca de M. Vendome, é iré á buscaros á Venecia, y en el ínterin rumiaré mis planes para lo sucesivo.

Pobre Julio,—dijo M. de Nola,—esos son castillos en el aire; tus facultades naturaes te conducirian al mismo punto que la roteccion del diablo.

—Sin embargo, no me perjudicará para mis planes,—respondió Julio,—quiero go-

bernar un gran reino y ser un Jimenez ó un Richelieu; y lo seré, no lo dudeis, y la Europa me conocerá dentro de poco. Mientras tanto curáos de vuestras penas é insomnios, y en cuanto á mí, que no me he desvelado nunca sino por mi ambicion, estoy bien seguro de dormir ahora.

## CAPITULO XXI.

El embajador francés en Venecia en aquella época era M. de Pomponne, quien entró con tanta pompa y ruido en la ciudad que se escribió la narracion de su entrada. (1) El enviado estraordinario del rey de España, no queriendo ser menos que el representante de Luis XIV, pidió á M. de Pomponne los pormenores de las magnificencias de su instalacion, y el embajador francés le envió una copia de la mencionada narracion, en la cual M. de Nola halló todo lo bastante para satisfacer plenamente su deseo de ostentar el lujo de la España, y por esto se conformó enteramente con lo hecho por M. de Pomponne.

(1) Aun ecsiste el manuscrito original en los archivos del consulado de Francia en Venecia.

Desde por la mañana una innumerable flota de góndolas, desembocando por los estrechos canales de Venecia hasta el ancho canal de *Gindecca*, manifestaba la curiosidad de la poblacion. Muchas barcas grandes empavesadas contenian orquestas que hacian resonar los aires con himnos guerreros. El enviado de España habia dejado sus carruajes en Fusina, á las orillas del mar: bien luego se vió llegar la flotilla en que venia con su comitiva: su góndola colgada de seda color de naranja ostentaba las armas de España sostenidas por dos estátuas de plata representando las Indias de Oriente y de Occidente, que se distinguian por sus diferentes atributos. Al lado de M. de Nola iban sentados su padre, su hermana y su hermano político el señor Lorenzo; cuatro gondoleros vestidos con librea conducian la barca con remos dorados, y otras diez góndolas adornadas con menos primor llevaban la comitiva del embajador. El convoy salió de la Gindecca para entrar en el canal grande, pasó por delante de la iglesia de la *Salute*, bajó el puerto de Rialto, y se detuvo al llegar al hermoso palacio de la *Casa de oro*, cuya fachada árabe recuerda la arquitectura de la Alhambra. El senado habia mandado disponer este palacio

para el enviado de España, y tres dias antes de que llegara, sus puertas estaban abiertas para el pueblo, y las mesas dispuestas para todos aquellos que querian sentarse á comer. Una fuente artificial vertia vino sin interrupcion para todo el que queria beber; y lo que mas llamaba la atencion era el retrato de cuerpo entero de Felipe V, á causa del ruido que metia la guerra de sucesion y las victorias recientes de M. de Vendome.

M. de Nola se dirigió al palacio ducal. Una diputacion de senadores le esperaba en la escalera de los Jigantes para conducirle el salon de Embajadores, donde el Dux Luis Moncenigo recibió sus cardenales, y despues se volvió á la *Casa de oro*, cuyas puertas se cerraron entonces para el público.

El enviado de España no dejó de ir á casa de M. de Pomponne á fin de ponerse de acuerdo con él para obligar al gobierno de Venecia, á que por lo menos se mantuviese neutral en la cuestion de la sucesion. Las advertencias y la ayuda del embajador de Francia le ahorraron muchas dificultades, con lo cual pudo prometerse desde luego el alcanzar un buen resultado, y no tener que sospechar ninguna segunda intencion en las

caricias y honores que los dignatarios venecianos le prodigaban.

Poco tiempo despues de su instalacion, M. de Nola hizo venir á su casa á un rico banquero, llamado el señor de Borromeo, que tenia casas de comercio en todas las capitales europeas. M. de Nola le entregó cinco millones de ducados reservándose el derecho de disponer de esta cantidad á su antojo, ya fuese en Venecia ó en Paris, Madrid ó Roma; y á fin de consolidar su fortuna adquiriendo algunos inmuebles compró un palacio en el *Sestiere* del castillo, otro en el canal grande y ademas el antiguo palacio Faliero, situado en el Santi-Apostoli que entonces se hallaba en buen estado. En las tiendas del Rialto, donde estaban los plateros mas ricos del mundo, no dejó un buen diamante, ni una alhaja de valor, en lo cual empleó una suma de dos millones; y por último, la plata, la vajilla, las armas raras, los cuadros de los grandes pintores y las telas de Oriente que se hallaban con profusion entonces en Venecia, le suministraron la ocasion de colocar una parte de su numerario. Así fué que sus palacios se volvieron museos: dió grandes saraos y fiestas, y de este modo se hizo una grande cantidad de amigos y depen-

dientes sujos.

Sin embargo, no era Julio la única persona que habia observado el humor sombrio del enviado de España: la condesa Maccioli habia hecho la misma observacion, y lo que el secretario íntimo habia adivinado por curiosidad ó por ambicion, ella lo principiaba á sospechar por ternura hácia su hermano.

Un dia M. de Nola se paseaba de bracero con la señora Maccioli en la ribera de los Esclavones. Tres barcas bastante grandes amarradas al puente de la *Paille* cargaban pasageros para Chioggia donde habia una fiesta: familias enteras y comparsas alegres se embarcaban con sus provisiones de boca, sus sombrillas y guitarras, para divertirse en las cuatro horas de tránsito con la comida y las canciones. Cada muchacha guapa llevaba á su lado un buen mozo; los barqueros disputaban con esa voz ronca, esa volubilidad de lengua y esas pintorescas espresiones que distinguen á los chioggiatas entre todos los demás marinos del mundo: esta algarabía de palabras distrajo algun tanto al señor embajador.

—¡Qué felices son todos esos!

—¿Envidias acaso su felicidad?--preguntó Luisa de Cerdagne.

—Esa dicha me tranquiliza y me consuela,—respondió M. de Nola.—Al ver esas buenas gentes me digo, que, si llego á perder un dia mi fortuna y el favor del rey de España, viviere como ellos y en su compañía. Así, lo peor que me puede suceder es reir con esas muchachas y esos mozos, comer de su pan, y mezclar mi voz á sus canciones.

—En caso de necesitar consuelos,—repuso la señora,—¿vendrás á buscarlos entre los marineros? ¿No hay mas allegado para ofrecértelos? Llama, pues, á uno de esos barqueros con fisonomía salvaje, y descúbrele los secretos que agobian tu alma desde que vives en medio de la fortuna.

—Yo no tengo otros secretos que los de Estado,—respondió M. de Nola.

Luisa de Cerdagne se calló por no decirle que su hermano mentia. Las barcas comenzaron á alejarse lentamente llevándose sus alegres pasajeros, y el señor enviado de España continuó su paseo.

En aquella época habia ya perdido mucho de su antiguo esplendor el comercio de Venecia con el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, aunque sin embargo era bastante rico todavía. Juan de Cerdagne contemplaba una larga cadena de buques

simétricamente alineados que se estendia desde la Piazzetta hasta el arsenal, ocupando el espacio de una milla: de repente se paró delante de uno de ellos y le miró por largo tiempo con suma atencion.

—Es mi bergantin,—esclamó frunciendo las cejas,—¿qué trae por aquí? es menester que yo lo sepa.

M. de Nola se acercó al bergantin: nadie se veia sobre cubierta; una sola fisonomía estraña se asomaba por una escotilla y lanzaba á los que pasaban fosfóricas miradas: pero el señor enviado de España descubrió al capitan á la orilla del muelle afilando una mala navaja en una piedra; era el viejo turco de Arles y de Port-Vendres, llevando en la cabeza un turbante aplastado y armado con su gruesa pistola de mecha.

—Vienes aquí por mí?—pregunto Juan.

—*Evet*,—respondió el viejo con su flema otomana.

—¿Así pues me he equivocado en mis cálculos?

—*Gnoc*,-respondió el capitan continuando su tarea.

—*Si! No!*—repuso Juan de Cerdague,—no querrás aparentar el ser un turco lejítimo: habla francés, viejo troyano: ¿en dónde terminaremos nuestras cuentas?

—¿No sabe V. E.—dijo el capitan,—que son buenas todas las lagunas, salinas ó embocaduras de los rios? Me prometo que nuestras cuentas no se acabaráo tan pronto; ¿acaso se deben interrumpir unas relaciones tan ventajosas recíprocamente? ¿os he servido mal? ¿No habeis realizado soberbios beneficios de nuestro reducido comercio? Cinco millones de ducados en los Bancos de Europa, tres palacios en Venecia, magníficos muebles, objetos artísticos de valor, alhajas y vajilla, sin contar vuestras jenerosidades públicas y las donaciones á vuestra familia: preguntad á esa hermosa señora si todo esto no despierta el apetito.

Juan habia olvidado que alguien le escuchaba: en cuanto volvió en sí, le dijo al capitan:

—Reflexionaré en tus proposiciones.

—Reflexionad,—respondió el turco,—dentro de seis semanas os esperaré en San Felice, cerca de Torcello.

—Ese viejo,—dijo Juan á su hermana,—es un hombre loco que conocí en Arles cuando era niño; y ahora me divierto á su costa siempre que le encuentro.

—No te pido ninguna esplicacion,—respondió Luisa de Cerdagne,—pero piensa al

menos que he oido tu singular conversacion con ese máscara estraño, y que esa conversacion es de una naturaleza que me inspira formales inquietudes.

En cuanto estuvieron de vuelta en su casa, la condesa se escapó de la Casa de Oro y se volvió sola al muelle de los Esclavones. El capitan del bergantin afilaba aun su mala navaja.

—Responde,—le dijo la condesa con viveza,—mi hermano corre algun gran peligro, ¿no es verdad?

—*No, madamina, non tema minga.*

—Habla francés, mal viejo.

—Como usted guste, hermosa señora.

—¿Ese tratado, ese comercio de que hablásteis, es acaso un pacto infernal que debe espirar dentro de seis semanas?

—Vuestra merced lo adivinó.

—¿Y esa fianza que mi hermano te debe es acaso un alma que ha prometido entregarte para rescatar la suya?

—Muy bien, muy bien, señora, eso se llama comprenderlo bien.

—Si llega á faltar esa fianza en el último momento, cuenta conmigo para reemplazarla.

—No faltará; pero sin embargo, ¿no podríamos aquí entre nosotros hacer un con-

trato juntos? Fortuna, honores, coronas y placeres de toda especie llueven sobre usted.

—Viejo imbécil, yo no quiero mas que salvar á mi hermano.

—Perdone usted, hermosa señora, yo me dirijia á su cabeza de usted siendo el corazon quien aquí la trae. Pero como tengo de todo en mi tienda, es probable que podria ofrecer alguna cosa á ese tierno corazon; agradar siempre, parecer siempre hermosa al que se ama ¿no es una tentacion?

—Te digo que no se trata de mí.

El musulman soltó una carcajada.

—Nunca he visto un mozo tan afortunado: dos personas se presentan á la vez sin que él las busque, y sin duda encontraria otras diez si lo quisiera. Desde que ando con los humanos no me ha sucedido cosa igual: es para volverse loco. Si usted tiene algun imperio en el espíritu de su hermano, hágale usted notar la locura de su conducta: con otro plazo mas se llevará mas alto todavía, y gozará de su poder sabiendo lo que vale, mientras que si se limita á pagarme la fianza llevará la vida mas triste del mundo: si se cae la llave de la bóveda sobre que reposa el edificio, es posible que se derrumbe su fortuna.

—No dudo que ejercerás tu rabia contra él.

—Hermosa señora, solo por hacerle á usted favor quisiera darle todo el bien imaginable, y á pesar de no haberme hablado nunca cortesmente, como no tengo ni vanidad ni rencor, le perdonaria gustoso, pero yo tengo que dar cuentas, y en mi comercio no se puede ser criado de quien no paga.

—El cielo protejerá al hijo pródigo que vuelve al seno de su familia.

—Así sea, hermosa señora: y me regocijo de ello de antemano, porque profeso el mas profundo respeto por eso que acabais de nombrar; pero lo que vuestro hermano se debe á sí mismo no es muy considerable y pensándolo bien, vemos que se reduce á su esqueleto y al aliento que le anima.

—Aun le queda la amistad de un rey.

—Los reyes cambian á menudo;su amistad pasa como la de las mujeres hermosas.

—Te desafio á robarle á mi hermano mi cariño y ternura.

—¿Quién sabe? Las mujeres cambian como los reyes. Pero suceda lo que quiera, tranquilícese usted. Nuestro querido príncipe de Nola no arriesga la perdicion de su alma, porque se halla en estado de darme

su fianza.

—¿Y qué fianza es esa?

—Una alma mas ambiciosa que la suya, la de un jardinero de Plasencia que se imagina el ser otro Jimenez.

—¡El secretario íntimo!

—El mismo: ha sido una preciosa adquisicion para mí; un mozuelo revoltoso, ocupado siempre con proyectos imposibles, y del cual van á decir bien luego que, para tranquilidad de la Europa, debia haber continuado siempre con el azadon. Ese no temerá el desear cosas ni el lanzarse en empresas atrevidas; dará que hacer á los reyes y á las naciones. No, no tendré que quejarme de mi contrato, y justamente porque vuestro hermano tiene buena mano, le concederé gustoso un nuevo plano.

—¡Quiera Dios que resista á tus seducciones: ya sé lo que queria, ¡adios!

## XXII.

Julio, fiel á su palabra, volvió á Venecia como lo prometió y entró una mañana en casa de M. de Nola; iba vestido con sotana.

—¿Qué significa ese disfraz?—le dijo el

embajador. ¿Has cambiado de resolucion?

—Al contrario, estoy mas decidido que nunca,—respondió.

—¿Entonces á qué viene esa burla impía?

—No es una burla, me fuí abate y vuelvo sacerdote; este paso era necesario para mis proyectos. Note usted que no hubiera podido ordenarme despues del compromiso que voy á contraer, yo debo pertenecer á la Iglesia porque el sombrero del cardenal es forzoso para un primer ministro de Francia ó de España. Luego no se tratará mas que de aplazar para mas tarde las ceremonias pretestando negocios de Estado que no dejan tiempo para nada; y por último, imitaré su ejemplo de usted dándole al diablo una fianza, y conservaré en mi ancianidad mis honores.

—¡Gran Dios!—esclamó M. de Nöla,—¿cuándo dejaré de tener parte en esos sacrilejios?

—Dentro de seis semanas, señor,—respondió Julio.—El sacrificio pesará sobre mi conciencia y no sobre la vuestra; ¿qué vale un pecado mas ó menos en la condicion en que voy á entrar? Haré penitencia por el todo, si tengo tiempo.

El señor enviado de España y su secre-

tario íntimo se encerraron juntos muchas veces durante seis semanas, al cabo de las cuales se levantaron una mañana al despuntar el dia y pidieron dos góndolas de alquiler. M. de Nola deseaba viajar solo á la vuelta de la espedicion. El embajador bajó con precaucion, seguido de Julio para embarcarse; mas al pasar por el vestíbulo del palacio se encontró con Luisa de Cerdagne que le esperaba.

—Hermano mio,—dijo la condesa,—sé lo que vas á hacer. Si un acontecimiento imprevisto engañase tus esperanzas, vuelve á buscarme, porque te tengo aquí dispuesta otra fianza.

—No permita Dios que tú te pierdas por mi causa,—respondió M. de Nola.

—Ten cuidado con las emboscadas,—repuso la condesa,—y no aceptes proposiciones nuevas.

—No temas nada,—respondió Juan,—el écsito de mi empresa es seguro: dentro de algunas horas recibirás en tus brazos á un hermano digno de tu ternura y estimacion.

M. de Nola saltó en una de las góndolas de alquiler, y Julio se sentó á su lado.

—¿A dónde vamos, señor?—preguntó el barquero.

—A la isla de San Felice.

—¡San Felice!—repuso el barquero;—no conozco esa isla.

—Está cerca de Torcello.

—¡Ah! ya sé,—en el fondo de la laguna; hay bastante que andar, pero vogaremos como perros, ¡ea, ea!

Ambas góndolas partieron; al pasar junto al puente de Rialto, M. de Nola miró hácia atrás, y vió á Luisa de Cerdagne que ajitaba su pañuelo desde un balcon en señal de despedida. Los barqueros se dirijieron en seguida por un rio, y entraron en el centro de la ciudad.

La aurora principiaba á derramar una luz encendida, cuando las góndolas salieron de Venecia para vogar en lo llano de las lagunas; como la marea les era favorable, llegaron con prontitud á Murano, célebre por su cristalería, dejaron á su derecha la verdosa isla de san Francisco del Desierto, y pasaron por delante de Burano donde no habitan mas que pescadores; entonces nuestros viajeros vieron un campanario que parecia construido dentro del agua.

—Señor,—esclamó el barquero,—allá abajo está la iglesia de Torcello; ¿no querria ver V. E. el sillon de piedra en que se sentó Atila?

—¡Pronto, á San Felice!—respondió Juan de Cerdagne.

—Vamos, vamos,—dijo el gondolero,—San Felice debe de ser aquel monton de lodo que se descubre desde aquí: vuestras señorías no hallarán allí ni un árbol, ni una casa; así si pierden allí las botas no me culpen á mí; en esas tierras malditas no habitan mas que las ratas de agua.

A las ocho de la mañana llegaron por fin nuestros viajeros á una isla desierta donde no se veian los menores vestigios de vejetacion, ni de la mano del hombre. El flujo de la marea habia abierto en la ribera una multitud de cavernas, y el agua, filtrándose en tierras blandas é inundadas á menudo, formaba pequeños lagos espesos y salitrosos. M. de Nola y Julio saltaron en un cerro que penetraba hasta el interior de la isla, y despues de una hora de marcha llegaron á la orilla de un ancho pantano. En el horizonte no se descubrian mas que las azules montañas del Friul y algunas nevadas cúspides del Tirol italiano. El profundo silencio que reinaba en aquellos terrenos perdidos, incesantemente batidos por las olas del mar, parecia justificar el epíteto de malditos con que los designaban los

barqueros. (1)

M. de Nola que, no viendo donde podria esperarle el capitan del bergantin, principiaba á entrar en inquietudes, bajó hasta lo último del cerro y llamó repetidas veces á Potamogeiton.

En aquel momento la marea alta, que minaba hacia algun tiempo un dique natural, destruyó lentamente ese obstáculo; muchos hundimientos sucesivos produjeron un espantoso ruido; un témpano de arena entró en el pantano y cambió súbitamente la superficie del terreno; el agua salida de su nivel se lanzó en los aires en montañas inmensas; de repente los mujidos de la tierra cesaron, el cataclismo quedó en suspenso, el agua levantada no volvió á caer, y en la cúspide mas elevada del líquido elemento apareció el cuerpo de una mujer, al mismo tiempo que salia de entre la arena un viejecito: Juan reconoció á sus dos apariciones de la Camargue.

—Amigo mio,—dijo la ninfa,—se concluyó tu plazo; acepto tu sucesor, Potamogeiton, interroga á tu nuevo protegido.

(1) Unos injenieros franceses han construido hace cuatro años una magnífica salina en el desierto de San Felice.

—Julio,—dijo el viejo turco,—¿estás bien resuelto á ser el sustituto de Juan el Trovador, actualmente señor de Cerdagne y príncipe de Nola?

—Lo estoy,—respondió Julio.

—¿Quieres correr todos los riesgos y peligros, y gozar de todos los privilegios del mencionado Juan el Trovador?

—Sí.

—Tendrás cinco años de poder.

—Necesito veinte,—repuso Julio.

—Pongamos diez.

—No, veinte, ó si no nada.

—Te concedemos quince; no pidas mas, ó nos negaremos nosotros.

—Vaya por quince.

—Dentro de quince años ó nos darás una fianza, como lo hace hoy el mencionado Juan, ó serás nuestro para siempre.

—Está muy bien.

—Firma este convenio con tu sangre.

Potamogeiton eligió en el brazo de Julio una vena que pinchó con la punta de su navaja; despues sacó un pergamino que llevaba en la manga, donde Julio firmó.

—Ahora, señor Juan,—repuso el viejo turco,—¿quiere usted hacer otro convenio mas favorable que el primero?

—No,—respondió Juan,—lo que quiero

es entrar en posesion de mi alma.

—Le daremos á usted quince ó veinte años si usted desea.

—No, no; retírate, Satanás, me causas horror: te devuelvo eso: detestables privilegios que han emponzoñado mi existencia, y vuélveme mi alma.

—Te la vuelvo: sean satisfechos tus deseos.

Potamogeiton hizo un saludo irónico y añadió en tono de burla:

—Señor Juan de Cerdagne, príncipe de Nola, embajador estraordinario de S. M. Felipe V, recibid de vuestro humilde servidor las felicitaciones y respetos que merecen vuestras virtudes cristianas.

Y dicho esto se precipitó en las movedizas arenas, y desapareció. Entonces la hermosa Hydora se puso á salmodiar con voz lastimera las siguientes palabras:

—¿Quién lo hubiera creido? ¡Ingrato niño de coro, á quien he colmado de beneficios!—¡Le consideraba como á un hijo querido!—¿No le he dado cuanto ha deseado? —Cuando ya no haya tiempo sentirá el haber perdido mi proteccion.—Tema las venganzas de los espíritus!—¡Ay! ya no podré defenderle, ¡pobre Juan!—Y la malicia de Potamogeiton es muy grande.—Si quieres

conocer la adversidad, la conocerás.—¡Adios, Juan el Trovador!—¡Desgraciado de tí!—Julio, aprovéchate de tus ventajas; Julio, sé mas prudente que el pobre Juan.

Al hablar así, la aparicion iba enterrándose lentamente dentro del agua; cuando desapareció del todo, el cataclismo suspendido siguió su curso; la arena concluyó su irrupcion; el agua levantada se desplomó con estrépito, y despues que hubo encontrado su nivel, se restableció poco á poco el silencio en el pantano de S. Felipe.

Los barqueros que habian oido á lo lejos el ruido de los hundimientos, creian que ambos señores se hallaban ya enterrados en la arena, y en lugar de correr á socorrerlos, ofrecian cirios á la madona de los gondoleros; así fué que cuando los vieron sanos y salvos lanzaron gritos de alegría, y olvidaron bien luego los peligros asi como los cirios prometidos. M. de Nola y Julio se instalaron separadamente cada cual en una barca para volver á Venecia.

—Esta ha sido,—pensaba Juan de Cerdagne,—la mejor cosa que he hecho en mi vida. Con cinco millones de ducados, tres palacios, bienes inmensos y la amistad de Felipe V, ¿qué necesidad tengo de la proteccion de Hydora? Vos, Dios mio, me de-

fendereis contra la malicia del demonio; mi alma pura de todo compromiso con el infierno se refugiará en el seno del Señor. Ya puedo entrar en una iglesia á confesar mis pecados y recibir los santos sacramentos: el cristiano rehabilitado rescatará sus faltas empleando honrada y caritativamente sus riquezas. Mi fortuna se halla muy bien consolidada, muy astuto debe ser el diablo si no me deja de ella algunos restos, y además Julio á menos que no sea un ingrato no me negará algunos servicios cuando esté en el poder. Potamogeiton, yo creo que tú eres el que sales perdiendo en este asunto; me rio de tu cólera y de tus amenazas; recobra mi alma, conservando sin embargo los beneficios de mi pacto.

M. de Nola fué interrumpido en sus sueños por las imprecaciones del barquero; entonces asomó la cabeza y vió la otra góndola que marchaba con una rapidéz fantástica.

—*¡Maladetto!*—murmuraba el barquero. —Para ir á ese paso con la marea contraria es preciso que Beppo haya cometido algun sortilegio. Siempre he tenido sospechas de que lleva al cuello cabellos de un ahorcado; ahora comprendo porqué gana el premio los dias de regata.

—Ya le cojeremos,—dijo el segundo barquero de la compañía de gondoleros del Castello,—y le prohibiremos el llevar gorro y cinturon encarnados; que vaya á hacer sus maleficios con los *negros*. Apuesto á que ha pescado cadáveres *de ocultis* en el canal Orfano, donde los tres escelentísimos señores mandan ahogar á los criminales: le denunciaremos al tribunal de los... Sabios de la noche.

—¡Cuerpo de Cristo!—repuso el barquero;—llegará á Venecia dos horas antes que nosotros, y justamente se van amontonando las nubes, lo cual no presajia nada bueno.

Efectivamente principiaba á soplar un viento de Levante, y anchas gotas de lluvia anunciaban la tempestad.

—Ea, muchachos,—gritó M. de Nola,—vogad con ahinco; mas vale la proteccion de la madona que los cabellos de un ahorcado.

Las lijeras góndolas, construidas únicamente para circular en el interior de Venecia, corren frecuentemente grandes peligros si se aventuran en lo llano de las lagunas con un mal tiempo. Los barqueros, viendo que iba á estallar muy pronto la tempestad, dejaron los remos y amarraron la góndola á una estaca; casi en el mismo instan-

te un relámpago abrió las nubes y principiaron á retumbar los truenos: la lluvia y el granizo se desplomaban con furor en el interior de la barca.

—Espíritu de las tinieblas,—decia M. de Nola sonriendo,—desencadénate contra mí; te desafio y prefiero tus furores á tu proteccion; soy libre é independiente. Conjura todos los elementos en mi daño, que, aun cuando debiere perecer en esas olas, mi alma se levantaria sobre tí; tu cólera no podrá nunca quebrantar mi constancia.

Al cabo de una hora, la góndola volvió á ponerse en marcha. La tempestad se habia estendido hasta el mar; en la laguna se levantaban aun sus olas embravecidas, y los barqueros bajaron en Murano.

La campana llamaba á la iglesia á los habitantes de la isla; un rayo de sol habia casi secado ya las losas de la plaza. Las mujeres con sus velos blancos y su libro de oraciones bajo el brazo iban saliendo de sus casas. Juan de Cerdagne acudió gozoso á oir misa; acercóse al altar y se puso de rodillas en la piedra donde permaneció tan largo tiempo prosternado que los asistentes admiraron á aquel jóven señor haciendo sus oraciones con tanto fervor. A una señal del que oficiaba el bedel fué á buscar

la jóven mas bonita de todas las que estaban allí para recojer las limosnas: los habitantes de la isla, adivinando la intencion del cura, dieron tres ó cuatro sueldos venecianos entre doscientos que eran, pero M. de Nola vació sus bolsillos en manos de la jóven, la cual, al recibir una lluvia de doblones, mudó de color. El que oficiaba, deslumbrado con esta magnífica ofrenda, balbuceó las últimas palabras de la misa, y el barquero, tirando al embajador de la punta de su fraque, le dijo en voz baja:

—Guarde al menos S. E. uno de esos doblones de oro para nosotros, pobres remeros.

—No quiero guardar ni un ducado; pero nada temas, que serás bien pagado al llegar á Venecia.

Los habitantes de Murano, rodearon al jeneroso señor de los doblones, para verle marchar. Juan bajaba la escalerilla de la ribera, cuando vió llegar la góndola que habia conducido á Julio, el barquero saltó en tierra y entregó á M. de Nola una carta donde Juan leyó lo que sigue:

«Monseñor, me veo precisado á marchar sin pérdida de tiempo al campo del duque de Vendome. Un espreso de S. A. me esperaba en el palacio de la embajada, y

salgo con él para el cuartel jeneral, M. de Vendome me anuncia su intencion de enviarme á Madrid con una comision secreta para la señora de los Ursinos. Asi, pues, voy á fijarme en la corte de España, donde V. E. tendrá bien luego un poderoso amigo. Este cambio de fortuna puede presumirse bien de donde viene; dentro de poco se oirá hablar de vuestro fiel y afectísimo

«JULIO ALVERONI.»

«P. D. El espreso ha entregado algunas cartas á M. de Pomponne, donde dicen que se trata de V. E.»

## XXIII.

Acababa de dar el tocco, ó la una de la tarde, cuando M. de Nola al entrar en Venecia por el canal de Murano distinguió en lo alto de un puentecillo á su criado napolitano que le hacia ademanes telegráficos. Juan dió órden á los barqueros para que se parasen bajo el puente y le preguntó lo que queria.

—No vayais á casa,—dijo el napolitano, —porque no estaríais seguro. El señor de Cerdagne, el conde Lorenzo y la condesita

han salido de ella hace un rato, habiéndome tomado á su servicio. La *Casa de oro* está cerrada por órden del gobierno: Dios ausilie á Vuestra Señoria; y le suplico aparente no conocerme si me encuentra, y no decir que le he dado este aviso.

—Ese hombre está loco,—dijo M. de Nola.—Sigamos nuestro camino; me falta tiempo para abrazar á mi padre y hermana.

La góndola se paró otra vez en el canal grande enfrente de la Casa de oro. El barquero miró á la casa y esclamó poniéndose de rodillas:

—¡Señor, señor, los *fanti*... los *fanti* en el vestíbulo del palacio!

M. de Nola miró y vió en efecto bajo el pórtico dos centinelas con alabardas vestidos con un uniforme desconocido.

—No hay que entrar en casa,—repuso el barquero,—si habeis cometido un crímen desembarcad en el Sestiere del Canareggio, y fugaos por las callejuelas, mezclándoos con la muchedumbre.

—No he cometido ningun crímen,—respondió Juan.—Vamos á casa del embajador de Francia.

M. de Pomponne se hallaba en su gabinete.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó M. de Nola.— Al volver de un paseo por las lagunas hallo ocupada mi casa por los fanti de la inquisicion de Estado, y me dicen que mi padre y hermana no viven ya allí: ¿podríais esplicarme este misterio?

M. de Pomponne tomó de su mesa los despachos que habia recibido del duque de Vendome, y dijo á Juan:

—Tomad, leed, y conoceréis ese misterio.

«Señor embajador,—escribia M. de Vendome,—ahí se halla un aventurero llamado Juan que ha usurpado el nombre Cerdagne, ha sabido engañar al mariscal de Marchin y caer en gracia á S. M. Felipe V. Ultimamente le hicieron príncipe de Nola. Sin embargo, un parte enviado de Francia á Madrid acaba de hacer saber al rey que se ha hallado ya al verdadero hijo de Cerdagne que robaron los jitanos, y de este modo no ha quedado duda ninguna de la impostura del supuesto Cerdagne; además yo he recibido cartas del marqués de Villena, de la señora de los Ursinos, y del mismo rey en que se quejan amargamente de esta insigne mentira. S. M. Felipe V, cuya demencia raya algunas veces en manía, cree que este aventurero se hallará bastante castiga-

do con volver á entrar en la nada de donde ha salido únicamente os suplica declareis al Dux la anulacion de las credenciales del susodicho Juan encargándoos por algunos dias de los negocios de España cerca de su Santidad mientras llega otro enviado estraordinario, en camino ya para Venecia. Acaso vos participaréis de mi opinion relativamente á que jentes de esa especie deben ser castigados de otro modo, en cuyo caso como el personaje en cuestion es súbdito del rey de Francia, podeis obrar en este punto como gusteis. En cuanto á mí, el destierro ó la prision me parecen lo mas sencillo, y á mi juicio podríais añadir la confiscacion de los bienes considerables que ha sabido atesorar ese impostor por medio de una industria escandalosa. Creo necesaria la prision aunque no fuese mas que para quitarle la espada noble que no debe llevar mas.

—Como estais viendo,—añadió M. de Pomponne,—los despachos no pueden ser mas esplícitos. En conformidad á los deseos del rey de España he ido en casa del Dux para poner fin á vuestra comision. Sin embargo, á pesar de la opinion de M. Vendome, respetaré las intenciones de S. M. Felipe V, dejándoos el beneficio de su clemencia y

los bienes que habeis atesorado.

—Es cierto,—respondió Juan,—que no soy hijo de M. de Cerdagne, pero de buena fé he creido serlo durante algun tiempo, y al descubrir mi error no he tenido el valor suficiente para repudiar una familia que me amaba. Este es todo mi crímen: en la desgracia que me abruma encontraré dulzuras que no puedo esplicaros, y la soportaré con la resignacion de un cristiano.

—Son inútiles de todo punto esos discursos hipócritas,—repuso M. de Pomponne con indignacion,—y no sirven mas que para agravar vuestra falta insultando á la clemencia de Felipe V y á la majestad del rey de Francia, cuya persona represento aquí. Os ordeno el entregar vuestra espada y os retiro los títulos y calidad de noble.

Juan depositó su espada sobre la mesa del ministro.

—Volved á tomar,—dijo,—esa señal de una categoría á que no pertenezco ya: razon tuviste, Hydora; he querido conocer la adversidad y ya la he hallado; solo Dios conocerá mi constancia.

—¿Si se volverá loco?—pensó el embajador de Francia.

—Todo lo que pido,—añadió Juan,—es que me dejen al menos mi libertad.

—No hay apariencias de que os priven de ella; sin embargo, id á que os ahorquen ú os encierren en otra parte.

El señor Borromeo se hallaba en su despacho en San Salvator, cuando llegó Juan á pedirle mil ducados á cuenta de las cantidades entregadas; el anciano banquero tomó sobre su mesa una circular impresa con el sello de la Inquisicion de Estado, en la cual leyó Juan lo que sigue:

«Por órden de los escelentísimos *capi* del altísimo consejo de los Diez se encarga á todos los negociantes, mercaderes ó banqueros, establecidos en el dominio de nuestra serenísima señoría, que tengan en su poder valores en dinero, alhajas ó mercaderías pertenecientes al llamado Juan, llamado Cerdagne y príncipe de Nola que guarden los susodichos valores hasta el levantamiento del presente embargo bajo pena de comparecer ante los escelentísimos *capi*, y ser condenados como rebeldes á las voluntades de la altísima Inquisicion del Estado.»

—Podeis daros por contento,—dijo el señor Borromeo,—de que el presente aviso no mande á todos los ciudadanos de la se-

renísima señoría el arrestaros, porque en ese caso me veria obligado á entregaros á la justicia; pero, segun parece, quieren dejaros en libertad; obtened el desembargo, y os devolveré fielmente vuestro dinero.

No habia que andarse en chanzas con los escelentísimos *capi*, por lo cual Juan no insistió, saliendo del despacho algo asustado con aquel desmoronamiento de su fortuna. Cuando quiso despedir á sus barqueros se encontró con que sus liberalidades en la iglesia de Murano no le habian dejado un solo ducado; entonces tomó la cadena de oro que pendia de su cuello y se la ofreció á los gondoleros en compensacion del doblon que les prometiera; el sobrestante miró la cadena de cerca, meneó la cabeza con aire significativo, y esclamó:

—Hemos remado con todas nuestras fuerzas; así voy á consultar á otro que sepa mas que yo para ver si la cadena es de cobre.

Y entró en la tienda de un platero, mientras su compañero se quedaba al lado de Juan.

—Muy bien,—pensó este,—despues de haberme llamado impostor y aventurero el embajador de Francia, no me faltaba mas que esas pobres jentes me creyesen un tunante.

Habiendo dicho el platero que la cadena era buena, ambos gondoleros saludaron con presteza al jóven señor y se alejaron de su lado como si tuviera la peste, tal era la impresion que les habia hecho la vista de los *fanti*. Juan, no sabiendo donde ir, siguió maquinalmente á la multitud que se dirijia hácia la plaza de los Santi-Apostoli. Al pasar por lo alto de un puentecillo vió la fachada de su palacio Faliero, encima de cuya puerta se leian estas palabras, trazadas en gruesos caractéres. «Embargo del Estado.» Juan se volvió hácia atras. Al pasar por la cárcel de Rialto, el pueblo agrupado leia un cartel que acababan de fijar, que era la *raspa* del dia, la lista de los condenados en rebeldía, de los escapados de presidio y de los fugados de las cárceles; el nombre mas aparente inscrito en esta lista era el de Juan, llamado de Cerdagne y príncipe de Nola, acusado de haber usurpado títulos y calidades que no le pertenecian con objeto de sorprender los secretos de su serenísima señoría; por la nota impresa mas abajo se recordaba á todos los fieles súbditos de la susodicha señoría que toda persona inscrita *in raspa* debia ser declarada, presa ó muerta en caso de resistencia por aquel que la reconociera, y que se pro-

hibia el dar asilo al rebelde bajo pena de comparecer ante el Altísimo consejo de los Diez, lo cual equivalia á decir bajo pena de ser encerrado para siempre en los *pozos*, ó ahogado secretamente en el canal Orfano. Juan no pudo menos de estremecerse al pensar que aquella advertencia convertia para él á todos los ciudadanos de Venecia en esbirros de la Inquisicion política. Así, un frio mortal recorrió sus venas, cuando sintió una pesada mano que se apoyaba sobre su hombro; al volverse encontró enfrente de sí á un moceton mal vestido que le dijo con desenfado al ver que Juan se disponia á correr:

—Vuestra señoría no halla aquí seguridad; seguidme á cierta distancia sin aparentar conecerme y os indicaré los medios de salir de apuros.

El mozo echando el paso como un matachin, y pegándose con la contera de su espada en las botas, se metió en un portal.

—¿En qué estais pensando?—dijo cruzándose de brazos,—¿no veis que presentándoos en público no llegareis hasta aquella esquina, sin que os cojan? con esos vestidos á la moda de España, todo el mundo os reconocerá.

—¿Y qué medio hay para que no me co-

ja la policía mas hábil é implacable del mundo?—respondió Juan.—No sé lo que me pasa; ya no tengo fuerzas ni voluntad.

—Eso es porque ignorais,—repuso el desconocido,—que todo se arregla en este mundo, hasta los asuntos de policía; pero para eso estoy yo aquí para enseñároslo, yo, José de Aquiles, llamado el *Tanghero* por personas que no me conocen. Si estuviéramos aun en los gloriosos tiempos de Juan Bautista Nani, seria una cosa muy grave la inscripcion *in raspc*. pero ahora no; el objeto de la serenisima señoría en este asunto es el de apoderarse de vuestros bienes, y con tal de que se los abandoneis gustoso, olvidará al instante el privaros de vuestra libertad, á menos que llameis la atencion del buen gobierno burlándoos de su policía. Tal como me veis, me he hallado inscrito en la *raspa* por haber tenido la desgracia de tropezar con demasiada fuerza contra un noble, llevando un puñal en la mano por descuido; y sin embargo, á la hora esta circulo libremente de noche y de dia. La marcha que teneis que seguir es la siguiente: para que los *fanti* os miren bien, haceos compañero suyo; para no tener nada que temer de la policia formad parte de ella, y no os hablo de esa policia despreciable y

asalariada que anda y que trabaja, sino por el contrario de aquella que descansa y está en reserva para el servicio estraordinario, y que no tiene que sufrir la humillacion de recibir un vil salario. Yo haré que os pongan en la lista de los familiares secretos; esa prueba de buena voluntad os grangeará todos los corazones, y podreis vivir en paz.

—¿Y en qué vendrá á parar todo eso?—preguntó Juan,—porque yo deseo salir de este maldito pais y volverme á Francia.

—Nada mas sencillo; esperareis para ello que os toque la vez, y entonces se os dará una comision para matar á la persona que os designen; recibireis un salvo conducto, y cuando hayais desempeñado vuestra comision os ireis á donde gusteis.

—De ese modo ¿para rescatar mis faltas habré de cometer un crímen?

—Un crímen doblemente útil á su señoría y á vos mismo.

—Gracias por vuestros consejos; no pienso seguirlos; preferiria mas bien morir en los pozos del palacio ducal.

—Sin embargo podríais empezar desde hoy á gozar del privilegio de llevar armas con el permiso de pasearos por un *sestieri* de la ciudad, en el de san Nicolás que es

frecuentado por la jente baja, y antes de tres meses llegaríais á poder circular libremente en toda Venecia.

—No me lisongean en manera alguna esas hermosas condiciones.

—Os queda aun un postrer recurso; enviad sin pérdida de tiempo una *supplicazione* á los escelentísimos *capi* del consejo de los Diez, declarando que haceis donacion voluntaria de todos vuestros bienes á la serenísima señoría en espiacion de vuestras faltas, renunciando para siempre á volver á entrar en posesion de los susodichos bienes, con tal que los escelentísimos *capi* consientan en agraciaros de las penas que habeis merecido. En seguida os vestiréis con los andrajos mas sucios que podais hallar, y entrareis formalmente en algun oficio muy humilde como el de *fachino* ó *bigolante* en la limpieza de las cisternas ó de las inmundicias, y si al cabo de un año de vijilancia de la policía no habeis desmerecido en vuestro oficio, se os olvidará completamente.

—Prefiero hacer eso,—respondió Juan.

—Pero sobre todo os resignais á la humildad de vuestra condicion, sin esperanzas de salir nunca de ella, en cuanto hayais ganado una libra, id á gastarla á la taberna; em-

borrachâos, enamoráos como los tunantes, sed perezoso si os lo dicta el corazon y presentáos lo mas desarrapado que podais.

—Trataré de hacer todo eso lo mejor que pueda.

—Nada de orgullo, ni esperanzas de volver á salir de la miseria, porque entonces sereis un hombre al agua.

—En una palabra, no tengo otra alternativa mas que el vicio ó el crímen.

—Ninguna otra.

—¡Pues bien! trataré de conformarme con los deseos de los escelentísimos *capi*.

—No titubeis, ni perdais un minuto. Principiad por cambiar esos vestidos por una chaqueta de lienzo y unos calzones; no os pongais medias, y calzáos con zapatos agujereados. Voy á acompañaros hasta el *Ghetto*, no sea que os prendan en el camino.

José el *Tanghero* condujo á Juan al Ghetto donde vivian los judíos y los prenderos. En cambio de los ricos vestidos de seda y terciopelo que llevaba Juan, un mercader consintió en darle unos harapos espantosos, como una chaqueta hecha de una cortina vieja, un pantalon ancho de tela usada, tres camisas del lienzo que se usa para las velas de los buques, un gorro de lana encar-

nada, y una capa agujereada que no se sabia de lo que era, de un color incierto como el de la piel de la serpiente. Tan turbado se hallaba Juan que no pensó en pedir al mercader lo que le debia aun en dinero por sus vestidos; se puso sus harapos en la trastienda, presentándose despues decaido y con el corazon transido de amargura.

—Ya estais trasformado,— le dijo el Tanghero sonriéndose,—ahora escribid lo que voy á dictaros. *Supplication* del humilde Juan, falsamente llamado de Cerdagne, antes príncipe de Nola etc.

Juan escribió todo lo que quisieron; y firmó la donacion á la serenísima señoría de sus bienes inmuebles y de las cantidades depositadas en casa de Borromeo.

—Yo mismo entregaré vuestra *supplication*,—dijo el Tanghero,—á los escelentísimos señores. Ocultaos hasta mañana en el populoso *sestiere* del Canareggio, y cuando no veais ya vuestro nombre en la *raspa*, podréis presentaros.

Nada es mas amargo en la miseria y la desgracia que el andar vestido con una chaqueta agujereada, un pantalon lo mismo, y una corbata hecha pedazos. El pobre Juan al verse con el traje de un mendigo, creyó desmayarse de pesadumbre y horror. Sin

saber lo que se hacia echó á correr por el laberinto del Canareggio, imaginándose que todos los tunantes de la ciudad le iban siguiendo por detrás, hasta que al cabo, muerto de cansancio, se dejó caer á la puerta de una iglesia, y con la cara en tierra y los brazos estendidos como Jesus crucificado, derramó un torrente de lágrimas en las gradas del peristilo.

## XXIV.

Ningun lebrel se muestra nunca tan hábil é infatigable en la caza, como se mostraba la escelentísima Inquisicion del Estado de la serenísima Señoría en la persecucion de sus víctimas; pero tambien es preciso decir que en ninguna parte del mundo habia tantos medios como en Venecia para escaparse de sus garras.gracias á tantos accidentes de terreno, á tantos redeos y escondites como se encuentran en ella. Con sus calles estrechas y tortuosas, sus canales, sus cuatrocientos puentecillos, sus escaleras, soportales, cuartos bajos que forman pasajes públicos, sus rinconadas oscuras, sus iglesias encajonadas en las construcciones, esa ciudad romántica y singular parece haber sido construida de intento pa-

ra los enamorados, los ladrones y los rebeldes.

Ya iba entrando la noche cuando nuestro héroe, vuelto maese Juan, sintió los gritos de su estómago; no habiendo tomado ningun alimento desde que salió de la casa de oro, esperimentó de repente un hambre que le devoraba. La vergüenza le subia á la frente al pensar que debia mendigar para subvenir á las necesidades de su vida, y sin embargo la imperiosa naturaleza se negaba redondamente á plegarse al rigor de las circunstancias. A cuatro pasos de Juan se hallaba sentado en las gradas con aire de humildad un hombre vestido con andrajos peores y sobre todo mas sucios que los suyos; ya fuese por curiosidad ó ya por deseo, Juan se armó de todo su valor para interrogar á aquel cólega de mendicidad, y aprocsimándose á él le preguntó cortesmente si habia comido.

—Ya lo creo,—respondió el hombre,—y me propongo cenar dentro de poco, si Dios quiere.

—¡Qué dichoso es usted!—respondió Juan suspirando fuertemente;—acaso tiene usted una cama en que dormir y un oficio para ganar de comer.

—¡Un oficio!—respondió el hombre,—

ni lo tengo ni lo quiero; la cama no es tampoco absolutamente necesaria para dormir, pero tengo amigos pobres como yo, y que desean servirme.

—¡Amigos!—esclamó Juan,—ayer tenia yo mas de ciento, y si hoy me pusiera en su presencia me arrojarian á la calle ó me entregarian á mis perseguidores; ayer poseia tres palacios y riquezas inmensas; hoy me encuentro sin asilo y sin un cuarto.

—¿Qué perseguidores son esos?—preguntó el andrajoso.

—¡Ah!—respondió Juan,—va usted á alejarse de mí como si fuera un lobo rabioso: sepa usted que estoy inscrito en la *raspa*.

—¡Mas bajo!—dijo el mendigo poniendo un dedo en su boca.—¿Ha pegado usted por celos una *coltellata*, ó ha robado usted á algun cardenal?

—Nada de eso: he usurpado un nombre que no me pertenecia, y me he entrometido en una familia estraña; pero se ha descubierto mi superchería, y el serenísimo gobierno se ha valido de este pretesto para apoderarse de mis bienes. He podido salvar mi vida, gracias á una donacion voluntaria de mi fortuna, pero exijen que oculte mis faltas en la miseria ó en el vicio; y sin em-

bargo, en tanto que no borren mi nombre de la raspa cualquiera puede denunciarme y hacerme prender; así, ¿de qué me sirve mi gracia cuando me muero de hambre?

—No se morirá usted de hambre,—repuso el andrajoso,—ni tampoco irá usted á la cárcel. Váyase usted despues del toque de oraciones á Santo Tomás, calle del Pistor núm. 4312 rojo, á casa de Mateo el tonelero, á lo último del patio; allí preguntará usted por la vieja Marina, y al entrar en conversacion le dará usted esto.

El andrajoso sacó de su bolsillo un clavo tomado que entregó á Juan con aire misterioso; enseguida guiñó un ojo é hizo resonar su lengua contra su paladar.

—¿Hablará usted de nuestro encuentro? —añadió.—No. ¿Será usted prudente y discreto? Sí. ¿Y vaya á que los pelucones no le prenden á usted? No pase usted para ir á Santo Tomás el puente de Rialto, donde hay siempre una nube de moscas; tome usted la calle *Dei Garzone*, y hallará usted en la ribera un gondolero llamado Ignacio, quien, mostrándole el clavo le llevará á usted por nada al otro lado del Gran Canal.

Juan, sin otro consejero entonces que su apetito y el miedo de los alguaciles, se puso

en marcha al caer de la tarde siguiendo el itinerario indicado por el andrajoso. Efectivamente, evitando las plazas y plazoletas llegó á la callejuela de los *Garzoni* que desemboca en el Gran Canal, donde encontró entre los gondoleros á maese Ignacio, y llamándolo aparte le mostró su clavo. El barquero hizo una señal afirmativa de cabeza é invitó á Juan á que bajara á su góndola; muy luego llegaron otros pasajeros, que pagaron sus puestos, y atravesaron el Gran Canal. La pequeña parroquia de Santo Tomás era la guarida de una poblacion miserable que vivia de rapiñas, limosnas y ciertas industrias toleradas en las ciudades grandes: Juan pudo descubrir, aunque no sin trabajo, el número 4312 rojo. Dos ó tres de esas grandes cubas abiertas, donde se lleva sin precaucion el vino por la tarde, parecian servir de muestra en la tienda del tonelero, aunque bien claro se veía que no estaban allí mas que para salvar las apariencias: á lo último de un largo patio, abandonado á los gatos y á las gallinas, se veía una ancha pieza alumbrada por una; brillante hoguera de sarmientos y cañas la mitad del humo subia por la chimena y la otra mitad espesaba el aire y cegaba á los asistentes. Un fuerte olor á queso y aceite

indicaba los preparativos de la comida; todo el mueblaje se componia de unos gruesos maderos que podian servir alternativamente de bancos ó de mesas; el techo agujereado por muchas partes, dejaba ver en el piso superior una galeria á la cual se subia en otro tiempo por una escalerilla ya totalmente destruida. Una docena de viejos barbudos y con los cabellos en desórden seguian con el mayor interés los movimientos de una mujer vieja tambien, que estaba echando en un caldero patatas y zanahorias. Juan se adelantó tímidamente con su gorra en la mano, preguntando por la señora Marina.

—Soy yo,—respondió la cocinera con voz agria.

—Yo soy,—repuso Juan mostrando su clavo,—un pobre noble perseguido; un alma compasiva me ha aconsejado el venir á buscar aquí un asilo y presentarme á usted enseñando esto, cuyo sentido alegórico ignoro.

—¿Tiene usted dinero para pagar su bienvenida?—preguntó la vieja.

—No me han dejado ni un maravedí, señora.

—¡Otra boca inútil!—esclamó impetuosamente la señora Marina;—demasiadas

personas vienen aquí ya con las manos vacías; estoy cansada de guisar, y no quiero seguir llevando una vida tan arrastrada, á menos que aumenten mi parte de botin. Marco Tisones, interrogue usted á ese mozuelo, y sepamos lo quequiere dar á entender con el nombre impertinente de signo *categórico* con que ha designado á la dichosísima compañia del Clavo.

Púsose en pié uno de aquellos viejos de cabellos desordenados é hizo señal á Juan para que le siguiera al hueco de una ventana sin vidrieras. Marco Tisone escuchó relijiosamente el relato del noble jóven, y esclamó volviéndose hácia sus amigos:

—Aquí os presento un caballero que la escelentísima inquisicion de Estado desea ver entre nosotros, lo cual es una poderosa razon para recibirle bien, sobre todo cuando no contamos en nuestra sociedad bastantes de esos astros caidos que pueden servir á un tiempo de escudo en el presente y de una mina de oro para lo sucesivo. Si ese jóven señor promete adoptar franca y amorosamente á sus compañeros, y no olvidarlos cuando su fortuna, eclipsada hoy, recobre su antiguo esplendor, os propongo el admitirle en seguida entre los miembros mas eminentes de la dichosísima compañia

del Clavo.

Otro anciano, no menos respetable ni menos andrajoso que el primero, se levantó de un monton de hojas secas de maiz en donde estaba medio durmiendo, llevando en sus cabellos y harapos tantos fragmentos de su lecho, que hubiera podido tomársele por un pájaro amarillo, y esclamó:

—No hay que precipitarse: el hombre ha recibido el don de la memoria para acordarse de los ingratos. Soy un anciano y me acuerdo que mas de una vez hemos admitido al goce de los beneficios y dulzuras de nuestra compañia esos astros caidos que, despues que volvieron á ponerse á caballo, nos dejaron plantados, como se hace con una chancleta cuando se encuentra un zapato. Ademas no debemos recibir entre nosotros á paganos ni musulmanes, ni abijados del diablo, porque si es cierto que no poseemos mas que los bienes ajenos, tambien lo es que debemos gozar de la entera posesion de nuestras almas. Asi, pues, pido que ese noble preste los dos juramentos de rigor para probar que su fé en la Santa Vírgen y su fidelidad á la compañia del Clavo están y estarán, ahora como despues cimentados sobre sólidas bases.

—Es usted un sabio, señor Blas,—res-

pondió Marco Tisone.—El noble prestará los juramentos que deseais; basta mirar al rostro al jóven candidato para tener confianza en sus virtudes y religion, y para conocer que no es pagano ni mahometano.

—Si el candidato,—repuso el señor Blas,—pronuncia los juramentos y blasfemias que prueban todas las virtudes y relijion necesarias, no me opongo á que entre en la compañia.

—Hágale usted hablar,—repuso el primer viejo,—y llene usted las formalidades que ordenan nuestros estatutos.

—Consiento en ello. Jóven, esos *estatutos* nos ordenan el interrogar á usted de este modo: ¿es usted buen católico? ¿Va usted á misa y se quita usted la gorra al pasar por delante de las imágenes de la Madona?

—Soy católico,—respondió Juan,—y lleno mis deberes de religion; en mi infancia fuí niño de coro, y he ayudado á misa durante mucho tiempo en el convento de franciscanos de Arles.

—Esa respuesta es de oro macizo,—dijo el viejo de las hojas de maiz.—Ahora, en pago de nuestros socorros, regalos, partes de botin y otras señales de confraternidad, ¿promete usted ayudarnos, socorrernos y

darnos á su vez, si la fortuna, adversa hoy llega á cambiarse en lo futuro?

—Lo prometo.

—¿Cuando haya usted subido mas alto que ellos, promete usted no olvidar ni despreciar á los compañeros?

—De todo corazon.

—Si responde usted bien á mi última pregunta, será usted recibido en un credo: ¿qué hará usted por la noche de los salarios propinas y hallazgos de todo el dia?

—Se los traeré fielmente á los compañeros.

—Esta respuesta es de diamante puro. Propongo recibir al noble sin mas *formalidades*.

—Espere usted,—repuso Juan;—permítame usted que á mi vez le dirija una pregunta: ¿Cual es el objeto de esta compañia y de qué clase serán mis ocupaciones? Porque yo vengo aquí para hacer penitencia y no para acabar de reñir con las leyes divinas y humanas.

—Nuestra compañía,—repuso el Nestor de las hojas secas,—tiene por objeto principal el llevar una vida tan buena y dulce como sea posible sin trabajar y sin incomodar á la justicia. ¿Cuales son los medios peligrosos y conocidos de llevar la su-

sodicha vida? Robar y mendigar cosas prohibidas en Venecia: nosotros no robamos, pero cobramos un derecho sobre los robos ajenos; tampoco mendigamos, pero ejercemos profesiones tan poco laboriosas, que casi podríamos llamarlas holgazanería. Semejantes á un filósofo cuyo nombre he olvidado, creemos que la felicidad no consiste en llevar galones de oro en los vestidos.

—Lo comprendo; eludís la ley.

—Precisamente. Pensad en las ventajas que resultan de ese preludio; nuestra compañía se divide en dos clases; en la primera se estudian, paseándose, las idas y venidas de los transeuntes, las entradas y salidas de las casas, las puertas, las ventanas y las tiendas, y luego se dan útiles informes á las personas emprendedoras y valerosas, duchas en preparar emboscadas, escalar paredes y cometer robos nocturnos, con otros incidentes que no mencionamos por prudencia. Cuando un negocio de esos ha metido mucho ruido, guardamos silencio hasta el momento en que la justicia criminal podria encargar al verdugo que nos desatara la lengua y entonces decimos todo lo que hemos visto ó creido ver, como debe hacer un buen testigo, todo por evitar el calabozo ó un chapuzon en el mar.

En pago de nuestros avisos é informes, las personas laboriosas nos pagan un derecho sobre el fruto de sus empresas, y en cuanto á la justicia, aunque es mas rica, esa no nos da nada, pero nos deja la vida y la libertad. En la segunda clase de nuestra compañía, hay que estarse de centinela á las puertas de los palacios, en las escaleras donde se paran las góndolas, en los escalones de los puentes y al lado de las cisternas; se ofrece un vaso de agua fresca á las personas que llegan cansadas, se ayuda á subir á los ancianos, los enfermos, los niños y las mujeres embarazadas, se tiende la mano á los señores que salen de las góndolas, se quita uno la gorra cuando pasa un senador, deseándole una larga vida, muchos votos en las elecciones de los procuradores de san Marcos, y por cada servicio ó cumplimiento se recibe un sueldo veneciano ó lombardo, y á veces se alcanza hasta la moneda blanca. Por la noche se divide todo como buenos hermanos, se come, se bebe y se baila juntos, se confiesa uno el sábado por la noche, y si tiene uno la fortuna de morir un domingo, de seguro se alcanza el paraiso.

—Prefiero la segunda clase á la primera, —dijo Juan.

—Eso manifiesta una modestia honrada, —repuso el viejo;—propongo, pues, á los sabios decanos aquí presentes, que se admita al señor Juan en nuestra compañía.

El candidato fué recibido por unanimidad por los doce decanos, siendo proclamado inmediatamente miembro de segunda clase de la dichosísima compañía del Clavo.

Pocos instantes despues, entró en procesion una inmensa cuadrilla de personas vestidas como filósofos enemigos de los galones de oro, que venia del convento de los Frari, situado cerca de santo Tomás, trayendo religiosamente en sus orterillas de madera el producto de una distribucion de carne hecha por los benditos frailes de santa Maria Gloriosa, que se añadió á la cena preparada por la señora Marina, cena que se componia de unas gachas de harina de castañas y un caldero de patatas. Poco despues, se vió tambien llegar otra procesion, mejor equipada que la primera, formada por quince mujeres con los cabellos peinados en forma de adornos, calzadas con zapatos de tacones, con basquiña corta, corpiño amarillo y alfileres de vidrio; apenas tres ó cuatro de estas mujeres eran jóvenes y bonitas; una de estas notó en seguida al recien venido y le echó una mira-

da que hizo poner al pobre Juan encarnado como un tomate. La entrada de la turba femenina rompió el silencio y todo el mundo se puso á hablar á un mismo tiempo: procedióse al repartimiento de las ganancias de aquel dia, y despues se sirvió la comida. A Juan le colocaron en la mesa de honor al lado de la hermosa de la ojeada, celebrándose su entrada en la compañía con un cántaro colosal de vino negro como la tinta. Tres viejos encaramados en la rota escalera dieron la señal del baile con un violin, una guitarra y una zampoña de caña baile, que no cesó hasta despues de haber acabado una zarabanda capaz de desjarretar los riñones de los bailarines. A eso de las once se tocó retirada y las mujeres se marcharon unas solas y otras acompañadas de sus queridos; afortunadamente para Juan la hermosa de la ojeada estaba vijilada por su Otelo, quien no se hallaba dispuesto á ceder á nadie las ventajas de acompañarla á su casa. Bien luego no quedaron en la sala mas que los doce decanos y la vieja Marina; Marco Tisone ofreció á Juan un sitio para dormir en el rincon donde se hallaba la paja de maiz: la señora Marina apagó las luces y los ronquidos de los doce viejos anunciaron que aquellos pillastres dormian lo

mismo que si tuvieran una conciencia limpia. Las doce sonaban lentamente en el *Campanile* de santa Maria Gloriosa, cuando el pobre Juan esclamó con un suspiro que salia de lo mas recóndito de su corazon.

—¡Dios de misericordia! ¿me abandonareis en esta abyeccion?

## XXV.

Juan permaneció encerrado por espacio de tres dias en la calle del Piston, con sus honorables compañeros de picardías en la *felicísima compañía del chiodo*, jugando á los naipes con Marco Tisone y los otros viejos, escuchando pacientemente las injurias de la señora Marina, comiendo patatas, bebiendo vino negro, y huyendo, como José, de las manifestaciones de afecto de la bella del corsé amarillo. Sus oidos fueron martirizados frecuentemente por las querellas, los equívocos y las imprecaciones, pues la conversacion de sus nuevos amigos era mas instructiva que edificante, y esta vida parecia hecha espresamente para conducir al hombre derechito al embrutecimiento, se-

gun el deseo de la escelentísima Inquisicion del Estado.

Habiendo sabido al cabo de tres dias que su nombre habia sido borrado de la Raspa, Juan pudo salir en fin de su chiribitil y respirar un aire mas libre. Como no habia traido aun ningun provecho á la sociedad hospitalaria, el viejo de las hojas de maiz se encargó de buscarle un empleo. Se le dió un largo baston adornado en uno de sus estremos de un clavo fijado verticalmente en la madera, y se le recomendó que fuese á instalarse con este utensilio en algun *pasaje* frecuentado por las góndolas, y enganchar las para hacerlas abordar á la orilla, presentando la mano á los pasageros y ayudándolos á subir ó bajar las gradas.

Las góndolas en Venecia, equivalen á los carruajes en las otras ciudades, y los hombres armados de bastones con ganchos reemplazan á los que en otros paises abren las portezuelas de los coches y bajan los estribos. De esta industria que formaba su principal recurso y renta, tomaba la asociacion su título antiguo y respetable de muy dichosa compañía del Clavo.

Llámanse *pasajes* en Venecia, los parajes donde, por falta de puente, se atraviesan los canales en góndola; y los que tienen

prisa para sus asuntos se alegran mucho de encontrar á la orilla el hombre del baston, que los evita la pérdida de tiempo, y para pagarle su trabajo, añaden un cuarto al precio del tránsito. Pero cuando la góndola está conducida por dos barqueros, el de la proa se encarga del abordaje y el oficio del hombre del baston es enteramente inútil.

El pasaje de San Silvestre, situado al pié del palacio de Loredano, era uno de los mas frecuentados de la ciudad. Juan fué instalado en él por el viejo de las hojas de maiz, que le dió la consigna de examinar bien los pasageros,anotando en la memoria su aire, su rostro y su actitud, distinguiendo cuanto le fuese posible los ricos de los pobres, y los enamorados de los indiferentes, adivinando la profesion y hábito de cada uno, jaleando á las muchachas y siendo jovial con todos; pues, segun el parecer del esperimentado viejo, no habia nada como la jovialidad y la galantería para hacer meter la mano en el bolsillo. En medio de estas instrucciones, maese Blas se interrumpió repentinamente diciendo:

—¡Ah! Justamente aquí viene un senador que se embarca en San Silvestre para abordar al palacio Loredano; es el señor

Capello, uno de los personajes mas ricos y considerables de la ciudad. No dejeis de manifestarle vuestro respeto, y si no tiene moneda de cobre no dejará de dar al menos una media libra.

Hermolao Capello era uno de esos venerables venecianos á quienes el gusto de los negocios daba á los ochenta años una segunda juventud, y que habia sabido hacer del Senado de la República el cuerpo político mas célebre del mundo por su prudencia y habilidad. Venia á buscar á su compañero el senador Loredano para llevarle al *Broglio*, donde se preparaban las elecciones. No teniendo otros parientes que algunos primos, este rico señor dedicaba esclusivamente á la política todas las fuerzas de su verde vejez. Sin duda le ocupaba algun asunto importante, pues llevaba la barba sumerjida en su golilla de encaje y tenia los ojos fijos en los pliegues de su larga toga negra.

Cuando la góndola abordó al palacio Loredano, Juan la atrajo con su gancho hasta las gradas que bajan á flor de agua, y quitándose el gorro con la mano izquierda, presentó el hombro y el brazo derecho para ayudar al viejo señor á subir la escalera. Hermolao Campello se apoyó en el hombro

de Juan, y pareció aun que salia de su distraccion mirando fijamente al oficioso jóven con mucha atencion; pero no echó la mano al bolsillo y entró en el palacio Loredano con paso lento y majestuoso.

—¡Diablo!—dijo maese Blas,—no teneis fortuna, amigo mio; es la primera vez de mi vida que veo al jeneroso señor Capello aceptar un servicio sin pagarle. No dejeis por eso de apresuraros á servirle cuando salga; os deseo mejor fortuna, me voy á mis negocios.

Pero Hermolao Capello salió del palacio Loredano á pié por la puerta de la calle y no por la del canal, de manera que Juan no le volvió á ver en todo el dia. Otro gran número de pasageros se sucedieron por el pasage de san Silvestre; el primero fué un vecino con su familia, compuesta de cinco personas, quien poniendo una pequeña moneda blanca sobre el borde de la góndola, miró á Juan con aire de enfado, y le dijo:

—¡Holgazan! ¿No te avergüenzas á tu edad y con tu robustez de ocuparte en ese oficio?

Y pasó sin darle nada, seguido de su jente.

Despues de este vecino vino una hermosa jóven con vestido de seda y manteleta

de terciopelo, sombrero de fieltro puntiagudo, adornado con plumas, y cuyo rostro anunciaba esa ajitacion por la que se adivina y reconoce ser una señora que corre á alguna espedicion galante.

—¡Tenga usted cuidado con deslizar, señora!—le dijo Juan.—Apóyese usted en mí, porque las caidas son muy peligrosas para las mujeres tan bellas como usted.

Si una veneciana jaleada no hallase nada que responder, se creeria desbonrada y no dormiria en toda la noche. Así, pues, esta señora respondió con voz dulce y rostro risueño:

—Muchas gracias por tu aviso; hace mucho tiempo que mi nodriza me ha enseñado á tenerme derecha y no caer mas que en los brazos.

—Sin embargo, señora, apóyese usted en mí,—repuso Juan.—Los bellos caballeros podrian tener la intencion de hacerla caer, pero no tiene usted que temer nada de un pobre como yo.

—¡Pícaro hablador!—respondió la señora,—no temo mas á los bellos caballeros que á tí, y te probaré que tengo los pies seguros.

Al decir esto saltó lijeramente á tierra y se alejó prontamente sin dar nada al hom-

bre del baston.

Despues de la bella señora vino un grueso abate, que para pagar al gondolero empleó todo el tiempo del tránsito en contar su moneda; consiguió al fin reunir la suma con cuatro ochavos viejos, que dejó en el borde de la góndola con aire pesaroso. Juan que no auguraba muy bien de este preludio, ofreció no obstante su ayuda al grueso personaje. El ilustrísimo fijó su pesada mano en el hombro de Juan apoyándose pesadamente, y luego le dijo:

—Gracias, amigo mio; eres un buen mozo, y rogaré á la Vírjen por tí, para que te perdone diez años de purgatorio.

Y se dirijió á san Benito, guardándose muy bien de añadir un ochavo al precio del tránsito. En seguida vino una señorá vieja acompañada de dos lacayos, y aunque Juan no la sirvió en nada, recomendó al pasar que se diese un cuarto al pobrecito. Uno de los lacayos se quedó atrás aparentando que buscaba un cuarto en su bolsillo; pero guardó para sí la limosna destinada al hombre del baston.

—Está visto que maese Blas tiene razon, —pensó Juan,—no soy afortunado.

Otros muchos pasajeros de diversas edades y condiciones vinieron aun por el pasa-

je de San Silvestre; Juan saludaba cortesmente á los ricos, era complaciente con los pobres, galan con las damas y jovial con todos, pero sin embargo nadie le dió nada. Pasaron muchas jóvenes lindas, y no se olvidó de jalearlas, pero todas le pagaron con ojeadas ó equívocos, segun su humor. Nadie, sin embargo, tuvo la caridad de darle un ochavo, y al anochecer se retiró triste y mortificado á su calle del Pistor.

Al saber los decanos de la *felicísima compañía del Clavo* que no traia un ochavo á la masa comun, se miraron entre ellos con aire de sospecha.

—¿No veis que ese bribon ha comido y bebido en alguna hosteria el producto de su jornada?—dijo la vieja Marina.—Huele á vino capáz de resucitar á un muerto, y por vida de mi madre yo no le dejaré merendar hoy en mi cocina; no le daré ni una hoja de alcachofa.

—Cálmese usted, señora Marina,—dijo Blas,—pues yo he sido testigo de la mala suerte de ese mozo; y si le hechiza usted aun mas con su mal de ojo no tendrá remedio. Tengamos un poco de induljencia por su estreno, pues en un solo dia no se pueden aprender todas las astucias del oficio; mañana será mas dichoso. Para ten-

tar la fortuna por otro lado, le pondremos de centinela en la escalera de un puente, pues no se debe uno obstinar contra la suerte adversa.

Al dia siguiente fué instalado Juan en el puente de santa Maria Zobenigo, donde hay seis escalones que subir. La semana precedente habian subido las grandes mareas hasta la iglesia, y habian dejado sobre los escalones del puente ese moho verduzco y resbaladizo que ha dejado oríjen al refran veneciano que dice: «No te fies en las muchachas rubias y las piedras verdes.» Refran fundado en una justa esperiencia, pues efectivamente no hay un solo dia en que las muchachas rubias y las piedras verdes dejen de ocasionar muchos accidentes.

Los pasajeros prudentes se detenian á la vista de los dos primeros escalones verdes, y ponian el pie con precaucion. Vinieron de todas clases, como en el pasaje, pero no estaban de humor jeneroso; los unos murmurabau entre dientes, los otros se alejaban sin decir una palabra. Los mas jóvenes saltaban por encima de los escalones verdes, los viejos mudaban de direccion para buscar otro puente; los muchachos caian los jóvenes deslizaban y se alejaban riendo, pero los bolsillos permanecian cerra-

dos. Juan vió por fin parecer al estremo de la plaza al digno senador Hermolao Capello que se dirigia al palacio ducal.

—Esta vez se acabará mi mala suerte,—se dijo Juan viéndole venir.—Seria muy desgraciado si este jeneroso y rico anciano no me paga un servicio de dos que me debe; y cuando me haya estrenado cambiará mi fortuna en sentido inverso.

El buen señor llegó con paso lento hasta el pie del puente, y notando los dos escalones verduzcos se apoyó en el brazo de Juan, diciendo:

—Hé ahí un lazo que me tiende la fiel esposa de nuestro Dux. Sostenme, mocito; mis piernas de 80 años temen mas las piedras verdes que las muchachas rubias;para tí que eres jóven, es otra cosa.

—Escelentísimo señor,—respondió Juan, —vuestra mano paternal me traerá la fortuna; ya he tenido ayer el honor de ayudar á su Escelencia en el pasage de san Silvestre.

—Me acuerdo de ello, te reconozco;—dijo el senador.

Hermolao Capello acababa de pronunciar estas palabras cuando resbaló con los dos pies á la vez; Juan le recibió en sus brazos y le llevó como un niño al otro lado del

puente.

—¡Qué es esto, señora mar!—dijo el viejo;—yo soy el admirador respetuoso del Dux vuestro esposo, y si no fuese por este mozo me queríais romper la cabeza!

—Pero su Escelencia no se ha hecho mal? —preguntó Juan,

—Nada absolutamente, — respondió el anciano,—gracias á tus brazos vigorosos y á tu destreza.

Y el buen senador se alejó despacito sin meter la mano en su bolsillo.

—¡Cómo!—esclamó Juan consternado.— ¿No recibiré un miserable ochavo? ¿es una fatalidad? ¿es una irrision del acaso, ó una persecucion del infame Potamogeiton? ¡Dios poderoso! ¿sufrireis que el infierno secuestre tambien mi salario y mi alimento? ¡Ah! ¡seria demasiada crueldad!

Cuando Juan vino á anunciar á sus amigos de la compañia del Clavo que tambien habia perdido su jornada, hubo una esplosion de murmullos incrédulos; pero sus lágrimas y sollozos atestiguaban su buena fé y maese Blas vino á su socorro, diciendo:

—No llores, ensayaremos otro recurso. Tú tienes trazas de un jentil hombre, y mañana te colocaremos en un sitio donde se necesita tener buenos modales. Habien-

do sido borrado tu nombre de la Raspa, ya puedes aprocsimarte al santuario de los nobles; se te dará el puesto importante y lucrativo del palacio ducal, es un puesto de honor, trata de conducirte bien, y apuesto á que hallarás allí tu buena fortuna.

Instalóse á Juan en la Piazzeta, delante de la puerta del palacio ducal, con dos herradas de cobre llenas de agua fresca, muchos vasos muy limpios colocados sobre una tabla, y un baston encorbado para ir á buscar agua á las cisternas cuando hubiese concluido su provision.

—Esta vez eres ya casi del comercio,— le dijo Maese Blas.—Dentro de poco van á llegar los señores al *broglio*, y tu ganancia es segura.

Se llamaba *broglio* el momento en que los nobles venecianos se reunian para concertarse entre ellos, antes de entrar en el gran consejo; allí se debatian los títulos de todos los candidatos á los empleos de la República, y se formaban los partidos. Juan se distrajo por un momento con el espectáculo del broglio, y se divertia mirando á los nobles pretendientes como se agitaban y disputaban en esta reunion al aire libre. Como el gran consejo se componia de ochocientas personas, era considerable el jen-

tio. Los jóvenes, despues de haber hablado mucho corriendo del uno al otro lado, se interrumpian frecuentemente para llamar á algun *bigolante* y pedirle un vaso de agua. Las muchachas del Friul, cuya especialidad es la de aguadoras en Venecia hacian concurrencia al pobre Juan; corrian como corzas con sus pies descalzos, se deslizaban entre la multitud, y adivinaban á lo lejos en la cara de las jentes quienes eran los que tenian ganas de beber. Los vasos puestos en fila delante de la puerta del palacio no atraian las miradas, y nadie se dirigia al *bigolante* de puesto fijo. Sin embargo, dos jóvenes señores que hablaban juntos se aproximaron al mostrador de Juan y cada uno de ellos tomó un vaso.

—Dad un cuarto por mí,—dijo el uno de ellos al otro.

—No tengo moneda suelta,-respondió,—mañana pagaremos.

En seguida llegaron dos viejos y bebieron tambien otros dos vasos de agua, pero hablaban sin duda de algun asunto tan importante que se olvidaron de pagar. En este momento pasó el senador Hermolao Capello, y dijo á Juan:

—A lo que parece vas ascendiendo en grado, mocito; esta mañana ejerces una in-

dustria mas bella que la del baston de gancho.

—Es verdad, Escelentísimo,—respondió Juan.—Las otras industrias no me salian bien, pues no me daban nada, y corria riesgo de morirme de hambre; pero temo mucho que la *bigolantería* sea tan poco lucrativa como el resto. Mis vasos se vacían pero nadie me paga.

—¡Cómo!—dijo el anciano,—¿esos jóvenes atolondrados se beben tu agua fresca gratis? Eso no es justo... ¿por qué no reclamas el precio de tu jénero, y trabajo?

—No me atrevo, Escelentísimo, soy incapaz de importunar á sus señorías...¡Tienen otras cosas mas importantes que hacer, que escuchar á un miserable como yo!

—Tienes demasiada discrecion;—respondió el senador bebiendo un vaso de agua; —pide, reclama, insiste cortesmente como debe hacerlo un bigolante honrado.

—Escelentísimo señor, jamas podré resolverme á mendigar.

—Veo que tienes el corazon bien puesto; adios, amigo mio.

El respetable señor se alejó como los otros, sin pagar el agua que habia bebido.

—¡Tambien él!—dijo Juan confundido. —El bueno, el jeneroso Capello mismo no se digna comprenderme cuando empleo la astucia oratoria mas transparente para hacerle comprender mi miseria, ó si me comprende se burla de mí! ¡Esto es ya demasiado!

Habiéndose pasado el momento del *broglio*, los miembros del gran consejo entraron en el palacio ducal. Juan permaneció aun en su puesto para tranquilizar su conciencia, aunque no esperaba ya nada. Un mercader albanés vino á beber un vaso de agua, y echó sobre la tabla una moneda de cobre.

—¡En fin, mi mala suerte se acabó!—esclamó Juan.

Corrió á santo Tomás tan contento como si le hubiesen dado una abadía; Marco Tisone examinó la pieza de cobre.

—¿Conoce usted eso?—dijo en seguida á maese Blas.

—Sí,—respondió el viejo,—es una ficha de Albano que no tiene ningun valor; no cabe duda en que nuestro amigo está embrujado.

—¡Y bien!—esclamó Juan,—no lucharé mas contra el infierno; á todos sus golpes no opondré mas que la inercia; me sumer-

giré en la miseria y avergonzaré al cielo mismo con mi envilecimiento... ¡Tanto mejor si me deja morir!

## XXVI.

Los miembros mas eminentes de la Compañía del Clavo tuvieron consejo para buscar un remedio contra el maleficio que detenia á Juan en su carrera, y su consulta fué interrumpida por la llegada de un hombre que se habia colocado de centinela á la puerta de la calle. En el semblante trastornado del centinela se adivinaba que la compañía se hallaba en peligro; en efecto, se supo con espanto que maese-Grand venia seguido de sus esbirros. Las apariciones de la justicia eran muy raras en la calle del Pistor, porque la resignacion de sus habitantes á la miseria, y la bajeza de sus delitos no eran dignos del rigor de las leyes. Sin embargo, la aparicion repentina del jefe de la policia anunciaba algun mal negocio; y los viejos prudentes se pusieron á temblar aunque su conciencia no les acusaba mas que pecadi los leves. Maese Grand adornado con una inmensa peluca, hizo su entrada solemne en la pieza y preguntó por el llamado Juan, súbdito del rey de Fran-

cia, y llamado falsamente Cerdagne. Se le mostró inmediatamente el personaje reclamado; el jefe de la policía se caló sus grandes anteojos y verificó la exactitud de unas señas por escrito que leyó en alta voz uno de los agentes. En seguida se interrogó sobre sus antecedentes, y Juan contó injénuamente su historia, no pasando en silencio mas que sus relaciones con el infierno, cuyo secreto se creyó autorizado á guardar.

—¿No habeis llevado en vuestros brazos al señor Capello delante de la iglesia de santa Maria Zobénigo?—preguntó maese Grand.

—En efecto, le he llevado,—respondió Juan.—Ese respetable señor se deslizó en los escalones del puentecillo, y se hubiera caido si no es por mí; pero si no ha encontrado en su bolsillo su pañuelo ó su bolsa, no es en Santa Maria donde los ha perdido.

—¿No habeis dado de beber ayer á diversas personas delante de la puerta del palacio ducal?—repuso maese Grand.

—Todo el mundo ha podido verme allí, —respondió Juan;—pero no he hecho mal á nadie y me porté allí como un bigolante honrado.

—¿No habeis dicho vuestro nombre ni

contado vuestras aventuras á ninguno de los nobles reunidos en el Broglio?

—A ninguno, señor; se lo juro á usted.

—¿No habeis tenido algunos propósitos ofensivos á la majestad de ese serenísimo Estado?

—Ni el mas mínimo, señor. Estoy penetrado de respeto por la escelentísima república de Venecia, y por cada uno de los miembros de su serenísimo gobierno.

—Bien está; tomad vuestro equipaje, si le teneis, y seguid á mis ajentes.

—¡Por piedad!—esclamó Juan.—¿Qué van á hacer de mí? Yo soy inocente, señor; la escelentísima Inquisicion no querrá enviar á la muerte ó sumerjir en los calabozos á un pobre mozo que ha dado voluntariamente su fortuna por conservar únicamente la vida y la libertad.

—Pronto sabreis lo que se quiere hacer de vos; basta de razones.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# JUAN EL TROVADOR.

JUAN EL TROVADOR

# JUAN EL TROVADOR.

## NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

## M. Pablo de Musset.

TOMO III.

SEVILLA.—1851.
Imprenta de Gomez, editor, á cargo de don J. J. Franco, calle de la Muela núm. 7.

## XXVI.

Maese Grand guardó sus anteojos en el estuche, y salió con la misma solemnidad que habia entrado. Juan tomó debajo del brazo sus camisas de tela gorda, y marchó entre los ajentes de policía que le condujeron al muelle de los Esclavones. Treinta hombres tan mal equipados como él, formados en batalla como soldados, esperaban el momento de bajar á un gran barco de velas; y en sus rostros sombríos y sus manos llenas de cicatrices se conocia fácilmente que no estaban allí por su gusto, y que habian sabido forzar al gobierno á que se ocupase de su suerte. Los guardas de la marina vijilaban con sus jestos y palabras para que ninguno saliese de las filas, y Juan

fué colocado en línea á continuacion de esta banda de réprobos.

—¿Donde nos llevan?—preguntó Juan á su vecino.

—Su señoría no nos ha hecho el honor de informarnos de ello,—le respondió el vecino;—pero seguramente será á alguna colonia de Morea ó de Chipre, para que trabajemos en la tierra y enriquecer á algun avaro desapiadado.

Era la hora en que la jente de gran tono se paseaba por el muelle, y se venia á presenciar el embarque de los deportados como una diversion. Entre los curiosos pasaba una hermosa señora con vestido de terciopelo y larga cola llevada por un paje, sombrero de fieltro lleno de plumas, apoyada de un lado en el brazo de un caballero jóven, y llevando en la otra mano un largo junco. Su caballero la instó á que se aprocsimase á los bandidos para mirar mejor sus trajes raros y sus rostros feroces. Juan se lanzó entonces fuera de las filas diciendo:

—¡Oh, Luisa! Yo he usurpado el nombre de vuestro padre, pero la amistad fraterna que me habíais inspirado no era falsa. Concededme el perdon de mis culpas, y dejadme besar vuestra mano.

La condesa reculó tres pasos, y respondió:

—¡Es mucha audacia osar dirijirme la palabra! Acuérdate por qué medios has sabido engañarme, y piensa que puedo hacerte quemar vivo con una sola palabra.

—No añadais vuestra ira á los crueles tratamientos con que me veo agobiado,—repuso Juan.—¡Que reciba al menos de vos un rasgo de compasion!

—¡Vil impostor!—respondió la condesa.—¿Encierra esa súplica alguna nueva picardía?

—¡Cuatro dias hace que no recibo mas que injurias y afrentas... por piedad, Luisa, dejadme besar vuestra mano!

—Desembarazadme de ese miserable,—respondió Luisa de Cerdagne.

Una lluvia de palos puso fin á las súplicas del importuno, y la condesa se alejó echando por encima del hombro una mirada de desprecio al pobre Juan.

En seguida se procedió al embarque de los deportados, y aquellos desgraciados pasaban el puente estendiendo los brazos hácia los campanarios de las iglesias despidiéndose de Venecia con gritos desgarradores; su elocuencia salvaje desarmaba hasta á los mismos guardias, pues el amor de la

patria relevaba por un momento los sentimientos de aquellos seres desgraciados inspirando á su desesperacion acentos sublimes. Juan, que no participaba de su pesar y cuando no vió ya mas que el campanario de san Marcos como un jigante en medio de las aguas, murmuró en voz baja:

—¡Maldita seas, Venecia! ¡malditos sean tus canales; tus islas y tu gobierno opresor, y todo ese dominio lagunoso donde reina el implacable Potamogeiton!

La galera encontró un navío de alto bordo á dos leguas del Lido, y se pasaron á él los deportados haciéndoles saber el punto de su destino. Iban pues á Dalmacia, y como esta colonia era la mas cercana á la capital, esta noticia mitigó un poco su dolor; los garrotes y bergajos acabaron de restablecer el órden. Por la noche llegó una chalupa trayendo al navío el proveedor de Dalmacia, electo la víspera; era el buen señor Hermolao Capello, pero Juan no lo supo mas que de oidas, pues durante todo el tiempo de la travesía permaneció sumerjido en la cala del navio, donde la infeccion la falta de aire y el mal trato le hicieron padecer horribles tormentos. Una tempestad desvió al navío de su rumbo y tuvo que recalar en las costas de Istria; y despues de

quince dias para una travesía que no necesitaba mas que una semana en los tiempos ordinarios, se abordó finalmente en Zara.

La Señoría de Venecia tenía por sistema en sus colonias el deslumbrar á sus habitantes dándoles una idea importante y terrible de sus riquezas y poderío. Los proveedores vivian como sátrapas, administraban como déspotas, y no conocian otra justicia que la del sable. Las instrucciones que recibian del gobierno tenian por base el gran precepto de los Diez: «Aplicar la pena antes de examinar la culpa.» Se elejian para proveedores hombres dulces ó crueles segun las circunstancias, segun el espíritu y las costumbres de las diversas colonias pero se recomendaba aun á los mas humanos que usasen una severidad estremada. Siendo la Dalmacia una provincia fiel á la República, la Escelentísima Señoría le envió por tres años á Hermolao Capello con la idea de que el humor benigno y dulce de este digno hombre bastaria para templar el rigor de la política veneciana.

Al desembarcar en Zara, los deportados fueron mejor tratados que en los momentos de la marcha, y se les dejó la libertad de circular y buscar empleo ú ocupacion, bajo la condicion de presentarse todos los dias á

la policía del jeneralato. Algunos tomaron servicio en la guardia de los fuertes, otros hallaron medio de ganar su vida trabajando y la mayor parte aplicaron su industria á reducir sus necesidades de manera que pudiesen saborear en la ociosidad las delicias del clima. Juan fué del número de estos últimos, no por pereza, sino por melancolía, pues á pesar de su mucha gana de aceptar con resignacion toda clase de dolores, el recuerdo de su esplendor pasado daba una amargura particular á su desgracia presente. Lo que sus compañeros consideraban como recreos agradables era á sus ojos la objecion llevada al estado de réjimen Dormia sobre la paja al lado de unos bandidos cuyas conversaciones cínicas no podia sufrir, en un vasto dormitorio abierto á los cuatro vientos; un puñado de arroz era su mejor comida, las frutas, las cebollas y la calabaza que se hallaban por nada, completaban una comida ordinaria, muy poco tónica para un mozo robusto. Se calentaba al sol sin placer, y cuando sus miradas se perdian en el horizonte del Adriático desde lo alto de las murallas, pensaba en su infancia y en la pacífica mansion del convento de los franciscanos, y el sentimiento de su destierro le partia el corazon. Notando los otros depor-

tados que evitaba el hallarse con ellos, tomaron su indiferencia por un desprecio, y le dieron en cambio un odio brutal que acababa frecuentemente por golpes é injurias. El hubiera soportado todo esto pacientemente sin dos plagas inseparables de la miseria en los climas cálidos, los piojos y la suciedad. Un miserable no podia luchar en Zara contra esos dos enemigos poderosos, y aunque Juan lo intentó fué vencido por ellos. Se declaró una epidemia entre los deportados; él la cogió, y la fuerza de su constitucion pudo resistir solamente á los ataques del mal. Entraba ya en la convalecencia, cuando Hermolao Capello vino á ver el dormitorio de los deportados y reconoció al pobre Juan.

—Si hubiera sabido que te hallabas entre esos enfermos,—le dijo,—te habria enviado algunos socorros.

—¡Ay Dios!—respondió Juan,—¡cuántas cosas hay que no las sabe su Señoria! Esos hombres que están ahí han sido siempre unos bribones, mientras que yo he llevado la vida de un príncipe y de un honrado jentil hombre.

—No lo ignoro,—respondió el proveedor.—La condicion en que te hallas debe serte mas dura que á esos bergantes, y es

justo que goces de algunos favores.

Juan pensó que su suerte se dulcificaria algun tanto despues de esta conversacion, pero sin duda el buen señor Capello tenia muchas ocupaciones en su gobierno, pues olvidó su promesa.

No teniendo lavandera, nuestro héroe emprendió el lavar por sí mismo sus camisas, y se dirigió un dia á una fuentecilla situada fuera de la ciudad. Apenas se habia puesto á lavar con el mayor ardor, vino á interrumpirle en su trabajo una lavandera de profesion; esta muchacha, vestida simplemente de una túnica de lienzo muy corta, con los pies y manos desnudas, llevaba en la cabeza un gran cesto lleno de ropa, haciendo con sus cabellos una especie de rodete para sostenerla. Sus mejillas de catorce años, tostadas por el sol, parecian dos hermosos melocotones; y por la nobleza de sus actitudes se pudiera haberla tomado por una romana llegada á Dalmacia en el tiempo de César Augusto cuando se declaró protector de Zara. Viendo á Juan mojar en el agua sus camisas, la muchacha soltó una carcajada melodiosa.

—Perdona si me rio,—le dijo,—pues no lo hago por ofenderte. Adivino que eres un estranjero, pues un hombre en nuestro pais

se creeria indignado practicando el oficio de *lavandajo*.

—Mi bella jóven, rie cuanto quieras,—respondió Juan;—pues me importa muy poco.

—Sin embargo me respondes como si te hubieses enfadado, y para hacer las paces lavaré tu ropa con la mia. Siéntate sobre la yerba y hablaremos mientras yo trabajo: ¿de qué tierra eres? Si vienes de muy lejos, cuéntame tus viajes y la historia de tu infancia. ¿Tienes padres? ¿Son mejores que los mios que me hartan de golpes? ¿Tienen la tez blanca como tú las muchachas de tu pais? Si has amado á alguna, no olvides la menor circunstancia de tus amores... Vamos, habla; ya te escucho.

Juan no se hizo rogar para contar su historia, y no le costó mucho trabajo el imajinar otras causas para el engrandecimiento de su fortuna que la proteccion de Potamogeiton.

La bella Zaratina mostró un interés estremado sobre el capítulo de los amores, y á fuerza de cuestiones sobre el rostro, el talle, el humor y carácter de la querida de Juan, supo crear en su imajinacion un retrato primoroso. En su impaciencia cortaba muchas veces la palabra al narrador,

sin dejar de añadir que prosiguiese apriesa y sin olvidar nada. Maldecia la tirania de don Guino, palpitaba al oir la relacion de los combates de la heroina, se reia de las estratajemas del amante, y aplaudia como si los autores se hubiesen hallado presentes. La muerte violenta de la linda muchacha de Sienna le causó tanto pesar, que las lágrimas se asomaron á sus ojos y dejó su trabajo para improvisar un Padre nuestro por la bella Flora. Cuando Juan le contó sus últimos infortunios, la jóven le cojió impetuosamente la mano, y mirándole con profunda compasion le citó el proverbio de Dalmacia, que dice: «Evitemos el encuentro de nuestros amos, pues para un Octavio hay cuatro Tiberios.»

No se estrañará el encanto infinito que halló Juan en estos trasportes de amistad, pues acostumbrado despues de mucho tiempo á no ver mas que enemigos ó indiferentes, gustaba en fin de la dicha de comunicarse con un ser simpático, y le parecia salir de una pesadilla terrible.

—Ahora,—dijo él á su nueva amiga,—dígame usted su nombre y cuénteme á su vez la historia de su infancia.

—¿Estás enfadado aun?—esclamó la muchacha.—Me hablas como los jueces de Ve-

necia cuando interrogan á nuestros bravos piratas antes de hacerlos ahorcar.

En lugar de esplicar á la pobre muchacha que no era el uso en Francia el tutearse á primera vista, Juan finjió haberse equivocado, para recojer de este modo los beneficios de la costumbre de Dalmacia.

—No, hija mia,—le respondió,—no estoy enfadado. Este dia, por el contrario, será uno de los mas dulces de mi vida; pero será tambien la causa de mil tormentos si no he de volver á verte.

—¿Quién nos impide el vernos todos los dias tanto como queramos? Mañana volveré á la fuente; me llamo Antonia, y te contaré mi historia otra vez porque ya es tarde y es preciso que me vaya á casa.

La jóven formó de nuevo el rodete con sus largos cabellos, y colocando la cesta en la cabeza tomó el camino de la ciudad. Juan la acompañó pensativo hasta la plaza de San Simeon, y antes de separarse de ella, le dijo:

—Querida Antonia, voy á repetir mil veces tu nombre para contar los segundos hasta mañana.

Antonia se sonrió de una manera que indicaba mas alegria que credulidad.

—¿Dudas de mis palabras?-repuso Juan.

—Sin embargo nada hay mas cierto; mis pesares, mis reveses de fortuna y las persecuciones de la inquisicion de Estado no son ya nada para mí, y la razon es porque te amo.

—¡*Magari*!—respondió la zarantina suspirando.

Y se alejó con una marcha tan graciosa y unas actitudes tan nobles que Juan creyó tener delante de los ojos á Pompeya disfrazada de lavandera.

Es preciso saber que *Magari* es una palabra dálmata que significa á la vez: ¡No; y Ojalá!

## XXVI.

Si se hubiese dicho á Antonia que las muchachas del Norte, cuando dan una primera cita se creen obligadas á faltar á ella para hacer conocer la fuerza y la hermosura de sus escrúpulos sin perjuicio de acudir á la segunda cita con mas seguridad la pobre jóven no habria comprendido nada de estas delicadezas. Y no es porque en Zara no se tome el amor tan sériamente como en nuestros paises frios; por el contrario se ama con mayor ardor, algunas veces se muere de amor, y siempre se considera como un ne-

gocio en el cual se debe cumplir su palabra mas fielmente que en ninguno otro.

Antonia fué pues esacta á la cita, y aun llegó á la fuente antes que la víspera, con su cesto en la cabeza. Juan la esperaba hacia largo rato, y ella se sentó á su lado sobre la yerba. Cogiéndole la mano en seguida, le dijo con gravedad:

—Escucha; ayer me dijiste que me amabas, y no he hecho mas que pensar en ello. No hay que chancearse sobre ese punto, pues me harias muy desgraciada y ya lo soy bastante sin que el amor se entrometa en ello.

—No te he dicho mas que la verdad,—respondió Juan.

—¡Cómo, es posible! La grande Pepita, nuestra vecina, era mucho mas hermosa que yo, y sin embargo se ha muerto de pesar porque un marinero de la marina veneciana la ha abandonado.

—Si la grande Pepita era mas hermosa que tú,—respondió Juan,—no es una razon para que yo te abandone; yo no soy un marinero veneciano, sino un niño espósito de la Provenza, lo que es muy diferente.

—No habia pensado en ello,—repuso Antonia.—¿Luego los niños espósitos de tu pais no abandonan ni engañan á las mu-

chachas?

—Jamás,—respondió Juan.

—Eso es muy dichoso; yo creo en lo que me dices. ¡Oh! ¡qué bien hice yo en tomar informes sobre los niños espósitos! Ahora ya estoy segura de ser dichosa, y al presente voy á contarte mi historia. No es larga, pues que no tengo mas que catorce años que cumplí el dia de san Estéban. Mi difunto padre era un honrado pescador de la isla de Barazza, y viniendo á Zara un dia á vender pescado encontró á mi madre en el mercado y dejó sus redes para casarse con ella y venir á establecerse en esta ciudad. Se trabajaba entonces en las fortificaciones, y él iba como jornalero; pero poco tiempo despues de mi nacimiento un mal sujeto arrastró á mi padre á una espedicion de piratería. La cosa les salió bien; apresaron dos galeras de Ragusa que sabian estar bien cargadas; mataron la tripulacion y despues de haber abordado á Spaltro, donde vendieron las mercancías á bajo precio, volvieron á Zara sin accidente. El rector de Ragusa se quejó á nuestro proveedor; hubo pesquisas y proceso; mi padre fué arrestado, juzgado por los venecianos y condenado á muerte con sus cómplices. Desde entonces mi madre descarga su mal

humar sobre mí; me pega como á un perro por la cosa mas leve, y las mas veces sin motivo alguno.

Hace seis meses, un jóven oficial, menos hermoso que tú, quiso hacerme la corte. Yo lavaba su ropa, y todos los sábados me daba tres ó cuatro sueldos mas de lo que importaba su cuenta, por lo que comprendí sus proyectos al ver tanta jenerosidad. Un hombre rico y de gran familia como él, no podia casarse conmigo y así no le hice caso; hizo apuesta con sus amigos de que conseguiria su objeto, y como la perdió quiso vengarse. Arrestáronme un dia y registraron nuestra casa; en este cesto donde pongo mi ropa se encontró una cinta de reloj con un sello y una llave de plata que pertenecia á mi oficial, y él mismo era quien habia deslizado estos objetos en mi cesto para acusarme de haberlos robado. Me condujeron al jeneralato, pero me defendí tan bien y lloré tan de buena gana que me hicieron justicia. Mi acusador quedó confundido; y las jentes del pueblo me llevaron en triunfo sobre sus hombros hasta mi casa.

Poco tiempo despues de esta aventura vino un turco á nuestra casa y tuvo con mi madre algunas conversaciones secretas cu-

yo objeto ignoraba yo, pero debia saberlo muy presto. Mi madre me propuso marchar con este turco á Oriente, diciendo que me casaria allí con el bajá de Bohemia, que me cubririan de oro, joyas y vestidos de seda; que no tendria nada que hacer mas que adorarme, comer bocados esquisitos, beber sorbetes, oir música y aprender la lengua del pais. Adiviné que mi madre queria venderme, y en efecto habia recibido ya algunos cequíes á cuenta del trato; me arrojé á sus pies suplicándola con lágrimas que me guardase, y ella se puso tan colérica que presumo me hubiese matado si el turco no hubiera tomado mi defensa. Viendo que su resolucion era inalterable, confié mis penas á una vecina nuestra; la policía llegó á saberlo, regañaron fuertemente á mi madre y el turco desapareció. Desde entonces no se pasa un solo dia sin que me oiga echar en cara que no he querido hacer mi fortuna y la de mi familia, llenándome de injurias y malos tratamientos. Por eso he conocido que mi madre no me amaba, y así pido todos los dias á la Vírgen que me dé un marido que me proteja; si tú quieres ser ese marido, yo me veré consolada de todas mis penas. Soy económica, laboriosa, y gano dos libras diarias con mi tra-

bajo.

—Antonia,—respondió Juan,—en la miseria en que nos hallamos no hay que pensar en casarnos. Yo no quiero engañarte; no tengo un maravedí, pero aun cuando ganase como tú dos libras diarias, eso seria justamente lo bastante para echarnos la soga al cuello. Luego vendrian los hijos, y primero que ver el hambre y los padecimientos en mi casa; me arrojaria de lo alto de las murallas de Zara.

—¡Paciencia!—dijo la jóven.—Los dos somos jóvenes aun, y mientras que la fortuna te pone mejor cara, nos amaremos y hablaremos pacíficamente á las orillas de esta fuente.

Antonia venia, en efecto, todos los dias á la fuente, y Juan le hacia compañía asíduamente mientras que ella trabajaba, sin tener que temer á los importunos y los censores, pues nadie se dignaba fijar sus miradas en unas jentes de una condicion tan humilde. Gozaba de ese bien que los ricos envidian muchas veces á los miserables, la verdadera libertad, con entero descuido de los embarazos que ocasiona el cuidado de una reputacion que conservar. El encantaba á su querida hablándole de sus viajes y de una multitud de cosas que ella no co-

nocia, y Antonia miraba con ternura al narrador. Ella le cantaba baladas moriscas é ilirianas, en las que se trataba de piratería y amores desgraciados; y despues de estas conversaciones de un interés estremado, cuando á Juan le venia la idea de hacer alguna chanza, las risas no tenian fin. Se jugueteaba, se echaba agua á la cara y se hacian otras mil niñerias; y cuando el juego se convertia en ternura, el uno no ponia en ello mala intencion, y el otro no comprendia el peligro, de manera que se pasaba el tiempo lo mas dulcemente que darse puede.

Un dia tomaba Juan el camino de la fuente, cuando un ajente de policia le arrestó y le condujo al palacio del jeneralato, haciéndole entrar en el gabinete del proveedor.

—¡Hola, mocito!—le dijo el buen señor Capello.—El serenísimo gobierno no te ha perdido de vista desde que le diste tus bienes.—Espero que tu resignacion acabará por enternecerle, pero esa resignacion va á sufrir la última prueba; acabo de recibir la órden de enviarte á la isla de Liesina, para que hagas allí el oficio de remero guarda costas.

—¿Es decir que se me condena á galeras?—interrumpió Juan.

—Precisamente; pero repito que esta prueba será la última. Este rigor aparente encubre un remedio prócsimo á tu desgracia, y si le soportas con constancia te prometo una suerte mejor; no hay que murmurar, mañana partirás para Liesina.

Juan se puso de rodillas, y esclamó:

—¡Oh, monseñor! dejadme permanecer en Zara; si me hubiéseis enviado á los antípodas, hace tres meses, no me habria quejado, pero hoy no puedo partir. Que me pongan en galeras si quieren, pero que sea en Zara.

—Cuando la serenísima señoria ha hablado,—dijo el proveedor,—se obedece al instante, ó se muere.

—Pues bien, hacedme matar; desembarazadme de una existencia que se ha sabido hacerme insoportable.

—Eres un niño,—repuso el señor Capello,—te digo que el fin de tus males se aprocsima, que podrás muy pronto cambiar de nombre, volver á Venecia y obtener el derecho de ciudadano, á menos que prefieras el volverte á tu pais.

—Es en Zara donde quiero vivir.

—¡Tanto amor para una lavandera!—dijo el proveedor con severidad.—Todo lo sé; estas enamorado de una muchacha del

pueblo. Arranca esa pasion de tu corazon, y no te hallarás mal.

—¿Y aun cuando me encuentre enamorado de una lavandera, donde está el mal? ¿qué le importa á nadie? La amistad de esa pobre muchacha es mi único bien; por piedad, no me la quiteis, ó quitadme la vida. ¿Sois vos, señor Capello, quien pretende despedazar mi corazon, cuando se dice que sois tan bueno?

—Yo tenia designios sobre tí,—respondió el proveedor,—pero parece no mereces que se ocupen de tu suerte. No añadas una sola palabra, ó acabarás de perderte. Ya me has oido; mañana partirás para Liesina.

Juan se dirijió llorando hácia la fuente, y no halló en ella á Antonia. Una lavandera le dijo:

—Tu querida no vendrá porque ha sido vendida.

—¡Vendida!—esclamó Juan,—¿qué quiere usted decir? ¿por quién ha sido vendida?

—Por su madre, al mayor de provincia. ¿No es cosa fatal que todas las muchachas hermosas de Zara se las llevan los señores venecianos?

—Yo sabré romper el contrato;—dijo Juan.

—¿Y cómo?

—Matando al comprador.

La lavandera se santiguó y prosiguió su camino.

Zara está dividida en dos partes por una calle ancha y hermosa, y la mayor parte de las otras calles son estrechas y oscuras, y van desde la calle Mayor á las murallas de la plaza. En una de estas callejuelas, llamada del Pozeto, vivia la tia Catalina, madre de Antonia; la puerta de la casa estaba abierta, y Juan se lanzó furioso de un salto en el cuarto donde respiraba su querida, hallando precisamente en él á la vieja Catalina en conferencia con un oficial que por su uniforme reconoció ser el mayor de la provincia.

—¿Dónde está su hija de usted?—dijo cruzando los brazos con trájico ademan.

—Encerrada en su cuarto,—respondió la vieja.

—Y sin duda usted está tratando de vender al señor mayor la llave de ese cuarto al mejor precio posible.... Prosigan ustedes su conversacion, y yo firmaré como testigo ese honroso contrato.

—¿Ese mendigo es el rival que prefiere la bella Antonia?—dijo el oficial.

—El mismo,—respondió la vieja.—Se le ha metido en la cabeza el casarse con ese

miserable, pero yo sabré correjirla de esa fantasía castigándola.

—No la pegue usted,—respondió el mayor.—No es á ella á quien hay que correjir, sino á ese rival andrajoso, y eso me toca á mí. ¡Sal de aquí pronto, bribon, ó te rompo mi baston en las narices!

—Declaro que no saldré ,—respondió Juan,—y si levantais el baston contra mí os ahogaré entre mis manos.

—¿Qué diablo de acento tiene ese pícaro? —dijo el oficial,—¿no es de este pais?

—Soy francés,—respondió Juan;—en mi pais se hace lo que se dice; si me levantais el baston, os mato. Tenedlo entendido.

—Eso merece atencion,—respondió el oficial sacando su espada.—Repito que vas á salir, ó te arresto, ó te llevo á la policia por haber insultado al mayor de la provincia.

Sobre una mesa coja habia un gran candelero de hierro, y Juan se apoderó de este arma marchando resueltamente contra su adversario.

—Vos mismo vais á salir,—dijo él blandiendo su candelero.—pues yo me burlo de la provincia entera y de su mayor.

El oficial se retiró á un ángulo de la pieza poniéndose en guardia y gritando con to-

das sus fuerzas:

—¿Quieres asesinarme, malvado?.... A nombre de la serenísima señoría, cuyo mayor soy en Dalmacia, yo te arresto.

—Envainad la espada,—respondió Juan, —ó la Dalmacia se quedará viuda ahora mismo de su mayor. Soy yo quien os arresto como sobornador de niñas inocentes, y ya nos esplicaremos delante del señor Capello.

El mayor hubiera capitulado acaso con un miserable, á riesgo de pasar por un cobarde; pero cuando se vió amenazado con un asunto escandaloso, prefirió correr el riesgo de un duelo en que la superioridad de las armas estaba en su favor. Arrojóse precipitadamente sobre su adversario tirándole una estocada á fondo, pero Juan saltó lijeramente hácia atrás y lanzó el terrible candelero á la cabeza de su enemigo. El proyectil le acertó en medio de la frente, y el oficial cayó de espaldas llenándose de sangre su rostro y vestidos. La vieja Catalina dió unos gritos espantosos; los vecinos empezaban á mirar por las ventanas antes de atreverse á penetrar en la habitacion; y Juan se escapó atravesando las callejuelas á la carrera hasta la puerta de la marina, y no se detuvo hasta las orillas del mar. El

Sudeste que soplaba con violencia, esparcia en el aire su humedad febril, y una lancha con velas se balanceaba no lejos de la entrada del puerto, al pie de una escala de embarque.

—¡Espíritus de las aguas!-esclamó Juan. —¿Sois vosotros los que me invitais á huir? Si entro en esta barca, ¿me conducireis á los dominios de Hydora? ¿Sois vosotros los que me habeis reducido al estremo en que me hallo? Mi miseria, mi adversa fortuna en la ciudad acuática de Venecia, las manos caritativas que me rehusaban socorro, los esfuerzos inútiles para ganar honradamente mi vida con el baston de gancho y como vigolante, esa avaricia increible del buen señor Capello, mi destierro en Dalmacia, y todo finalmente, es la obra de mi eterno perseguidor. ¡Traidor Potamogeiton! tú me has dado el amor de Antonia para hacerme mas cruel la órden de ir á las galeras de Leisina, para precipitarme en un abismo en cuyo fondo se encuentra el cadalso, pues el asesinato de un mayor de provincia no puede merecer un castigo menor. Tú me pones entre la espada y la pared, ¡Ah! ¡teme que ceda á la tentacion! Si llego alguna vez á ser tu amo, yo te haré pagar todas mis persecuciones. ¡Y vos,

Gran Dios, que veis mi desesperacion, socorredme! Entre el patíbulo y el peligro de perder mi alma, tentaré los azares de un nuevo pacto, si no me tendeis vuestra mano paternal al instante mismo. ¡Haced un milagro en mi favor, ó soy perdido!

Al decir estas palabras vió venir por la puerta de la Marina los alabarderos y los ajentes de policía á distancia unos de otros para formar un círculo de donde no pudiese escapar. Juan echó una mirada sombría hácia el Adriático, en cuyas aguas parecen unas manchas negras las innumerables islas que bordan la costa de Dalmacia.

—¡Dios mio!—esclamó Juan,—pues que vos me abandonais en un peligro tan inminente, yo veré si *El otro* será mas piadoso que vos.—¡Favor, Potamogeiton!

Bajó precipitadamente la escala, saltó en la barca y desató la cuerda pasada por el anillo de amarrar en el muelle, y el viento Sudeste hizo henchir repentinamente la vela. Los ajentes de policia que habian corrido hácia la orilla del muelle vieron salir del puerto el barquichuelo y ganar la mar con una velocidad estraordinaria. La barca tomó el rumbo hácia las islas y se perdió de vista en los recodos del archipiélago Dalmático.

Por la noche de aquel mismo dia, vuelto Juan de su espedicion, estaba sentado en el gabinete del proveedor de Zara.

—Hijo mio,—le decia el buen señor Capello,—tú me has tomado por un avaro cuando en Venecia acepté tus servicios y bebí tu vaso de agua sin pagarte. Me has tomado por hombre duro, cuando te ordené que partieses para Liesina; y acaso te has imaginado que iba á hacerte ahorcar por haber herido á un mayor licencioso en un caso de lejítima defensa, siendo así que le he puesto arrestado. Te engañabas, hijo mio; de acuerdo con el serenísimo gobierno, he puesto á prueba tu resignacion; tus bienes confiscados me han sido devueltos en su mayor parte, y te los entregaré haciéndome tu padre. Yo te amo; no tengo hijos y mis sobrinos son ya bastante ricos. Te adopto pues, y en adelante llevarás mi nombre; y para hacerte saber esta noticia mandé esta mañana á mis ajentes en busca tuya. Temia que el susto no te hiciese tomar algun partido desesperado, pero ya estoy tranquilo. Compra pronto otros vestidos y ven á vivir conmigo en este palacio. Si deseas viajar por Francia ó por España, yo te lo permito, y tan luego como se hayan llenado las formalidades de la adopcion podrás

partir, llevando el treu que debe tener un noble veneciano hijo de un miembro del senado. En recompensa de mis bondades te ruego únicamente que renuncies á tu lavandera zaratina, pues no puedes casarte con ella, y no estaria bien que hicieses de ella tu concubina. Envíale regalos, dale un dote y un marido de su condicion, y olvídala. Ahora, abráceme usted, señor don Juan Hermolao Capello, pues asi es como se llama usted ya.

Juan besó respetuosamente las mejillas del viejo senador, llamándole padre, y suspiró por lo bajo:

—¡Dios clemente!—pensó él,—vos veniais á mi socorro cuando me arrojé en la fatal barca... Si hubiese esperado me hubiérais salvado; pero mi suerte está decidida, pertenezco al infierno.

## XXVIII.

Antes de resolverse á dejar partir á su hijo, el proveedor quiso guardarle en Zara durante algun tiempo, y Juan vino á habitar en un hermoso aposento del palacio del jeneralato. Al cabo de un mes llegaron las cartas que le concedian los derechos de ciudadano veneciano; y dos meses mas tar-

de, llenadas ya las formalidades de la adopcion, tomó el título de Patricio y el nombre de Capello, uno de los mas ilustres de la Serenísima República. Para obedecer á su padre, Juan no volvió á ver á Antonia, pero envió á la calle del Pozzeto muchos regalos y una suma considerable de dinero, que sus criados llevaron solemnemente sobre almohadones de terciopelo á la manera oriental. La tia Catalina, viendo á su hija tan festejada no pensó ya mas en venderla, y le prodigaba tantas caricias como golpes le habia dado. Antonia supo acomodarse en seguida á su nueva condicion; las modistas la trasformaron en gran señora, y se la vió salir á paseo en coche, tan hermosa, que los jóvenes de la ciudad se quedaron deslumbrados. Muchos de ellos pidieron su mano, pero ella les respondió que habia dado su corazon y ternura á Juan Capello, y que le guardaria fielmente este bien hasta que le agradase disponer de él.

—Amigo mio,—dijo el proveedor á su hijo,—esas palabras de tu querida demuestran mucha ambicion ó un amor verdadero y de todos modos una enerjía de carácter poco comun. La perseverancia de esa muchacha podia llegar á enternecer mi corazon, como su belleza ha aprisionado el tu-

yo. Ha llegado el momento de partir; viaja, pues, ya no te retengo.

—Pues que usted lo permite,—respondió Juan,—partiré mañana en un bergantin turco que espera mis órdenes.

Nuestro héroe abrazó á su padre al dia siguiente, y se embarcó en el bergantin que le habia llevado desde Portvendres á Nápoles, saliendo de Zara con un hermoso dia y echando su bendicion á la Dalmacia. El viejo capitan turco con su turbante aplastado y su pistola de mecha estaba sentado al timon; los marineros con sus chaquetillas coloradas y sus caras de gato no habian desplegado mas que una vela del bergantin, que caminaba como un buque ordinario.

—¿No vas á llevarme con mayor velocidad?—dijo Juan al capitan.—¿Se ha hecha un zueco tu bergantin desde que yo no camino en él?

—¡Piano!—respondió el viejo turco.—Os advierto que vuestro tierno papá sigue con la vista esta vela blanca desde las murallas; ¿qué pensaria si mi bergantin volase como las golondrinas? Salvemos las apariencias, y dentro de breves momentos sereis servido.

—Así lo espero,—respondi Juan.—Ha

provision de celo, pues voy á cortarte trabajo largo, porque tengo necesidad de desquitarme.

—No se incomode Su Señoría, porque sus órdenes serán ejecutadas puntualmente. ¿Deseais gozar el divino placer de la venganza?

—¡Traidor! de tí solo es de quien quisiera vengarme; pero no soy mas que un hombre, y no teniendo gusto por el placer de los dioses, te perdono como á los otros.

—Vuestra Señoría tiene un alma muy noble.

—Si puedo hacer algun servicio á Luisa de Cerdagne, al rey Felipe V, y al mariscal de Marchin, me tendré por vengado suficientemente.

—Ayudaré á Su Señoria con todo mi poder. En cuanto al mariscal de Marchin, tratareis de reconquistar su aprecio en un mundo mejor, pues ese bravo militar se hizo matar en el sitio de Turin.

—Necesito dinero para el cumplimiento de mis designios.

—El Adriático oculta en su seno algunos centenares de millones en materias preciosas y en monedas de todos los siglos y paises; el Mediterráneo contiene tres veces mas, y si no le bastase á Su Señoría tomaríamos

aun del Océano.

—Corriente; las costas de la Dalmacia se pierden en el horizonte, ya puedes caminar.

—Para obedeceros, mirad delante de nosotros el fuerte de Lido y el campanario de San Marcos. Ya estamos en Venecia.

El bergantin entraba ya en el puerto. Se detuvo delante del arsenal, ancló, y el pasajero puso pie en tierra en el muelle de los Esclavones, en el mismo parage donde el año precedente le habian embarcado á garrotazos. Juan se dirijió al palacio ducal y no tuvo necesidad mas que de decir su nombre para ser introducido en el gabinete del Dux, Luis Moncénigo. El príncipe se levantó, y presentándole la mejilla para que le besase, le dijo:

—Mi jóven amigo, pues que el virtuoso Capello ha querido adoptaros, ya estais hecho un hijo de nuestra república; de consiguiente debo instruiros de los deberes que os impone esta nueva condicion. Presumo que vuestra intencion no es la de disipar locamente vuestra juventud para vuestra gloria y para el bien de nuestro Serenísimo Estado. Es preciso tomar asiento en el gran Consejo, solicitar empleos, ocuparos de política y mostrar á vuestros conciudadanos

de lo que sois capaz.

—Yo puedo servir á la República en otra parte que en el Consejo,—respondió Juan; —y al mismo tiempo reclamo de vuestra bondad el permiso de curar las heridas hechas á mi honor. Tengo medios que seria muy largo enumerar, para hacer que Felipe V se avergüenze de haberme condenado sin oirme. No sé lo que se habrá hecho de Alberoni en la córte de España, pero si tiene algun crédito no dudo que me secundará.

—¡Alberoni!—esclamó el príncipe.—Es el confidente de la condesa de los Ursinos, y será primer ministro uno de estos dias. ¡Oh, qué feliz encuentro! Sabed, amiguito mio, que nuestra República ha manifestado mas parcialidad por el emperador que lo que hubiese deseado el rey de España en el negocio de sucesion. Si conseguís el reconciliarnos con Felipe V, por medio de Alberoni, salvaríais acaso á vuestra patria adoptiva.

—Lo conseguiré, no lo dudeis.

—Pues entonces, partid sin tardanza. Obtened desde luego la reparacion de vuestro honor, como lo deseais, y luego esperad los acontecimientos sin precipitaros demasiado; esa es la política tradicional de nuestra República. El teatro de la guerra

es España; si los imperiales son vencedores; guardad silencio; pero si fuesen esterminados, haced saber al rey que somos siempre los grandes amigos y verdaderos aliados de su corona, segun la antigua fórmula de nuestros padres.

Antes de partir para España, Juan Capello fué á tomar asiento en el gran Consejo y trabó amistad con algunos jóvenes patricios. Pasó algunos dias en su palacio Faliero, donde dió una fiesta á la que asistió la nobleza; y habiéndose levantado el secuestro de sus bienes, recobró las sumas depositadas en casa de Borromeo; distribuyó diez mil ducados á los pobres, y tuvo mesa franca durante veinticuatro horas. Pero el lugar donde se bebió mas cordialmente á su salud fué en la calle del Pistor, porque la muy dichosa compañia del Clavo recibió una buena suma en dinero, comestibles y vestidos; y despues de la comida mas espléndida que habia tenido desde su creacion, la compañía aplaudió frenéticamente un elocuente discurso de maese Blas en honor de la jenerosidad de un miembro honorario que habia merecido bien de sus compañeros.

Juan se habia hecho conducir tan rápidamente por el bergantin, que no habia

tenido tiempo de preguntar á Potamogeiton por Luisa de Cerdagne. Supo con sorpresa que habia dejado la Italia, y habian llovido las desgracias sobre la antigua familia de nuestro héroe. El conde Maccioli, en medio de las emboscadas de la galanteria veneciana, se habia dejado seducir por las ojeadas adriáticas. Una hermosa dama que le habia enamorado, le hizo caer en una multitud de lazos, y habia dejado en ellos su fortuna y su felicidad conyugal, pues las bellas de aquel tiempo se hacian un punto de honor de arruinar á sus amantes. La condesa hubiera perdonado acaso estas faltas á pesar del orgullo de su carácter; pero habiendo muerto M. de Cerdagne, su padre, esta pérdida cruel, unida á sus otros pesares, le habian inspirado una de esas resoluciones bruscas por las cuales tenia gusto é inclinacion. Partió secretamente para Francia dejando á su marido un eterno adios en una carta, sin decirle adonde se retiraba y sin darle la esperanza de volver á verla. El conde Maccioli habia derramado un torrente de lágrimas, y toda la ciudad habia sido testigo de su dolor; conocia un poco tarde su locura, y cuando quiso recordar se halló privado de su fortuna y de una mujer que habia amado mu-

cho. Sus deudas empezaron á gritar mas alto que su pesar, pero Juan desembarazó al conde de sus acreedores y le prometió mas bienes que los que habia disipado, si le prometia ir en busca de su mujer y vivir en adelante como buen esposo.

—Yo lo prometo de corazon,—respondió Maccioli;—¿pero á dónde he de encontrar á esa mujer caprichosa?

—Yo me encargo de conduciros cerca de ella,—dijo Juan.

El conde besó las manos de su libertador, le dió mil testimonios de su gratitud, y solicitó el favor de llamarle aun su cuñado, á lo que no se opuso Juan Capello.

Cuando el dux entregó á nuestro patricio las instrucciones y cartas credenciales que debia exhibir ó guardar segun los acontecimientos, le dejó ya en libertad de partir para España. Juan tenia tiempo de recorrer todo el globo terrestre durante el plazo que le señalaba el Senado para presentarse en Madrid, y como Potamogeiton le hizo saber que la condesa de Maccioli se habia retirado á la abadia de Remiremont, en la Lorena, resolvió tomar el camino mas largo y hacer una visita á Luisa de Cerdagne. Envió pues al conde á Lyon con sus bagajes, y partió una noche de Venecia en

su bergantin.

Conociendo la facilidad particular que tenia nuestro amigo Juan de ver paises en mucho menos tiempo que un viajero ordinario, el lector no se sorprenderá si le trasportamos un poco presto desde un punto á otro.

La abadia de Remiremont está situada en medio de las montañas del departamento de Vogos, en el sitio mas fresco y pintoresco que darse puede. Una princesa de Lorena era la abadesa del convento; y Luisa de Cerdagne habia conseguido una celda como pensionista, por la proteccion de la superiora que era una prima suya. La comunidad seguia la regla de san Benito, pero muy dulcificada, porque las reclusas de Remiremont eran todas señoras voluntarias que no pronunciaban votos ni guardaban la clausura. El amor y el matrimonio venian frecuentemente á sacarlas de sus celdas; poseian ciento cuarenta prebendas, granjas y bosques inmensos. Siete parroquias les debian tributos considerables en dinero, en granos y otros frutos. El guarda-bosques de la provincia les debia doce servicios completos de caza por año, el alcalde doce servicios de aves, y si los capones no estaban gordos no eran recibidos;

de manera que las pobres señoras no padecian de hambre, y llevaban pintada la salud en los semblantes y muchos adornos en sus hábitos.

La señora abadesa estaba haciendo sus cuentas con el proveedor de pescado de la comunidad, cuando vinieron á anunciarle la visita del magnífico señor Capello, patricio de Venecia. Púsose al momento su gran toca y reunió las cuarenta canonesas mientras que el maestro de ceremonias bajaba á recibir al ilustre visitador en el umbral de la abadia. Se introdujo á Juan en el salon de los estranjeros, y se les sirvió una colacion compuesta de frutas, dulces y conservas hechas por las monjas. Las novicias vinieron en seguida á cantar una música mas profana que religiosa; y luego se llevó al estranjero á ver la biblioteca y las galerías adornadas con los retratos de las abadesas difuntas.

El señor Capello tenia sus razones para no asistir á los divinos oficios del convento, y no hizo mas que atravesar la capilla mientras estaban en vísperas; pero una simple ojeada le bastó para admirar á la abadesa y á la superiora en los dos estremos del coro bajo sus sólios. Los sonidos del órgano cubrian agradablemente los vo-

ces de los rezos, y el oficio no duró mucho, porque las tiernas rodillas de las damas hubieran podido fatigarse pasando mucho tiempo arrodilladas sobre los almohadones de terciopelo. Por la noche el maestro de ceremonias condujo al señor patricio á un cuarto adornado con mucha mayor comodidad que el lujo de los palacios; un blando lecho convidaba al viajero á dormir profundamente, y Juan lo hizo en efecto hasta muy entrada la mañana.

La señora abadesa habia dispuesto un espectáculo curioso para su huésped. Rogó al señor Capello que la acompañase al mercado de la villa, donde las tiendas estaban llenas de provisiones; pero los oficiales del convento no hubieran permitido vender un huevo antes de dar la señal. Sobre la fuente situada en medio de la plaza se veia una bandera donde estaban bordadas las llaves de san Pedro, que eran las armas de la abadia; y mientras que esta bandera permanecia izada, los vecinos no podian proceder á sus compras, porque un privilejio concedia á las religiosas la primera eleccion de las provisiones. Inmediatamente que la abadesa y su huésped parecieron en la plaza, los oficiales del convento principiaron á amontonar en sus

enormes cestos las truchas del Meurthe, los pescados de los lagos, los cangrejos, las aves etc.; ni un solo bocado suculento se ocultó á sus ojos. Finalmente se quitó la bandera, y los buenos vecinos tuvieron permiso para comprar lo que quedaba

Todavia se habia preparado otra diversion al ilustre huésped. La guardia cívica habia recibido órden de hallarse reunida para una revista, y los vecinos llegaron todos armados, precedidos de tambores y chirimías. Madama la abadesa con su baston blanco en la mano pasó la revista á estas fuerzas militares, y puso cierta coquetería en mostrar sus conocimientos en la ciencia de las armas, con observaciones juiciosas y fundadas sobre el buen ó mal estado de los mosquetes. Al aspecto de su ejército su voz se hizo mas grave y su jesto mas animado, y despues de haber mandado cargar las armas dió la voz de fuego á todo el batallon, y la descarga no dejó gran cosa que desear.

Para no quedarse atrás en magnificencia y cortesía, el jóven patricio hizo regalo á la capilla de un cuadro del Ticiano y de un soberbio copon de Benvenuto Cellini. La señora abadesa empeñó mucho á su huésped para que se tomase el tiempo de visitar los

hermosos parajes de la provincia, pero el señor Capello pretestó los asuntos políticos de su gobierno, y no insistió ya mas en retenerle.

Juan habia notado entre las pensionistas á Luisa de Cerdagne, pero habia finjido no conocerla; mas, antes de partir, hizo llamar á la señora Maccioli, y bajó inmediatamente al locutorio.

—Señora;—dijo Juan á la condesa,—el patricio de Venecia no reclama la amistad que le habeis rehusado tan duramente cuando era un miserable perseguido por la Inquisicion del Estado. No me atrevo ya á desear un afecto que me seria retirado al primer revés de la fortuna; pero, antes de deciros un eterno adios, he querido dejaros un recuerdo menos triste que el de nuestra entrevista en el muelle de los Esclavones. Soy el hijo adoptivo del senador Capello, y no un aventurero; vengo de Venecia espresamente para haceros una pregunta, á la que deseo me respondais con sinceridad: ¿Estais bien resuelta á no volver á ver jamás á vuestro marido?

—Señor Capello,—respondió la condesa, —ya conoceis mi cabeza ligera. Cien mil veces me he reprochado el mal humor que me hizo rechazaros tan cruelmente el dia que

os ví al embarcaros para Zara. En cuanto á mi marido, el despecho de su infidelidad me ha traido aquí; pero mi resentimiento no resistiria á su arrepentimiento sincero.

—Entrad, pues, Lorenzo Maccioli,—esclamó Juan,—y venid á abrazar á vuestra mujer.

La puerta del locutorio se abrió, y Lorenzo quiso arrojarse á los pies de la condesa que le recibió en sus brazos. Despues de haberse regocijado de volver á verse, los dos esposos reconciliados suplicaron al generoso señor Capello que no los dejase aun, pero Juan sacó su reloj y mirando la hora les dijo:

—Adios, amigos, antes que se ponga el sol ya estaré en España.

## XXIX.

La guerra de sucesion abrazaba todo el Occidente desde Gibraltar hasta las riberas del Escalda: los tronos de Francia y España se hallaban gravemente comprometidos. El príncipe Eugenio sitiaba á Lila y hablaba de su prócsima entrada en Paris como de una cosa muy segura. Por otra parte el rey y M. de Chamillart, creyendo

que un príncipe de casa real era el mejor obstáculo que podia oponerse al jenio de un gran capitan, dieron el mando del ejército á Monseñor el duque de Borgoña, que no tardó mucho tiempo en reñir con el duque de Vendome; mientras que en este mismo tiempo combinados los ejércitos de Inglaterra y Portugal, hacian su entrada en Castilla posesionándose de Alcántara, Salamanca y Madrid. Felipe V, retirado en Burgos, esperaba que el mariscal de Berwick, que tenia un número de fuerzas equivalentes á la mitad de las del enemigo, echase el resto arriesgando el todo por el todo. El duque de Orleans, enviado de Francia con refuerzos, no llegaba nunca, y M. de Berwick le aguardaba tranquilo en las montañas de la provincia de Valencia, tanto que lord Galloway que le perseguia, tomó su prudencia por temor y quiso obligarle á combatir.

El 25 de abril de 1707 á las tres de la tarde los dragones ingleses encontraron en las alturas de Almansa un rejimiento español al que atacaron con denuedo, sin tener en cuenta la escabrosidad del terreno: M. de Berwick creyó habia llegado el instante favorable, é hizo avanzar á la brigada francesa de Eu que cambió de repente

la escaramuza en una batalla jeneral. Esa brigada compuesta de veteranos aguantó impávida el fuego de la mosquetería, y penetró hasta el ala izquierda de los ingleses, causándoles los mayores destrozos: el mariscal mandó á los rejimientos de la corona de Orleans apoyados por los españoles que atacasen por el centro al enemigo, y de este modo se deshizo completamente el frente de batalla de lord Galloway. Sin embargo cinco batallones ingleses se arrojaron sobre los flancos formados por los españoles, y los destrozaron, y entonces el rejimiento de la Corona, cuya marcha no estaba ya protegida, se retiró en el mayor órden, quedando solo el de Orleans que se disponia ya á seguir el movimiento, cuando un jóven voluntario, viendo caer herido de una bala al porta-estandarte, se apoderó de la bandera, y se metió intrépidamente en medio del espacio abandonado por sus compañeros sin querer retroceder una pulgada de terreno. M. de Villemeneurx, coronel del regimiento, le dijo en alta voz:

—¡Imprudente! volveos á las filas, ó vais á ser muerto por nuestros tiros.

—Tirad, tirad,—respondió el jóven voluntario.

Una espantosa descarga sucedió á estas

palabras; todo el campo de batalla se oscureció con una nube de humo, mas cuando se hubo disipado pudo verse aun al desconocido ajitando en el aire su bandera. El regimiento de Orleans dió voces de alegria que bien luego se cambiaron en gritos de triunfo; sus tropas avanzaron, atravesando todo el ejército enemigo, y al cabo de tres horas de combate el rejimiento penetró hasta la ciudad de Almansa donde se consumó la derrota de los ingleses por la llegada de la caballeria francesa de la brigada de Eu y de los nueve batallones del ala izquierda (1).

En menos de tres horas cambió la suerte de las armas; el mariscal de Berwick, tomando la ofensiva, persiguió á muerte al disperso enemigo, logrando que la brigada portuguesa del conde de Hona compuesta de tres regimientos se rindiese á discrecion. Los ingleses no pudieron volver á reunirse sino al cabo de dos dias en Villena, de donde fueron arrojados por los granaderos de la

(1) La crónica de Juan el Trovador parece hallarse de acuerdo con los relatos de la batalla de Almansa, y particularmente con el diario militar del rejimiento de Orleans.

Corona. Por último se principió á indagar cuales habian sido las pérdidas; las del ejército del imperio se elevaban á 12,000 hombres fuera de combate y 8,000 prisioneros, entre los que se contaban 6 mariscales de campo, 20 coroneles y mas de 800 oficiales, habiendo salido heridos los jenerales Las Minas y lord Galloway. El duque de Orleans desesperado por haber llegado demasiado tarde para combatir, se contentó con otorgar las recompensas; los honores de la jornada correspondian al rejimiento que llevaba su nombre; vanamente se buscó al voluntario que contuvo el movimiento de retirada, porque no pudo encontrársele por ninguna parte, y el general en gefe creyendo que habria perecido en la accion, hizo mencion de su laudable hecho de armas en el parte que envió al rey. Una noche que el ejército descansaba en el llano de Valencia, M. de Berwick despues de haber dado el santo y seña, se hallaba retirado en casa, donde habia establecido su cuartel general, cuando un soldado que deseaba hablar al mariscal, despues de algunas dificultades, pudo obtener el entrar.

—Señor duque,—dijo el soldado,—yo soy quien levantó el estandarte de Orleans cuando el que lo llevaba cayó en Al-

mansa.

—Eres un valiente,—respondió el mariscal;—preciso será darte una recompensa. ¿Quieres dinero, ó un grado?

—Nada de eso,—dijo el voluntario.—Deseo únicamente que mi nombre llegue á oidos del rey, á fin de que sepa S. M. que he arriesgado mi vida en su servicio.

—Te se cumplirá tu deseo; voy á escribir tu nombre en mi librito de memoria en cuanto haya verificado tu identidad: ¿en qué compañía estás como voluntario?

—En la del baron de Tournon.

El mariscal mandó á buscar á M. de Tournon, capitan del rejimiento de Orleans.

—Ese mozo,—dijo el capitan,—es un muchacho muy original que me pidió el entrar en las filas la víspera de la batalla; es el mejor tirador que he visto en mi vida, pero no es muy amante de la disciplina: al concluir la jornada de Almansa desapareció, y ya hubiera ingresado en la lista de los desertores sin el increible valor que desplegó aquel dia.

—Esta vez le perdonaremos su falta,—dijo el mariscal,—mañana volveremos á emprender la campaña y toda la jente de corazon se hallará en su puesto. Ahora ya puedes decirme tu nombre.

—Soy Juan el espósito, falsamento llamado de Cerdagne á causa de una equivocacion, y príncipe de Nola, título que debí á S. M. Felipe V, y que fué despues revocado.

—Conozco tu aventura, y comprendo los motivos de tu conducta; diré al rey que haces una buena penitencia en castigo de tus pasadas culpas.

El ejército francés se volvió á Aragon despues de la batalla de Almansa, atravesando para ello un pais montañoso donde careció de provisiones, tanto que el hambre y el mal camino le presentaron mas dificultades que el enemigo. Las provincias esquilmadas ya por la guerra ofrecian muy pocos recursos, y cuando el ejército llegó á Cuenca para descansar de sus fatigas, se encontró con una poblacion tan hambrienta como podian estarlo ellos. Los jenerales se hallaban reunidos en consejo para remediar los peligros de la situacion, cuando vinieron á anunciar que estaba entrando en la ciudad un convoy de trescientas mulas cargadas de provisiones; los jenerales, no sabiendo quién podia proporcionarles aquel socorro, se asomaron á la ventana para ver pasar el convoy, y bien luego distinguieron delante de las mulas

un soldado francés que M. de Berwick reconoció.

—Pardiez!—esclamó el mariscal,—ese es mi voluntario de Almansa! Voy á hablarle: ¡eh! mozuelo, acércate y dinos si ese botin es una broma de las tuyas.

Juan se colocó bajo la ventana, y saludó con la mayor gracia del mundo.

—Señor mariscal,—dijo,—si el hambre me ha hecho salir del bosque, no se me debe considerar como un desertor; he pasado la espumadera por esas montañas y os traigo que comer, pero esto que veis aquí no es nada; dentro de un instante vereis entrar manadas de bueyes y carneros que van á llegar á la ciudad.

—Te voy á dar el título de proveedor,—repuso M. de Berwick.

—Es inútil,—replicó Juan,—¿quién sabe si mañana habrá otra cosa mas útil que hacer? Ademas en Uña os esperan otras provisiones.

—¿Eres un diablo encarnado? Voy á bajar para pagar á los arrieros.

—No os incomodeis, porque todo está pagado; esto es un regalo que me tomo la libertad de ofrecer al rey de España; únicamente os suplico que escribais á S. M. que esto viene del pobre Juan el aventure-

ro, que llevó por equivocacion los nombres de Cerdagne y de Nola.

—No dejaré de hacerlo, y como dependa de mí obtendrás seguramente tu absolucion.

Pocos dias despues los franceses se habian vuelto á posesionar de Zaragoza donde se estableció la córte, y donde Felipe V quiso recompensar á los que habian salvado su corona. El mariscal de Berwick obtuvo por su parte los ducados de Liria y de Jerica y los títulos de noble de primera clase; se celebraron regocijos por los triunfos del ejército, y el duque de Orleans, estimulado por una bella emulacion, volvió á entrar en campaña con ardor. Aun se bailaba en Zaragoza cuando llegó un correo con la noticia de la toma de Monzon y de la capitulacion de Balaguer, y en el parte que le daban al rey se hallaba citado el voluntario como el primero que habia penetrado en la brecha. Lérida, ante cuyos muros nada pudo obtener el príncipe de Condé, perdió su reputacion de inespugnable al cabo de diez dias de sitio; parece que el puente que se echó sobre el Segre, y que cortaron los enemigos, fué reconstruido en una sola noche por artesanos de una habilidad incomparable, venidos no se sabe de donde, y que desaparecieron una vez con-

cluida su tarea. El voluntario Juan habia dirijido sus trabajos que los oficiales consideraban como una obra maestra. Felipe V, al volverse á encontrar con el nombre de aquel personaje singular, esclamó dirijiéndose á M. de Louville:

—Si nos mostramos rigorosos aun con ese jóven, pronto le deberé yo tantas cosas que me veré en apuros para pagarle. Escribidle que deseo verle, y buscad un medio para quedar corriente con él.

El maravilloso puente construido en el Segre fué un objeto de admiracion para el ejército y los habitantes de Lérida, y Juan se encargaba de hacer en persona los honores á los curiosos. Una noche que paseaba por él, vió una silla de posta que pasó rápidamente á su lado; el postillon vestido de paño encarnado y de piel de zapa se parecia estraordinariamente al mismo que condujo al príncipe de Nola por el camino de Italia: un abate sacó la cabeza por la portezuela, y Juan reconoció á su secretario íntimo. Alberoni bajó de su carroza, y dando dos fuertes besos á su antiguo amo, le dijo:

—¡Ah, señor Juan, qué contento estoy de volveros á ver! Hasta hace poco no he sabido vuestras desgracias, y he pensado al

instante en remediarlas, pero me han quitado todo mi tiempo los negocios: ¿qué puedo hacer en vuestro favor? Disponed de mí.

—No necesito de nadie, — respondió Juan,—mi poder no tiene igual, sino es el vuestro.

—¿Acaso habeis firmado otro pacto?

—Sí, por cierto.

Alberoni hizo un jesto de endemoniado.

—Me prometo que nos pondremos de acuerdo, y que no emprendereis nada contrario á mis proyectos. Despues de haber hecho el sacrificio de mi salvacion, me moriria de despecho si supiera que habia de encontrar obstáculos insuperables: abandonadme el terreno de la política.

—Veremos.

—Me dais un miedo de todos los diablos.

—¿Habíais creido,—repuso Juan,—que en adelante solo vos seríais el favorecido del infierno? El mundo es muy grande, y hasta abora no veo que vuestros proyectos le hayan trastornado mucho.

—Ya se va acercando el instante en que el universo fijará sus ojos en mí,—respondió Alberoni.—Si me prometeis no oponeros á mis designios, os confiaré un pro-

yecto.

—Os lo prometo.

—Pues bien; llego de Francia donde he sabido persuadir al señor de Vendome, de llevar las operaciones militares con esa lentitud que no se comprende, escitando además los celos de ese gran capitan contra la autoridad del duque de Borgoña, lo que bien luego pondrá á la Francia á dos dedos de su pérdida. Luis XIV, lleno de inquietudes en su casa, no se mezclará en los asuntos de su nieto, y mi ambicion tendrá el campo libre en España. Ya tengo entre mis manos las pruebas de todas las picardías de los ministros de Felipe V; haré presentar esas pruebas por la señora de los Ursinos, que en cambio de un servicio tan importante me dará la cartera, y, una vez dueño del poder, echaré por tierra á mi orgullosa protectora. La reina se consume y se muere: Felipe V es jóven é incapaz de soportar la viudéz por su carácter y temperamento, y se casará con una princesa italiana que yo dominaré á mi gusto. Toda la córte va á gritar contra una reforma jeneral de los abusos, que estoy preparando, relativa á las casas reales, tribunales, dispensas de gracias y Consejo de Castilla. Doblaré las fuerzas marítimas del país; opondré la Holanda á la

Inglaterra en las Indias occidentales, y cualquiera que sea el vencedor, le espulsaré enseguida; sustituiré el crédito de ese reino al del imperio en Italia, arruinaré el comercio de la Francia y haré de la España la mas rica y temible potencia del mundo, como lo fué en el siglo XVI.

—A ménos,—interrumpió Juan,—que no sobrevengan incidentes capaces de destruir en un dia el fruto de todos vuestros esfuerzos. Os creeis un Jimenez porque intentais reformas, como el duque de Orleans piensa ser un Enrique IV porque es valiente y libertino. En cuanto á vuestros proyectos os declaro que me opongo en un punto capital, cual es el de la ruina de la Francia.

—Escuchad,—repuso Alberoni,—Ya me hallo bien informado de la estraña complicacion que resultaria de un conflicto entre dos hombres que disponen ambos de medios sobrenaturales; el infierno, no pudiendo favorecer al uno sino en detrimento del otro, se abstendria, y ambos seríamos impotentes.

—Es todo lo que deseo,—repuso Juan,—porque vos sois quien quereis obrar, y de mí depende el impedíroslo.

—Reflexionad,—repuso Aberoni,—que luchando uno contra otro, volveríamos á

entrar en nuestras condiciones ordinarias. Yo podia con una palabra hacer morir al rey de Francia y á sus hijos desde lo último de la España, pero para atentar á vuestra vida no puedo contar mas que con mi brazo.

—Y como yo soy el mas robusto de los dos,—interrumpió Juan,—las ventajas no os favorecerian; asi, pues, es menester capitular conmigo. Dejadme la Francia en paz, ó con mi voluntad sola tendré bastante para destruir vuestro proyecto.

—Trataré de satisfaceros, pero por Dios no toqueis ni al imperio, ni á la Inglaterra, ni á la Italia, ni sobre todo á las Indias.

—¿Y qué vais á hacer con todo eso? tomad lo que querais en ambos mundos, pero dejad libre á mi país, y hasta os pido la gracia de la República de Venecia.

—No hay gracia,—repuso Alberoni,—para esos mercaderes cuya política despues de doce siglos sostiene al mas fuerte, y hace sucumbir al mas débil. Ellos han adulado al imperio cuando los negocios de España continuaban mal; permaneciendo fieles á la casa de Austria, recibirán su condigno castigo.

—Siento contradeciros,—repuso Juan,—pero protejo á esos mercaderes y quiero re-

conciliarlos con el rey de España.

Alberoni se dulcificó cuanto pudo; llamó á Juan su amigo, su amigo, *giovannino carisimo*, tomando del vocabulario italiano sus mas tiernos diminutivos, hasta que por último, viendo que su elocuencia se estrellaba contra una voluntad firme como una roca, esclamó cambiando de tono, y con los ojos centellantes de cólera.

—Eso es demasiado; habeis resuelto declararme la guerra, pues acepto, y pronto se romperán las hostilidades.

Juan se recostó en la varanda del puente; Alberoni le cojió de improviso y le precipitó en el rio, y despues inclinándose encima del abismo, esclamó con una voz alterada por la emocion:

—El infierno debe permanecer neutral entre Juan el Trovador y yo. Potamogeiton, te prohibo el que le socorras.

Las orillas del Segre eran escarpadas, y el agua muy profunda; además, las nieves de la montaña, habian convertido el rio en un torrente. Alberoni oyó un gemido seguido del ruido causado por la caida del cuerpo, y despues como la profunda oscuridad en que se hallaba le impedia ver lo demás, lanzó una mirada siniestra en el abismo y volvió á subir á su carroza.

## XXX.

Así, como lo habia dicho Alberoni, estando obligado Potamogeiton á guardar la neutralidad entre dos hombres igualmente poderosos, nuestro héroe corria gran riesgo de ahogarse. El puente maravilloso tenia una elevacion de sesenta codos; el aturdimiento causado por una caida tan terrible, el paso repentino de la tranquilidad á una situacion tan desesperada, y la sorpresa de un crímen tan imprevisto, turbaron en estremo el espíritu de Juan: y aunque era muy buen nadador, llegó á perder el tino. La impetuosidad de la corriente le llevó muy lejos, y como la oscuridad de la noche no le permitia distinguir en qué parage podria abordar, trató muchas veces de ganar la tierra sin poder conseguirlo. Sus fuerzas y valor le abandonaban, y creyendo llegaba su última hora, encomendó su alma á Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, despues de lo cual perdió el conocimiento. De todas las imájenes que socorren á los necesitados, la del Pilar es la mas piadosa, como lo atestiguan los votos innumerables que la rodean. No se la puede comparar mas que á Nuestra Señora dell' Arco y de Loreto; y sin duda

Juan debió su vida á esta feliz invocacion, á pesar del mal estado de su alma.

A poca distancia de las murallas de Lérida, un anciano que pasaba con su hija á la orilla del rio, percibió un cadáver tendido sobre la arena, y cuyos pies estaban aun en el agua.

—No nos aprocsimemos,—dijo el viejo, —pues el gran Alí de Murcia, mi señor, me ha repetido muchas veces estos preceptos: «No tengas piedad de los españoles, pues ellos no la tienen de los moros. No les hagas jamás un servicio, no les prestes nunca dinero por obligarlos, sino bajo buenas fianzas y por un fuerte interes. Si un hombre se ahoga, pasa tranquilamente por el puente sin escuchar sus gritos. Si matan á alguno en la calle, cierra con cuidado tus cerrojos. En los incendios no vayas á llevar agua; échate al hombro tus efectos y sálte de la ciudad.» Alí era un sabio, y si yo hubiera seguido siempre sus consejos, mis asuntos irian mejor; y no me veria reducido á vender mis alhajas y vajilla para hacer honor á mis contratos. Dejemos á ese jóven con su fatalidad para no atraernos una parte de su desgracia.

El que así hablaba era uno de esos árabes cuya presencia se toleraba aun en Es-

paña, porque sus padres se habian convertido á la relijion católica cuando se dió el edicto de 1610. Hassan Cogia, cristiano de hecho pero musulman en el alma, vivia tácitamente en estado de guerra perpétua con sus vecinos; no se hallaba muy bien por eso, pues no habia clase alguna de vejaciones que no sufriesen los moros convertidos. De su fortuna, que habia sido considerable, no le quedaban mas que algunos muebles y joyas, y una pequeña casa de campo á las orillas del Segre.

La jóven no hizo caso de los preceptos de su padre y corrió á buscar socorro, de manera que al volver Juan á la vida se halló en una buena cama velado por una bella persona cuyos grandes ojos observaban con ansia los progresos de la cura.

—Es un hecho abominable, señor Julio, —murmuró el enfermo,—el haber intentado asesinar á un hombre que no os ha hecho jamás ningun mal. ¿Es para prepararos á gobernar un reino, por lo que cargais vuestra conciencia de un asesinato cuando está ya tan pesada? ¡Qué buen ministro hareis!

—El pobre mozo delira,—dijo la jóven.

—Ya lo ves, Clara, —esclamó el padre, —este desconocido nos acarreará algun mal

negocio.

—¿Habíamos de dejarle morir?—respondió Clara.—Por otra parte, este jóven no es español, pues yo le reconozco en su acento por un francés, de consiguiente no faltará usted á los preceptos del grande Alí, que no conciernen á los estranjeros.

Para reponerse de su violenta caida, Juan no necesitaba mas que un poco de reposo, y una noche de sueño y descanso le volvió la salud. Al despertarse ya tranquilo y sereno, se le hizo saber donde se hallaba y de qué manera habia escapado á la muerte; y dió gracias á sus huéspedes con tanta efusion, que el viejo moro no sintió ya el haberle acojido.

—Señor Hassan-Cogia,—le dijo Juan,—no es un hombre comun á quien habeis salvado la vida, y quiero recompensaros magnificamente de la hospitalidad que me habeis dado. Escojed vos mismo lo que quereis; formad un deseo, sea el que fuere y os prometo que será ejecutado.

—¡Formar un deseo!—respondió el moro,—no me costará mucho trabajo. La tirania de los españoles me ha despojado; prestadme tres bolsas con mil pesos en cada una para pagar mis letras de cambio, como debe hacerlo un honrado negociante,

sin verme obligado á vender el resto de mis bienes.

—Sois muy modesto en vuestros deseos, —respondió Juan;—os enviaré cien bolsas de á mil pesos. ¿Qué mas deseais aun?

—Vengarme,—respondió el moro.—Volver á mis enemigos todo el mal que me han hecho, con todo el rigor de la ley del talion.

—Perdonadlos, señor Hassan; probad que sois verdadero cristiano. Dadles el bien por el mal, que es lo mejor de todas las venganzas, y yo os pondré en estado de gustar ese placer.

—¡Perdonar!—dijo Hassan,—¡volver el bien por el mal! ¿Me tomais por un loco? Segun esa cuenta los malos hallarian un doble beneficio en la crueldad, la opresion y la violencia. No, no es así como mi amo el sabio Alí de Murcia me ha enseñado la venganza. Despojar á mis enemigos á su vez; reducir á sus hijos á tomar el mosquete y á sus hijas á prostituirse; rehusarles un maravedí cuando vengan á pedirme limosna, hé ahí lo que se llama vengarse. Guárdese usted su dinero y hágame gustar ese placer, aunque no sea mas que una hora.

—¿Lo deseais bien resueltamente?

—Lo quisiera á costa de mi vida.

—Pues bien; hallaos en Tortosa á la embocadura del Ebro, un cierto dia que yo indicaré. Allí sabreis bajo qué condiciones puedo daros lo que deseais; en cuanto á las cien bolsas, están prometidas y las recibireis mañana mismo. Y usted, doña Clara, ¿ha formado ya un deseo? No os detengais en que sea el mas fantástico del mundo.

—Yo deseo tres cosas,—dijo Clara,—un papagayo de América, unos pendientes de esmeraldas, y una silla de manos.

—Lo tendrá usted, y ademas dos lacayos para que la lleven en su silla. ¿Es eso todo lo que usted desea?

—Quisiera aun vengarme como mi padre; devolver á las muchachas españolas el desprecio con que me tratan; apartar de ellas á los jóvenes; trastornar la cabeza á los caballeros mas hermosos y ricos, y verles morirse de amor sin apiadarme.

—¿Lo desea usted con mucho ardor?

—Mas de lo que puedo espresar.

—Pues bien, vaya usted con su padre Tortosa el dia que yo se lo haga saber.

—Iremos al fin del mundo,—dijo el viejo moro.

—Cuento con ustedes,—pero no hay que hablar á nadie de nuestra conversacion.

Juan se despidió de sus huéspedes y salió de la casa de Hassan Cogia. Dos lacayos trajeron al dia siguiente las cien bolsas, los pendientes, el papagayo de América y la silla de manos.

Las provincias españolas estaban sometidas entonces á diferentes formas de gobierno. La Castilla, gobernada despóticamente, no tenia otra ley que la voluntad real; su consejo no ecsistia mas que por la fórmula, pagaba las contribuciones que la corte tenia á bien determinar, y se arrodillaba delante del rey en todas las ceremonias. El Aragon, por el contrario, gozaba de una independencia completa; sus Estados presididos por el *Justicia mayor* fijaban ellos mismos las contribuciones y no sufrian cargas estraordinarias. Se reunian sin órden del rey, y en lugar de prestar juramento le recibian; y la fórmula de este juramento era de una libertad tan altiva, que al oirla los soberanos temblaban de cólera. Cuando Felipe V sintió la corona afirmada en su cabeza, se dió prisa á abolir los privilegios del Aragon, empresa atrevida que Felipe II mismo no se habia atrevido mas que á bosquejar. Suprimió las cortes, el *Justicia mayor*, el tribunal supremo, sls leyes y privilejios de la provincia, y la ua-

jetó á las leyes de Castilla.

Hubo una consternacion profunda en todos los semblantes cuando pareció la ordenanza real en Zaragoza, que treinta mil bayonetas estaban dispuestas á apoyar. Se formaron en las montañas partidas de los descontentos, y una de estas bandas mandada por su intrépido comandante llamado Sanchillo, batió por dos veces el rejimiento de Cataluña. Un cuerpo de tropas mas considerable que se mandó en persecucion suya tuvo que sufrir toda clase de privaciones á causa de las malas disposiciones de los habitantes; y despues de haber perseguido á los rebeldes en las montañas, volvieron muertos de cansancio y diezmados por los guerrilleros aragoneses. La cabeza de Sanchillo se pregonó á precio de diez mil pesos, pero no produjo otro efecto que reducir á los descontentos á la desesperacion sin disminuir su audacia.

En la casa del príncipe Pio de Medina Celi se hablaba una noche de esta rebelion como de una cosa de poca importancia. Las señoras mostraban interés por el personaje de Sanchillo, y la marquesa de Soza, bella y jóven viuda, manifestó el deseo de ver á este hombre enérjico de quien se contaban proezas prodijiosas. El caballero de Ariza,

que hacia el suspirante cerca de esta dama, tuvo celos por esta manifestacion y juró que, si el rey queria enviarle contra los rebeldes traeria á Sanchillo á Zaragoza atado de pies y manos para enseñarle como una fiera curiosa. Una voz que pareció salir detrás de la tapiceria de un gabinete cerrado, respondió á esta valentonada:

—«Señor caballero, á media noche, fuera de muros, delante de santa Engracia, podeis ver á Sanchillo tan cerca como querais.»

Se buscó por todas partes en la habitacion sin poder descubrir quien habia pronunciado estas palabras; pero como el caballero de Eariz era valiente, aunque un poco fanfarron, quiso acudir á la cita á pesar de las observaciones y súplicas de sus amigos. Al salir de la casa del príncipe Pio pasó el puente de piedra, y á media noche llegó solo á Santa Engracia. Un hombre embozado en su capa y oculto el rostro con una máscara estaba sentado bajo el pórtico de la iglesia.

—Caballero,—dijo este hombre,—yo soy Sanchillo; hacedme el honor de tirar la espada conmigo. Si sois el mas fuerte, tendreis tiempo de quitarme la máscara y mostrarme á toda la ciudad aunque sea por

dinero; pero si sois vencido, no vereis mi rostro y os encargareis de llevar de mi parte un mensaje de galantería á la marquesa de Soza.

—Consiento en ello,—respondió el caballero desenvainando la espada.

Los dos combatientes elijieron un terreno donde daba la luna y se pusieron en guardia. El caballero de Eariz fué desarmado á la primera embestida.

—Dadme un desquite,—dijo él entonces, —pues no se qué especie de convulsion ha amortiguado mi brazo. Es un acaso el que mi espada se haya escapado de mi mano.

—No hay acasos para mí,—respondió Sanchillo,—sin embargo os concedo ese desquite.

El caballero levantó su espada.

—¿Estais pronto y teneis bien la espada esta vez?—le dijo el comandante de los rebeldes.

—Yo te probaré que la tengo segura, atravesándotela en el pecho.

Al decir esto, el caballero se lanzó á fondo impetuosamente, pero Sanchillo paró el golpe y envió la espada de su adversario á cuatro pasos.

—Aunque os diese seis desquites en lugar de uno,—repuso Sanchillo,—no seríais

mas feliz por eso. Resignaos pues, caballero, y direis á la marquesa de Soza que compadecido el pobre Sanchillo de la curiosidad que tiene de verle irá mañana á mediodia á su casa, y la mostrará ese hombre que no vale nada estando vivo, pero cuya muerte seria pagada en 10,000 pesos. Añadireis que, si le agrada á una persona tan bella el recibir esa suma y acabar con la guerrilla, me entregaré á ella de todo corazon.

A pesar del daño irreparable que Miguel Cervantes habia hecho á las costumbres caballerescas de España, todavia se picaban mucho los caballeros de observar las leyes del punto de honor, y el señor de Eariz cumplió fielmente su promesa. La marquesa recibió el dia siguiente la visita del jefe de los rebeldes, y cuenta la crónica que Sanchillo viao frecuentemente á la casa de esta dama, y mas á menudo de noche que de dia sin duda por temor á las jentes del rey.

Sin embargo, la corte resolvió acabar con las guerrillas de Aragon, y se enviaron dos cuerpos de ejército á perseguir á los rebeldes, el uno por Belchite y el otro por Muel, siguiendo el curso del Guerva. Vinieron á reunirse en las alturas de Herrera

y los pueblos insurreccionados se sometieron; no quedando mas que una banda compuesta de hombres determinados y tercos. Cerrados estos rebeldes por todas partes, se vieron obligados á aceptar el combate, y su ejército que ascendia á unos 600 hombres se habia fortificado en la Peña del Cid. Reinaba en todas las filas un silencio profundo, y el jefe en pie sobre la peña llevaba una máscara sobre el rostro. Cuando parecieron las tropas, esperó su primera descarga de mosquetería para mandar el fuego, y como si hubiese querido desafiar al enemigo, Sanchillo, mas elevado que todos sus compañeros, servia de blanco á las balas de la infanteria real. Sus tiradores, agrupados enrededor suyo, escuchaban sus órdenes y apuntaban á los oficiales que les designaba con la voz y con el jesto. Cada una de sus palabras era seguida de un mosquetazo, y alguna persona de marca de los ejércitos de Felipe V dejaba de ecsistir. Irritado un jóven oficial de la torpeza de los soldados reales, tomó un mosquete y quiso tirar él mismo sobre el jefe de los rebeldes gritando:

—Sanchillo, á menos que te halles embrujado voy á devolverte lo que te debo.

Era el caballero de Earíz. Preparó el

mosquete y no soltó el tiro sino despues de haber apuntado detenidamente; pero cuando partió, Sanchillo estaba siempre en pié y repuso:

—Caballero, ese proceder no es muy galante; yo os habia perdonado la vida, pero, pues que no teneis bastante con nuestro encuentro en Santa Engracia, no echeis la culpa á nadie de vuestro rencor.

Sanchillo indicó con la punta de su espada el caballero de Eariz á uno de sus tiradores, y se le vió caer en el momento. Pocos minutos antes de ponerse el sol, hizo cesar el fuego un parlamentario, y ofreció á los rebeldes la vida bajo la condicion de que le entregasen á Sanchillo. Pidieron la noche para reflecsionar, y el jefe de los rebeldes dejó á sus compañeros que deliberasen libremente. Cuando decidieron que moririan antes que abandonarle, tomó parte en el consejo y les dijo:

—Amigos mios: yo queria sériamente el triunfo de vuestra causa, y si no supiese que el rey hará correr rios de sangre antes de renunciar á sus designios, os empeñaria á proseguir la guerra. En mi mano estaria el derrotar ese ejército diez veces superior á nosotros, pero el Aragon está destinado á perder sus privilegios mas pronto ó mas

tarde, y para retrasar de algunos años lo que no podrá menos de suceder un dia, costaria demasiado caro á la España. Deponed, pues, las armas, aceptad las proposiciones que se os hacen y volved á vuestros hogares.

El jefe de los rebeldes bajó solo por la mañana á las avanzadas del ejército y se entregó él mismo en manos de los soldados del rey. Una escolta le conducia á la tienda del jeneral, pero en el momento de entrar en ella Sanchillo dió un empellon á sus guardias y se puso á correr á través de los campos saltando setos y vallados sin ser herido por los muchos mosquetazos que le dispararon.

Una carroza tirada por cuatro caballos ricamente enjaezados entró una mañana en el patio del palacio del virey de Zaragoza. Felipe V estaba en el cuarto de la reina cuando vinieron á anunciarle que Juan *el espósito* le pedia una audiencia. Con gran sorpresa de los hujieres, la *azafata mayor* de la reina sacó la órden de introducir al jóven en las habitaciones interiores, y en efecto se abrió á Juan un salon por donde pasaba el rey todos los dias al ir á misa. Felipe V apareció muy presto, y reconoció al instante á su antiguo favorito.

—Ya sé, señor,—le dijo el rey,—que habeis hecho maravillas en servicio nuestro. Todo lo pasado queda ya borrado, y veremos qué recompensa puedo acordaros. ¿Os convendria un nombre español?

—Doy mil gracias á V. M.,—respondió Juan;—llevo el nombre de Capello siendo el hijo adoptivo del señor Hermolao Capello miembro del senado de Venecia. Soy enviado por la serenísima República para suplicar á V. M. que abra sus brazos victoriosos á los grandes amigos y magníficos aliados de su corona, olvidando sus yerros y escusando sus indecisiones. Si V. M. se digna echar un velo sobre lo pasado, mi fortuna estará hecha con el gozo que sentirá la Señoría de Venecia.

Una sonrisa de incredulidad se dejaba ver en los labios de Felipe V, pero Juan presentò inmediatamente sus credenciales revestidas con los sellos de la República y la firma del Dux, de manera que las dudas del rey se desvanecieron.

—Pues que la serenísima Señoria me envia una persona á la que no puedo rehusar nada,—dijo el rey,—preciso será que ceda. Escribid al Dux que me alegro muchísimo de que vuelva á la alianza con la España. Luego os recibiremos en audiencia solemne.

En la recepcion del patricio Juan Capello, una dama dió un grito de sorpresa al ver aparecer el enviado de la República veneciana. Despues de la ceremonia de introduccion y presentacion de credenciales, el embajador se aprocsimó á esta dama, y le dijo en voz baja:

—Marquesa, guardad bien el secreto del pobre Sanchillo.

## XXXI.

La crónica no dice de cuanto tiempo era el segundo pacto firmado en Zara por Juan el Trovador; pero se verá ahora mismo que la duracion era muy corta. El dia de su viaje á la isla de san Felix en compañía de Alberoni, nuestro héroe habia desechado con desprecio las ofertas mas brillantes: y probablemente el diablo se habia mostrado á su vez poco asequible el dia que Juan le pidió su socorro en el archipiélago dalmático y como sucede á los que quieren volver á ligar una negociacion rota, se veria obligado á aceptar condiciones peores que las que habia desechado. Apenas instalado en la corte de Felipe V nuestro héroe perdió el reposo y la alegria, perseguido por la idea fija del rescate que debia entregar á

Potamogeiton.

Esta vez concibió el designio de hacer la paz con el cielo y con el infierno á un tiempo, y esperaba apaciguar al uno con una vida ejemplar, por sus obras piadosas y presentes al clero; y creia amansar al otro pagándole mucho mas de lo que estaba obligado á entregarle segun su trato. ¡El insensato no conocia el sofisma de su cálculo! ¿Podia el cielo apaciguarse con unas ofrendas procedentes de un orijen impuro? Y el infierno que se burlaba de todos los sentimientos y toda buena fé, ¿no es sabido que no guarda consideracion alguna con el cristiano que puede agarrar?

Antes de salir de Aragon, Juan compró por precaucion casas y tierras, y colocó muchas sumas en Zaragoza y Valencia; asegurando su fortuna sobre las bases mas sólidas que pudo imajinar, y partió en seguida con la córte de España á Madrid, donde se puso con el tren de un gran señor y enviado de la serenísima República de Venecia. Tomó un palacio, muchas carrozas, muchos caballos y numerosos lacayos, cocineros y marmitones.

Se hablaba entonces de un empírico famoso llamado Caretti, que pretendia curar las enfermedades con un específico univer-

sal. Este hombre, con gran escándalo para las escuelas, habia salvado en Paris á algunas personas abandonadas de sus médicos, y entre otros á los señores Caderousse y la Feuillade, que le habian pagado generosamente lanzándole en seguida en el gran mundo, donde la preocupacion mas que los resultados le habia enriquecido en pocos años. Caretti, atraido por la enfermedad reputada incurable de la reina, vino á Madrid con la esperanza de administrarla su específico. Los médicos de cámara ordinarios y estraordinarios se opusieron fuertemente, amenazando á la augusta enferma con toda clase de anatemas, é invocando sobre todo su verdadera salvaguardia, la etiqueta, de manera que no se atrevió á quitarles el derecho sagrado de enterrarla en virtud de sus títulos de médicos de cámara. Caretti, viejo ya y rico, se consolaba de no conseguir vencer la preocupacion burlándose de sus adversarios á medida que se agravaba la enfermedad. Para vengarse de él, los médicos le atacaron por un lado sensible. Este orijinal tenia la pretension de querer pasar por descendiente de la familia italiana de los Caretti de Savoli; y esta fantasía ambiciosa daba que reir en la corte de España á carcajada ten-

dida, pero él persistia en su asercion con terquedad.

Un dia, en la casa de la condesa de los Ursinos, se burlaron de él y de sus pretensiones en sus mismas barbas y Caretti retirado en un rincon devoraba su furor y lanzaba miradas feroces contra los burlones. Juan Capello le dijo aprocsimándose á él:

—Señor Caretti, si usted lo desea, en su mano está el acreditar que es un descendiente de Savoli.

El empírico corrió á Juan y le tomó la mano, diciendo:

—¿Cómo entiende V. E. lo que me acaba de decir? ¿Sabeis que desciendo de esa casa? ¿Conoceis acaso las pruebas de mis derechos? ¿Ecsisten esas palabras?

—Sin conocerlas puedo procurárselas á usted,—respondió Juan,—y si no ecsisten, se fabrican. Yo no aseguraré delante de Dios que sea usted un Savoli, pero puede usted pasar por tal para con los hombres.

—Yo no pido otra cosa; haced que lo consiga, señor Capello, y os curaré de todas vuestras enfermedades.

—¿Por qué sacrificio compraria usted esa satistaccion?

—Aunque fuese con mi salvacion.

—Pues bien, hállese usted en Tortosa, á

la embocadura del Ebro, en cierto dia que yo le indicaré.

Hácia el otoño de 1706 fué cuando el señor Hermolao Capello habia adoptado á Juan; y se puede sacar el cálculo de que el pacto firmado en el archipiélago de Dalmacia debia ser de cuatro años, pues que fué el 15 de setiembre de 1710 cuando Juan dió la cita á Caretti, al moro Hassan-Cogia y á su hija Clara. Estas tres personas se encontraron en Tortosa delante de la puerta de jaspe á las seis de la mañana, y vieron llegar una silla de posta que venia por el camino de Zaragoza conducida por un postillon vestido de encarnado. Juan salió de este carruaje, y sin perder un tiempo precioso en cumplimientos inútiles dijo:

—Señor Caretti, señor Hassan-Cogia y señorita Clara; ideas maniáticas, odios miserables y caprichos de vanidad son lo que os conduce aquí; para satisfacer esas pasiones, cada uno de ustedes se hallaria dispuesto á esponer su alma, pero sin correr tantos peligros pueden ustedes gozar de ventajas mucho mayores. No les ofrezco á ustedes títulos de familia falsificados ni el placer de hacer á sus vecinos algunas burlas de escolar; lo que propongo á ustedes es un poder ilimitado, un poder que el delirio

de la imajinacion no podria apurar, riquezas inmensas, todos los honores que deseen y finalmente privilegios tales que la voluntad de los hombres no podrá oponer obstáculos á vuestros deseos. Este poder durará cinco ó diez años, segun como sepan ustedes arreglar sus intereses. Yo pondré á ustedes en presencia de los espíritus, para que traten con ellos las condiciones del pacto; y les doy diez minutos para que reflecsionen y tomen una determinacion.

—Estamos resueltos y aceptamos;—respondieron los tres á una voz.

—Pues entonces síganme ustedes.

Juan siguió por la orilla del rio y marchó hácia la embocadura del Ebro. Mas allá de la estacada que cerraba entonces el paso habia una pequeña chalupa en la que finjia dormir el viejo turco del bergantin, con su turbante aplastado y su pistola de mecha.

—Partamos,—le dijo Juan;—te traigo compañia, y queremos que nos lleves á la presencia de Hydora.

Potamogeiton dió la mano á los viageros para entrar en su chalupa, y empujando en seguida con su remo contra el ribazo lanzó la barquilla en la corriente. Algunos pescadores g iaron á los imprudentes viajeros

que se esponian á naufragar en las arenas movedizas; pero la lijera chalupa desapareció en un momento entre las isletas de la embocadura del Ebro. Al cabo de dos horas se la vió volver con sus cuatro pasajeros y su viejo capitan abordando junto á la estacada. El señor Caretti partió inmediatamente para Valencia, con el designio de pasar á Italia: Hassan Cogia y su hija tomaron el camino de Lérida, y Juan dijo entonces á Potamogeiton:

—Te he pagado tres rescates en lugar de uno, y al retirar mi alma sana y salva de tus manos te he entregado tres. ¿Será exijir mucho en pago de este servicio el reclamarte que me dejes la pacífica posesion de mis bienes? Si tienes algun pudor, tendrás escrúpulo en perseguirme.

—¡Pudor.... escrúpulos!—respondió el viejo Turco en tono burlon.—¿Qué significa todo eso? No son mercancías de nuestro comercio; ya no sois de los nuestros, y no os conozco. Aun si hiciérais un buen uso de esos bienes que me debeis, llevando una vida alegre entre las mujeres y el vino, se podria tener alguna consideracion pensando que seguíais un camino en el que podíamos volver á encontrarnos; pero quereis ser un santo, merecer una urna despues de

muerto á fuerza de limosnas y dones piadosos. ¡Ahogado sea yo en agua bendita si tolero un empleo semejante de mis presentes!

—¿Segun eso vas á perseguirme como en Venecia?

—El destino es mudable, y nadie sabe lo que os prepara. Hasta mas ver, señor Hermolao Capello; teneos firme en los estribos de patricio veneciano.

El viejo turco empujó el ribazo con el remo y la chalupa entró en la corriente dirijiéndose á la mar.

Todas las memorias del último siglo han hablado del empírico Caretti, cuyas imposturas no fueron descubiertas hasta despues de su muerte. Tambien existe en España un hermoso cuento popular sobre las aventuras del moro Hassan-Cogia y sobre los sortilejios de su hija doña Clara; pero como estas cosas estrañas á nuestra relacion nos llevarian demasiado lejos, no hablaremos de ellas.

Al volver á la puerta de Jaspe, Juan no halló ya la silla de posta que le habia traido; el postillon rojo y su tiro fantástico habian ido sin duda á servir á algun amo en olor de condenacion. Un caballo que nuestro héroe tomó en Tortosa le llevó en dos

dias á Zaragoza por un camino precioso á lo largo de las orillas del Ebro y á través de los sitios pintorescos de la Cataluña y Aragon. Juan se confesó en la primera iglesia que encontró, porque tenia necesidad de arreglar un poco su conciencia; y hecha esta operacion se sintió lleno de esperanza, pues el temor que tenia de Potamogeiton se templaba un poco con la perspectiva de escapar, si no á su desgracia, al menos á su perdicion.

Al llegar á Zaragoza, su primer cuidado fué visitar á nuestra señora del Pilar y arrodillarse al pie del altar de la imájen. La capilla donde se mostraba entonces era una de las mas brillantes maravillas del mundo. El pilar de mármol estaba rodeado de una balaustrada de plata que soportaba cincuenta lámparas del mismo metal; y la Virgen, acompañada de muchos ánjeles tambien de plata sosteniendo candelabros en las manos, estaba magnificamente adornada. Su manto y su diadema, cubiertos de piedras preciosas, despedian rayos de todos colores; la bóveda de la capilla estaba pintada de flores, y los dones de los fieles componian un conjunto orijinal cuya confusion no perjudicaba el efecto de tantas riquezas. Juan se arrodilló delant e del

muro en que estaba escrito en letras de oro el «Magnificat,» y poseido de un entusiasmo relijioso rezó todo este cántico tan á propósito para sus circunstancias. En seguida fué á la iglesia del Aseo, catedral de Zaragoza, que fué en otro tiempo mezquita, y en la cual hay un sepulcro soberbio donde reposa el primer gran inquisidor que esparció en el Aragon los beneficios del Santo Oficio. Juan no se olvidó tampoco de las iglesias de san Pablo, Santiago el Mayor y san Miguel; rezó tambien al pie del altar de nuestra señora del Portillo, imájen mas modesta que la del Pilar, pero que defendia la ciudad deteniendo la marcha de los árabes, y en la que los habitantes tenian tanta confianza que, desde este milagro, no quisieron ya otras murallas contra las empresas de los moros.

Acabadas sus devociones, Juan compró en casa de un platero de la ciudad seis pares de candelabros de plata maciza de cinco pies de altura y cincelados con primor. Los envió sin tardanza á las seis iglesias principales de Zaragoza; y como la órden que espidió contra su banquero para el pago del platero fué pagada inmediatamente, auguró bien para el porvenir. Su fortuna fué colocada así bajo la proteccion especial de la

virgen del Pilar y de otros muchos santos, por consiguiente al abrigo de los ataques de Potamogeiton.

—La virgen del Pilar es muy rica,—se decia él,—y puede ser que no baga mucho caso de mis presentes; pero la del Portillo, cuyo tesoro no es tan grande, agradecerá mi ofrenda, y puedo esperar de ella una proteccion particular.

Al salir del Aseo, donde habia considerado con placer sus hermosos candelabros, Juan fué seguido por el pueblo que llenaba de bendiciones al jeneroso donador. En el pórtico de la iglesia habia un viejo montañes embozado en una capa remendada con las piernas desnudas, calzado de unas malas alpargatas de cáñamo, el sombrero inclinado sobre los ojos, el puño en la cadera y el cuchillo en la cintura. Este hombre, que llevaba sus andrajos con mas orgullo que un grande de España, hizo una seña á Juan con la mano diciéndole en un tono del todo caballero:

—¡Salud y gracia para el valiente Sanchillo!

Juan apresuró el paso y se metió entre la multitud, pero se apartaban con respeto á su paso, y se hallaba á pesar suyo á la cabeza de una procesion. Al llegar á la es-

quina de una plaza otro montañés encapado como el primero, le dijo aun en alta voz:

—¡Salud al valiente Sanchillo, defensor de los aragoneses!

Asustado de estas indiscreciones, Juan corrió cuanto pudo; pero al volver una calle le gritó otro montañés:

—¡Viva Sanchillo!... el héroe de la Peña del Cid.

El pueblo respondió á este grito dando mil aplausos, pero un alguacil se aprocsimó al montañés y le preguntó si realmente aquel señor era el antiguo gefe de los rebeldes.

—Ese que nosotros aplaudimos,—respondió el montañés,—es un señor como yo estoy bailando. El se burla de vosotros, y toma esos vestidos de marqués para jugaros alguna pieza, de lo que nos reiremos. Sanchillo es un invulnerable, inaprensible ó invisible cuando le da la gana.

Estas noticias y señas le parecieron bastante claras, y el alguacil corrió tras el personaje, le agarró por el cuello y pidió socorro. Acudieron los mosqueteros, y se arrestó á Juan y á los tres montañeses que fueron conducidos á casa del corregidor. El preso se mostró muy confiado al hallarse en presencia del juez.

—Esos tres hombres han perdido el juicio;—dijo Juan,—soy un embajador estranjero en la córte del rey de España, y os ruego que pongais un término lo mas pronto posible á esa necia equivocacion.

—Vuestra Señoría no será largo tiempo detenido,—respondió el corregidor.—Voy á dar el tormento á esos tres bribones, y ellos confesarán que interés tienen en acusaros; dentro de un cuarto de hora podrá Su Señoría volver á sus negocios.

Sin embargo, á pesar de haberles agarrotado los pulgares hasta derramar sangre, los tres montañeses sostuvieron que el personaje arrestado era Sanchillo. Admirado el correjidor de su firmeza no sabia ya que pensar, cuando los tres testigos le amenazaron con la venganza de su antiguo gefe, y el magistrado reconoció en esta arrogancia la fé robusta que la malicia y los subterfugios de Sanchillo habian inspirado á los rebeldes. Un segundo interrogatorio acabó de convencer al corregidor que tenia en efecto entre sus manos al famoso contumaz de la Peña del Cid; de manera que Juan fué declarado bandido y conducido á la cárcel bajo buena escolta.

La noticia de esta prision se esparció inmediatamente en la ciudad, y hubo muy

luego muchos mas testigos de los que se necesitaban para hacer ahorcar al acusado. De todas partes se traian relaciones y testigos de los hechos maravillosos, destreza, fuerza y escapatorias de Sanchillo. No habia una sola mujer de las montañas que no tuviese que contar algun prodigio operado por este hombre, no solamente contra las voluntades del rey, sino tambien contra los preceptos de la relijion.

Los tres montañeses, que esperaban verse libres por la intercesion de su antiguo gefe, se admiraban mucho de hallarse aun bajo los cerrojos despues de ocho dias. En el curso de la sumaria, la Santa Inquisicion observó que habia mas ofensas á las leyes divinas que á las humanas, y pensando que un proceso acompañado de tormentos y terminado por la hoguera, seria provechoso para la relijion, reclamó por eso el reo y proceso. De consiguiente, Juan fué conducido al castillo de la Aljafería, mansion fortificada de los inquisidores. El presidente y el fiscal hablaron al preso con una dulzura paternal, y apenas hubieron estado con él durante una hora recorriendo el proceso, no pudieron contener el esceso de su alegría.

—¡Qué admirable proceso tenemos aquí!

—esclamó el fiscal.—Hay májia, posesion del diablo, empleo de medios sobrenaturales para cometer atentados contra el rey y los particulares; hay asesinatos, rebelion, guerra civil, impiedad, profanacion de las Santas imágenes y burlas contra la Iglesia. Además, el sujeto es jóven, hermoso, lleno de salud y capaz de resistir las pruebas del fuego y del agua. Las mugeres y las personas de calidad querrán verle morir. Hay materia para hacer ruido en toda España, y los inquisidores de Castilla nos envidiarán.

Despues de esta conferencia amistosa con el presidente y el fiscal, Juan fué encerrado en un calabozo sombrío y húmedo. Una argolla de hierro y unas cadenas selladas parecieron á los jueces precauciones necesarias respecto á preso tan precioso, y que por otra parte podia conservar aun alguna receta diabólica para intentar su evasion. El castillo de la Aljafería, rodeado de fosos, guarnecido de torres, de un puente levadizo, de un camino de ronda y celdillas sin ventanas con dobles puertas de hierro, ofrecia garantías mas que suficientes contra una persona acusada de mágia.

Sumerjido Juan en las tinieblas de su calabozo, sofocado por la argolla y el peso

de las cadenas, y tendido sobre las duras piedras veinte pies bajo tierra, tuvo tiempo suficiente para meditar acerca de las amenazas de Potamogeiton, cuyo efecto iba mas allá de cuanto su imaginacion habia podido concebir.

—¡Oh, Vírgen Santísima del Pilar!—decia él llorando,—¡y vos dulce Señora del Portillo, tened solamente bastante piedad de mí para no reducirme al horrible estremo de entregarme de nuevo al infierno!

## XXXII.

Hallándose ya Juan entre las manos del Santo Oficio, no podia esperar escaparse de ellas vivo, á menos que el tribunal le declarase inocente, y no habia muchas apariencias de que las cosas pasasen de esta manera. Por otra parte, aun cuando los jueces le hubiesen absuelto por el crímen de hechicería, se le habria enviado aun á los tribunales ordinarios para que le juzgasen por el crímen de rebelion.

Durante la instruccion del proceso, los montañeses esperaban recibir de un dia para otro la noticia de la evasion de su gefe; y cuando supieron que Sanchillo era un

gran señor disfrazado, le estimaron mucho mas y le bautizaron con el apodo de don Juan el Pajarero. Hicieron de sus aventuras una balada de sesenta coplas que cantaban en las plazas públicas al son de sus bandurrias, y en la que se celebraban las virtudes de don Juan como si se hubiese tratado de un paladin del tiempo de Cárlo Magno. El poeta anónimo prometia en la última copla la continuacion de esta historia admirable, diciendo que el héroe jamia al presente entre cadenas; pero que se romperian muy pronto y daria que hacer á sus perseguidores. Los romanceros cantaban esta impertinente cancion hasta junto á los fosos de la Aljaferia, para inquietar á la Santa Inquisicion, y enviar algunas palabras de consuelo al preso, si era posible, á traves de las espesas murallas de la ciudadela.

Algunos meses de prision habian ablandado suficientemente al acusado, y los familiares le sacaron un dia de su calabozo para llevarle á la presencia de sus jueces. Se principió por un larguísimo y pesado interrogatorio capáz de desconcertar al hombre mas inocente y de embrollar la verdad. Con los modales y palabras mas cariñosas, el presidente exhortó al acusado á confesar la verdad sin omitir la menor de sus faltas co-

mo un buen hijo debe hacerlo con sus padres indulgentes; despues de lo cual se le anunció que para mayor seguridad se le aplicarian los tormentos ordinarios, y mas tarde los estraordinarios. Hízosele, pues, pasar á la sala llamada de los Tormentos, y en ella vió desde luego una cantidad de utensilios desconocidos y originales, hechos para atenazar y desgarrar las carnes, prensar y despedazar los miembros; finalmente, todo lo que la barbarie mas refinada habia podido crear para atormentar á las personas para mayor gloria de Dios. En medio de la sala habia una mesa larga llamada el Caballete, cubierta de cuero y rodeada de un pequeño canal destinado á conducir cómodamente la sangre á un estanque... ¡Triste lecho donde venia la muerte con frecuencia, pero el sueño jamás! Dos hombres de una estatura colosal, con los brazos desnudos y en pié junto á esta mesa, esperaban las órdenes de los jueces, mientras que un tercer verdugo encendia con despacio una enorme hornilla de carbon. Al aspecto de aquellos aparatos se arrojó Juan á los pies del presidente diciendo con efusion:

—¡Por Dios! Padre mio, libradme de un suplicio espantoso é inútil; yo prometo revelaros el fondo de mi corazon.

—Hablad, hijo mio,—respondió el presidente con bondad.—No oculteis nada, y así merecereis la indulgencia del tribunal.

El secretario se aprocsimó inmediatamente y tomó la pluma para escribir las nuevas revelaciones del acusado. Juan confesó sus faltas y sus crímenes; no hizo un misterio de sus relaciones con el demonio llamado Potamogeiton, ni de sus dos pactos firmados en la Camarga y en el archipiélago dalmático.

—Padre mio,—dijo en seguida,—¿no es mi confesion tan completa como pudiera desearla un tribunal? ¿No he dicho lo bastante para pronunciar todas las sentencias imajinables! Haced pues que se pronuncie la mia sin mas tardanza, y conducidme al último suplicio sin pasar por otros tormentos, que serian inútiles al presente.

—Habeis hecho muy bien, hijo mio, en abrir injenuamente el fondo de vuestro corazon, y el cielo os lo tendrá en cuenta; pero la justicia de la Santa Inquisicion tiene que seguir su marcha regular. De consiguiente se os aplicará el tormento solamente por la fórmula; si no os queda nada que revelar, conoceremos por la tortura la sinceridad de vuestra confesion.

Juan comprendió por fin que no tenia nada que esperar, y poniéndose de rodillas con las manos juntas hácia el cielo, esclamó:

—¡Vírgen Santa del Pilar, y vos dulce Vírgen del Portillo, yo me he confesado al salir de Tortosa, y el cura del pueblo me ha dado su absolucion; desde entonces no he pecado mortalmente. Si es verdad que el arrepentimiento del pecador que vuelve á la via de la salvacion causa una alegria en el cielo, interceded por mí. Pues que nada puede ablandar el corazon de estos hombres de bronce, obtened del Dios de las misericordias que muera por él en el suplicio que se me prepara. No es la vida lo que pido, sino una muerte pronta que me libre de estos tigres disfrazados en ministros del Señor.

Los buenos padres inquisidores, que estaban acostumbrados á oir otros muchos gritos y jemidos mas lastimeros, no hicieron ningun caso de las súplicas de Juan. Los dos mocetones de los brazos desnudos se apoderaron del acusado y le levantaron como un niño tendiéndole sobre la mesa y amarrándole con correas de hebillas, de manera que le era imposible hacer el menor movimiento ó convulsion. Un círculo de capuchas se for-

mó alrededor de la cama de cuero; la operacion empezó, y los inquisidores inclinaron sus rostros impávidos sobre el de Juan. El verdugo trajo su hornilla encendida y la aprocsimó gradualmente á los pies del paciente, mientras que el padre médico estudiaba en el pulso los latidos. Juan, resignado á su suerte, rezaba las Letanías de la Virgen sin responder á las cuestiones que le hacian los frailes.

—Aprocsimad aun mas la hornilla,—dijo el presidente.

El paciente no daba aun ninguna señal de padecer; el éstasis de la devocion brillaba en su rostro, y ninguna alteracion en el sonido de su voz detenia el rezo de las letanias.

—Esto es muy sorprendente,—murmuró el médico;—el pulso no padece la menor alteracion.

—Yo no he visto jamás esto,—esclamó el verdugo poniéndose pálido.—¿Seria un milagro, padre mio, que hace la Santísima Vírgen?

—¡Un milagro!—respondió el presidente con mal humor.—¿Os burlais acaso? Esos cuentos son buenos para las viejas; aquí no hay milagros. Aproximad mas la hornilla.

Los pies del paciente tocaban casi los

carbones, y el fuego era tan ardiente que los inquisidores no podian sufrir el mirarle á tres pasos de distancia; pero, no obstante, Juan no daba ninguna señal de padecer. Los frailes se miraron unos á otros con sorpresa, y finalmente el presidente empujó por sí mismo las brasas hasta los pies del supliciado. En este momento acabó Juan las letanías y añadió una salve para prolongar su oracion en honor de la Virgen del Pilar, y apenas habia pronunciado estas palabras: Las promesas de nuestro señor Jesucristo, se apagó el fuego de la hornilla repentinamente.

Un cuarto de hora despues de esta escena, vuelto el preso á su calabozo, trataba de esplicarse un enigma que no habia podido comprender con la turbacion y ecsaltacion piadosa en que se hallaba. No se atrevia á admitir la suposicion de que la virjen hubiese obrado un milagro en su favor, cuando repentinamente iluminó la bóveda del calabozo una luz estraordinaria, y vió delante de si la hermosa figura que habia visto ya en Luzara en el instante supremo en que iba á espirar á causa de su herida.

—Maese Juan,—le dijo el demonio,—acuérdate de nuestra conferencia en el hospital de sangre de Luzara, donde la muerte

te cojia ya por la garganta, y comprenderás que mi presencia te anuncia unas circunstancias críticas y peligrosas. No se sale vivo de estas prisiones mas que para ir á morir en los tormentos ó en la plaza pública; despáchate, y toma una resolucion. ¿Quieres firmar un tercer pacto? Estas puertas se abrirán. Si rehusas, te digo hasta mas ver, y mañana morirás en los tormentos, pues la Vírgen del Pilar no obrará dos milagros en tu favor.

—¿Luego ha sido ella quien me ha librado del suplicio del fuego?

—Sin duda; y si yo te lo digo es porque ibas á adivinarlo ahora mismo.

—¡La santísima Virgen me proteje particularmente!—esclamó Juan con orgullo.

—Pues entonces ¿qué necesito yo tus socorros, vil demonio? Si soy el hijo querido de la vírgen del Pilar, te desprecio. Miro con desden á esos frailes furiosos é impotentes, pues el cielo no hace milagros sino por las almas superiores y santas. Yo soy, pues, un santo, y estos calabozos se abrirán cuando yo quiera. Marcharé sobre las aguas como nuestro señor Jesucristo, llevaré mi cabeza en las manos como san Dionisio, y las rosas nacerán por donde yo pase como en el regazo de santa Isabel de

Hungría. Vete, yo me rio de tus seducciones; aléjate de un favorecido de Dios.

El demonio dió una carcajada sonora y dijo:

—Perfectamente, maese Juan, obedece á la espuela como un buen caballo. Hace cinco minutos eras, en efecto, un protejido de la virgen del Pilar, y no tenias necesidad de mí para escapar de los suplicios de la inquisicion. He venido para incitar tu orgullo, y se ha portado admirablemente. Siendo el orgullo un pecado capital, tu alma ha perdido ya su pureza, y la virgen se retira de tí enfadada. Ahora la invocarás en vano, y mañana en la sala de los tormentos necesitarás otras letanías para resistir los dolores. Hasta mas ver, san Juan Capello.

—No lo dudeis,—decia el fiscal al presidente;—lo que hemos visto hace poco era unmilagro. Si la santísima virgen proteje á ese jóven, sometámonos á sus decretos, no sea que haga patente su voluntad con nuevos. rodigios que redunden en contra nuestra Salvemos el honor del tribunal declarando la inocencia del acusado.

—No precipitemos nada,—respondió el presidente.—Yo no creeré en el milagro sino cuando haya viso pruebas y esperien-

cias repetidas. ¿No sabeis que hay unturas químicas que preservan los cuerpos de la accion del fuego? Nuestro paciente ha podido emplear algun subterfugio de esta clase, pero no se escapa de mis garras á tan poca costa. Seria chistoso ver hacer milagros á ese pícaro cuando nosotros, que somos los ministros de Dios, no podemos alcanzar del cielo la sombra de un prodijio. ¿Quereis que las imájenes obren milagros para confusion de los que las visten y adornan? Nosotros tenemos nuestra autoridad de santo Domingo, del papa Honorario, y por consiguiente de san Pedro que era el primer discípulo de Jesus. La inquisicion es infalible.

Al dia siguiente el tribunal esperaba con impaciencia la hora de los tormentos, y todos los familiares del Santo Oficio de Aragon habian pedido el favor de asistir á la segunda prueba; de manera que el acusado halló una compañía mas numerosa en la sala del tormento al salir de su calabozo. Los rostros que se inclinaban esta vez hácia la cama de cuero espresaban una curiosidad estremada, y entre los hábitos de los frailes que le rodeaban reconoció Juan á su aparicion de la víspera bajo el disfraz de dominico, y que se sonreia con él con el aire

de connivencia. El presidente hizo la señal á los tres verdugos, é inmediatamente introdujeron á la fuerza en la boca del paciente el tubo de un embudo donde el verdugo derramó lentamente un cántaro de agua fria. Cuando se vació la última gota se notó un cambio en las facciones del supliciado; sus labios temblaron, las venas del cuello y de la frente se pusieron hinchadas, y el pulso latia con una velocidad que se aumentaba por grados.

—Esto va bien,—dijo el fiscal;—y empiezo á creer que hoy conseguiremos nuestro intento.

—No teneis nada que confesar, hijo mio? —preguntó el presidente.

—¡Vírgen santa del Pilar, socorredme! —respondió Juan.

—Pasemos al segundo cántaro,—dijo el presidente.

Al llegar á la mitad del segundo cántaro, el paciente dió señales evidentes de padecimiento. Su rostro se descomponia, la sangre le subia á los ojos, y el sudor corria por todo su cuerpo. Su angustia pareció estremada cuando se retiró el embudo.

—¿No teneis nada que confesar?—repitió el presidente.

—¡Vírgen Santa del Pilar, me abando-

nais!—respondió el paciente.

En este momento penetró un soplo ligero en el oido de Juan, y una voz que creyó reconocer murmuraba estas palabras:

—El pecado del orgullo ha alejado de tí á la Santa Virgen; es preciso morir ó recurrir á mí.

—¿No hay esperanza ninguna?—preguntó el supliciado.

—Ninguna,—repitió la voz;—no hay otro recurso que un tercer pacto. Di una sola palabra y te salvo; antes de cinco minutos sales de aquí con los honores de la guerra; yo me encargo de todo. Despues fijaremos nuestras condiciones solus cum solo.

—Derramad el tercer cántaro,—dijo el presidente.

Obedeciendo los verdugos á la órden de mando, traian sus utensilios, pero Juan esclamó:

—¡Potamogeiton, Hydora, espíritus de las aguas, á vosotros me entrego!

El embúdo y el cántaro empezaron á funcionar; pero esta vez pareció que el paciente volvia por grados á su estado natural, como si el agua que derramaba el verdugo se hubiese cambiado en un cordial benéfico. La contraccion del rostro se disipaba: los ojos

recobraban su brillo, el pulso se calmaba, y un bienestar general sucedió á las angustias del tormento.

—¿No teneis nada que confesar?—preguntó el presidente cuando se acabó de vaciar el cántaro.

—Sí tengo,—respondió Juan.—Confieso que os aborrezco y desafio, ministros sanguinarios del Dios de paz; confieso que me rio de vuestra ferocidad, que desafio á toda la industria bárbara de vuestros suplicios; y que si no cesais pronto esta infame trajedia, voy á sentir muy presto ganas de haceros sufrir á todos estos tormentos cuyo espectáculo tiene para vosotros una salsa tan esquisita.

—Desde luego hay que vaciar el cuarto cántaro,—dijo el presidente.

—Beberé ciento, para convenceros mejor de vuestra impotencia.

—Pues bueno, traed, pues, *el unguis*.

El verdugo descolgó de la pared un instrumento con un mango muy corto, al cual estaban unidas seis correas llenas de púas de acero cuyas puntas terminaban en forma de anzuelo.

—Sacudid, desgarrad, hacedle pedazos, —esclamó el presidente.

Pero los verdugos se santiguaron y rehu-

saron herir á un hombre que estaba protejido por algun poder sobrenatural.

—Yo mismo lo haré,—dijo el presidente.—Dadme *el unguis*.

El presidente tomó el instrumento y se dispuso á martirizar al paciente. Levantó el mango sobre su cabeza con mas rabia que destreza, y no estando habituado á manejar este instrumento complicado, hizo describir á las correas un círculo muy grande y se hirió á sí mismo por detrás. Las seis garras de acero le clavaron la region inferior de la espalda profundamente, y el pobre hombre se puso á correr dando gritos lamentables y arrastrando consigo el instrumento.

—¡Jesus, tened piedad de mí!—decia,—este paciente es el diablo en persona.

En este momento rompió Juan sus ligaduras haciendo un movimiento desesperado, y saltando á tierra cojió en el arsenal de los instrumentos de tortura unas tenazas formidables.

—¿Tú no tienes piedad de los otros,—dijo él al presidente,—y no tienes valor para soportar un poco de sufrimiento? Yo te enseñaré á conocerle, pues vas á pasar por el suplicio de las tenazas si no mandas á tus familiares que me abran las puertas.

—¡Que las abran!—esclamó el presidente,—¡que se obedezca á su voluntad! que se aleje, y quiera Dios que no le volvamos á ver jamás!

El padre portero, que tenia tantas ganas como su superior de verse libre de un huésped tan incómodo, condujo á Juan á la puerta; la abrió y pasó el puente levadizo echando sus tenazas en los fosos de la Aljaferia, poniéndose á correr con toda la velocidad que le permitian sus piernas.

El dia siguiente cantaba ya un romancero la evasion de don Juan Sanchillo, delante del colejio de san Diego; y durante este tiempo un pasajero se embarcaba en la embocadura del Ebro en un bergantin turco.

—¿A qué pais quiere ir vuestra señoría? —preguntó el viejo capitan.

—A Francia,—respondió el pasajero.

## XXXIII.

La crónica aragonesa de don Juan Sanchillo concluye hácia los años de 1711 con el capítulo que precede, y la de Bretaña no hace mencion de Juan el Trovador hasta llegar al año de 1718 cuando la rejencia; asi, pues, hay un vacio en esta historia. Nada seria mas fácil que imaginar aventu-

ras propias para llenar este intérvalo, pero esto seria faltar al respeto debido á la leyenda popular, por lo cual pasaremos por alto esos siete años y volveremos á tomar á nuestro personaje en el punto en que le ponen los cronistas, abordando como ellos el argumento *medias in res.*

En el mes de diciembre de 1718, en una de esas pardas mañanas en que la niebla y la lluvia regalan de fuertes catarros á los pechos de los parisienses, un jóven noble acudió á refujiarse bajo las galerias del palacio Real. Parecia tener unos diez y ocho años; la moda de entonces ecsijia que á imitacion de los traviesos y de los cortesanos se llevasen los vestidos en desórden y se estuviese mal afeitado como cuando se sale de una orjia, y nuestro jóven, imberbe aun, tenia la barbalimpia á pesar suyo, pero sus vestidos y su camisa adornada de encajes se hallaban tan arrugados como podian estarlo los de un tunante de elevada esfera. Detúvose en la mitad de la galeria y se puso á mirar á los transeuntes con aire atento, como buscando una fisonomia á su antojo, hasta que distinguió á lo lejos un hombre de mas edad que él, cuyo rostro debió gustarle sin duda, porque esclamó:

—Tengo lo que buscaba.

Y en seguida se acercó al desconocido, á quien dijo despues de saludarle:

—Caballero, ¿quiere usted hacerme el gusto de almorzar conmigo? Esta lluvia durará largo tiempo, y en vez de fastidiarnos cada cual por su lado nos haremos compañia el uno al otro en la primer taberna que encontremos.

—Con mucho gusto, caballero,—respondió el desconocido.—He llegado ayer á Paris donde no conozco á nadie, de modo que vuestra proposicion es un hallazgo para mí.

—No podia haber encontrado nada mejor,—repuso el primero.—Dentro de un instante nos conoceremos, y sabreis los motivos que me han determinado á haceros esa proposicion un poco estraña. Entremos en casa de maese Picard, donde hablaremos almorzando y sabremos las noticias que corren.

Ambos jóvenes se acomodaron ante una mesa en la taberna de Picard, y en tanto que les servian el desayuno, el noble espuso su nombre y condicion.

—Yo soy el caballero de Vimes,—dijo,—¿y vos, cómo os llamais? sin cumplimientos.

—Juan Capello, patricio de Venecia, para lo que gusteis mandar.

—Perfectamente,—repuso el caballero.

—Voy á contaros mi historia en dos palabras. Mis padres casi nunca han salido de su pequeño castillo, situado cerca de Beauvais en un valle muy ameno, que desgraciadamente volveré á ver mañana. Soy hijo único; me dieron un ayo estúpido, y como soy perezoso, no aprendí nada: á los diez y ocho años ya me fastidiaba de la casa paterna, y con el pretesto de pasar á instruirme en Paris, marché con mil escudos en el bolsillo, un gran equipaje y una repeticion. Traia cartas de recomendacion para algunos magistrados, pero no he entregado ni una siquiera, habiendo vivido aquí tres meses con buenos compañeros y con señoritas nada feroces. Me he deslizado entre bastidores en la comedia italiana y no he visto á nadie de la Universidad, mas hoy todo se ha concluido, dinero, equipaje y repeticion, sin haberme quedado mas que este vestido y treinta libras, por lo cual, bajo pena de morir de hambre, debo abandonar este Paris tan encantador, y ya he pagado mi puesto al ordinario de Beauvais, de modo que es imposible que me desdiga. Asi, pues, esta mañana, en medio de mi desesperacion y despues de haber pasado la noche con mis amigos, he querido despedirme alegremeute de esta ciudad hospita-

laria convidandoá almorzar al primer hombre de fisonomia amable que encontrase en esas galerías; la casualidad os ha presentado por delante, y hé ahí por qué estamos ahora juntos á esta mesa. ¡Ah! señor veneciano, si tuviese mil escudos mas no me marcharia, aunque no fuese mas que por continuar nuestra amistad, pero es inútil decir eso, ahora á vos os toca hablar.

—Sois bien dichoso,—dijo Juan,—en tener parientes; yo nunca conocí los mios. El difunto senador Capello no fué mas que mi padre adoptivo, un hombre que me cobró algun cariño cuando yo estaba en la mayor miseria, y una mañana me dió su nombre y mas fortuna de la que podia nunca prometerme. Aventuras que para vos serian un sueño mas penoso que agradable, me han arrastrado á Italia, España y Dalmacia; he desempeñado algun corto papel en asuntos muy graves, y he caido en manos de la Inquisicion de Zaragoza donde he sufrido el tormento, y al escaparme por milagro de las cárceles del Santo Oficio me he vuelto á ver la Provenza, mi pais natal. Una mujer encantadora me esperaba en Zara, y como es tan dulce el recompensar la fidelidad haciéndose uno feliz al mismo tiempo, no he podido resistir al deseo de volver á Dalma-

cia. Entretanto llegó á morir el senador Capello, y habiéndome permitido viajar para distraerme de mi pena el serenísimo gobierno de Venecia, he querido conocer á Paris. Ahora, si he de juzgar por nuestro encuentro lo que me espera en él, no hay duda que será una dicha para mí el haber entrado en esta poblacion.

—Vuestra historia parece una novela,—dijo el caballero; —tengo muchas ganas de oir el relato de vuestras aventuras; si quisiérais contarme todo aquello que no teneis ningun interés en ocultar, os lo agradeceria mucho.

Juan contó mientras almorzaba algunas de sus aventuras, despues de lo que el caballero hizo á su vez una relacion abreviada de sus amoríos, y despues de este cambio de confidencias, ambos jóvenes se ligaron con la mas estrecha amistad.

—¡Qué contento estoy con haberos encontrado!—esclamó M. de Vimes.—Ahora saldré de Paris con menos pena, y como os cuento en el número de mis amigos, me prometo volveros á ver mas tarde ó mas temprano.

—Aun no habeis salido de Paris,—replicó Juan;—si no necesitais mas que mil escudos para permanecer aquí, os los pres-

taré de buena gana.

—Esa generosa oferta,—repuso M. de Vimes,—mé recuerda que no nos conocemos sino hace una hora, y por causa de una estravagancia. No puedo aceptarla, pero os lo agradezco como si la aceptara; mañana me volveré al Beauvois puesto que así lo quiere el destino inexorable, y allí me casaré con alguna muchachilla torpe y desmañada, enterrándome con ella en algun rincon. Sin embargo no era esa mi vocacion; hubiera preferido vivir como vos recorriendo paises estranjeros á riesgo de tener que habérmelas con la Inquisicion de España. ¡Ay! para que yo salga de mi provincia seria menester un prodigio, un talisman, una lámpara maravillasa como esa de que hablan los cuentos árabes que acaba de traducir M. Galland, ó bien la mediacion de un brujo, de uno de esos poderes ocultos.... que no existen.

—Caballero,—dijo uno que estaba al lado con acento estranjero,—¿estais seguro de que no ecsisten?

—Sí, por cierto,—replicó el caballero.

—Bienaventurado jóven,—repuso el desconocido,—¿habeis trazado alguna vez los límites de lo posible con un yeso en una pizarra de matemáticas? ¿Conoceis todos los

secretos de la naturaleza, ó si os quedan aun algunos misterios, conoceis los límites en que se encierran? ¿habeis observado detenidamente las fronteras que separan la vida y la muerte? ¿creeis por ventura que el sentimiento de lo maravilloso innato en todos los pueblos con el de la divinidad, no es mas que un juego de la casualidad? ¿habeis palpado con la punta de vuestro dedo el fondo del espacio, y pensais que el recto sentido que guia al sonámbulo por los tejados, es un par de anteojos cuyo número sabeis?

El que hablaba así era un hombre de unos cuarenta años, cuya mirada llena de intelijencia hacia resplandecer sus facciones algun tanto vulgares. Llevaba una larga casaca con cuello flotante, un ancho sombrero en forma de cuerno, y grandes botas á la moda de Alemania.

—Querido Capello,—dijo el caballero riendo,—ese amigo se burla de nosotros; no me toca el sostener una controversia con un personaje vestido con una casaca tan filosófica. Señor doctor, os suplico que os senteis á nuestra mesa y que tomeis café con nosotros; á mí me gusta mucho hablar de cosas sobrenaturales.

—Hablemos mas bien de cosas sérias;—

repuso el desconocido,—¿qué prefiere usted el Manlius de M. de Lafosse ó el Malesgre de M. de Lagrange-Chancel?

—Lo mismo me da uno que otro.

—Sin embargo son dos poetas de talento de quienes se habla muy bieu, dividiéndose las opiniones en cuanto á su mérito respectivo.

—Os estais burlando, caballero, pero yo no me enojaré por ello.

El desconocido dejó su tono de burla y se sentó á tomar café, hablando como hombre entendido, de física, de química, de astrologia judicial y del arte de las predicciones, materias á la moda en aquella época, y de que se ocupaban hasta la córte y el rejente. En el momento en que la conversacion empezaba á hacerse interesante, el hombre de las grandes botas se levantó bruscamente.

—Señores,—dijo,—si no os inspira demasiada aversion mi filosófica casaca, venid á verme esta noche, y os enseñaré cosas curiosas y que pocos conocen. Vivo en nuestra señora de los Campos, fuera de barreras, y soy el baron Numa Putz de Leipsick.

— Ese será algun charlatan,—dijo M. de Vimes cuando salia el estranjero.—Paris

está hoy lleno de esos adeptos que curan á las personas sanas, toman dinero á préstamo bajo pretesto de hacer oro, recojiendo el fruto de sus descubrimientos en Bicetre ó en la Bastilla. La única invencion suya que no es una mentira, es el veneno que venden á los herederos que no tienen bastante paciencia para esperar. La policia de M. de Argenson se muestra demasiado induljente para con ellos. Sin embargo no dejemos de ir á su casa, porque sus esperiencias nos divertirán, y si me pide mil escudos, lo mismo se los prestaré que creeré en sus milagros.

—Os acompañaré,—dijo Juan,—y pronto sabré deciros si ese hombre dispone realmente de algun poder sobrenatural.

A eso de las ocho de la noche, ambos amigos tomaron un carruaje alquilado para ir á nuestra señora de los Campos, parroquia poco frecuentada en aquel tiempo, y en la cual no se veian mas que dos conventos con unas veinte casas. M. de Vimes preguntó á la primera persona que halló en aquel lugar por la casa del baron de Numa, quien le indicó al instante una casa de muy buena apariencia. Un criado condujo á ambos jóvenes al salon sin preguntarles sus nombres, y al cabo de cinco mi-

nutos se presentó el baron vestido con una casaca que no tenia nada de filosófica.

—Caballero de Vimes,—dijo,—y vos, señor Juan Capello, seais bienvenidos.

—¿Habeis sabido nuestros nombres desde esta mañana?—preguntó el caballero.

—No seria hombre docto,—respondió el baron,—si ignorase los nombres de las personas á quienes hablo.

—Permitidme el creer,—repuso el caballero,—que no habeis adivinado el n io por medio de la magia.

—Ya se que sois un incrédulo, pero no todo el mundo en Paris piensa como vos. Hace ocho dias que habito esta casa y he recibido ya mas de cien cartas de personas que desean consultarme, y mucho os admiraríais si os enseñase las firmas de ciertos personajes importantes que no se desdeñan de hablar en secreto con los májicos. Por último, para poner á prueba vuestra incredulidad, os introduciré en mi laboratorio y os diré en seguida como nuestro Señor: «Id, y contad lo que habeis visto.» Pero primeramente os suplicaré el que me acompañeis á cenar filosóficamente.

Los tres entraron en el comedor, donde se veia una mesa muy bien puesta. La cena era delicada y esquisita, aunque los

guisos eran alemanes, los vinos fueron servidos con profusion, y su calor animó á los convidados. El baron desplegó toda su gracia para divertir á los convidados: les habló de viajes y de paises remotos, dándoles curiosos pormenores sobre las costumbres de los pueblos asiáticos, y contó anécdotas acompañadas de circunstancias minuciosas, que remontaban á las edades mas remotas, sin olvidar el presentarse como héroe en aquellas historietas, como por distraccion. El espectáculo mas hermoso que habia visto en su vida fué la marcha de Darío contra el ejército de Alejandro: la civilizacion moderna no era nada en comparacion de la de los persas; habia bablado largamente con Sócrates, sin haber quedado tan satisfecho como lo esperaba, Séptimo Severo no habia querido creerle cuando le habló de los culpables designios de Caracalla.

M. de Vimes tomó estos relatos por fanfarronadas necrológicas, pero al ver que el baron hablaba de todos aquellos hombres difuntos con un aire tan sencillo y tan natural, su incredulidad comenzaba á ceder poco á poco, y mezclado esto con los vapores del vino, pronto llegó á no saber á qué atenerse.

—Señor baron,—dijo,—al venir á vuestra casa no creia en nada sobrenatural, y me hallaba contento; pero ahora, la duda penetra en mi corazon al oir vuestros discursos que me ponen en una situacion insoportable. Os suplico que me persuadais del todo y con buenas pruebas.

—Nada hay mas fácil,—respondió el baron;—si lo deseais, os presentaré á Séptimo Severo, ó á cualquier otro difunto que querais conocer.

—¿Adónde y cómo?

—Aquí mismo, enroscándolos por medio de una operacion de necromancia.

—Es decir, que me presentareis una fisonomia, cuya identidad no podrá establecer, en virtud de que nunca la he conocido.

—Teneis razon; pero tambien podemos hallar entre los difuntos algun rostro conocido, como v. g. el de vuestro abuelo Santiago de Vimes, que os abrazó hace seis años, al marchar con el rejimiento de infantería de Borbon, para ir á la defensa de Tournay, donde le mató un casco de bomba. Supongo que ese rostro no os será desconocido.

—¿Y podreis evocar á mi abuelo Santiago?

—Con la misma facilidad que á Séptimo

Severo y Caracalla.

M. de Vimes esperimentó un lijero temblor, soltó su vaso lleno de vino, y no quiso beber mas; felizmente la cena se habia concluido. Todos se levantaron de la mesa, y el baron condujo á sus convidados á un laboratorio lleno de alambiques de redomas de utensilios estraños y de empolvados libros.

—Caballero,—dijo,—sentaos en ese rincon, poneos de codos en ese velador, apoyad la cabeza en vuestras manos y mirad fijamente á ese espejo, pensando en vuestro abuelo con todas las fuerzas de vuestro ánimo y memoria. En el interior, yo pensaré tambien en la misma persona, y la union de nuestras dos voluntades bastará para evocar al muerto.

De Vimes hizo puntualmente lo prescrito por el baron; al cabo de cinco minutos que miraba al espejo se levantó pálido y temblando, y esclamó:

—No puedo continuar; bien sea una ilusion ó un efecto de vuestra ciencia, ya principiaba á ver la imájen de mi abuelo, vestido con su uniforme de mayor de infantería; pero no he tenido valor para soportar la aparicion. Prefiero creer en vuestra palabra.

—Si os dejais persuadir tan fácilmente, —repuso el baron,—mañana renacerán vuestras dudas. Ahora nosotros dos, señor Capello. Dadme vuestra mano, para estudiar sus líneas; á lo que veo, habeis corrido muchas aventuras, y os esperan muchas mas todavia; pero os advierto que morireis jóven y de muerte violenta.

—¿Estais bien seguro be eso?—preguntó Juan.

—Y no me engaño á menudo, caballero. Sin embargo, para mayor seguridad, interroguemos el porvenir de otra manera.

El baron llenó de agua un vaso, y despues de haber pronunciado várias fórmulas cabalísticas, suplicó á Juan que metiese la punta de su espada en el vaso; mas apenas la hoja se sumergió en el agua, cuando esta se volvió encarnada como la grana.

—Ya lo veis,—dijo el baron,—esa señal no es nada equívoca, y anuncia una muerte prematura é imprevista.

El májico hizo otras varias esperiencias que el caballero admiró en estremo. Juan guardaba el silencio hasta que por último, al despedirse, le dijo:

—Señor baron, os suplico vengais mañana á cenar á mi casa á la puerta de san Honorato, donde os diré, si lo deseais, que

dia debeis morir y de qué muerte, sin necesidad de ceremonias cabalísticas, y á mi vez os presentaré cosas que habrán visto muy pocos. No es mi intencion el despreciar las maravillas que nos acabais de mostrar, como tampoco el rebajar el mérito de vuestra ciencia, pero me dispensareis, si os digo que nada de sobrenatural he visto en ella. Eso no es mas que física acompañada de un juego de máquinas propio para deslumbrar á los niños y á las imajinaciones un poco vivas; el abuelo de Vimes no se ha aparecido mas que en la cabeza de mi amigo, y el vaso en que he metido mi espada contenia en un doble fondo un líquido rojo que ha coloreado el agua al apoyar la punta de la hoja en el doble fondo. Los demas milagros son esactamente lo mismo. Lo que sí os pertenece es la erudicion que habeis desplegado en vuestras historietas, y vuestra habilidad para preparar los espíritus de vuestros auditores por el jiro de la conversacion. No os enfadeis porque os hablo con sinceridad; el cielo y el infierno desprecian igualmente las chocarrerias, y lo sobrenatural no creais que consiste en los librotes viejos; venid mañana á mi casa y os mostraré donde está.

## XXXIV.

Juan Capello y su amigo de Vimes entraron en Paris por el arrabal de san German.

—¿Qué teneis, caballero?—dijo Juan.—Me pareceis sombrio y helado como esta noche de diciembre.

—Os confieso que ese baron me ha trastornado el espíritu con sus sortilejios, verdaderos ó falsos,—respondió el caballero. —Conozco lo que tiene de ridículo mi sorpresa, sin poder por eso desecharla; y luego añadid á todo eso mi pesar de partir mañana para Beauvais, y asi comprendereis por qué no tengo el corazon alegre.

—Las evocaciones del baron no son mas que truhanerias,— respondió Juan. —En cuanto á vuestro pesar de dejar á Paris, hay un medio de disiparle; quedaos. Mirad esta ciudad inmensa, ese laberinto de calles, ese hormiguero de habitantes. ¡Cuantos intereses mezquinos, cuantas pasiones, temores y esperanzas hay en todas esas almas! ¡Cuántas novelas bajo esos techos y detras de esas ventanas donde se ven las luces! ¡Cuantas muchachas lindas entre ese jentio! ¡Cuantas grandes señoras y cuantas grisetas desde el primer piso hasta las bo-

hardillas! ¿Tendríais valor para dejar todo eso?

—Lo que veo,—respondió de Vimes tiritando,—son muchas mujeres de mala vida, cerebros vacíos, jentes que se remueven por nada, marquesas viejas llenas de colorete, grisetas embusteras, mucha miseria, muchos coches y muchos bribones.

—Vuestra melancolía es mas profunda de lo que pensaba. Acabemos con ella de una vez; voy á pasaros por los ojos un prisma de color de rosa. Hacedme el placer de aceptar estos cien doblones, y me los devolvereis despues de vuestro matrimonio; ponedlos, pues, en vuestro bolsillo, y dadme noticias en seguida de esa tristeza invencible.

—En efecto,—dijo el caballero haciendo sonar los doblones de oro,—ahora que ya tengo lastre, me parece que me siento con mas alegria y seguridad.

—Estaba seguro de ello; y por otra parte ¿no es preciso que asistais mañana á la cena que doy á vuestro májico aleman?

—Sin duda; y me guardaré bien de faltar. ¿Hareis tambien por vos mismo alguna cosa de májia blanca?

—Y con mejor écsito que el baron; pero pues que vuestra imajinacion se afecta tan

pronto, trataré de no asustarla.

—Si no temiera ser indiscreto llevaria conmigo tres ó cuatro jóvenes distinguidos buenos compañeros y de una incredulidad mas reacia que la mia.

—Llevadlos, yo os autorizo para ello y aun os lo suplico.

El dia siguiente á las diez de la noche animaba el hotel de Juan Capello un movimiento estraordinario. Estaba situado en la puerta de san Honorato; el fuego de las cocinas iluminaba las lumbreras que daban á las aceras de la calle; los salones estaban suntuosamente iluminados, y un ejército de lacayos poblaba las antesalas. La carroza del baron Numa entró en el patio, y pocos minutos despues llegó M. de Vimes acompañado de sus tres amigos. Eran jóvenes de muy buena cara y muy á la moda, y por consiguiente libertinos, ateos é impregnados de costumbres inglesas. El uno de ellos, M. de Remont, habia pasado al servicio de mister Stair, con el grado de rejente; lo que probaba la perfecta armonía de las córtes de Inglaterra y Francia. Habia tenido el honor de emborracharse en el Palacio Real en compañía de los libertinos, y de llevar á él bailarinas de la Opera un dia que Su Alteza se fastidiaba

de sus queridas. En las memorias de aquel tiempo se vé que representó un cierto papel en algunas intrigas políticas. Los otros dos, MM. de la Noue y de Vaqueville, mas cortos de injenio que el primero, tenian bastante que hacer con arruinarse en las disipaciones de todas clases. Por lo demás, los tres eran bebedores ilustres, no creyendo en Dios ni en el diablo, y demasiado cínicos en su lenguaje para que sea posible trascribir fielmente sus palabras.

Juan Capello habia aprendido en Venecia á tratar bien á las jentes, pues allí se practica la hospitalidad con mayor magnificencia que en ningun otro pais; de consiguiente recibió á sus huéspedes, como un hombre que conocia el gran mundo, sin muchos cumplimientos ni demasiada familiaridad. Ya se habia pasado la valla y la conversacion se animaba, cuando el repostero vino á anunciar que la cena esperaba en la mesa. Se halló la mesa adornada de piezas raras de vajilla antigua de Italia, y como el baron Numa admiraba su belleza, dijo Juan:

—Caballeros, los utensilios preciosos perjudican á la conversacion, y así os advierto que yo no tengo ninguna estimacion por todos estos, de manera que podeis romper platos y fuentes si os viniese la fantasía de

hacerlo; en cuanto á los vasos, no los miremos mas que para vaciarlos.

Escepto algunos platos venecianos, la comida estaba compuesta á la francesa; y segun la costumbre de aquel tiempo, los convidados trincharon ellos mismos las aves y demás bocados. Seis lacayos con librea encarnada, todos de la misma talla y rostro, servian con una presteza increible, sin que se oyese ni un soplo ni el menor ruido de la vajilla. El baron Numa los seguia con la vista,

—Teneis unos lacayos muy estraños,—dijo él,—se diria que son jemelos.

—Todos son hijos de la misma madre,—respondió Juan.

—Nunca he visto lacayos tan bien instruidos; ¿no podríais cederme un par de ellos?

—Ellos no querrian dejarme por nadie en este mundo.

Los lacayos impasibles continuaban su trabajo como si no hubiesen oido que se hablaba de ellos.

Se gustaron primeramente algunos vinos de España, y en seguida se atacaron los de Francia, pasando en revista los mejores de Borgoña; los de Champagne no fueron menos festejados, y muy luego la conversacion to-

mó el aire de broma. Cuando cada uno eli-jió el vino que preferia, el amo de la casa hizo una seña á sus jentes, y los lacayos co-locaron inmediatamente al lado de cada convidado un precioso mueble con tres ór-denes de botellas y platos, y se retiraron.

Entonces fué cuando se pusieron todos á beber seriamente, y M. de Vimes manifes-tó el primero su borrachera quedándose sin saber que decir á lo mejor de una historie-ta, lo que divirtió mucho á los convidados y le hizo reir á él mismo de muy buena ga-na. Los señores de la Noue y Vaqueville, como no sacaban ingenio del fondo de sus vasos, dijeron mil indecencias á carcajadas, segun el gusto del tiempo; pero Remont que se manejaba como bebedor esperi-mentado, el baron que tenia mucha sangre fria, y Juan que se contenia de intento, re-sistieron mas largo tiempo que los otros. Sin embargo, al cabo de dos horas se hicie-ron menos sensibles estas diferencias, y to-dos los convidados se emborracharon com-pletamente. No hubo ya entre ellos otra di-ferencia que la de los diversos efectos del vino segun su humor y disposicion. De Vi-mes, en mejor estado que la vispera, esta-ba tan alegre como sombrio habia parecido en la cena del baron Numa. Remont, ha-

bitualmente enfatuado de su pequeña política, no pensaba ya el hacer el misterioso. De la Noue y Vaqueville, fanfarrones ordinariamente, lo eran tres veces mas. El baron perdió su flema germánica y se mostraba exaltado. El amor propio meridional se acaloraba gradualmente como la cabeza de Juan.

—Querido señor Capello,—dijo el baron, —no olvideis que me debeis una leccion de mágia, sin fórmula, ni cábala, ni grimorio.

—Y os la daré tan buena que os aprovechará,—respondió Juan con mucho énfasis.

—¿No estamos bastante hechizados?—dijo el caballero.—Yo veo dos patricios de Venecia; juraria que milor Stair tiene dos secretarios en lugar de uno; Vaqueville y la Noue me representan cuatro borrachos; ¿qué mas quereis, hombre dos veces baron?

—Quiero al menos un pequeño prodigio, —respondió el baron.

—Señor Capello,—dijo M. de Remont;—aunque vuestro nombre significa sombrero, es en mi corazon donde yo os guardo y no en mi cabeza. Yo pido tambien un prodijio.

—¡Un prodijio!—gritó de la Noue con toda la fuerza de sus pulmones.—¿Pero qué prodijio sabríais hacer, señor Sombrero.

—Por agradaros, nada me seria imposi-

ble, señores.

—¿Sabríais solamente volver el agua en vino?—dijo Remont.

—Ese seria el mas bello de todos los prodijios,—esclamó de La Noue. Que el Sena se convierta en un rio de Champagne, y yo consiento en que me ahoguen en él si no me declaro el servidor del señor Sombrero.

—Señor baron,—dijo Juan,—dadme esa garrafa que está á vuestro lado; pero verificad primero si es agua lo que contiene.

El baron se aseguró de que la garrafa contenia agua, en efecto.

—Ahora, ¿qué vino quereis beber?—preguntó Juan.

—De Jerez,—dijo el baron.

—Presentad vuestros vasos y bebed.

Juan inclinó la garrafa y llenó los cinco vasos de un licor dorado que fué reconocido por vino de Jerez.

—Ahora, ¡de Borgoña!—dijo de Vimes.

La garrafa dió vino de Borgoña; se llenaron muchas veces los vasos de muchas clases de vino que se pidieron y salian de ella á pedir de boca.

—¿Es inagotable esa garrafa?—dijo el baron presentando una ensaladera vacia.

—Estaria derramando líquidos hasta mañana,—respondió Juan.

—Pues bien; echadme en la ensaladera sangre humana,—dijo Remont.

Un licor rojo, espeso, y despidiendo vapor, salió de la garrafa.

—¡Fuego, ahora!—pidió el baron.

Inmediatamente salieron por el cuello de la garrafa tantas chispas como si fuese una mecha artificial.

—¡Basta, basta!—gritaron todos los convidados á la vez.

El fuego se apagó de repente, y ecsaminando la garrafa maravillosa, se encontró llena de agua.

El baron estaba pálido y medio despavilado de la borrachera; de Vimes, siempre borracho, aplaudia; y los otros se miraban un poco aturdidos por esta diversion, que parecia ir mas lejos de la májia blanca. Pero como la esperiencia habia añadido un suplemento decente á los vinos bebidos ya, los espíritus se embrollaron incontinenti, y al cabo de cinco minutos no sabian precisamente lo que acababan de ver.

—Si mi memoria no me engaña,—dijo Remont,—el señor Capello nos ha hecho hace poco un juego de manos muy lindo.

—El mas hermoso del mundo,—dijo el caballero.—Pero mi querido Juan, ¿cómo habeis podido ocultar tantas cosas en la

manga? Y ese petardo que ha prendido fuego, ¿no os ha quemado los dedos?

—No, ha chamuscado solamente mis vuelillos de encaje.

—¡Pardiez!—esclamó de La Noue,—si hubiese pensado en ello os hubiera pedido una ballena ó un elefante, para ver si los sacábais del cuello de la botella.

—Con la misma facilidad,—respondió Juan, cuya vanidad se hinchaba.—¿Por qué no me habeis pedido doblones de oro, rubíes ó diamantes? No me hubiera costado mas el servírosles. El fuego no debe admiraros mas que lo demás. Y vos, M. de La Noue, que parece me desafiais, si no fuera por la consideracion que debo á toda persona que se ha dignado venir á cenar conmigo, os pondria en compañía de leones y de tigres, como hizo el emperador Cómodo con los senadores romanos despues de una comida. Sabed que podria destruir á París y reedificarle antes de amanecer, y me siento de humor de lanzar en el aire esta casa como una granada.

—Despacito,—interrumpió el caballero de Vimes,—eso seria contrario á todas las reglas de hospitalidad. Bebamos y no saltemos.

—Señor Capello,—dijo el baron,—teneis

muy bellos privilegios; pero todo eso falta de método. Formemos juntos una sociedad y yo os prestaré el socorro de mi ciencia.

—Vuestra ciencia no es mas que una ilusion,—respondió Juan.—¿Hay nada mas ridículo que vuestras contorsiones para evocar una figura que no aparece nunca bien claramente, y aun en la imaginacion prevenida de gentes á quienes han asustado vuestros discursos! ¡Pardiez! vos pretendeis haber hablado á Séptimo Severo y á Caracalla; voy á llamarlos aquí, y ellos mismos os dirán que no os conocen.

—Mi querido Capello,—dijo el caballero —eso seria herir las reglas de la urbanidad.

—Y bien,—repuso Juan,—decid vos mismo á quien quereis ver ahora mismo, pues habeis de saber que toda persona muerta ó dormida se levanta á mi voz y sale de su tumba ó de su cama.

—¿Pero viene en carne y hueso?—preguntó Remont.

—Si tuviérais la menor nocion en las cosas sobrenaturales,—dijo Juan;—sabríais que las apariciones evocadas no tienen cuerpo.

—No os enfadeis,—repuso M. de Remont.

—No son muertos ni emperadores romanos lo que necesitaríamos ahora; evocad mas bien algunas lindas muchachas.

—Capello,—gritó el caballero,—llamad aquí las imágenes de nuestras queridas, y merecereis el título de Amfitrion y de hechicero honrado. Pero bebamos primeramente.

—Bebamos,—respondió Juan;—y cuando deseeis la compañia de vuestras queridas, juro á Dios y al diablo que las vereis.

—Inmediatamente que hayamos bebido, —dijo Vaqueville,—os rogaré que llameis á mi adorada; y si viene, os tendré por un verdadero hechicero.

—Vendrá aunque estuviese oculta en las entrañas de la tierra.

—¿Y la mia?—dijo de La Noue.

—Que sea yo quemado vivo si no viene á beber con vos. Pero por eso no me impedireis á mí que beba.

Como sucede frecuentemente en la borrachera, los bebedores creian hallar en las botellas una sed redoblada; y soplaron de tal modo que su razon medio ahogada ya acabó de trastornarse.

—Hé aquí el momento de evocar las damas,—dijo el caballero.

—Esperad,—dijo el baron,—yo deseo verlas de lejos.

Los convidados se levantaron tambaleándose y llegaron como pudieron hasta el sofa, donde cayeron mezclados unos con otros medio acostados y sentados. Habiéndose quedado Juan solo á la mesa llamó á Potamogeiton, y el viejo Turco se apareció con su turbante aplastado y su pistola de mecha. Habló algunas palabras con Juan en dialecto veneciano y luego salió. Al cabo de un minuto volvió, y tomando un aire inocente y tonto dijo:

—Patron, ¿quién es la señora que tengo de traer?

—La dama que he pedido,—respondió Juan,—hazla entrar, pues es la querida de nuestro amigo de Vimes.

El viejo turco abrió la puerta, y se vió entrar una linda persona, cuyo rostro parecia un poco pálido. Su nariz un poco remangada, sus largas pestañas negras y su boca burlona le daban un aire fino y astuto; pero parecia que una estraña languidez apagaba su viveza natural y el fuego de sus ojos. Marchaba con una lentitud que formaba un contraste chocante con la juventud y frescura de su persona.

—Si no tuviese la vista tan turbia,—dijo

de La Noue,—creeria estar viendo á la señorita Legrand, del teatro Italiano.

—Tú interrumpes el espectáculo,—dijo Vaqueville;—se representan los *Tutores engañados*, y hé ahí Isabel que entra en escena.

—¡Ella es!—murmuró de Vimes poniéndose con el rostro demudado.

—Sentáos,—señorita,—dijo Juan,—el caballero va á brindar con usted.

La aparicion se sentó en efecto, puso una mano sobre la mesa y permaneció inmóvil, con la mirada fija y la boca entreabierta.

—A nombre del cielo,—esclamó Remont,—señor Capello no llameis aquí á mi querida. Es una persona muy jóven y hermosa, recien casada, y la menor indiscrecion podria perderla.

—Es demasiado tarde para haber pensado en eso,—respondió Juan.—¡Potamogeiton! tráenos aquí esa jóven recien casada y enamorada de M. de Remont.

—¿Es la condesita la que me pedís? Voy á traerla,—dijo el turco con su voz de falsete.

La puerta se abrió, y se vió entrar una señora vieja y muy gorda, con las mejillas manchadas de un resto de colorete, las fac-

ciones deformes y la boca contraida por el sueño.

—El espectáculo continúa,—dijo Vaqueville;—hé aquí la dueña Leonor que viene á regañar á Isabel.

—¡Eh! no;—esclamó de la Noue; es la condesa á quien Remont se resiste á hacer la córte, pero que paga las deudas de nuestro amigo.

—Sentáos, señora; M. de Remont os ofrecerá una copa de Jerez.

La vieja se sentó, y permaneció inmóvil y con la mirada fija al lado de la primera aparicion.

—¡Potamogeiton!—esclamó Juan,—introduce á la querida de M. de la Noue.

—Aquí viene una doncella,—dijo el viejo turco abriendo la puerta.

Una doncella de un rostro hermoso se presentó.

—Sentaos á esa mesa,-señorita,—le dijo Juan,—pues aquí no hay distinciones vanas; en amor las mas bellas son princesas.M. de La Noue va á beber con usted. ¡Potamogeiton! tráenos la querida de M. de Vaqueville.

El turco abrió la puerta y respondió tomando su aire de tonto:

—Patron, no la he encontrado.

—¿No la has encontrado? Vaqueville, yo saco la consecuencia de que no teneis querida.

Vaqueville que estaba borracho como un muerto, respondió con un gruñido.

—¡Potamogeiton!—repuso Juan,—trae la del baron Numa.

—Tampoco existe,—respondió el viejo turco.

—¿No existe?... pues trae la mia.

-*Eccola*,-respondió Potamogeiton abriendo la puerta.

Juan vió entrar á la bella lavandera de Zara.

—¡Acércate, fiel Antonia!—le dijo Juan. Vamos, señores, brindemos con nuestras queridas. El baron y Vaqueville brindaron juntos para consolarse.

Pero de Vimes, Remont y de la Noue se quedaron petrificados; los dos primeros por esceso de espanto, y el último por esceso de borrachera.

—¡Por caridad!—esclamó de Vimes,—cesad en esa broma espantosa y despedid esa compañía fúnebre.

—Consiento en ello,—respondió Juan.—Señoras, pueden ustedes retirarse.

Las figuras evocadas desfilaron como en procesion, y el viejo turco cerró la puerta.

Al cabo de un cuarto de hora todos los convidados se durmieron profundamente, escepto Juan y el baron de Numa.

## XXXV.

El vicio que privaba de los sentidos á cuatro de los convidados dejaba tan poca razon á los otros dos, que su estado se parecia mucho al delirio.

—Venid cerca de mi, señor baron,—dijo Juan, que no habia dejado la mesa.

—Es imposible,—respondió el baron.—No podria mover un dedo, pero hablemos y seguiré la conversacion.

—Pues que me abandonais,—repuso Juan,—beberé con mis jentes para no beber solo. ¡Hola, Potamogeiton! ven acá, toma un vaso, siéntate enfrente de mi y brindemos juntos como dos amigos. Si eres un buen diablo me acompañarás, y me reiré si te emborrachas. Bebo á la salud de tus proyectos infernales.

El viejo turco entró con un aire medio socarron, y se sentó á la mesa pidiendo perdon al baron de la gran libertad que tomaba por obedecer á su patron.

—Vuestra escelencia,—dijo luego á Juan—me honra infinitamente dignándose be-

ber por el buen écsito de los proyectos de un pobre diablo como yo. Presumo con fundamento que saldrán bien.

—¿Qué discursos teneis ahí?—interrumpió el baron.—Esas no son palabras de amo á criado. Adivino que ese turco no es un servidor ordinario, y le tomaria fácilmente por un demonio familiar; eso me esplica por qué habeis sabido hacer salir de la garrafa tantos vinos y un fuego artificial y luego venir muchas lindas mujeres. Pero ¿podríais hacer salir de la misma garrafa un ejército de artilleria, bagajes y furgones? Permitidme que lo dude.

—Baron ,—respondió Juan,— dejadme poner al diablo bajo la mesa. Bebe ese Jerez, valiente Potamogeiton.

El viejo turco bebió tantos vasos como su patron tuvo á bien echarle.

—Ahora, —repuso Juan,—cuéntame alguna buena diablura sin dejar de acariciar la botella.

—Vuestra escelencia sabrá pues,—dijo el viejo turco,—que el señor Julio Alberoni se prepara á tratarme por debajo de la pierna, como si yo fuese un simple monarca. Su escritura acaba dentro de un año, y como tiene pronto su rescate, imagina que se me escapará con su capelo de cardenal.

—¡Traidor!—esclamó Juan.—No olvidemos que ha intentado asesinarme. Te mando que le armes alguna trampa donde pueda romperse la cabeza.

—Mi trampa está ya dispuesta, y el año que viene, ese ministro tan poderoso que remueve la Europa entera, huirá de España como un ratero y se salvará en los Estados del Papa, quien le guarda un cuarto en el castillo de san Angelo. Entre tanto quiere trabajar por su gloria, y lo que sirve son mis intereses.

—Dame cuenta de sus proyectos para que vea si conviene poner un obstáculo á ellos.

—Escelentísimo, la política no es vuestro asunto; vos teneis el alma muy buena.

—Sí, soy el mejor y el mas jeneroso de los hombres;—esclamó Juan con ecsaltacion.

—Y el mas modesto, escelentísimo;—dijo Potamogeiton.—Dejad al señor Julio que continúe su papel de perturbador.

—¡No hay que contradecirme!—repuso Juan;—te mando que hables. ¿Cuáles son los proyectos de Julio?

—Pues sabed, escelentísimo, que Julio acaba de formar una alianza inaudita en la historia de la cristiandad, entre la España,

la Moscovia, la Suecia y la Puerta Otomana. Es una trama digna de mí que ha urdido él solo; y ha sabido armar al turco contra el imperio de Alemania, al Czar y al rey de Suecia contra la Inglaterra. Va á restablecer á los Stuardos sobre el trono y á quitar al duque de Orleans la rejencia de Francia.

—¡Voto á brios!—esclamó Juan;—yo no sufriré que toque á mi pais. Habla presto. ¿Cuándo debe estallar esa conspiracion, y quién es el alma de ella?

—Estallará mañana; M. de Cellamare la dirije en París en este momento.

—¡Mil diablos! es preciso impedirlo.

—Escelentísimo, el rejente y el cardenal Dubois traen una vida que regocija al infierno. Yo no les deseo mal ninguno; pero en cuanto á la guerra de la Puerta contra el imperio, no puedo renunciar á ver al menos un principio de su ejecucion.

—Haz lo que quieras de esa guerra. Solamente te suplico que hagamos abortar la empresa de Cellamare.

—Nada hay mas fácil, escelentísimo. En la calle de Santa Ana vive una cortesana que conoce el secreto de esa conspiracion; hé ahí á M. Remont que se tendrá por el hombre mas dichoso si se le inicia en un

negocio de Estado. Hagámosle llevar á casa de esa cortesana, y mañana revelará el complot á Dubois, lo que basta para detener la carroza de Alberoni.

—¡Pronto! mis lacayos rojos, mis postillones, acudid todos!—gritó Juan.

La banda de lacayos silenciosos y ájiles entró de repente.

—Cojed á ese jóven,—le dijo el viejo turco,—y llevadle á casa de esa intriganta cuyo nombre verdadero es Flaminia, le hareis beber tres gotas de este licor en un vaso de agua, para desemborracharle.

Potamogeiton dió á los lacayos un frasquillo, y en seguida en un abrir y cerrar de ojos Remont fué cojido del sofá donde dormia, cargado sobre los hombros y llevado á la carrera por las calles.

—¡Ah, señor Julio!—decia Juan frotándose las manos;—yo te enseñaré á echar á tus amigos en el rio. ¡Ah! ¿quieres clavar las uñas en mi pais? yo te las cortaré hasta las raices. ¡Miserable!.... ¡armar á los otomanos contra la cristiandad! Bebamos á su eterna condenacion, y pensemos en cosas mas agradables. ¡Eh! baron, venid á gustar el champagne con el buen Potamogeiton, modelo de los servidores.

El baron rencaba con la boca abierta y

los brazos estendidos de una manera que hacia estremecer los cristales.

—¡Qué pobres cabezas tienen los libertinos de profesion y los barones májicos!—prosiguió Juan cada vez mas borracho.—Potamogeiton, eres un buen compañero; acompáñame á beber y olvida mi superioridad, pues te elevo á mi nivel dignándome trincar tu vaso contra el mio.

—Me colmais de honores,—respondió el viejo turco, trincando con su patron;—pero no depende mas que de su escelencia el trincar en compañia mas digna de su persona. ¿Quién os impide el evocar algun difunto ilustre, algun convidado agradable y famoso? Escepto los que murieron en olor de santidad, todos se levantarán con presteza á vuestra voz. Llamad aquí al elegante Alcibiades, al magnífico Lúculo, al rico Creso, á Antonio, el mayor libertino de la antigüedad.

—Yo preferiria á su querida la encantadora Cleopatra,—respondió Juan.

—¿Os agradaria beber en compañia de un serrallo entero de mujeres hermosas? Si os viene esta fantasia dirijios á mí, y yo sabré mostraros maravillas. Cleopatra no es mas que una fregatriz comparada con las bellezas que yo arrancaré de la tumba por

agradar á vuestros ojos; sin su calidad de reina de Egipto jamás se habria reparado en ella, pues su nariz mal formada desagradó á César. Dejad solamente que yo evoque otra dama mas antigua y de quien apenas se ha hablado; pero que escede en hermosura á cuanto los historiadores han ponderado en su ignorancia, y á cuanto los poetas han celebrado en sus mentiras. Tengo curiosidad de ver si su escelencia tiene el mismo gusto que su humilde servidor.

—Evócala, amigo mio,—respondió Juan del todo loco de borracho;—evoca cuantas quieras. Evocar no es un mal; no hay que incomodar á nadie... tienes ganas de evocar y no te prohibiré ese placer inocente.

Potamogeiton pronunció algunas palabras estrañas y guturales.

—Ya viene;—dijo en seguida.

—¿Quién?—preguntó Juan.

—Thamar, la fenicia, nuera de Judá, hijo de Jacob.

La puerta se abrió. Un aire frio y húmedo como el de los sepulcros penetró en la atmósfera ardiente del cuarto; una mujer de una belleza prodigiosa se apareció y vino á sentarse á la mesa en frente de Juan. Sus largos cabellos rubios pendian sobre su pecho y ocultaban como un velo la parte

superior de su cuerpo. Llevaba arrastrando un manto blanco atado al desgaire contra su cintura, y dejaba ver por un lado una pierna de alabastro. Volvió sus miradas hácia Juan, y le miró fijamente con una dulzura inesplicable.

—Bella Thamar,—dijo Potamogeiton.—soy yo quien os ha llamado; si el señor Juan Capello no os encuentra de su gusto, es preciso que os retireis. Volved á vuestra tumba.

La aparicion se levantó y marchó hácia la puerta; y echó aun una mirada tierna á Juan, sazonándola con una sonrisa, y luego salió.

—Jamás he visto nada tan hermoso,—murmuró Juan.—Presto, Potamogeiton, vuelve á llamar á esa divina persona cuyo nombre he olvidado.

—¡Despacio!—respondió el viejo turco. —Nuestros gustos son iguales, y eso me lisonjea; pero cuidado, señor, no vayais á enamoraros locamente de una mujer muerta.

—¡Maldito!... ¿por qué me la has mostrado? quiero volver á verla; evócala te digo.

—¡Despacito!—volvió á repetir el turco. —Razonemos un poco; vuestra escelencia

no puede tener un gran placer en estrechar entre sus brazos una alma sin cuerpo, una nube impalpable, y menos aun un cadáver de hace treinta siglos, que se desharia en polvo al menor contacto.

—¡Perro, infame! esa es una de tus malas mañas. Te mando que llames á esa adorable criatura, ó que me digas su nombre para que la evoque yo mismo. Mi buen Potamogeiton, no nos querellemos.

—Escúcheme su escelencia, y vamos á entendernos. Me hareis una injuria si pensais que he querido turbar vuestro reposo presentándoos vna imágen seductora, para quitárosla enseguida. Al contrario, es con buenas intenciones el haber elegido esa muger y no otra; hay un rincon de la Bretaña donde se hallan muchachas de la misma raza que esta en algunas de sus aldeas. Thamar, la fenicia, tiene su semejante entre esas muchachas; es una paisana que vive en una pobre choza en Batz, á las orillas del mar. Yo os la haré conocer cuando lo deseeis, y no vereis una fantasma ni un cadáver, sino la mas bella, la mejor constituida y la mas fresca muchacha que existe en el mundo; y tan semejante á Thamar, que no sabreis diferenciarlas. Os la doy por un bocado régio, pues cuando hayan desa-

parecido los últimos restos de las emigraciones antiguas en Vannes, Lorient y Guerande, por la mezcla de la sangre, no se hallará ya esa clase de bellezas.

—Partamos al instante,—esclamó Juan.

—Una palabrita aun, señor: Hace poco confesábais vos mismo sencillamente vuestros defectos y caprichos, diciendo: soy el mejor y el mas jeneroso de los hombres. Puede ser que el vino tuviese alguna parte en esas confesiones injenuas.

—Sin duda,—interrumpió Juan,—no lo niego, pero yo soy así; la misma Hydora me lo ha dicho no sé en que ocasion.

—Pensad en ello, señor. No seria jeneroso abusar de vuestro poder para perder á una muchacha honrada. Ramona (así se llama mi preciosa bretona) es una persona bien piadosa; sin embargo, toca ya á sus diez y ocho años, y la naturaleza la ha dotado de un corazon tierno y una imajinacion inflamable. Vos la agradareis á la primera vista, estoy seguro de ello, y seria indigno recurrir á subterfugios diabólicos, cuando vuestras solas ventajas personales, vuestros ricos vestidos, vuestro rostro y el lenguaje, bastarán para deslumbrar á una paisana inocente que no sabe defenderse.

—Tienes razon,—dijo Juan,—voy á tra-

tar de agradarla, seducirla, fascinarla inmediatamente con palabras, jestos y miradas; iré, la veré y venceré. Partamos.

—Escuchad una última advertencia. Siendo interés mio el que perdais á esa muchacha no os oculto que cumpliré con todos vuestros deseos mas secretos, y que por consiguiente, vuestro triunfo no os costará mucho. Vos creereis haberlo conseguido por vos mismo, y en el fondo no será mas que por mis pequeños servicios; soy demasiado síncero para disimulároslo.

—Te prohibo que me prestes tu ayuda en esta empresa,—esclamó Juan.

—No me es posible obedeceros,—respondió Potamogeiton,—á menos que no consintais en renunciar por veinticuatro horas á los beneficios de nuestro pacto. Solo así podeis quedar libre para obrar por vos mismo.

—Consiento en ello, y lo quiero; ecsijo que todo favor sobrenatural y toda proteccion del infierno me sean retiradas durante veinticuatro horas.

—Pues que así lo ecsijis, no puedo resistirme aunque lo siento; pero por agradaros haré ese sacrificio. Queda, pues, convenido, dadme esos cinco como firma de nuestro convenio.

—Convenido;—dijo Juan dando la mano al turco.—Yo solo, yo Juan Capello, sin ningun socorro ni privilegio estraordinario, por mi sola figura y mérito, voy á seducir á la hermosa bretona semejante á Thamar. Partamos.

—Partamos,—repitió el turco.

Juan se levantó apoyándose en la mesa con ambas manos; tropezó, derribó las sillas, y llamando al diablo en su ayuda dijo:

—Encárgate de llevarme; dame mi sombrero y mi espada.

Potamogeiton hizo el oficio de ayuda de cámara; le echó sobre los hombros su capote, y envolviéndose en él con su patron, abrió la ventana, cojió á Juan por medio del cuerpo y se lanzó en el espacio.

—Sentaos en este banco de piedra,—dijo Potamogeiton;—esa villa es Guérande; el dia va á venir, y dentro de poco percibireis en la costa del mar el campanario de la aldea que se llama Batz, pues allí es donde vive la bella Ramona. El primero que pase os indicará la choza de la muchacha; adios, magnánimo señor Capello, buena fortuna.

La noche estaba sombria, y una lluvia muy fina caia sin ruido. Juan, solo y trau-

aldo, sintió demasiado tarde el haberse empeñado en una aventura como aquella. El paso repentino de un cuarto cerrado y confortable al lugar mas frio que hubiese en Francia, influia poderosamente sobre sus miembros y se puso á temblar con todo su cuerpo. Su valor se abatió en un momento, y del calor del vino no le quedó mas que el aturdimiento, la debilidad de las piernas y el dolor de cabeza.

—¿Donde me he metido?—dijo Juan titritando.—¿Qué necesidad tenia yo de correr tras una persona desconocida? ¡Vaya al diablo la empresa! Esperemos tranquilamente que se pasen las veinticuatro horas, y mañana recobraré el poder que he abandonado tan neciamente. ¿Pero qué haré en este rincon de la Bretaña? No se ve una luz en las ventanas ni una puerta abierta; esta aldea es lúgubre, y esta piedra me ofrece un lecho helado como el sepulcro.

El silencio de la noche fué interrumpido por una voz que cantaba una cancion monotona en dialecto breton; y Juan creyó oir cerca de si los golpes de un azadon.

—¿Qué es eso?—dijo.—¿Son mis bravos cabadores rojos de Roma que vienen á cabar algun subterráneo para introducirme cerca de la bella Ramona? En este momen-

to triste seria una verdadera fortuna.

Juan se subió sobre el banco de piedra y consiguió levantar la cabeza para ver por encima de una pared de un cercado. Le pareció ver algunas cruces de madera, sepulcros y un hombre que cababa una sepultura. El muro rodeaba, en efecto, un cementerio, pero el cabador, vestido de paisano á la moda de Bretaña, no se parecia en nada á los cabadores diabólicos de Roma.

—¿Para quién trabajais, mi buen hombre?—preguntó Juan.

—Trabajo para el señor Capello,—respondió el paisano.

—El señor Capello no ha muerto aun,—respondió Juan.

—Eso no me importa á mi nada; yo obedezco á mi señor cura.

—El cura es un impertinente.

El dia empezaba á venir, y Juan vió pasar por delante del banco de piedra tres cantores de la parroquia y el fagot; llamó á uno de ellos y le dijo:

—En el cementerio hay un hombre que caba una sepultura, ¿á quién van á enterrar?

—Al señor Capello,—respondió el cantor.

Y siguieron el camino como jentes que llevaban mucha priesa.

Juan se sintió desfallecer; sus dientes se chocaban unos con otros y no se atrevia á confesarse á si mismo que tenia tanta parte el miedo como el frio. Envolvióse pues en su capote, se tendió en el banco y se durmió. Entonces vió en sueños á la virjen del Pilar estrechando contra su corazon al niño Jesus: en derredor suyo estaban las personas á quienes habia salvado, prosternadas de rodillas y repitiendo todos el nombre de don Juan Capello, rogando á la virgen por esta alma escarriada. En su silencio conoció Juan que las súplicas de los fieles no podian ser oidas, y Potamogeiton atravesó la multitud repentinamente apagando las velas y gritando con voz terrible:

—¡Don Juan Capello me pertenece!

La Virgen dió un suspiro lastimoso; el niño Jesus ocultó el rostro en el seno de su madre, y Juan sintió inmediatamente sobre su hombro una mano armada de uñas terribles. Un estremecimiento violento le hizo caerse del banco y se despertó.

—¡Bendito sea Dios!—dijo él.—No ha sido mas que un sueño, pero un sueño que me advierte que debo pensar en mi salva-

cion.

El reloj de la villa daba entonces las doce; Juan siguió las murallas de Guerande y se dirigió á la plaza de la iglesia. Bajo el pórtico de ella habia un púlpito esterior al que se subia por una escalerilla de piedra embutida en la pared. (Este púlpito esterior se ve aun en Guerande) Los feligreses reunidos en la plaza escuchaban el sermon que predicaba un cura jóven de una hermosa figura, pero estremadamente melancólica. Cuando percibió á Juan de pies enfrente de él, el cura se turbó y acabó bruscamente su predicacion; y cuando Juan vió que se preparaba para entrar en la iglesia se aprocsimó al púlpito y le dijo en voz baja:

—Señor cura, yo soy el señor Capello; ¿de donde viene que haceis preparar mi entierro?

—He soñado esta noche que vendriais á morir aquí, —respondió el cura.—Mis sueños no me han engañado jamás; el último se realizará como los otros, y vuestra presencia en Guerande me lo prueba. No lo dudeis ya; vuestra hora va á sonar, pensad en la muerte, señor, y no perdais un tiempo tan precioso.

## XXXVI.

La coincidencia entre su sueño y el del cura era mas que suficiente para asustar á Juan; pero la impresion mas penosa que recibió en este encuentro venia de la fatalidad que el jóven sacerdote llevaba impresa en su fisonomia.

—Todo esto,—se decia él,—es de muy mal agüero y huele de una legua á la muerte. ¿Y cómo me he preparado para morir? Mi última hora me hallará turbado aun por los escesos de la víspera y viajando por una empresa de libertino. Por otra parte, ¿cómo he de esperar el hallar medio de pagar al demonio lo que le debo, en pais medio salvaje y entre paisanos y devotos? El que vende su alma, tiene al menos la facultad de buscar en todos los rincones del globo el rescate que debe salvarle; pero á mi una abdicacion voluntaria me priva de todos los medios de accion. ¡Pecador miserable! Mi vanidad, mi imprudencia y mi tonteria me entregan sin defensa á mi enemigo; el cielo desecha mis súplicas, y mi contricion le causa horror.

Juan se paseaba en la pequeña plaza de Guerande, agobiado por las reflecsiones

mas crueles, mirando de qué lado podria venir la muerte, y no atreviéndose á entrar en ninguna casa temiendo que se derribase sobre su cabeza; apartábase asustado de los que pasaban, y creia no ver mas que emboscadas y peligros en derredor suyo. Sin embargo, sabia el valor de cada minuto perdido, y se rompia en vano la cabeza imajinando un paso cualquiera para salir del apuro en que se hallaba. Al cabo de dos horas se hicieron intolerables sus angustias y se dijo:

—Basta de irresolucion; en lugar de esperar la muerte vamos á su encuentro. Haré mi visita á la bella Ramona, ¿y quién sabe? El infierno mismo no puede pensar en todo.

La villa de Guerande está situada á la entrada de una lengüeta de tierra que se mete cuatro leguas dentro del mar y se termina en el cabo de Croisic. Esta península estaba entonces llena de pantanos, pero no se hallaba en ella la hermosa carretera que la atraviesa en el dia en toda su lonjitud. La sola industria de este pais era la estraccion de la sal, y los salineros han encerrado y dividido el agua simétricamente por medio de diques formados de piedras amontonadas. Una multitud de pequeños cami-

nos que sirven para la esportacion de la sal se cruzan en todas direcciones sobre los terrenos inundados; y como todos ellos se parecen unos á otros, las jentes que no son del pais se pierden en ellos como en un laberinto, si no se dirijen por los tres campanarios de Batz, Poulighen y Croisic, que se descubren desde todos los puntos de la península.

En atencion á las circustancias graves en que se hallaba, Juan creyó prudente deber abstenerse de toda comunicacion con los habitantes de Guerande, y así salió de la villa y se metió por las salinas siguiendo las indicaciones de Potamogeiton y orientándose por los tres campanarios. Es difícil formar una idea del aspecto desnudo y desolado que presenta esta lengüeta de tierra cuya posesion disputa el Océano á los hombres. La violencia del viento es tal algunas veces, que á veinte pasos de distancia no podria oirse la detonacion de un fusilazo. Hacia mas de una hora que marchaba Juan por las salinas cambiando á cada instante de sendero por seguir una línea recta; nubes espesas cubrian el sol poniente de diciembre, y apenas dejaban luz al crepúsculo; los campanarios desaparecian poco á poco entre la niebla, de manera que ántes

de las cuatro era ya muy grande la oscuridad, y Juan no distinguia los diques de piedra que habia entre los caminos. Algunas veces pasaba cerca de él una carreta cargada de sal, y se perdia muy luego de vista; oia por un momento el ruido de las ruedas y el paso del caballo, y enseguida los silvidos del viento sofocaban lo demas, de manera qus estas apariciones parecian tan fantásticas para la vista como para los oidos.

Despues de haber errado largo tiempo al acaso, se decidió Juan, no sin repugnancia á preguntar el camino á uno de los salineros que encontró; pero este le respondió en patué breton, y no comprendió una palabra. Prosiguió, pues, su camino, pero su posicion se hacia muy crítica, porque los paisanos habian vuelto ya á sus casas y ningun ser humano pasaba por las salinas. Muy presto se halló cansado y perdió el ánimo, pues el ruido de las holas que se rompian bajo sus pies le hizo conocer que se hallaba á la orilla del mar. No atreviéndose á avanzar por temor de caer en algun precipicio, se sentó en una piedra y se resolvió á esperar que amaneciese. Hacía muy pocos minutos que se hallaba descansando, cuando el viento le trajo al oido un pequeño sonido semejante al de una campana, y

era preciso que la iglesia estuviese muy cerca para haberla oido en medio del rujido de las olas y los silvidos del viento. Levantose pues apresuradamente y marchó en la direccion que le pareció debia estar la aldea. De repente le faltó la tierra, y poniendo el pié en el aire cayó dando un grito; sintió una conmocion violenta y se desmayó.

Un salinero que pasaba el dia siguiente por las rocas de Batz, vió en el fondo de un barranco de unos treinta pies un hombre tendido sin movimiento, y que la marea iba á cubrir muy presto. Bajó pues al precipicio, y viendo que el desgraciado respiraba aun, le colocó en su carreta y le llevó inmediatamente a casa del único médico que habia en Guerande. Aunque el médico no era muy sabio, reconoció que el herido tenia una fractura en la espina dorsal y que no tenia cura; asi, pues, envió á llamar al momento al cura del pueblo para que le diese los socorros de la relijion. Juan recobraba los sentidos en el momento en que se aparecia la figura melancólica del jóven sacerdote.

—Señor cura,—le dijo con voz desfallecida,—vuestro ministerio es inútil; vuestras palabras pueden convencerme, pero no salva mi alma.

—Os engañais señor,—respondió el cura. —Pecadores mas grandes que vos han hallado gracia en la hora suprema por un arrepentimiento sincero. Sin duda sois de esas jentes de calidad que se vanaglorian de no creer en nada; pero la clemencia del cielo se estiende hasta olvidar el delirio del impío.

—¡Ay de mí!—respondió Juan;—yo no soy un pecador ordinario. Creo y no espero, porque todos los crímenes son perdonados escepto el mio; aproximáos, no obstante, y recibid mi secreto.

El cura se inclinó y aplicó el oido á la boca del moribundo; y cuando se levantó, su rostro pálido lo estaba mucho mas que de costumbre.

—Ya lo veis,—prosiguió Juan,—los consuelos no son para mí, pues la Iglesia me rechaza de su seno, y no cansaré al cielo con mis gritos; mi desesperacion será profunda y muda; sentáos cerca de mí. Pues que mi enemigo no viene aun á buscarme, sin duda me quedan algunas horas, yo os contaré lo que pueda de mi historia. Si hubiese una disculpa para un crímen como el mio, me atreveria á decir que soy menos culpable que la mayor parte de los que han obrado como yo, pues lo hice por res-

catar una alma mas noble y mas preciosa que la mia.

Juan hizo la relacion de sus aventuras, hablando poco de las cosas mundanas por insistir mas sobre la muerte del comendador de Beaujeu; sobre sus persecuciones en Zara, y sobre el estremo en que se habia visto en el Caballete de la Inquisicion de Zaragoza.

—Señor cura,—dijo enseguida,—es probable que mi historia no se parece á la vuestra aprovechaos de mi ejemplo y gozad de la seguridad que os da la existencia modesta de vuestro ministerio para morir un dia mas dichoso que yo.

—Mi vida no es tan sencilla como imajinais,—señor Capello,—respondió el cura con emocion.—No estoy cierto de acabar mas felizmente que vos.. ¡Ah! al ménos habeis pecado por accion, miéntras que yo llevo esta sotana contra mi voluntad, y mi santo misterio no es para mí mas que una maldicion. La tirania de mis padres me ha llevado á mi pérdida, pues yo tenia un hermano mayor, y para asegurarle mas bienes me hicieron seguir la carrera eclesiástica. Resistí durante largo tiempo; renuncié á mi fortuna y prometí vivir en el celibato. Bajo estas condiciones dejaron de

perseguirme, pero encontré una jóven la mas bella y la mas dulce del mundo y la amé. Temiendo mi familia que este amor me hiciese faltar á mis promesas, solicitó y obtuvo una órden de arresto, y fuí encerrado durante un año en la Bastilla, de donde no salí mas que para tomar este hábito y recibir las órdenes. Se me dió un curato importante en una gran ciudad, y apliqué mis fuerzas y valor á sofocar mis pasiones. ¡Ay Dios! Ni el estudio, ni la oracion, ni la austeridad, ni la constancia mas obstinada, nada pudo triunfar de mi corazon. La imájen de mi querida no se apartaba de mi imajinacion, jamas podria decirse cuantos sollozos han resonado bajo los muros de mi presbiterio. Una circunstancia imprevista me hizo ver á la que amaba, y seguí con ella una correspondencia; pero mi obispo llegó á saberlo se interceptaron mis cartas, y, para castigarme me enviaron á esta villa de la Bretaña donde echo de ménos mi prision; pues mi querida me ama aun como no faltan ejemplos de que un prisionero se haya evadido de la Bastilla, mi carácter me seguiria por todas partes...

—¡Dios clemente!—esclamó Juan,—ya veis que yo no trato de seducir á este pobre sacerdote.

En este momento se oyeron unos pasos lentos en la casa.

—¡Escuchad!—esclamó el moribundo enterneciéndose.—¡El es! reconozco el ruido de sus babuchas!

La puerta se abrió y se vió entrar á Potamogeiton con su turbante aplastado y su pistola de macha.

—¿Qué venis á hacer aquí?—le dijo el cura,—dejadnos solos.

—¡Oh! oh!...—respondió el viejo turco en tono burlon,—sin duda me tomais por otro. Soy yo quien pudiera deciros mas bien: Dejadnos solos, señor cura, pues tenemos que hablar de cosas que no son de vuestra competencia. Señor Capello, dentro de un cuarto de hora partiremos juntos; si no he podido venir ántes ha sido por ese maldito Alberoni que me ocupa todo el tiempo: jamas he visto un hombre mas lleno de asuntos se lo daria de buena gana al primer diablo que quisiera desembarazarme de él. Pero pensemos en vos. ¡Y bien! señor don Juan, ¿estais en disposicion de emprender alegremente el pequeño viaje que la vanidad humana llama grande? Os llevaré tan apriesa como en mi bergantin, y quedaréis satisfecho del piloto; ya es tiempo que se acabe vuestra partida de Age-

dréz. Todavía íbais á escaparos una vez con ese caballero de Vimes, ese baron curioso de fenómenos, y esos libertinos que no pueden escapárseme, pagándome con moneda que me pertenece ya á medias. Oh! qué bien inspirado fuísteis al abdicar vuestro poder! Si yo fuese capaz de sentir el agradecimiento, os daria las gracías por haber sido tan buen jugador, pero no hay gracias al ajedrez, os doy jaque mate en toda regla.

—¡Virgen santa del Pilar, tened misericordia de mí!—esclamó Juan.

—Si,—repuso Potamogeiton,— invocad á todas las vírgenes, pero despachaos.

—Ahora ya comprendo quien sois,—interrumpió el cura,—y no me engaño si veo en vos ese Potamogeiton de quien este desgraciado me hablaba hace poco.

—Los moribundos son siempre incontinentes de lengua,—dijo el turco.—¿De qué sirven esas habladurias? ¿no valia mas tomar valerosamente su partido y callarse?

—Confesar sus pecados, arrepentirse y orar, no perjudica nunca,—dijo el cura.

—Pero tambien os conozco á vos, señor abate,—dijo entonces Potamogeiton. Os tengo en mis cartones;... esperad... ¿no sois vos un jóven cura sin vocacion cuya

querida acaba de ser encerrada en Bicetre?

—¡Encerrada!— dijo el cura,—¿es eso verdad?

—¿Lo ignorábais?... pues no me engaño señor abate. Os pusieron en la Bastilla por ciertos amores, y luego os relegaron á esta villa donde el pesar y el fastidio devoran vuestro corazon. Al presente es el turno de vuestra querida, pues vuestros jenerosos padres han decretado que debia estar loca y la han puesto en Bicetre, donde se volverá rematada si dura mucho.

—¡Ah! eso es demasiado,—esclamó el cura.—Yo tenia bastante fuerza para soportar todos los males, pero no puedo sufrir que se persiga á una inocente.

—Eso es, señor cura, irritáos, rebeláos, —dijo el viejo turco.—Dentro de unos momentos habré acabado con Juan Capello, y volveré para proponeros un pequeño arreglo.

—Señor cura,—esclamó Juan con voz apagada,—si os entregais á ese demonio no os costará nada mas el salvarme á mí.

—Os salvaré,—dijo el cura.—Potamogeiton, recibe mi alma en cambio de la de don Juan Capello.

—¡Voto al infiernol—esclamó Potamogeiton,—esa no es buena cuenta para mi.

—Insistid,—murmuró Juan,—porque no puede rehusar.

—Potamogeiton,—repitió el cura,—acepta mi alma en rescate de la de este hombre; te la vendo bajo las mismas condiciones que él, por diez años de poder.

—¿Diez años por un cura medio condenado? Cinco son bastantes.

—Pues bien, acepto los cinco años,—repuso el cura.—Potamogeiton, te mando que acabemos el trato.

—Firmad, pues, ya que lo deseais; pero que sea encerrado en un tabernáculo por una eternidad, si no es mi último contrato.

—Señor cura,—esclamó Juan,—dadme la absolucion.

El cura tomó el bisturí de Potamogeiton con una mano, y con la otra el hisopo, y dijo antes de firmar el pacto:

—Ego te absolvo....

—¡Vírgen santa del Pilar!—murmuró Juan,—llevad mi alma á los pies del Señor.

Y en seguida dió el último suspiro.

—¡Oh, rabia! ¡oh, furor! ¡oh, sacrilejio! —esclamó Potamogeiton rechinando los dientes.—¡Que mil tempestades caigan sobre esta maldita villa de Bretaña y sus playas inundadas! ¡Que mil maldiciones re-

caigan sobre la raza de Cain! Las almas están á un precio vil; me las arrojan á la cara por nada, y la que queria llevarme se me escapa. Los hombres son mas malos en el dia que el diablo mismo, y llegarán á ganarme en malicia y perversidad. Ya no hago mas tratos con ellos, ¿para qué he de comprar mi propio bien? venid conmigo, señor abate, y os presentaré á Hydora; con ella arreglareis vuestras cuentas, pues yo voy á retirarme del mundo.

Los salineros vieron á su jóven cura que se dirijia á las lagunas acompañado del viejo turco, y el mismo dia una tempestad hizo perecer un bergantin cerca de la costa, cuyos despojos no se descubrieron en las orillas del mar. El cura de Guerande se habia resfriado sin duda en su escursion, pues al volver á casa se metió en la cama y fué el cura de Batz quien vino á decir la misa de entierro por Juan Capello. Pocos dias despues se halló abandonado el presbiterio de Guerande.

Los personages de esta crónica acabaron de diversas maneras. Alberoni pagó su rescate al diablo y pensó que despues de esto conservaria su ministerio; pero fué echado de España como un ladron, llevándose muchos papeles preciosos y el testamento del

difunto rey Cárlos II. Erró largo tiempo por las costas de Italia y consiguió finalmente llegar á Roma, donde el Papa le hizo enterrar.

Luisa de Cerdagne se querellaba todos los dias con su marido, y los esposos se separaron nuevamente. El conde se arruinó; la condesa vivió en un principio á lo mujer valiente, y luego se retiró á un convento para rescatar los errores de su juventud con una devocion exaltada.

Antonia la zaratina se fastidió de esperar á un amante de quien no recibia noticia ninguna, y se casó con un oficial veneciano que fué muerto honrosamente á la vista del jeneral Condottieri Schulembourg. La fortuna que Juan le habia dejado se perdió en una quiebra, y se casó luego en segundas nupcias con un rico labrador de Ragusa.

En tiempo del príncipe de la Paz se fundieron en Zaragoza los candelabros que don Juan el Pajarero dió á las iglesias, y con el producto se armó la tripulacion de un navío que se perdió en Trafalgar.

Hace tres años, un anticuario breton me mostró cerca de las murallas de Guerande en medio de un monton de zarzas una piedra en la que leí esta inscripcion.

HIC JACET
JOAN. HERMOLAUS
CAPELLUS,
CIVIS, VENETUS, CUIUIS
CORP. TUMUL. ANIM. Q.
COELO
MANDAV. ARS. INF.
MDCCXVIII.

—Veamos si entendeis eso, señor parisiense,—me dijo el anticuario.—Hasta las dos palabras últimas estaremos acordes. ¿pero qué piensa usted de ese *Ars. Inf.*?

—Me parece que la crónica popular esplica perfectamente el epitafio entero. *Ars. Inf.*, significa *Ars Inferna*; es decir: «Aquí reposa Juan Capello, ciudadano de Venecia, cuyo cuerpo ha sido enviado á la tumba y el alma al cielo por los artificios del infierno.

—Esa es una traduccion de novelista,—repuso el anticuario.—¿Luego cree usted en el diablo, en los pactos con los espíritus y en las leyendas insulsas inventadas por la ignorancia y la supersticion de los paisanos? ¿Pensais que en 1718 un cura de Guerande haya volado por los aires despues de haber rescatado el alma de ese Juan Ca-

pello? Es usted un niño, señor parisiense. Ese veneciano que vino á morir aquí ha sido envenenado por el cura, que se escapó en seguida, y el médico de la villa encontró señales del veneno y por eso se grabaron en la losa las palabras *Ars. Inf.*, que significa *Arsenicie infusio*, infusion de ácido arsénico. Si quereis aun otra traduccion héla aquí: Juan Capello era acaso un operario muerto por algun accidente de los que ocurren en nuestras salinas, y como en 1718 estos obreros eran muy miserables, se habrán grabado sobre la losas la palabras *Ars. Inf.* para esplicar la humildad de su profesion, es decir *Oficio ínfimo*.

—Eso no tiene sentido comun,—esclamé yo,—y me atengo á la version popular. Juan el Trovador fué enviado al cielo por la malicia misma de Potamogeiton. Si los espíritus fuertes se rien de mi supersticion no me enfadaré por ello.

FIN.

5.000
3 tom 1 vol

- AN
- CUI
- SXIX